

EL LEGADO DE LA SERPIENTE



JESSICA CORNWELL

Lectulandia

Barcelona, invierno de 2014.

Anna Verco, una joven investigadora, descubre en Mallorca unas cartas antiguas escondidas durante siglos. Su contenido obliga a reabrir el antiguo caso del inspector Fabregat: los misteriosos asesinatos de cuatro mujeres en Barcelona durante el año 2003. Mientras Fabregat lanza el anzuelo entre los sospechosos, Anna Verco persigue su propia presa: el libro con el cual empezó todo, una revelación medieval escrita en el lenguaje de las brujas, de las mujeres escribanas y de los alquimistas: el legado de la serpiente.

Anna cree que este libro revelará el misterio. Pero todavía no sabe que ella es la clave.

Lectulandia

Jessica Cornwell

El legado de la serpiente

ePub r1.0

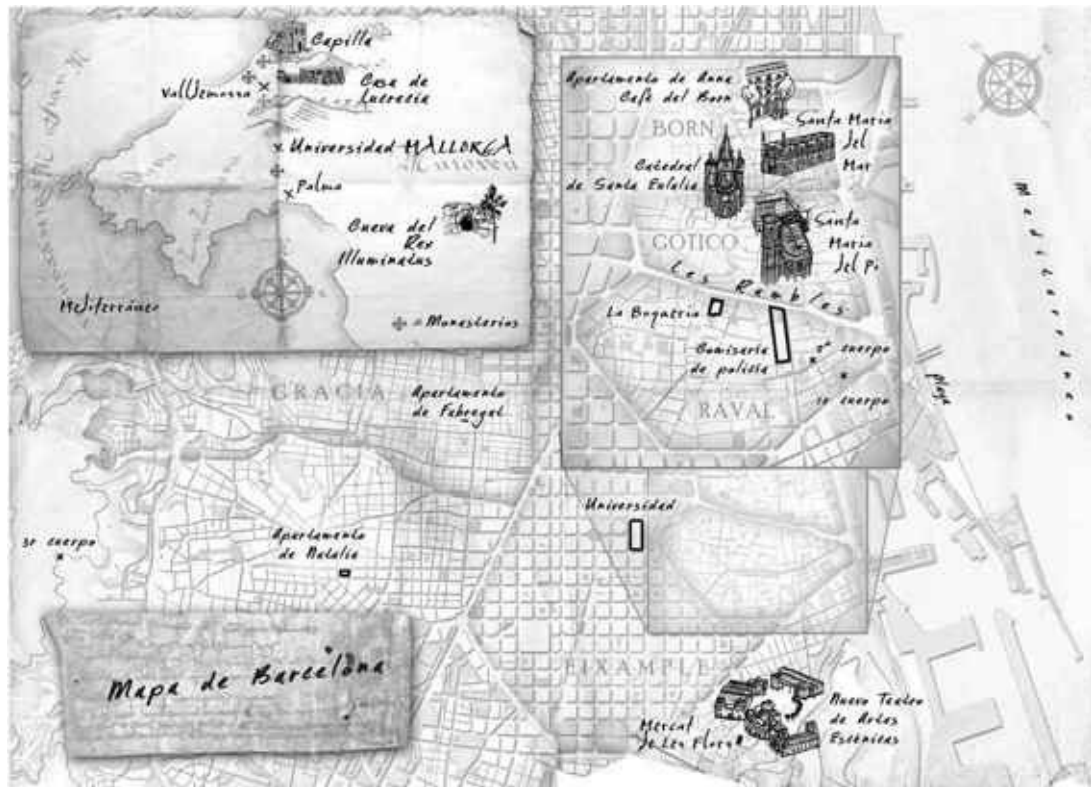
Titivillus 22.06.15

Título original: *The Serpent Papers*
Jessica Cornwell, 2015
Traducción: Julio Hermoso Oliveras
Ilustraciones de la portada: Jamie Whyte

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mis padres, Stephen y Clarissa,
y mi hermana Lizzie, cuya fortaleza no conoce límites*



**PRELUDIO
BOSQUE
2003**

Puede suceder que una joven en la flor de la vida se percate repentinamente de que se ha ido a la cama con el diablo. Y él dejará en ella una profunda marca. La boca de la joven quedará paralizada, incapaz de articular una sola palabra contra él, de pronunciar su nombre en cualquier idioma; él la observará siempre y dará testimonio en contra de ella bajo muchas apariencias. Ya has oído hablar de casos como éste. En ocasiones se aparece como un dragón, una gran bestia con escamas y garras de acero, aunque hay otros momentos en que prefiere el atuendo de un carnero, una cosa fea y desagradable con cuernos y pezuñas hendidas. Pero son más las veces en que viene como un hombre. La belleza es su paño favorito, su disfraz más apreciado.

Esta joven, en su caso, oye el sonido en sus sueños y de ahí que alargue la mano en su busca, pero él se ha marchado. Se da la vuelta en la cama, su cuerpo se niega a despertar, pero oírlo, lo oye: en la profundidad de la casa, un resuello amortiguado. Alcanza la bata que cuelga en la esquina del dosel de la cama; acomoda los hombros desnudos entre la seda, que se desliza por su clavícula, un pez koi naranja nada en su espalda. Descalza, se dirige a la puerta del dormitorio atándose a la cintura el fajín de seda de la bata. Oye música... *¿Música en el piso de abajo?* Él se ha ido, aunque su cuerpo ha tallado su peso en las sábanas. Ha debido de moverse con suavidad, como para no despertarla, pero aun así aquellos sonidos transpiran una curiosidad animal. Oye un llanto, y después una llamada repetida, como un quejido, y la aterra.

—*Maco...* ¿Dónde estás? —pregunta con aquel viejo apelativo cariñoso hacia el pasillo en negro. Pregunta de nuevo—: *Maco...*

No hay respuesta.

Es la casa particular de él, una especie de estudio de trabajo. Pasan allí los fines de semana, y con la luz del día aquello es muy bonito, a la sombra de un robledal, el terreno dividido por un arroyo y unos jardines laberínticos preciosos. Por la noche, la casa adquiere un aire distinto. A la joven no le gusta salir al exterior una vez que ha oscurecido, y le pide a él que cierre bien las ventanas. «Está demasiado cerca de la ciudad —le explicó ella la primera vez—. No parece tan seguro como estar de verdad en el campo». Ante lo cual él se rió y respondió: «Pero el bosque... el bosque es de verdad, sin duda». «Pero no seguro». Y ahí quedó todo. Cada noche transcurrida en la casa trae el ritual del cierre de puertas y ventanas. Ahora, con un vistazo al pasillo, las ventanas cubiertas con unas cortinas bien echadas, el aire cálido y quieto, no, no le

gusta que él se haya marchado.

—*Maco...*

Camina despacio por el pasillo alfombrado —paneles de teca a ambos lados, huecos recortados a modo de librerías, un asiento empotrado con cojines bajo una ventana— hasta la escalera. Todo impoluto, hasta el piso de abajo, a través de la cocina de gres con sus encimeras deslumbrantes. Cerámica del sur colgada de manera colorida en las paredes. Castillos azules y campos amarillos. Pinceladas gruesas. Unas ñoras secas atadas a la campana de extracción de humos sobre los fogones adquieren una tonalidad oxidada. Un embutido curado se airea en una cesta de mimbre. Tomates recién cogidos, listos para partirlos por la mitad y restregarlos por la mañana en el pan de ayer. Se inclina sobre la encimera de madera del centro de la cocina, hecha a modo de tabla de cortar. *Escucha*. Se ha dejado un disco puesto en el salón, un jazz de Harlem, notas densas y grandilocuentes... Pero ese sonido ahí sigue.

Ese sonido extraño y sobrenatural.

Lo escucha de nuevo. Un sollozo grave y amortiguado. ¿No será algún animal aullando a la noche, tal vez? ¿O quizá él, que se ha caído?

En la oscuridad, la joven avanza por un pasillo que se aleja de la cocina. Deja atrás el comedor, el salón para fumadores, hasta el lateral de la casa, que da al jardín trasero, los rosales y las azaleas. «Algunas de estas flores tienen cincuenta años», le contó él orgulloso cuando le enseñó por primera vez los terrenos; dejando caer la mano sobre la parte baja de su espalda, la empujó hacia adelante y se inclinó para morderle la oreja, y ella sintió la llamada de su poder, un opiáceo mezclado con el perfume de las rosas del jardín. La joven lo notó como la llegada de una brisa, el cambio que tanto había deseado, allí, entre setos y jardines, los muros de piedra que se desmoronaban, las fuentecillas y las peonías trepadoras.

Procedente del salón, el sonido es más fuerte, más claro, sus pies no hacen ruido sobre el suelo, y ahora camina con precisión, los sentidos a flor de piel: ¿*Dónde es?* ¿*Dónde está?* Hay una luz encendida en el taller, el espacio a modo de estudio para hacer ejercicio que él le ha cedido para que trabaje la coreografía. «Quiero que te sientas libre aquí, que bailes. Me encanta verte bailar». Forró la habitación con cuatro espejos y montó unas barras en las paredes para que ella las utilice cuando se quede con él.

La luz enmarca las ranuras de la puerta, una costura de oro en puntadas de oscuridad que se vierte sobre los dedos de sus pies. La han dejado apenas entornada. Siente una brisa, se preocupa: ¿alguna ventana abierta en alguna parte?

—*Maco...* —pregunta ella—. ¿Estás bien?

Pero él no está allí cuando la puerta se abre.

Las manchas son marrones. Pintura derramada sobre el bambú claro. Percibe las gotas como unos patrones iridiscentes, una tos ronca que en sus oídos atruena más que cualquier tambor, explosiones de pólvora que mueren en un golpe sordo y apagado, los fuertes latidos de su corazón cuando las marcas marrones se convierten

en un charco de sangre; ve las refracciones de una carnicería restregadas contra los espejos del taller. Un leve olor rancio, *pescado podrido y orina*; la mujer se encuentra de pie sobre la criatura quejumbrosa, los pechos de la chica apenas formados; las manchas viscosas en su piel como el jugo de una granada, siguiendo las venas hinchadas a lo largo de su cuello, resbalan desde su boca hacia el orificio de la oreja. Se queja, se ahoga y se atraganta, pero no puede hablar; su cuerpo sufre el movimiento de aquel sonido, aunque su mente la ha abandonado. Ha caído, tratando de cubrirse el rostro, y allí descansa, las manos desesperadas por ocultar su desnudez, los ojos cerrados, lágrimas que descienden por sus mejillas. La mujer cae de rodillas junto al cuerpo de la niña. La empuja sobre el costado para que no se asfixie con la sangre, le coloca el rostro hacia adelante y la abraza mientras la niña gime, con el cuerpo demasiado inerte para luchar; la sangre mana de su boca y cae al suelo reluciente de bambú reflejada en los cuatro espejos que rodean el taller. Aparta el pelo del rostro de la niña e intenta limpiar la sangre, pero el daño no parece tener fin. Un trozo de carne, cercenado por la base y desechado al margen. La lucidez sobreviene con una arcada nauseabunda. *El monstruo le ha cortado la lengua*. Oye movimiento a su espalda. Puede sentir cómo sus ojos se posan sobre ella.

—Llama a una ambulancia —exige ella, sin darse la vuelta.

—¿Por qué?

—Llama a una ambulancia ya.

—Quería mostrártelo —dice él desde la puerta, secándose las manos con un paño de cocina—. Lo que hago. Es una forma de arte, querida mía. Es un arte.

LIBRO PRIMERO FRAGMENTACIÓN



¡Oh, Febo! ¡Oh, rey pitio! ¡Bramó y protestó Filomela! ¡Oh! ¡Sí, lloró! ¡Oh! ¡Oh!
Cuando escuchó el éxtasis de la golondrina atrapada en las vigas del tejado de palacio
y conoció la dureza en su pico. ¡Oh! ¡Oh! ¡Él me ha silenciado! Sin embargo, una vez
allí suspendida en el cielo, Apolo se apenó y dijo: «Ave antaño virginal, escribe tus
lágrimas en las hojas de roble del extremo del bosque. Busca a las llamadas sibilas,
pues ellas conocen la oscuridad y conocen la luz, y nada les es desconocido entre
todo cuanto otrora fue y todo cuanto entonces será». Y así se dice del ruseñor que
anida cerca de ciertas grutas, y de la Sibila que conoce el canto de estas Aves.

REX ILLUMINATUS,
Historia alquímica de las cosas, 1306 d. C.

I
ISLA

En la sala de clasificación del extremo opuesto del claustro, el bibliotecario introduce un código de seguridad. Se apresura al pasar ante un archivador de teca rojiza, cajones del tamaño de una sola tarjeta, y reduce el paso, respetuoso, al atravesar la sala de lectura pública. Hay una estatua de mármol negro de un anciano que sostiene un libro, situada junto a la Virgen y una urna de peltre. Estanterías de roble forradas de lomos estropeados desde el suelo hasta el techo. Una balconada superior a la que se accede por una serie de escalones desvencijados donde se puede llegar más alto apoyando una escalerilla contra los libros. Detrás de esto hay una segunda puerta que conduce a un sanctasanctorum. El sótano cerrado con llave donde guardan los manuscritos medievales de la abadía. Se detiene con brusquedad ante el puesto de limpieza.

—Tienes que lavarte las manos —dice el bibliotecario—. El libro es muy frágil.

Hago lo que me dice.

Los ojos del bibliotecario parecen vidriosos y húmedos en el borde de los párpados detrás de unas largas pestañas como las de un cervatillo. Tiene las mejillas ajadas y el pelo alisado sobre el cuero cabelludo. En su dedo anular, una simple alianza de oro. En la otra mano, el sello de una buena familia, emblema de obsidiana contra el *tweed* y la camisa azul de rayas. Cuando termino yo, él sitúa las manos bajo el agua hirviendo. *Un ritual constante*. Percibo su olor, el incienso y el jabón fresco. El bienestar no le ha causado sufrimiento. Admiro la línea de sus hombros mientras me abre paso; cuán fuerte debió de ser en su juventud, cuando levantó este lugar tal y como él me contó en su día, cuando sacaron los animales de estas dependencias medievales, reubicaron la mula, el buey y a quienes se habían metido allí a vivir, y reconstruyeron la abadía; este hombre se siente sin duda orgulloso de su vida mientras comparte su secreto conmigo.

El sótano no es amplio ni espacioso. Es incómodo, frío y húmedo, no muy distinto de una sala de interrogatorios. Una temperatura poco adecuada para la conservación de libros, dejo escapar un suspiro, pero al menos la luz no es perjudicial. Un deshumidificador zumba ruidoso en la entrada, vano intento de solucionar la humedad del aire. Unas bombillas eléctricas deslumbrantes proyectan un velo desagradable sobre el mortuario de recuerdos sin sentido, una colección personal de lo antiguo y lo mundano en la abadía. Cuitas y delincuentes de poca

monta. Libros de contabilidad e inventarios de trigo. Algunos, más grandes que un atlas; otros, más pequeños que un diccionario de bolsillo. El volumen que examiné la semana pasada —con cierta irritación— consistía en las compras para las festividades desde 1468 hasta 1532. *1487... Compra de dos trompetas y un sonajero, doce reales.* Todo etiquetado con números. Pares binarios con un centímetro de separación. *12 15 34. 76 85 19.* Por encima de esto, una forma más antigua de notación, desvanecida sobre la piel. No están en las mejores condiciones, ninguna de las dos, pero yo no soy responsable de ellas. Se lo podré decir al bibliotecario una y otra vez, que la vitela es un material orgánico, hecho con la piel de un animal, y que cuando se estira y se seca en su producción se extiende siguiendo las líneas del cuerpo del animal. El pellejo nunca olvida la forma de sus músculos, la situación de sus patas, corazón y cabeza, lo que provoca que el pergamino se arrugue. La tensión natural de la piel define la tensión en cada página, de modo que, cuando el pergamino se calienta, se enfría, se humedece o se seca en exceso, se mueve. En este sentido, los libros están muy vivos. Los restauramos aplicando calor y una presión suave, relajamos las pieles y les permitimos liberarse de recuerdos traumáticos. *Hay que tratarlos como criaturas que respiran, no como las calaveras de un osario. Los daños al exponerlos a los elementos.* El deshumidificador es aceptable, pero no basta.

El bibliotecario se acerca nervioso. En el centro de una pequeña mesa de trabajo, una lámpara pende sobre dos triángulos de madera que sujetan la cubierta de un manuscrito abierto, hinchado y empapado de agua. Me quito el abrigo y lo dejo sobre la silla con el respaldo pegado a la pared. Me quito el pelo de la cara con unas horquillas. Al percibir mi expresión, los hombros del bibliotecario se hunden.

—Los primeros cuadernillos son parte de un libro de horas —dice él—. Pero el estilo cambia aquí de forma abrupta.

—Ha estado congelado. —*Mira cómo se encharca el agua.*

—Lo encontraron en la nieve. —Juguetea compungido con los gemelos.

—¿Y no se te ocurrió enviarlo directamente al Departamento de Conservación? Javier, no deberías haberme llamado para que viniese hasta aquí.

Un bufido surge de golpe de entre sus labios.

—*¡Mea culpa!* —Se postra—. ¡Al recibir el manuscrito me quedé petrificado por la tragedia! No fui capaz de pensar con claridad, el golpe me sacudió en lo más profundo del corazón. Estuve rezando durante una hora antes de poder actuar: me perturbó tanto lo que había encontrado...

Se estremece bajo el *tweed*.

—Somos los primeros testigos... —El bibliotecario alarga la mano y pasa las páginas.

Su dedo nudoso se desliza hasta la esquina opuesta.

—Han destrozado el libro. Muy crueles —se lamenta el bibliotecario—. Han sido muy crueles. Ven, mira, allá donde han cortado, la mano es de un pergamino diferente... —El bibliotecario observa el libro con los ojos entrecerrados y acerca la

nariz al manuscrito—. ¡Se lo han llevado todo excepto una simple hoja!

Hojas cortadas con prisas y herramientas modernas. Cortes limpios. Nos quedan los restos de la carnicería. Una página dorada, las otras amputadas. *Un tocón rígido y brutal en el corazón mismo del manuscrito.*

—¿Me equivoco? —El bibliotecario jadea—. ¿Hay griego? Ahí oculto, debajo del oro, ¿no? ¿Me habré imaginado las letras, quizá? Los ojos..., la vista me engaña... ¿Puedes... me puedes decir lo que ves tú?

Un fantasma. Apenas visible en la página.

Miro más de cerca.

¿Es eso una alfa? ¿Una omega? ¿Leves borrones de caligrafía reconocible? ¿Debajo de la escritura gótica en latín? Mis ojos devoran la lectura, la boca abierta, puedo sentir el peso cada vez mayor de la lengua, que recorre las letras. Parpadeo y vuelvo a mirar. Y entonces la atrapo. La prueba definitiva: «Rex Illuminatus». Un nombre que vi escrito por primera vez en los márgenes de un libro de alquimia descubierto en Londres en 1872 gracias a una subasta privada en Kensington. El libro en sí se había publicado en Leipzig, una reedición de la obra *De la gran piedra de los antiguos sabios*, del alquimista germánico Basilio Valentín, acompañada de una serie de ilustraciones alegóricas titulada *Las doce llaves*. En la undécima llave, un entusiasta de la materia ha garabateado: «Y tal fue la transmutación lograda por el inmortal Rex Illuminatus». Y una flecha apunta hacia la máxima de Valentín: «Basta retirar de tus ojos el velo de la ignorancia y contemplarás aquello que muchos han buscado y pocos han hallado». En la página que tengo delante, allí de pie junto al bibliotecario de la abadía, veo su firma en pan de oro pintado sobre la imagen fantasma de unas letras griegas. *Restos de un palimpsesto Illuminatus.* Una caligrafía realizada encima de otra. Las huellas rojas de un venado en el barrizal. Viejas palabras, lechosas y medio olvidadas, túmulo amortajado en oro.

—Estás un poco pálida —dice el bibliotecario, que me acerca una silla.

Remángate. Ajusta la luz que tienes encima.

—Tenemos que estabilizar el pergamino. —Maldigo el temblor de mi voz, la sequedad. Desenfundo la cámara de mi bolso. *Sin flash. Captura tan sólo cuanto hay ahí. Regístralo todo*—. Picatrix vendrá y se llevará el libro al Departamento de Conservación de la Universidad de las Islas Baleares. Será necesario secarlo del modo apropiado; allí contamos con las instalaciones adecuadas.

Unos abanicos de moho violáceo engullen los márgenes dorados del libro y se extienden como la peste en el corazón de las letras. Una sola iluminación, pequeña, con texto debajo, un leve rayado en la página bajo los caracteres... Florituras mallorquinas, hecho en la isla. *La escritura se pierde. Pigmento friable de verdín, levantado en ciertas áreas, además de una exposición reciente al agua.* Se me viene el alma a los pies. *Húmedo, estado bastante crítico, el hielo se ha fundido con facilidad.*

—Habrà que hacer algún papeleo: permisos, formalidades legales. Me quedaré

aquí con el manuscrito hasta que dispongamos del medio de transporte adecuado. Una vez que nos lo hayamos llevado a nuestro departamento, tendrás acceso continuo durante el período de conservación, y te llamaremos para que nos ayudes a documentar dónde y cómo se encontró este libro. Aunque el libro abandone este lugar, eso no significa que vayas a despedirte de él para siempre. Cuando hayamos terminado con él, te lo devolverán.

Prosigo con el examen.

—Retirar la humedad puede llevar cinco o seis días..., si no más...

Quemaduras por los bordes del bloque del texto, y cera..., cera de abeja..., no es sebo..., salpicada por toda la vitela, así que es probable que estuviera guardado en una iglesia, o en casa de una familia acomodada. Profunda infección bacteriana: encuadernación de piel de oveja en proceso de deterioro... Siglo XVI, tal vez XVII, tablillas de madera, una rota. La hebilla ornamentada y el cierre sugieren que pertenece al período barroco, estampación dorada en la cubierta... Diseños minúsculos. Pergaminos en bifolio, mucho más antiguos, bruñidos por ambas caras, resaltados en oro y tinta ferrogálica..., arrugado de forma bastante seria, los taninos de la cubierta de cuero han manchado las primeras y las últimas páginas del libro. Allí donde se encontraba, estaba desprotegido y sin estabilizar. Mucho frío en invierno, y mucho calor y humedad en verano. Faltan las páginas más valiosas, robadas, se supone. En general, un desastre, suspiro.

Aunque confío en otras cosas.

No le digas lo que es.

El nombre me da vueltas y más vueltas en la cabeza.

Aparco el coche justo al norte del pueblo de Valldemossa, por el camino oriental que va a la ermita de la Santísima Trinidad. Se han llevado el libro a la universidad, pero he declinado la oferta de ir con ellos. Lo tratarán los químicos, el supervisor. Gente con la formación apropiada. Los médicos de los libros. Los cirujanos. Las máquinas, pigmentaciones y sustancias químicas adecuadas. Los escalpelos y humidificadores, imanes y pesos idóneos. Camino con enfado, quemando la energía.

Llegar tan cerca, tan sólo para perder lo más valioso. Pienso en Harold Bingley, calentito en su oficina londinense de Belgravia. *Somos vecinos de la reina, aquí en Picatrix.* Una situación idiosincrásica para una oficina, lejos de las bibliotecas y de los museos importantes, pero la preferida por el hombre que nos financia, dado que es la más cercana a su hotel favorito, aunque nosotros no lo vemos. Sólo Harold Bingley goza de tal privilegio. ¿Qué pensará? *Hemos localizado el objeto exacto que usted ha estado buscando, sin mérito ninguno por nuestra parte.* Una tormenta insólita, una vieja iglesia, un grupo de monjes que encienden un fuego y encuentran un libro que por casualidad resulta ser el palimpsesto que andábamos persiguiendo: *Nada de cuanto has hecho es digno de elogio.* Me imagino al hombre que recibirá esta información. *Han recuperado el manuscrito, señor, pero el palimpsesto Illuminatus no está. Lo han robado. Ha desaparecido. Se ha perdido.*

¿Se enfadará?

¿Estará animado?

¿Sentirá esta misma frustración violenta?

No sé nada de él, aunque abundan los rumores. *Es un inversor texano de capital riesgo, un norteamericano; en Nueva York, el tío financiaba el Metropolitan. Me han dicho que era un catedrático de Historia Antigua que recibió una inmensa fortuna heredada de su mujer brahmán recién fallecida. No, no, no, Picatrix es un ingeniero israelí de una start-up que vendió su plataforma a Google por tres mil millones..., obsesionado desde un principio con coleccionar los cuadernos de alquimia de Isaac Newton, va a la caza de las fuentes que estudió este físico inglés.* Hablamos de él sin conocer más que el tamaño de su cartera, que es inmensa, y sus convicciones intelectuales, que —por raro que se le antoje a una— parecen discurrir en paralelo a las mías. Y ahora me cuento entre los miembros del equipo del señor Picatrix. Le doy un puntapié a la nieve. No tengo nada que lo demuestre, salvo un libro mohoso al que

le faltan páginas.

Entré en Picatrix hace dos años, una tarde de aguanieve. Esa luz titubeante propia de Londres en octubre. Me convocaron a un gran café en el distrito de St. James, en Piccadilly. Mármol blanco y negro deslumbrante en diseños geométricos, columnas suntuosas en laqueado japonés. Techos abovedados. Teteras eduardianas al estilo de Jorge III, destellos de plata. Peinados de peluquería y gemelos de oro. Michael Crawford, catedrático de Clásicas y archivista de la biblioteca de colecciones especiales de la Universidad de Stanford, llegó a la hora fijada acompañado de un caballero adusto y trajeado. Crawford, hombre de ademán dinámico y palabra amable, cómodamente asentado en los sesenta y tantos. Un leve deje del Medio Oeste. Mentor de mi época de estudiante universitaria. Especialista en imágenes multispectrales, papirólogo. Su amigo, enjuto y nervudo, por así decirlo, tiene tan pálida la piel de las mejillas que podía verle el azul de las venas.

—Le presento a Harold Bingley, subdirector de Picatrix —dijo Crawford.

—Un placer conocerlo. —Extendí la mano.

—Lo mismo digo —ceceó Bingley.

Dicho aquello, llamaron al servicio.

—Día endemoniadamente desapacible —observó Bingley mientras Crawford le decía a la camarera:

—Nada de té para mí, yo tomaré un zumo recién hecho. ¿Pomelo con jengibre? ¿Alguien más?

Pedí con diligencia y oculté los zapatos bajo la mesa. Zapato bajo de cuero. Me los había puesto todos los días. Los cordones deshilachados. Agujeros en un lado, costuras abiertas. Salpicados de barro. «Desgastados por el uso» sería la forma cortés de calificarlos, pero estaban destrozados. Se agudizó mi ansiedad. La manicura sin hacer, ni rastro de maquillaje. *Voy a ser transparente para ellos.*

—¿Le gusta su investigación actual? —me preguntó Bingley.

—Mucho.

—¿Y su trabajo con las universidades? ¿Estimulante?

Hice una pausa. Cualquier respuesta afirmativa sería una mentira.

—No.

Harold Bingley garabateó en un cuaderno que había sacado.

—La novedad es buena para el alma. Un estímulo, lo mejor de todo. ¿No le parece, Crawford?

—Sin duda lo es —contestó Crawford.

Me preguntaron entonces si tenía alguna pregunta. *Picatrix está financiada por un multimillonario. ¿Supondría eso una limitación?*

—¿Cómo es trabajar para un jefe anónimo? —pregunté.

Bingley frunció el ceño.

—¿Cómo manejan la presión? —me empeciné yo—. ¿No tienen la sensación de hacer concesiones, intelectualmente hablando? En cuanto a los parámetros en que se

mueven ustedes, quiero decir.

—Yo prefiero verlo como un privilegio —respondió Bingley con desdén.

—¿Y qué hay del hombre en sí?

—Nuestro fundador es un individuo bastante secular. No se casa con nadie. Su objetivo es la restauración y publicación de manuscritos perdidos, en particular las obras maestras literarias y científicas de la Antigüedad que nos faltan... cuya desaparición él considera una de las mayores tragedias de la historia. Es un paleógrafo convencido.

—¿Describiría Picatrix como una organización secular?

—Con absoluta sinceridad.

—Y, si yo trabajase para ustedes, ¿no restringirían mis áreas de interés?

—Al contrario, señorita Verco, nosotros las financiaríamos.

¿Que vosotros qué?

—¿Todas ellas? —tartamudeé.

—Dentro de lo razonable. —Se volvió hacia Crawford—. ¿Está seguro sobre ella?

No inspiraba yo mucha fe.

Crawford asintió con aire de complicidad.

—Es una de las mejores que tenemos, Bingley. Yo no les traería nada menos.

Bingley tose con delicadeza sobre un pañuelo de lino.

—Ésta es nuestra oferta, señorita Verco. No tendrá una segunda oportunidad. Nuestro equipo es de élite. Nos encontramos en la situación única de poder reunir a los cerebros con los que deseamos trabajar. Picatrix confía en su inteligencia, y, si usted demuestra su valía sobre el terreno, nosotros la acompañaremos allá adonde se dirija. Bien, dado que se trata de su entrevista, me corresponde hacer preguntas. ¿Cómo se describiría a sí misma?

—La acabas de dejar sin respiración, Harold —se rió Crawford al otro lado de la mesa.

Harold Bingley esbozó una leve sonrisa.

—¿Por qué tanta timidez, señorita Verco? ¿Dónde reside su pasión esquiva?

Me subo el cuello de la cazadora para protegerme del frío en el camino de Valldemossa a la ermita de la Santísima Trinidad. Los monjes me van a enseñar dónde encontraron ese maldito libro. Ahora. Hoy. *Ve más deprisa*. La lluvia se ha convertido en nieve, y el viento la acumula ligeramente. El trayecto no es muy largo, y el frío me ayuda a despejarme la cabeza con la garganta envuelta en una bufanda y un gorro bien ceñido sobre las orejas. Los dedos desnudos en los bolsillos. Los autobuses pasan volando y rugen montaña arriba entre bamboleos por una carretera de un solo carril. Me desplazo con rapidez y me dirijo hacia Deià, donde el camino se bifurca, hasta que oigo el claxon de una camioneta a mi espalda.

—*Bon dia, nena! Com estàs?* —me dice a voces el agricultor, la nariz roja e hinchada, dando golpes con la palma de la mano sobre el lateral de su furgoneta *pickup*, con el brazo por fuera de la ventanilla bajada—. ¿Adónde vas?

Le digo que voy caminando a la ermita.

—*Anem-hi!* —grita—. ¡Sube! Hace mucho frío para ir andando.

En la furgoneta, el campesino charla despreocupado.

—¿Te has enterado? ¡Un rayo ha caído en la capilla! ¡En plena noche! ¡Un incendio en la ladera!

Escucho al hombre, que me pregunta por la casa, por nuestro jardín, si mi Francesc le puede echar una mano con las rosas de su mujer. Asiento. *Francesc tiene buena mano para las plantas. Francesc tiene unas manos grandes.*

—¿Hoy no has ido a la universidad? —pregunta el agricultor—. Esta mañana he visto a tu marido, que bajaba en el coche.

—No. —Hago un gesto con la cabeza. *Soy una mujer libre.*

—Hacéis buena pareja —comenta el hombre mientras giramos hacia la montaña. Se fija en mis dedos agrietados—. Con este tiempo, deberías ponerte guantes.

Aquí, en la sierra occidental de Mallorca, el bosque asciende desde el mar. Campos ocultos poblados por olivares y ovejas moribundas; un camino sin señalizar parte de la sinuosa carretera de la costa y atraviesa los azulados bosques, arteriales. La camioneta ruge y chirría con los retrovisores plegados, y mi chófer contiene la respiración al pasar muy justos por una estrecha abertura de piedra. Un monje vestido con atuendo de peón nos saluda mientras alimenta su rebaño; tiene las manos recubiertas de un polvo del color del pimentón. Los dientes, escarpados como los

Pirineos; nos informa en el antiguo dialecto mallorquín sobre el nacimiento de los corderos de este año. *Aquí no hay un solo hombre por debajo de los cincuenta*, pienso para mis adentros. *Estos monjes son una especie en extinción*.

Mientras espero la llegada del hombre que encontró el libro de horas, me apoyo en un murete de piedra. Los ojos divagan por los jardines, las huertas y las colinas. Reconfortada por la naturaleza. Por el mar.

Mezclada con el viento, la voz de Harold Bingley se abre paso y llega hasta mí. Regreso al grandioso café de Londres. Lágrimas de luz colgadas del techo. Ébano e incrustaciones de oro. Salmón y caviar. Bingley se sirvió otra taza de té a través de un fino colador de plata. Le dio un mordisco a un canapé alargado y dejó escapar un leve murmullo de placer. *Divino*. Se limpió las comisuras de los labios con una servilleta y mucha delicadeza.

—Me ha dicho Crawford que es usted una especie de experta en nuestro campo. Una de entre la selecta minoría que cree que el imitador de Ramon Llull era de carne y hueso.

—Las pruebas de la existencia del alquimista Rex Illuminatus son irrefutables.

—Una afirmación muy atrevida por su parte.

—Porque es la verdad.

—Entonces, le resultará de un profundo interés lo que tengo que contarle.

Bingley mostró una sonrisa cómplice.

—Un filósofo del siglo XIII escribe fórmulas de alquimia en una serie de códices griegos siguiendo la tradición de *El libro de la luz*, del alquimista franciscano Juan de Rupescissa, y crea un palimpsesto cuya naturaleza resulta notable por dos motivos. Primero, porque la obra en latín parece que está firmada nada menos que por Rex Illuminatus, lo cual la convierte en el primer fragmento original de puño y letra del Iluminado jamás descubierto. Segundo, porque, señorita Verco, el texto griego de la escritura inferior recuerda a los hallazgos del sexto volumen de los códices de Nag Hammadi. Nos encontramos, sin duda, ante un poema helénico, presumiblemente compuesto en Alejandría en el segundo o tercer siglo de la era cristiana, copiado en pergamino por un amanuense posterior, sobre el cual Illuminatus escribiría después en el siglo XIII. Tenemos conocimiento de este libro porque poseemos una de sus páginas gracias a la más inusual serie de circunstancias.

»Un regalo de la *casualidad*, señorita Verco, puro azar. Ese elemento efímero que es el motor de nuestra industria. Hace varios meses, un colega investigador de la Universidad de Oxford presentó una serie de citas de la obra de Rex Illuminatus a las que se hacía referencia en unos cuadernos de laboratorio escritos en Londres por el alquimista norteamericano Ireneo Filaleteo, en 1657. Estas notas contienen fragmentos traducidos de un texto que parece ser cuatro siglos más antiguo, extractos

de un libro mágico conocido por los escolásticos medievales como *La crisopeya de Mallorca*. Estas notas de laboratorio vinculan la autoría de este libro con un catalán misterioso que vivió en la abadía de Westminster al amparo del abad Cremer y de Eduardo III, entre 1328 y 1331, individuo que no puede ser otro que el alquimista Rex Illuminatus. —Bingley hizo una pausa—. ¿Ha oído hablar de esas notas de laboratorio?

—Sí, pero no he tenido acceso a ellas.

—Eso lo podemos arreglar nosotros. —Bingley hizo un garabato en su libreta—. Se dice que los cuadernos de laboratorio fueron compilados y archivados en la biblioteca Bodleiana por un joven estudioso inglés en 1829, un tal Charles Leopold Ruthven, quien a continuación publicó la historia del extraordinario hallazgo en un monasterio indeterminado de Mallorca. Narra el descubrimiento de un palimpsesto cosido en el interior de un evangelario iluminado. Arrebatado por la calidad de aquellas iluminaciones y por la extraña condición de los rezos, a un tiempo apocalípticos y alquímicos, Ruthven cortó una página del libro y regresó con ella en secreto a Oxford, donde se realizó una serie de estudios con la esperanza de revelar la naturaleza de las letras griegas escritas en sentido vertical por debajo del texto en latín, en horizontal. Ésta es la página que ahora tenemos en nuestro poder. ¿Qué era aquel libro que Ruthven vio en Mallorca? Hemos pedido a nuestros amigos de la universidad que investiguen. En un listado de obras de la diócesis de Mallorca de 1825 había un volumen titulado *La crisopeya de Mallorca* que databa del año 1276 de nuestra era. En 1835, cuando se publica otro listado, el libro desaparece de los registros. Tenemos razones para suponer, señorita Verco, que robaron el libro poco después de la visita de Ruthven al monasterio.

El eco de su voz resuena en mi interior.

—Se trataba de una obra de una belleza cautivadora. Un libro mágico, una capa de historia sobre otra. El valor del manuscrito, de existir aún, sería de varios millones, la adquisición ideal para un comprador privado. Ahora bien, si el libro saliese a subasta, correría el riesgo de desaparecer del acceso público. El comprador siempre controla su compra. Lo mismo podría decirse de una reclamación por parte de la Iglesia; de caer en las manos de ciertos miembros de la archidiócesis, puedo garantizarle que el palimpsesto Illuminatus jamás vería la luz. Obviamente, ninguno de los dos casos sería lo ideal. Como empresa filantrópica, a mi benefactor le gustaría evitarlos si fuera posible, de ahí que la hayamos llamado, señorita Verco. Necesitamos un investigador. Un buscador de libros. Sus colegas la han descrito como una mujer renacentista, y sus críticos como una persona impulsiva e impetuosa. Dadas sus peculiares habilidades, nuestro benefactor pretende hacerse con sus servicios. Le gustaría que se marchase usted a Mallorca durante uno o dos años, tal vez más. Que trabaje con nuestro personal docente en la Universidad de las Islas Baleares y que elabore un inventario de todos los manuscritos de los monasterios y las abadías de la sierra de Tramuntana. El trabajo preliminar ya está en marcha. La

diócesis local ha accedido a colaborar, al igual que nuestros socios académicos. Si llegásemos a encontrar algo valioso, tendríamos a las más altas instituciones a nuestra disposición, a las mentes más brillantes, los mejores laboratorios. Tal es el poder de Picatrix, señorita Verco. Lo cual me lleva de vuelta a la página del palimpsesto que se conservó en la colección de Ruthven. Él no contó con la tecnología para leer el subtexto griego..., pero nosotros, hoy, sí podemos.

Harold resplandeció y se volvió hacia su colega:

—Michael ha sido un recurso inmensamente valioso en Stanford. Nos ha puesto en contacto con el Linear Accelerator Center y el Synchrotron Radiation Laboratory. Gracias al uso de la luz sincrotrón para captar las trazas de hierro de las tintas ferrogáficas sobre el papel, hemos conseguido acceder al universo submicroscópico de la página.

Harold extrajo un ordenador portátil de su maletín.

—Bien. ¿Por qué no le echa un vistazo usted misma?

II

PALIMPSESTO ILLUMINATUS

Hoja suelta – verso y recto
Texto griego de la escritura inferior según traducción de Picatrix

Londres, 2012

Me habéis llamado
la Tres Veces Grande,
la del Doble Rostro,
Lengua Bífida.
Me habéis llamado
la Voz del Diablo,
la Bendición de Eva,
la Semilla del Buitre,
Piel de transgresión y su Pecado, el de ella,
el Silencio que en Canto se expresa.
Soy la Reina Pordiosera que destierra Monarcas
con ciudades de plata sobre sus hombros,
la que deshoja rosas y violetas,
lirios, jacintos y narcisos,
la que cosecha el azafrán de primavera
y habita en lo profundo.
Yo os congregué como si estambres fuerais,
y devoré las semillas del verano y parí el frío del invierno.
Mis lágrimas formaron ríos y océanos,
mi vientre, el mundo escalonado,
y estoy vacía, sin embargo,
¡Partenógeno Eterno!,
que a sí misma se crea y a sí misma se destruye,
Sabedora e Ignorante,
soy la olvidada y soy la omnipresente.
Alfa y Omega.
¡Oh!
¡Babilonia me llamasteis!
En polvo me desmenuzasteis.
¡Polvo!
Con orgullo lo sobrellevo.
Digo que soy el Cimiento.

Raíz de vuestra raíz.
Barro de vuestro barro.
Soy la Luz que os Elevó al *Saber*
y soy el Trueno,
el Rayo Perfecto,
soy la Tormenta del Silente y soy el Alfabeto de las Aves,
soy el Llanto de la Oscuridad y soy la Escucha.
Soy la Sagrada Senda que llamáis Conocimiento,
y soy la Senda de la que abjuráis por Impía.
Soy eterna y soy efímera,
soy vuestra Madre,
y soy vuestra Hermana,
soy la esposa de vuestra esposa,
y soy la puta de vuestra puta,
Polvo de vuestro Polvo
y Ceniza de vuestra Ceniza.
Soy los esponsales de la Luna y el retoño de la Virgen.
El Acero Victorioso y El Espíritu de la Insurrección.
Soy la Lengua de la Sierpe y su Señora.

III

DONUM DEI

Las botas dejan en el suelo las huellas de unas garras, negros agujeros allá donde la goma ha aplastado la nieve. *Fuego y ceniza en el aire*. El humo de la chimenea de algún campesino. El camino, completamente congelado, se dispara entre el olivar. *Un viento frío como un dios nórdico, tienes hielo en la punta de la lengua*. El terreno desciende en una pendiente pronunciada cuando nos internamos en el bosque. Agujas de pino bajo nuestros pies, y montículos de nieve interrumpidos por los troncos negruzcos. Siento un escalofrío y me ciño más la cazadora, me subo el cuello y me tapo las orejas con la sensación de que se me acelera el aliento. *Mira cómo le cuesta abrirse paso. Y va mucho más rápido que yo*. Observo a mi guía: jersey grueso de cuello vuelto, abrigo de poliéster y los hombros encorvados contra el frío. Atruenas. El sol ya decae. Las nubes ominosas aplastan la luz.

—¡Señorita Verco! —me llama el monje Anselmo.

Un pino grande arrancado de raíz en el lado del bosque. Las ramas se contorsionan bajo la nieve, las raíces quedan expuestas. Venas congeladas.

—¡Esto lo ha hecho el viento! Anoche tuvo una violencia enorme. El vendaval se nos ha llevado tres robles.

—¿Y la capilla?

—Lo verá enseguida. —Silba entre dientes, la vieja llamada del pastor a las cabras, y camina más rápido.

Y otras cosas, también. Me sacudo la idea de la cabeza. *Concéntrate*. Mantengo los ojos puestos en el sendero. *No es nada*.

—Supongo que ha oído la tormenta —dice.

—Sí.

—¿Y ha dormido?

—No, no muy bien.

—Nosotros tampoco. ¿Le da miedo el viento?

Digo que no con la cabeza.

—Bien.

Anselmo se detiene en un claro entre los pinos vestidos de blanco. Su mirada recorre la fina línea de pizarra hasta una construcción deteriorada.

—Ya ve dónde cayó el rayo —dice—. El relámpago provocó un incendio, pero la nieve no tardó en apagarlo.

Unos palos de madera ennegrecidos apuntan al cielo; dos ranuras por ventanas, u ojos, a la altura de la primera planta. Las tejas desperdigadas parecen lápidas. Sobre nosotros, la tormenta se agría, hace acopio de cólera. Emborriona de hollín el mar.

—¿Es seguro esto? —pregunto; no me fío del techo.

—*Segurament* —asiente él—. *Caminem amb Déu*. —Caminamos con Dios.

Al agacharse para entrar en la capilla, sus movimientos son rápidos, bien engrasados. Mete dos dedos en la pila de piedra junto a la puerta. Hace una genuflexión y se santigua de la frente al pecho. Aguardo a su lado. *Escuchando*. Con el aliento en carne viva contra el frío.

Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur Nomen Tuum. Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea Tu Nombre. Los escombros del muro derrumbado cubren el presbiterio y el altar. Entra la nieve a través de la bóveda rota del techo. *Adveniat Regnum Tuum*. El púlpito tiene una capa de nieve en polvo. *Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra*. Reza de forma enérgica en la intimidad de una capilla diseñada para la meditación. Me apoyo en las piedras caídas y escucho el gruñido del viento sobre nosotros. Me aterrorizo por un instante. Oigo voces en el vendaval. ¡Grita la sirena! ¡Uno, dos, tres, asciende su aullido! ¡Por los acantilados! ¡Entre los árboles, en la aldea! ¡Un beso de oscuridad! El oro del sagrario brilla bajo la tierra negruzca y el hielo, medio aplastado. Un cordero sagrado sobre su trono, oscurecido por el polvo, carga con la cruz de san Juan. Seda blanca atrapada tras la pila. *Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Cristales en el suelo. *No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal*. Añicos de color dispuestos en patrones como si fueran poemas. Observo el sonido de sus palabras suspendido en el aire. *Amén*.

Cuando acaba, Anselmo camina hasta situarse bajo el lívido rayo de luz que atraviesa el tejado cerca del presbiterio.

—Lo encontré aquí, medio enterrado. Quién sabe cuánto tiempo ha estado oculto en los cimientos de esta capilla; ¿ochocientos años? ¿Más, quizá? Es un milagro que haya sobrevivido. Un *donum Dei* —añade en un susurro—. De haber más páginas ocultas, estarán aquí. —El viento hace rodar una piedra—. Aplastadas en este caos. Si no las encontramos hoy, los de las excavaciones vendrán en cuanto se calme la tormenta. —Me observa con mucha atención—. Me han contado que su técnica para encontrar cosas es bastante inusual.

No me molesto en responder.

—¿Le gustaría trabajar a solas?

—Es preferible.

Lucho para que el temor no me suba por la garganta y lo hago descender, siento que su peso se me asienta en la base de la columna vertebral. *No. No cedas. El viento gime como un alma en pena*. Anselmo señala hacia la grieta en el cielo:

—Comprobaré los daños en el muro exterior, sobre el acantilado. Tal vez algo se haya caído allí. Tenga cuidado. El estado de la piedra es muy frágil. Si el viento

aprieta, el techo se hundirá todavía más.

Una vez que se ha marchado, permanezco inmóvil. Descanso en la capilla vacía, con la mirada puesta en las nubes voraces. Con cada golpe de viento, el techo cruje y se queja como el casco de un barco a la deriva. Sin embargo, yo sólo tengo oídos para eso que es tan especial en mí. *Para el sonido del color. Para la melodía que produce un libro.* Aquí, entre las sombras y las grandes piedras, la argamasa y el barro oscuro, la ceniza y las vigas ennegrecidas, donde hasta el oro adquiere una palidez sin lustre, contrariado en su sino. *Escucho.* Primero, al viento. *Denso y violáceo.* Aguardo hasta ser capaz de sentir las páginas, de aprehender una forma que llama entre las piedras, que emana del oscuro corazón de esta capilla. Una sola imagen que emerge con las ráfagas, que se eleva de las rocas en la dorada forma de un ave.

El impulso me guía.

Ven.

Coloco las manos sobre el muro y voy palpando las grietas. Caigo de rodillas en el lugar donde se halló el libro y examino las losas. Se desprende una pasta espesa de nieve y tierra. Aparto la mano. Sorprendida. *Pelo negro.* Un mechón apelmazado que asoma entre la tierra. Me preparo. Miro más de cerca. *Casi humano. Equino, lo más probable, a juzgar por su longitud, o lana de oveja como aislamiento o para el atado.* Restriego con más fuerza.

Y, entonces, un huesecillo. Tengo hollín negro entre los dedos.

Emparedado.

Los medios tonos de una canción, indistinguibles del rugido del mar excepto por un timbre dorado. Un tañido brillante contra el gris oscuro del agua.

De entre las piedras, el hueso me devuelve desafiante la mirada.

Escuchando.

¿Escuchando qué?

El malestar empieza en mis sienes. Ese dolor agudo que me tira de la cabeza como un fórceps. *En algún lugar ahí dentro.* Aguardo la llegada del temblor zahorí, a la caza de una costura en el aire, un hilillo que atraviesa la capilla entre puntadas. *Descubrimiento en estado puro que sólo a mí me pertenece.* Avanzo, me meto en los escombros, pongo el pie detrás del altar, vuelvo atrás. La nieve desciende lentamente a través del techo, aterriza y se funde sobre mis hombros, pero ya no siento el frío, hipnotizada por el murmullo líquido del oro, esa calidez que parpadea entre las rocas. Una mena escueta, invisible a simple vista aunque *presente*, que me vincula a los viajeros solitarios, los monjes mugrientos, segundos hijos, campesinos y bibliotecarios monásticos que antaño hollaron estos campos. Hombres que se movían briosos al conducir las ovejas o al traer los últimos pedidos de vitela y piedra pómez, las herramientas corvas para raspar las cerdas y la grasa animal del pergamino; aquellos hombres que compilaban herejías ancestrales pero no podían quemarlas, por

amor a las palabras o por escasez de papel, y así las secaban a base de frotar, de vuelta a la vida, dejando palimpsestos que prometían no leer, un libro escrito dentro de otro, un texto por debajo de otro. Fantasmales fragmentos de Séneca y Cicerón, Arquímedes y Homero, reducidos a salpicaduras y borrones. En la era que dio forma a esta capilla, tales libros no eran objetos producidos en masa, ni tampoco historias de aventuras. Eran los mapas del mundo tal y como Dios los hizo. Las llaves de nuestro cosmos no entregadas al plebeyo. Eran sagrados testamentos de sentido. Eran heréticos o eran evangélicos. Sin término medio.

En un hueco bajo los crujientes maderos del techo, oscurecido por las sombras, introduzco la mano en las cavidades que hay debajo de las piedras. Me arrastro y avanzo. Centímetro a centímetro. Me tumbo sobre el vientre, me retuerzo hasta que la mano alcanza el objeto firme y carnoso que susurra desde detrás de la roca. Me muevo por instinto. Tiro con suavidad, no quiero que se me quede el brazo enganchado debajo de la pila, sujeto el peso con el hombro y tiro del objeto con una serie de golpes limpios, secos y sordos, hasta que se libera. En mi forcejeo, desde el otro lado de la consciencia, no puedo ver con claridad, encantada por el movimiento de la luz. *El breve y veloz paroxismo de su quietud.* Me centro en lo físico de forma gradual. Un peso pesado. Cubierto de polvo negro, sellado con una tira de paño y un viejo botón de carey. *Una respiración, dos.* Una corriente eléctrica me sacude los nudillos. Un latido. Justo detrás de las orejas. Barreras de sonido que emergen. El quejido de un dedo que resbala por el cristal, sabor a jerez, pan de ayer. Lo abro con delicadeza. Una franja negra de moho que danza fecundo y alegre alrededor de los bordes. Olor a patata húmeda y fría, el duro rascar de un plumín de metal torcido por un lateral, tormos de tinta sobre papel perlado, *corazón mío*, mis ojos vagan por la página. *Un deseo rápido. Irresistible. Puro.*

—Señorita Verco... —me llama mi guía.

Ciérralo de inmediato. Apriétalo contra tu pecho. Escóndete.

—Anna, ¿dónde está?

No respondo, agazapada contra las losas de detrás del altar con las rodillas empapadas en nieve. Me vuelve a llamar:

—¡Rápido, señorita Verco! La tormenta se nos ha echado encima demasiado deprisa. El viento nos va a barrer de la montaña.

El haz de luz de su linterna raspa el aire rancio. Se traga sus palabras. Me mira fijamente.

—¿Está loca? No se ve nada aquí dentro. —Su linterna alcanza mi rostro—. Anna, está cubierta de polvo.

—Me he caído —digo, y me sacudo la ropa. Me ajusto el peso de la cartera en el hombro y la deslizo por la espalda.

Anselmo frunce el ceño. *Fuera. Ya.*

Estamos de pie en la nieve. Su mirada se desplaza fugaz sobre mi puño apretado.

—¿Qué ha encontrado?

—Un hueso.

—Enséñemelo.

Dejo el fragmento sobre sus dedos enguantados.

—Animal.

—Tal vez. —Aguardo el momento oportuno—. Haré que Picatrix envíe un arqueólogo por la mañana. Querrán examinarlo. Nadie debe tocarlo hasta entonces, Anselmo.

Asiente y coloca el hueso en un pañuelo que tenía en el bolsillo de su abrigo.

—Les ofreceremos toda la ayuda que podamos, señorita Verco. Dentro de ciertos parámetros, por supuesto. —Desliza el pequeño fardo de tela en su bolsillo y le da un par de palmaditas—. La privacidad es esencial. Estoy seguro de que lo entiende. Confiamos en usted. Ha hecho un gran trabajo para nosotros, y ahora le devolveremos el favor.

Busco en la despensa una calabaza redonda de invierno, dos cebollas y una cabeza de ajo. *Canela. Azúcar moreno. Cebolletas.* Caliento el horno a 180 °C. La hoja de un cuchillo grande raspa la piel de la calabaza en busca de un punto de entrada. Cargo mi peso sobre ella, la parto por la mitad y después vacío el centro y guardo las semillas para tostarlas en el horno. Machaco el ajo con el lado plano del cuchillo y froto el diente sobre la pulpa de la calabaza. *Aceite de oliva, romero, sal marina.* Parto la cebolla y me escuecen los ojos, pero continúo, enérgica. Pasa una hora. Tal vez más. Intento no pensar demasiado. En la tabla de cortar hay dibujos que parecen conchas y hojas. Manchas que se han formado en el transcurso de muchos meses.

—¿Dónde te escondes? —vocea Francesc desde la puerta. Una corriente fría se cuela en nuestra casa, situada en el extremo del pueblo. Le contesto a voces que estoy en la cocina—. ¡Ya huelo el festín! —Francesc cuelga su abrigo en una percha junto a la puerta y deja el maletín sobre la encimera de la cocina.

Un hombre guapo, de mandíbula cuadrada y ojos brillantes de color avellana, barba corta y pelo castaño y espeso. Lleva puesto un gorro de punto de pescador para protegerse del frío. En la punta de su nariz asoman unas gafas, que se le han roto no hace mucho tiempo.

—No has vuelto por el laboratorio, ¿no?

—Estaba cansada.

Su rostro se acerca al mío.

—*Buscadora de libros sorteando el peligro en la costa de Mallorca* —bromea—. Ya veo los titulares: *Erudita descubre un evangelio antiguo en una iglesia destruida por un rayo. La isla santifica a la atea por sus contribuciones a la sociedad.* Lo que tú siempre habías querido.

Me río y lo aparto de mí.

Él me sujeta con fuerza. Sus manos me aprietan la cintura y me acercan aún más a él.

—¿Nada de cumplidos? —me murmura al oído—. *Querido, eres un genio.* Eso sería agradable...

Agradable. Huele a almizcle. Un olor agradable. Un olor encantador.

—Me he pasado el día trabajando como un burro en un laboratorio para estabilizar tu manuscrito, mientras tú retozabas por la ladera del monte, ¡y ni siquiera

te has pasado a ver lo que hemos hecho por ti! Me siento insultado, profundamente ofendido. Pero lo dejaré pasar. Sólo esta vez... Piensa en ello desde mi punto de vista. Anna Verco abandona al humilde-profesor-que-sacrifica-su-vida-y-su-integridad-física por resucitar un pergamino. *Las cartas llegan del Departamento de Espectroscopia de la Universidad de Barcelona y del laboratorio de Restauración de la Corona de Aragón: «Únase a nosotros...».* El profesor le pregunta a la buscadora de libros: «¿Vendrás conmigo?».

—¿Es cierto eso?

—Todavía no. Pero pronto lo será, algún día.

Lo beso en la oreja al apartarlo con suavidad.

—Se va a quemar la sopa.

—No sería la primera vez. —Me sube a la encimera, la espalda contra los armarios—. Cuéntame todo lo que sabes —dice—. ¿Qué encontraste en la capilla?

—Nada.

—¡Mentira! —bromea—. Nos enviaste un hueso, y no un hueso cualquiera, por cierto.

Me sonrojo.

—Una falange humana. —Sonríe radiante. *La última articulación de un dedo de una mano*—. No lo hemos datado aún, pero debe de ser del siglo XIII, enterrado más o menos en la época en que se construyó la capilla. Me imagino que sería de alguna vieja anacoreta. —Me vuelve a besar, cálida su lengua en mi boca—. Mañana empezaremos a buscar el resto.

Nunca he visto a nadie tan emocionado por un esqueleto.

—Ahora, lo más importante: tenemos vino, y tú has hecho la cena. —Se ríe y me suelta—: ¿Una copa para cada uno? ¿Un brindis? ¿Qué prefieres? No era capaz de decidirme por qué traer. Blanco o tinto... Todos me han preguntado en el mercado. Qué rápido se corre la voz en este pueblo. Todo el mundo quiere conocer los secretos. Ya he dicho que no hay ninguno. *Senyores, senyors, proclamo humildemente que ese bulto mohoso no es sino un libro viejo, nada más. No hay conspiraciones. Ni maquinaciones ocultas. Es literatura. Un palimpsesto.* ¿Me puede poner ya un poco de *sobrassada*, dos botellas de vino y una bolsa de manzanas, por favor?

Francesc vacía su bolsa. Las botellas tintinean sobre la mesa de la cocina.

—¿Un palimpsesto? ¿Es una palabrota? Eso me ha preguntado una señora mayor que estaba comprando el pan. *No, señora, es mucho mejor: dos libros en uno.* Dicho eso, me he marchado.

Observo cómo saca una tableta de su cartera de trabajo, junto a una carpeta de cuero con papeles, recibos sueltos y un bolígrafo mordisqueado. Coge un sobre de la carpeta y me lo entrega.

—Esto ha llegado hoy para ti.

Es un simple sobre blanco con un sello verde claro del rey Juan Carlos I. No hay logotipo de ninguna empresa ni impresiones comerciales, ni tampoco los datos del

remitente, aunque el matasellos de Correos indica que lo han enviado desde Barcelona.

—A lo mejor es otra carta de amor de uno de esos anticuarios tuyos tan mayores.
—Francesc se ríe por encima del hombro.

Coge unas copas del armario y un sacacorchos. Abro el sobre. Él comienza a poner la mesa, de forma rítmica. *Una factura. Suspiro. Un pago por localizar varias novelas decimonónicas descatalogadas.* Interés personal. Nada más.

—Anna, ¿adónde has ido? —pregunta Francesc. *Sonriente. Siempre sonriente.*

Remuevo la sopa en el fuego. Me acerca hacia él y me besa en el pelo mientras sus cálidas manos me recorren la espalda: percibo su aliento, el latido tranquilizador...

—Siempre te preocupas —dice—. Pero esta noche no, por favor. Esta noche no pienses en esas cosas.

Un sonido inquietante perturba mi sueño. *Un chisporroteo, vapor.* El siseo de una tetera hirviendo. Las anchas espaldas de Francesc ascienden y descienden a mi lado; la boca pegada a mi hombro, el aliento se condensa en un vapor cálido. Me incorporo. Oigo el leve murmullo de un traqueteo, como el de un ratón que estuviese escarbando. *Junto a la esquina de la ventana. El sonido de un siseo, algo que se desliza, corretea. Apenas ahí..., pero... está ahí, sin duda.* Francesc, intento susurrar. Me cosquillea la sangre en las venas, se tensa el animal que hay en mí. Más allá de nuestra ventana está oscuro. No veo el jardín, ni el campo ni el bosque: pero sí oigo el siseo. *Es un susurro. El escarbar de un ratón... ¿Un intruso?* Me imagino el movimiento en la grieta. *El sonido del aire que sale por una fisura. ¡Francesc! ¡Despierta!* Se mueve y se da la vuelta. *Francesc* —intento llamarlo, pero su nombre se me queda entre los dientes—, *hay dos luces al otro lado de la ventana.* Haces de luz que flotan detrás del cristal, y tengo miedo. Se elevan de la tierra. Dos orbes como faroles que golpean la ventana. Encogen y se condensan en una voluta suspendida en la noche. Se enturbian y se apagan. Trato de afinar la vista en la neblina del despertar. ¿Dos grandes llamas flotando en el aire? ¿El faro de un extraño? No, son dos ojos. Dorados y luminosos. *Me miran a mí.* El sonido se alza de nuevo, el siseo de una respiración. *Dentro y fuera. Dentro y fuera.* Mi mente se agudiza. La oscura sombra se desplaza por el cristal. Un cuerpo serpentino aparece por la esquina de la ventana, casi invisible salvo por el apagado lustre ambiental de la luz de la luna sobre unas escamas. Una alimaña que me observa mientras yo la miro a ella... *Una serpiente,* me percato. *Una culebra.* Lo que he oído es cómo entraba en la habitación, cómo escarbaba en la pared terrosa, el crujido cada vez más fuerte junto a la esquina de nuestra ventana. Ya le había dicho a Francesc que algún animal vendría. Sería una rata, o una salamanquesa, o un escorpión, pero no, ha sido la serpiente quien ha entrado primero, y yo la he oído sisear. *Francesc,* susurro. Ahora siento curiosidad. Estoy intrigada. *Hay una serpiente en nuestro dormitorio. Es probable que sea la culebra de color aceituna que he visto entre los setos, con el hocico plano y las pecas negras que le suben entre los ojos desde los orificios nasales. Ya te he dicho que la matases, la que duerme de día al pie de la yuca y se come las lagartijas por la noche.* Pero no digo nada mientras la serpiente se retuerce. Observo cómo se mueve la sombra y desciende por la pared, plana sobre su vientre, haciendo eses entre las

baldosas oscuras hacia el pie de la cama, y por un instante desaparece. *¡Francesc!* Le doy un meneo. *¡Francesc!* Trato de moverme, de ponerme en pie de golpe, saltar de la cama y agarrar la pala del jardín. Pretendo machacarle el cráneo con el filo de la espátula, darle un tajo en la garganta, aplastarle los huesos contra el suelo de baldosas... Demasiado tarde, sin embargo: la aparición de un cuerpo extraño sobre las sábanas me aterroriza. Aquí viene la serpiente deslizándose por la manta con todo su peso, entre nuestras piernas. Un río de músculo que avanza con esfuerzo y se mueve más y más rápido con un balanceo de la cabeza. *Me observa*, mirada firme, y yo estoy hipnotizada con su ondulación sinuosa conforme se desplaza hacia los dedos de mi mano, estirados; frías están sus escamas, y comienza a subir deslizándose alrededor de mi brazo, después hasta el hombro, y me quedo quieta mientras ella se me enrolla en la garganta. Siento la pesada sogá mientras dos ojos fríos y dorados se alzan ante mí. Arriba y más arriba se yergue con su morro canino a la altura del mío. *Me estudia*. Permanecemos inmóviles, nos miramos. Se asoma la lengua de la serpiente con un temblor. *Dentro y fuera. Dentro y fuera*. Saborea el aire. Se arquea hacia atrás, como si fuese a atacar..., pero yo soy más rápida y la sujeto por la garganta. Mientras ella se agarra a la mía, la rodeo con la mano entera. *Mantén la calma y quédate quieta. Ya no tengo miedo*. La serpiente se retuerce entre mis dedos. Le sujeto la cabeza por debajo de la mandíbula con cuidado de no oprimirle la tráquea, y le tiro de la cola con la otra mano al recordar que las serpientes son más débiles en su mitad inferior; me la quito del cuello, la mantengo apartada de mi cara, y en ese momento decido que la dejaré vivir, y ella me dejará vivir a mí. *Nos vamos afuera*, le digo. *Afuera, que es tu sitio*. La llevo al jardín y abro el pestillo de la puerta de atrás, junto a la cocina, antes de dejarla sobre el suelo duro y frío. *Estamos en invierno, serpiente, deberías estar durmiendo, y no haciendo agujeros en las paredes*. Cuando vuelvo a mirar el lugar donde la he dejado, comienzo a dudar de mi cordura. La serpiente ha desaparecido. Y no sé dónde estoy.

Tumbada durante horas en la oscuridad escucho los sonidos del búho de orejas largas que vive en nuestro pino, hecha un ovillo entre el hombro y el pecho de Francesc, con su brazo rodeándome el cuerpo y sus manos protectoras.

Las visiones han comenzado de nuevo. Las voces. Es una señal de que estoy cerca, y me aterra. Muevo a Francesc con delicadeza y me deslizo entre las sábanas. Tiene el sueño muy pesado y no parece que le importen mis paseos nocturnos. Me dirijo desnuda hasta mi mesa y me siento en la fría silla de madera. Abro a oscuras el cajón y saco la caja de piel de cabra. *No voy a sentirme culpable. Él no tiene por qué saberlo*. Clavo la mirada en el envoltorio sellado. *Es mejor que no lo sepa*. Compruebo que la puerta del despacho está cerrada a mi espalda y enciendo la lamparita junto a mi ordenador portátil. Otra vez vienen el mareo, la bilis y la náusea, me retuercen el estómago. *El hedor del miedo sobre estos documentos*. Me arden los

orificios nasales con el calor de una vela, la sensación de la cera que gotea. Las páginas están encuadernadas en cuero y madera, codificadas por una mano enjuta, largo tiempo fenecida, que ha escrito sobre la funda exterior de la colección principal: «Notas de campo de Llewellyn Sitwell de Bath, 1851-1852». Sus primeras hojas son de una originalidad muy marcada. Bocetos parecidos a los dibujos médicos. Precisos. Perspicaces. Cada ilustración no es más grande que una pequeña impresión en una revista decimonónica. Imágenes que capturan partes de un cuerpo femenino. El frontal y la espalda de una mujer; tatuajes dibujados en la piel, sombreados. Observo el centro de su frente, sobre la cual un individuo ha grabado la letra B en una escritura recargada. *Misterio*. En cada pecho, las letras C y D. En las nalgas y en los riñones, las letras E, F, G y H, respectivamente. En los muslos, las piezas finales de un código: la I y la K. La ausencia de la J en la secuencia alfabética se debe a que no existía en el latín antiguo. Vuelvo la página y descubro un estudio de las palmas de sus manos, tatuadas con gruesas pinceladas negras con una serpiente enroscada y una cruz. *Mujer de aquelarres del capitán Ruthven*. Debajo de esto: un pensamiento de última hora y trazado de manera errática. Incompleto. Una nota al pie, visual, formada por un pequeño pájaro paseriforme: ojos negros redondos y vidriosos, el pico abierto. Cada pluma muescada en el papel, perfil plano frente a la mirada del dibujante. En la misma letra de puño tembloroso:

LUSCINIA L. Megarhynchos.

El nombre en latín del ruiseñor.

El teléfono vibra de nuevo, traquetea sobre la mesilla de noche. Un timbre urgente, intenso. Francesc lo coge adormilado. Su rostro se queda lívido.

—Sí —dice—, sí. —Me quedo de pie en la puerta, observándolo. Se viste mientras habla, inclinado sobre el móvil, estresado—. Estaremos ahí tan rápido como podamos. —Oigo las palabras *incendi, forestal, foc, capella*.

Un incendio en la capilla, me percató. Se me entumece la mente —botas de montaña y abrigos, a continuación los gorros y el pelo despeinado, con el sueño aún adherido a los párpados—, Francesc corriendo. —*Rápido, date prisa, por si acaso se puede rescatar algo*—, rasca airado el hielo del parabrisas del coche, un pequeño Panda azul; el motor se ahoga y vuelve a ahogarse en su forcejeo por arrancar. Miro al cielo, cúmulos contra el tono azul egipcio, la noche desciende de su trono.

—¡Sube! —despotrica Francesc y le da un golpe al volante. Conducimos en silencio, sentimos el frío y, atravesando el pueblo dormido, subimos por el desvío hacia Deià.

Entonces:

—*Fotre!* —estalla Francesc.

Los neumáticos del coche crujen sobre la roca helada y la nieve cuando nos apartamos por el lado del puerto de montaña. Francesc ha salido volando por la puerta, en un visto y no visto, y coge distancia con su larga zancada. Voy corriendo tras él, siguiendo la pista. Esto no tiene una buena simetría, y me enerva. El robledal se cierne sobre nosotros conforme atravesamos los olivares a toda prisa. Me resulta complicado mantener el equilibrio en esta penumbra. Oigo jadear a Francesc. *Mierda*, vuelve a gritar cuando tropieza y casi se cae. *Putá mierda, joder...* Mientras avanzamos, el sol prende su hoguera en el este. Unos atizadores al rojo perforan el cielo al tiempo que los pinos erizados se apartan, y nos encontramos mirando hacia la recta pedregosa que conduce a la capilla en ruinas. Las llamas consumen las vigas antiguas y astilladas, un infierno colérico de lenguas que acarician los muros secos de piedra y proyectan sombras azuladas sobre el tumulto que hay más abajo. Resulta casi sublime, pienso desorientada; podría ser una escena de *Aníbal cruzando los Alpes*, en el ojo de la tormenta que se avecina. Nubes de humo sonrían con lascivia, turnerescas, sobre nosotros; lo que antes fue un santuario silencioso, tomado al asalto por una multitud afanosa: bomberos, campesinos y monjes trabajadores. La tormenta

de ayer sofocó el rayo, pero este segundo fuego arde hambriento, ruidosas le rugen las tripas en busca de combustible. Francesc sabe tan bien como yo que cualquier hueso oculto va a quedar carbonizado y deshecho. Cualquier otro libro que pudiera haber entre los escombros, reducido a la nada. Todo el oro y los símbolos, derretidos y convertidos en barro. El lugar de las excavaciones, destruido. Nada le harán los cubos de agua y las mangueras a la conflagración; la contendrán, dejarán que se consuma, que arda hasta convertirse en hollín carente de valor alguno. *Un acto de guerra*. El rostro de Francesc se oscurece. Le cojo la mano con fuerza. Éste es el momento decisivo. Cuando más segura estoy del peligro. Los árboles y el suelo están cubiertos de nieve y empapados, no se propagará —a menos que el fuego crezca, y estos hombres trabajarán incansablemente para detenerlo—, pero no es el temor al fuego el motivo de que los monjes recen al borde del bosque, o de que a los bomberos les tiemblen las piernas dentro de las botas, ni de que a Francesc le palidezcan las mejillas. Lo que a todos nos perturba es la visión de cuatro extremidades que forman un cuadrante en la tierra, con cada pezuña hendida apuntando al cielo. Un cerdo descuartizado y plantado en el suelo de roca.

IV

PALIMPSESTO ILLUMINATUS

Indicios acumulados
extraídos de la recopilación de notas
de laboratorio y traducciones

del

capitán Charles Leopold Ruthven
en presentación de Harold Bingley
a Anna Verco

Londres, 2012

«Sugerencias para el *aqua vitae*», por Rex Illuminatus.

Página suelta del supuesto palimpsesto. Traducción del latín al inglés por el señor Charles Leopold Ruthven con notas del traductor.

Scriptio superior

Os resultará eficaz moler el mineral en un polvo fino, y así separar la base en tres elementos perfectos (el Triunvirato de Hermes, recordad: como es arriba es abajo); con ingenio e inteligencia volved a fundir estos elementos en una sólida sustancia que a una cera se asemeja: una piedra de textura maleable que se puede fundir en tintura y consumir. Necesitaréis dos dracmas de antimonio, también de Azafrán de Marte querréis dos dracmas, y una onza de Alcanfor a la cual recomiendo añadir una media libra de trementina común. Por los metales, ocho onzas de azogue con cinco onzas de limaduras de cobre, raspadas con precisión, ligadas con iguales cantidades de limaduras de oro y latón, y también una porción considerable de Alumbre Frangible y esa maravillosa Eflorescencia de Cobre que los griegos llamaban *Calcantum*. No os olvidéis del Oropimente Amarillo que ha de ser mezclado con Elidrium, Azafrán y además Natrón, todo lo cual habrá de hallarse fácilmente disponible en vuestro armario de alquimia. En cuanto al Plomo, ese imperfecto metal, prefiero purgarlo primero —despojarlo de su enjundia— los bultos y la gordura..., lavando repetidamente la bestia con una aleación líquida. Así encontraréis lo que muchos llaman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo destilados, extraídos y combinados con sales en la creación del *aqua vitae*. Procuraos también un fardo de oro bendecido por los sacerdotes e infundido de la voluntad de Dios. Para esto tiendo a añadir un poco de Tierra de Luna, o *Aphroselenos*, de la familia de las selenitas. De encontrarse ésta escasa en cantidad, la Rosa del Desierto de yeso puede bastar igualmente. Una vez que lo tengáis todo, dividid este fardo en cinco partes antes de crear un alambique sólido al que se debe dejar en reposo a fuego lento durante siete días, en pos de aquello que yo considero el barro primigenio del hombre. La Piedra de Agua de los Sabios, conocida para los iniciados como el Hidrolito Sófico. *De la nada, nada proviene*. Hablamos pues de aquello que Aristóteles llamó Prima Materia^[1] y Epicuro

denominó Átomo^[2] —y vos llamáis Adán, Adamas—, el Incorruptible Barro nacido por el matrimonio de los amantes, por el rey y la reina, por el sol y la luna, por el alquimista y su aprendiz.^[3] Cuando este heredero del trono se ha asentado, se ha de calentar a una temperatura tan alta que al principio se torne carmesí, después la luminosa esmeralda del dragón, más profunda y rica en tonalidad, antes de convertirse en brillante perla que se transforma en el blanco de las estrellas, oscurecerá en horroroso escarlata antes de transmutarse en una cera violácea (algunos lo llaman polvo) que se puede aplicar como unguento, en friegas sobre la piel u ofrecida a la boca del maestro. Si bien es difícil, no lo considero yo tan complicado como los teólogos pregonan. Arnaldo de Villanueva y Juan de Rupescissa proclaman que esta piedra es la emanación de Cristo resucitado tras la crucifixión. Mas recordad, Juan está siempre advirtiendo del Apocalipsis. ¡Mucho se habla de caballeros y fuego en el mundo! Apoyaos mejor en los aspectos prácticos de la ciencia, vos que joven sois, y mirad al futuro, que está en la obra de vuestra mano y no de la nuestra... El ingenio del hombre ha de guiar al filósofo, la fe en lo real..., aunque la utilidad del fardo de oro en efecto parece elevada por obra de una bendición, detalle que estimo peculiar, más bien tenga que ver con el mineral que con el contenido espiritual del oro acumulado por la Iglesia.^[4]

V

PAISAJE URBANO

Las nubes pasan veloces por mi ventanilla. Una azafata nos retira los cafés de las bandejas. *Por favor, pongan el asiento en posición vertical.* Lo hago, presiono la nariz contra la ventana y estudio los dibujos de hielo en el cristal. *Zarcillos. Pequeñas estrellas alquímicas.* El avión tiembla y se inclina. Debajo de mí, Barcelona surge ondulada del agua y se despliega en planchas de cristal, resplandecientes torretas de corte moderno. Los campos verdes se tuestan para adentrarse hacia la desembocadura del río, y detrás de ella el Tibidabo, donde manan las fuentes, y más allá, aún más lejos, Montserrat, sola en el tenue sol de la tarde. Me agarro con firmeza al brazo de mi asiento y monitorizo mi corazón.

Pon en orden los cabos que te han conducido hasta aquí. Sumergida en los chirridos de los reactores, no resulta difícil regresar al catalizador, flotando sobre mi destino. La sensación más extraña es la rotundidad de mi decisión.

Desde el asiento de atrás del taxi, la veo balancearse en una cadena colgada del espejo retrovisor. Su cuerpo se mece con el coche. *Otra vez. Clinc, clinc.* Besa una cruz de madera. El coche da un bandazo. La Virgen Negra choca con una medalla metálica con el rostro de san Francisco grabado. Hace piruetas con el Niño Dios en el regazo. Reconozco su cantar aunque la mayoría haya olvidado que, hace mucho tiempo, en lo que ahora es el santuario de Lluc, en la sierra más alta de Mallorca, un pastorcillo musulmán encontró una virgen negra en el bosque, tallada en caliza local y pintada con las vestiduras de una madona. Sobre la aureola de la Virgen Negra, su autor anónimo había tejido las palabras: *Nigra Sum, Sed Formosa.*

Negra soy, mas hermosa.

El taxi sale de la autopista con un volantazo. Las distantes torres de espárrago de la Sagrada Familia. Las gaviotas descienden en picado por encima de nosotros. Nubes invernales trepan desde las aguas del mar, negras como unas moras fermentadas. Salpicones de pintura rebotan por las fachadas de los bancos: *¡Capitalistas! ¡Asesinos! ¡Guarros!* Garabateado en las ventanas de las cadenas de franquicias. *¡Fuera Madrid! ¡No más paro! ¡Que se jodan los putos Estados Unidos de Europa! ¡Que se jodan los putos banqueros! ¡Gordos! ¡Cerdos!* Puertas con las persianas echadas y mendigos. *¡Barça!* El sol emite un resplandor de óxido, teñido de

frustración. *¡Toma la calle! ¡Marcha!* Ciudad fétida. Hambrienta. Erizada. Apoyo la frente en la ventanilla del coche. En mi oficio hay cierto sentido del bien y cierto sentido del mal. Estos sentidos a veces se funden, pero en la mayoría de las ocasiones hay una línea que no cruzo, una línea que yo considero moral. Hay buenos proyectos y hay malos proyectos, igual que hay brujas de la luz y hay brujas de la oscuridad, a veces divididas por la confusa etiqueta de las que beben agua y las que beben vino, si bien las divisiones pueden ser más feroces. En Barcelona, esta ciudad de contrastes, el asesino en serie más prolífico antes del estallido de la primera guerra mundial fue una mujer que se llamaba Enriqueta Martí. Se vestía con harapos y robaba niños durante el día, les sacaba la sangre y picaba su carne para preparar pociones que vendía a los ricos por la noche. Enriqueta Martí me deja un sabor de boca como a podrido, mientras que pensar en la Virgen Negra me hace sentir un delicioso cosquilleo en la garganta. Reconozco su llamada. El canto de la Virgen Negra apela a una raíz en mi ser, aposentada en su capilla en la gruta, me atrae con su secreto milenario, y susurra: *Negra soy, mas hermosa. Te haremos pendientes de oro, con sartas de plata. Mientras reposa el rey en su lecho, exhala mi nardo su aroma. Las vigas de nuestra casa son de cedro; nuestros artesanados, de ciprés.*

Los aromas del recuerdo son múltiples y variados. La corteza húmeda exhala menta y secretos. Me acerco a un hombre duchado en colonia que huele a naranja dulce y mostaza, y en cuyo bolsillo tintinean las llaves. Silba desde la otra acera mientras yo me aproximo. *Maca! Maca! Benvinguda a la Ciutat Meravellosa! ¡Bienvenida a Barcelona! ¡La ciudad de las maravillas!* Le doy las gracias. Él me da un beso en cada mejilla y me estrecha la mano de un modo afectuoso.

—*Senyoreta! Senyoreta!* ¡Perdone, pero es que me ha pillado desprevenido! Viene usted antes de lo que me esperaba. —Tintinean las llaves en su bolsillo mientras me saluda—. *Tot bé, tot bé. Com sempre dic:* a Dios rogando... ¡y con el mazo dando! ¡Me alegro mucho de conocerla! ¡Déjeme que le lleve el equipaje!

Protesto. Él insiste con un bufido.

—Usted habrá viajado mucho, *senyoreta*, pero ahora se ha encontrado con un caballero, y éste no va a permitir que cargue usted con la maleta por la escalera, ¡ni mucho menos! ¡Que nadie diga que ya no quedan caballeros en Barcelona!

Y, con una floritura, el casero se pone en marcha. Caminamos rápido por el amplio bulevar alineado con árboles desnudos y oscuros en el invierno. Botas de cuero y flores de fieltro verde se pasean por la calle, vainilla y cacao que ascienden de una chocolatería bajo el apartamento nuevo. Parejas elegantes con abrigos de color gris oscuro y jerséis de cachemira entran y salen por grandes puertas de cristal adornadas con metalistería de bronce. En los escaparates, tableros de mesa en cerámica desvaída y deslucida. Un ramo de tulipanes en cristal transparente. Mi caballero gorjea y me conduce escalera arriba hasta el apartamento. Azorado de vino,

risueño como un petirrojo.

—Tiene todas las comodidades: Wi-Fi, calefacción, cafetera, lavadora y lavavajillas. Si se rompe algo, usted llama. Nosotros lo arreglamos. *Val? Val?* — Jadea en lo alto de la escalera.

Le doy las gracias. Va piando encantado cuando entramos en el apartamento del segundo piso.

Un espacio mono, amueblado con lo básico. Las paredes están recién pintadas en un crema intenso, de forma que las habitaciones contiguas (cocina, salón y dormitorio) no son, por suerte, ni oscuras, ni húmedas ni frías. El casero se besa las yemas de los dedos cuando repara en mi sonrisa.

—¡Si tiene algún problema, me llama!

Le ofrezco algo suelto. Él lo rechaza con un gesto de la mano.

—Su amigo se ha ocupado de eso; lo ha pagado todo —trina y me guiña un ojo, como si mi benefactor y yo fuésemos amantes.

Pongo cara de pocos amigos. Ni siquiera nos hemos conocido. El casero se escapa, inasequible a la derrota.

—Dice que debo cuidar de usted. Echarle un buen ojo. A ver. *Senyoreta*. Aprovecharé para hacerle una pregunta. ¡Y es fuerte, por cierto! —dice el casero, de repente libertino, y su aliento me raspa la mejilla—. He trabajado con el inspector durante muchos años, tiempo atrás, cuando había nobleza. Es legendario en esta ciudad. ¡Ooooooh! El *Llop Fabregat*, lo llamamos. ¡El Lobo! —se recrea el casero—. ¡Barrió las calles de Barcelona con los faldones de los corruptos! ¡Suturó los burdeles con el cabello de los indecentes! *Hòstia! És famós!* ¡Sí que es famoso! Nada sino el mayor de los respetos. —Un toquecito en la nariz—. Nuestro acuerdo es un tanto especial. He encontrado alojamiento para muchos tipos diferentes de personas, pero él no hace favores, ni siquiera a las jóvenes *senyorettes*. —Las llaves cambian de mano—. Tiene que decirme lo que hace usted para él.

No. Lo reprendo con firmeza.

Silba mientras se marcha deambulando.

Al atardecer los estudio. Un joven está en su habitación, en la acera de enfrente. Me fumo un cigarrillo de pie en el balcón, envuelta en una cazadora y una bufanda. Entre nosotros, las ramas gruesas y húmedas de los árboles. Observo en el reluciente marco de su ventana cómo el extraño lleva sus bolsas a la habitación y coloca sus cuadros en la pared. El dormitorio reluce en amarillo crudo contra el ocaso. Un póster del Che Guevara inspirado en Warhol, tapicería sueca. Abre las puertas de un gran armario de roble, que tiene el aspecto de llevar siglos ahí. Tan sólo veinte metros entre esta vida paralela y la mía; ¡podría llamarlo! Gritar: ¡*Hola!* ¡*Hola!* Inspiro, en cambio, y siento la noche oscurecer, suave, preguntándome si esa pieza del mobiliario es la misma. Apago el cigarrillo. Paso al interior. El frío me mordisquea la piel debajo de la

camisa. Todo en su sitio. No puedes entender un misterio sin habitar el espacio que lo vio nacer, sin saber qué aspecto tenía, cómo olía, la geometría del hogar, eso que yo llamo la arquitectura psicológica de la vida interior de una persona.

El teléfono me interrumpe con irritación, me vibra en el bolsillo.

Francesc.

Lo dejo sonar.

Otra vez. Una segunda, tercera.

Me sale un mensaje de voz y después uno de texto. *¿Dónde estás?*

Me he ido.

Escucho el mensaje. *Una pausa elocuente.* El anzuelo se balancea. *Te necesito.*

Llega otro mensaje de texto: *¿Es por tu salud?* Vuelve a sonar el teléfono.

Me lo puedes contar. Por favor.

No respondas.

Te estás portando como una cría.

Pero ¿qué ibas a decir? *Nada. No le puedes contar nada. Has escarabado demasiado profundo para que él te siga.*

Veo mi reflejo en el vidrio negro de la cristalera. La camisa me roza en el cuello. Un chaleco viejo de algodón debajo de un jersey grueso de lana y una parka impermeable. Bufanda fina y gris. Barro de esta mañana en los vaqueros, seco en las botas. Me acuerdo del halcón que he visto como un presagio, antes de que llegase el coche para llevarme. Un animal negro y veloz. ¡En picado! Con las alas retorcidas hacia atrás de forma violenta mientras el conejo se zambulle de un salto en el matorral en el límite del campo. El halcón, temerario, alborotado, elevándose sobre el pueblo dormido. El cielo sin nubes. Liso y azul. Nítido como el hielo al borde de mi senda de agujas de pino, broza parda machacada en el barro.

De vuelta en el interior del apartamento, superviso mi nuevo entorno con cierta inquietud. Todo listo ya para el arrendatario: cuchillos y cucharas, libros y manoplas para el horno, una radio, una tele pequeña, el bonito jarrón acerado con las flores moribundas. Miro a mi alrededor. Toda una planta para mí con grandes ventanas que dan a la fachada principal. Cuando tenía diecisiete años, y vivía en esta ciudad, había soñado con disfrutar de una intimidad semejante. Diez años después se me antoja demasiado espaciosa. *Cuánto has cambiado,* pienso conforme arrastro mis bolsas a la cocina y saco del bolso de mano en primer lugar el contenedor refrigerado. Compruebo con precaución lo que hay dentro, coloco la mano sobre la caja de la medicación. Casi templada. Veintiocho viales. Para un mes. En caso de emergencia. Abro la puerta del frigorífico y sitúo la caja blanca y azul que contiene las cápsulas inyectables, cada una diseñada para pincharla en un dosificador de plástico, colorido y alegre, acompañado de bolas de algodón y muestras de alcohol. Selecciono una jeringuilla de la caja, extraigo una dosis de su embalaje y la pongo sobre la encimera de la cocina. Espero.

Comienzo con las acostumbradas distracciones. Juegos de memoria. *El cálido*

triángulo de su pecho. Durmiendo a mi lado. Lo aparto. Has comprado coca de patata de camino por el pueblo esta mañana, un bizcocho dulce y esponjoso hecho a base de patatas hervidas y azúcar. Rasgo el sobre que contiene el hisopo de alcohol. Me cosquillea la piel del brazo izquierdo. Pellizco la grasa y la separo del hueso. Todavía queda un nódulo de la semana pasada. Palpo con los dedos en busca de piel nueva, unos cuatro centímetros más abajo, con la esperanza de que el bulto baje. Has visto el techo del coche desde el camino que lleva al río. Policía local de Mallorca. Un vehículo inusitadamente festivo, pintado como una bandera medieval en morado y rojo estridentes y con las luces azules apagadas en el techo. Nada de sirenas todavía. Inserto la jeringa y me froto la piel con alcohol. Siete segundos. Cuento. Jamás habituada, jamás cómoda. El policía ha soltado un taco cuando has entrado en el coche. «Joder, qué frío», ha siseado mientras se frotaba las manos. Hace un frío impropio de esta época, más frío que nunca. Le has ofrecido coca. Las migas le iban cayendo por el cuello cuando el coche salía del pueblo, mientras nos alejábamos del campanario turquesa, la atrevida cartuja. Tu ancla en la falda de la montaña.

Clic, clic, hace la jeringuilla, que cede contra mi piel.

He terminado.

A la hora acordada, Manel Fabregat abre la puerta de su casa, un alojamiento sencillo que da a la plaça de la Revolució. Es un hombre bajo y corpulento que ronda los cincuenta y muchos, agraciado con unas piernas gruesas y un torso pleno y musculoso, elegante en una camisa negra que recuerda al uniforme de los *mossos d'Esquadra*, la unidad urbana de investigación criminal de la policía catalana. Su piel, esculpida por el clima, luce arrugas atractivas. Aunque el brillo de su expresión se haya apagado, sus ojos oscuros son de una atrayente vitalidad, y su boca mantiene la tersura por mucho que sus pestañas inferiores estén cargadas de una torva tristeza.

—¡Pase! ¡Pase!

Miradas fugaces sobre mi hombro. Lo sigo hasta una sala de estar luminosa, con paredes blancas llenas de fotografías de familia, una esposa guapa, un niño jugando al fútbol, hombres y mujeres mayores en una casa de campo. Un perro viene trotando, un pastor alemán me mete el hocico negro entre las piernas, meneando el rabo.

—Le presento a *Panza* —dice Fabregat. El apellido del inspector me resulta duro, con unas vocales que se estampan contra las consonantes—. Quítelo de en medio de un empujón, ¡dele un empujón! Eso es, jovencita.

Fabregat me invita a tomar asiento en el sofá, enfrente de él. Se cruza de piernas en su butaca y me ofrece un té. ¿Una pasta? ¿Azúcar? En otra pared, a su espalda, hay también fotografías del policía con sus efectivos, y trofeos deportivos de su juventud.

—Es mi hijo quien los gana ahora.

La luz de la tarde entra a raudales.

La soleada sala de estar de Fabregat se encuentra enmarcada por unas cortinas blancas que se remontan al siglo pasado. La luz se desperdiga a través del bordado de chapiteles y gotas de rocío. Sobre la mesa, una tacita de té llena de pétalos de rosa desecados. Mantel de hilo crudo. El aire exuda una terrosa mezcla de menta y azúcar. En la pared, un altar dedicado a la Virgen María.

—De mi mujer —explica Fabregat.

Me ofrece el té y se acomoda en su butaca. *Panza* apoya la cara sobre la rodilla de Fabregat, con sus ojos amarillentos de sabueso medio cerrados. El inspector pasa un par de veces los dedos por el pelo del animal antes de mirarme a los ojos.

Sonríe. Como un tiburón. Correcto.

—Le he dado alguna vuelta que otra, y creo que debería saber que «Picatrix» suena como «Pikachu». El Pokémon.

—Es una referencia a un mago medieval —le digo cortante—. Un hombre con tres nombres.

—No tiene usted pinta.

¿De qué? ¿De académica? ¿De buscadora de tesoros? En su rostro hay casi un matiz de decepción. Me estudia con detenimiento. ¿Qué se esperaba? ¿Pelo de rata recogido en un moño? ¿Gafotas?

—¿Qué edad tiene?

—Veintisiete.

—Parece usted más joven. —Se suena con un pañuelo que ha sacado de un bolsillo—. No la habría tomado en serio si me la hubiese encontrado por la calle.

He ocultado mi complexión en un jersey de punto que me viene grande, de color gris oscuro, y me encojo aún más en su interior, estirando las mangas a la altura de las muñecas.

—Por lo general, siento fobia hacia los académicos, pero he decidido hacer una excepción... —Fabregat se tensa del modo más leve y se inclina hacia adelante, señalando la mesita de café, donde descansa un fajo muy ordenado de fotocopias junto a una carpeta verde—. Yo no fui a la universidad —dice—. Directo a trabajar. Sin tiempo para una educación. Fui techador una temporada, ayudando a mi padre. Después, guardia de seguridad. Después, policía de base. Yo leía por placer, no por sacar buenas notas. No éramos pijos, precisamente... —Suspira—. Pero bueno, al tema.

Me doy cuenta de que este hombre es listo.

Sus ojos me recorren a toda velocidad. Se empapa de mí. Trata de verme las intenciones.

—Envió usted una serie de ilustraciones a uno de mis colegas en los *mossos* para que las revisara. Fechadas en Barcelona en 1851. Dibujadas por un inglés. *Legü-eellin*. —Forcejea con la pronunciación—. *Siit-gual*.

—Sitwell —digo—. Sí.

La ilustración del cuerpo de una muchacha, marcado con nueve letras, sobre el dibujo de un ruiseñor.

—Menuda impresión me produjo cuando lo recibí en el buzón. Pensé, pero ¿qué se han bebido en Mallorca? *Rayos, capillas, libros, norteamericanos...* Lo siguiente que nos contarán es que habrá una sociedad secreta —me dice mirándome a los ojos—. No será usted miembro de una sociedad secreta, ¿verdad?

—No. —Me muevo inquieta. *Ni saludos especiales ni maquinaciones ocultas.*

Me mira de un modo irónico.

—Su carta me intrigó. Tengo que darle las gracias por haber venido. Es algo bueno, espero. Se trata de un caso en el que trabajé de forma bastante extensa; me agrada mucho que esté aquí. ¿Habla en serio cuando dice que quiere implicarse?

—Sí —respondo.

—¿Está segura?

Una mirada de soslayo. Soy una rareza. El suceso singular del día.

Masculla para el cuello de su camisa. No se lo cree. *És una nena.* Se ralentiza, utilizando la palabra en catalán para decir «niña pequeña». El apodo se queda y reemplaza de inmediato mi propio nombre.

—No es una historia muy agradable que digamos, nena. Bastante distinta de sus libros, me atrevería a pensar.

—Quizá —digo. *Se sorprendería.*

—He hecho que la investiguen.

—¿Y qué ha encontrado?

—Mis amigos de Palma me dicen que se está labrando usted la reputación de una especie de erudita local. Un número de circo. Hace usted cosas bastante extrañas.

—¿Profesional o personalmente hablando?

—Ha tenido usted algún episodio que otro en el trabajo recientemente. —Me señala moviendo los dedos—. Parece que se le ha atravesado bastante a alguien en la isla. Me he enterado del incendio. Los chismorreos viajan rápido por estos lares. Se rumorea que es usted una médium. ¿A tiempo parcial? ¿Jornada completa?

—Ésa no es la forma en que yo lo expresaría.

—Pero sí que tiene usted algo curioso, ¿verdad que sí? Oye cosas que los demás no oyen.

Retrocedo.

Eso de *médium* es falso.

Del modo más conciso que puedo, le explico que yo escucho. Ése es el nombre que yo prefiero para lo que hago, que es una especie de sensación agudizada. Y que ahora controlo gracias a la medicación.

No, médium no, lo repito. Yo no sé cosas que los demás no saben. No puedo resolver un asesinato cerrando los ojos y accediendo psíquicamente a algún conocimiento mágico. No voy a chasquear los dedos y a hacer que de la nada aparezca una solución. Eso es absurdo. Yo no te puedo decir lo que estás pensando a menos que tú quieras que yo lo sepa, pero sí que puedo observarte, atentamente, y puedo escuchar, y lo mismo sucede con los libros y la piedra..., o quizá incluso «escuchar» sea inexacto. Cuanto más comprendo una situación, mejor puedo trazar los hilos invisibles que la surcan. Me siento como un murciélago. Por lo general, mi trabajo suele desarrollarse en bibliotecas y museos, en las profundidades de los archivos, las capas subterráneas, las cajas que otros han abandonado o, en casos más depravados, han escondido. Me muevo en las sombras. Observo un espasmo en su párpado derecho y me contengo. *No le cuentes toda la verdad.* Que en el último año de universidad me pasé dos meses dormida, creyendo que estaba despierta, antes de que los médicos se percatasen de que me encontraba en un estado constante de fase REM. Que mientras estuve en el hospital tuve erupciones de dolor en la cabeza y me

salieron sarpullidos por la piel. Que cuando me desperté, las voces eran tan fuertes que me salía sangre de las orejas y de la nariz. Que soy un fenómeno en el sentido médico de la expresión. En lugar de eso, le pongo el anzuelo... Oh, sí, cuando llega, la persecución es adictiva. *Soy como tú. Un buen investigador es un sabueso, siguiendo la pincelada molecular de una mano humana contra el papel.*

—¿Y disfruta usted investigando el pasado? —La boca de Fabregat se queda abierta.

—Es lo único que me mantiene cuerda.

—Su catalán es excelente. Ideal para lo que quiero que haga por nosotros. Si se siente con ánimos para el trabajo, claro está.

Por supuesto.

—Estuvo usted viviendo en Barcelona en 2003, pero no conoció en persona a esta gente, ¿verdad? ¿A Hernández, o a Serra? ¿Nunca se vieron? ¿No? Bien. —Me mira con atención—. Pero sí que oyó hablar de ella antes de que muriese, ¿no?

¿Cómo podría no haberlo hecho?

—¿Y de los asesinatos? ¿Leyó los periódicos?

Sí, asiento.

—Los seguí con mucha atención.

—¿Por interés? ¿Pasión? ¿Curiosidad? —me pregunta.

—Todo lo que ha dicho.

—Y por eso nos envió usted las cartas. ¿Ilustraciones del cadáver? —Fabregat repasa sus notas—. ¿Lo relacionó usted?

—No deseo hacer perder el tiempo a nadie.

Puedo sentirlo estudiándome.

—Yo tampoco —dice él—. ¿Puedo ver los originales?

Abro mi bolso y le entrego el paquete. Doy un respingo cuando abre el papel de cera. *Son míos.*

—Son idénticos —dice.

Dejo que se sienta cómodo mientras mira los documentos.

Ya me conozco las marcas en profundidad. Estará mirando la sierpe dibujada como una S en el centro de la palma de la mano izquierda, y la cruz como un estigma en la derecha. Se estará empapando del círculo alrededor del ombligo y de la media luna en su pecho, el alfabeto en cada costado de su cuerpo, las letras que le cruzan la frente.

Un documento físico es siempre distinto de una imagen escaneada. La frescura de la tinta se imprime en ti: te absorbe, te atrae en el tentador encanto de un vínculo corpóreo. *Alguien vivo escribió esto una vez. Alguien sostuvo este documento, un siglo y medio atrás. Alguien cuya mano temblaba al escribir.*

—Concuerdan con su caso en todos los detalles —digo.

Se acerca las páginas a la nariz.

—Dibujaba bien, el chico... ¿Qué le pasó?

—Eso lo estamos investigando ahora. Sitwell se fue de España en el invierno de 1852, heredero de una enorme fortuna que le dejó un amigo y mentor. Regresó a Inglaterra, donde depositó diversos documentos en bibliotecas de Londres y Oxford.

Documentos que yo he tenido el placer de localizar y evaluar en el transcurso de los dos últimos años. Todos ellos conciernen al palimpsesto y a Illuminatus. Pero a Fabregat no le hace falta saber eso.

—¿Y cree usted saber quién hizo esto?

—No con certeza.

Permanece un rato en silencio. Pensando.

—Certeza —murmura—. Qué cosa tan curiosa, ésa. —Está perdido en las ilustraciones de Sitwell—. ¿Esto no lo ha visto nadie más?

—No que yo sepa. Nadie que siga vivo en nuestros días.

Su voz se aviva.

—Acierta usted al establecer un paralelismo.

Deja el papel. Satisfecho.

—Ya acordamos por teléfono cuáles serían las estipulaciones de este proyecto, pero se las repito ahora. Estoy retirado y no tengo ninguna jurisdicción directa sobre la policía, pero el caso Hernández es la gran tragedia de mi carrera, una de las insatisfacciones más profundas de mi vida, las cuales, me apresuro a informarle, son pocas. De haberse mantenido en secreto lo que sucedió, tal vez lo podría olvidar. Cerrar el libro, por así decirlo. Pasar página. Pero ése no es el caso. —Se le oscurece el rostro—. Bien, sus cartas sugieren que unos asesinatos idénticos sucedieron en Barcelona allá por 1851, ¿no? Eso... —Hace una pausa—. Me interesa... Quiero que seamos cuidadosos. Delicados. Si lleva adelante esta investigación, cuenta con el apoyo de la policía. Usted trabaja en calidad de escritora, de médium... —su mano tiembla sobre los papeles—, lo que sea que usted hace. —Vuelve a hacer un gesto con la mano para quitarle importancia—. Un examen preliminar de dos semanas de Natalia Hernández, su forma de ser, su trabajo, sus hábitos. Hable con la gente. Haga que se sientan cómodos. Diga que está contando de nuevo el caso como un proyecto independiente, su investigación para la beca, analizando su muerte en calidad de artista... ¡Y no parezca demasiado emocionada, Verco! Ya le explicaré lo que es sobre la marcha. La ayudaré a concertar entrevistas; tan sólo consiga que se pongan a hablar sobre ella, y sobre ese chaval, Serra. Haga preguntas. Saque conclusiones sobre sus vidas; capte el aire de la ciudad. Yo le enviaré cualquier dato que necesite y que tengamos ya archivado. Quiero que conozca también a Sharp, échele un vistazo a ese libro. A estas alturas, lo hemos probado todo, he pedido ayuda a los mejores expertos de Europa. Para mí, la cuestión ha sido siempre el porqué: eso nunca lo he entendido. Tal vez usted pueda... sentirlo. Yo le daré apoyo si es que lo necesita, pero no quiero que vaya y se enzarce con nadie en un plano superior de investigación. La quiero en la sombra. Quiero saber dónde está. Y quiero que de verdad tome notas, que de verdad escriba algo. Le pagaré, yo personalmente, con un poco de ayuda del

cuerpo. No solemos trabajar con gente como usted, y no me gustaría que se metiera en ningún lío. Quiero que esté *absolutamente* a salvo. Pecaremos por exceso en esto, ¿de acuerdo?

Estoy de acuerdo.

—Ya se lo mencioné por teléfono... ¿Cualquier cosa que me encuentre por el camino? Cualquier cosa que salga... la puedo utilizar para mi propio trabajo, ¿no?

Abre la carpeta verde y empuja el contenido hacia mí.

—Échele un vistazo.

Hay un bolígrafo negro en la mesita auxiliar junto a su butaca. Leo por encima los contratos, el acuerdo de confidencialidad. Cojo entonces su bolígrafo y firmo.

—Esto se ha convertido en una especie de hobby para mí —dice Fabregat complacido consigo mismo.

Bebemos de las tacitas de porcelana. Me ofrece una pasta.

—Ahora valoro la paz —dice—. Vivo bien. Me gustaría tranquilizarla a ese respecto.

Y, muy despacio, el exinspector Manel Fabregat me pinta el cuadro de los sucesos tal y como él los presencié.

Todo comenzó dos semanas antes de que muriese Hernández (la primera carta llegó el 8 de junio, suelta Fabregat con la boca llena de almendras, el domingo de Pentecostés del año 2003). Ese gordo del padre Canet, de la iglesia de Santa Maria del Pi, encontró el sobre en un confesonario a las cuatro de la tarde, sin indicación del remitente. Como un ciudadano responsable, Canet se dirigió con paso firme a la comisaría de Ciutat Vella para pedir que le entregasen la carta al hombre en cuestión. Fabregat la abrió despreocupado, acomodándose en la silla detrás de su mesa, con la gorra inclinada hacia la coronilla y las gafas de lectura sobre la nariz. Una hoja de papel grueso, como un pergamino viejo, sobre la cual alguien ha dibujado un diagrama con iluminaciones que parece la esfera de una brújula o un astrolabio para guiarse por las estrellas; doce centímetros de radio, fileteado en tinta dorada, líneas gruesas azules ejecutadas con precisión.

Fabregat examina la imagen atentamente y se fija en que contiene cuatro anillos exteriores divididos en nueve partes iguales. Los triángulos crean una estrella de nueve puntas alineadas con cada una de las nueve secciones. Las tres puntas del triángulo superior están etiquetadas en catalán: *inici, mitjà, final*. *Inicio, mitad, final*. En cada una de las nueve secciones hay una exquisita letra mayúscula —B, C, D, E, F, G, H, I, K— y una secuencia de números (del 1 al 9) alrededor del anillo más exterior. Fabregat le echa un lacónico vistazo a aquello, una mirada a la caza de lo que él considera el detalle crucial. Abajo, en la esquina a mano izquierda, escrito con una caligrafía inclinada y excéntrica:

Halladme en el Sonido de las Aves.

Fabregat frunce las cejas.

Gruñe y se incorpora en la silla. Vuelve a leer la frase. Le da la vuelta al pergamino. La imagen en pan de oro de una sierpe que engulle su propia cola. Resplandeciente en la página. La serpiente-de-la-vida-eterna-que-se-muerde-la-cola, o como-coño-se-llame. Dentro del círculo de la serpiente, la frase: *Todo es Uno*. Media serpiente es de oro sólido; la otra mitad lleva un delgado filete plata. *Mierda hippy*. No se lo toma en serio porque no lo entiende, pero, al mismo tiempo, el

inspector alberga crecientes sospechas. Pone la carta en la base de su lámpara, sale de la oficina y pregunta quién la ha llevado allí.

—¿Es una broma, colegas? —pregunta a los jóvenes.

Le dicen que la ha entregado un cura gordo, un hombre nervioso que desconocía su origen. A las nueve, Fabregat se marcha a casa, cena con su hijo y, esa noche, le hace el amor a su mujer.

Veinticuatro horas más tarde llega una segunda misiva, esta vez entregada por un chico del coro que la descubrió cuando limpiaba el asiento del confesonario en Santa Maria del Mar, antes de la misa vespertina del lunes de Pentecostés. La carta se entrega en mano a Fabregat, que abre el sobre para encontrarse con un segundo fardo de pergamino. En la página exterior, la serpiente-de-la-vida-eterna-que-se-muerde-la-puta-cola. En las páginas interiores, un diagrama idéntico. Las nueve letras colocadas alrededor de unos círculos concéntricos. Una esfera dentro de otra. Con la misma letra rizada alguien ha escrito:

Me habéis llamado
la Tres Veces Grande,
la del Doble Rostro,
Lengua Bífida.

Al inspector Fabregat se le hiela la sangre. Se pasa media hora mordisqueándose el labio. ¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿Algún chaval macarra desquitándose con él? ¿Algún lunático?

¿Tres Veces Grande? Le da vueltas a la frase.

¿Qué significa?

Desde luego que significa algo.

Encuentran a la primera víctima en la madrugada del martes 10 de junio de 2003. Fabregat sigue a un joven sargento por un pasaje estrecho entre unos bloques de apartamentos. Bajo los jardines elevados del Baluard de les Drassanes, iluminados por unas pocas lámparas aletargadas, los bloques de pintura desvaída se vuelven de un gris frío y deprimente. Las coladas ondean en las ventanas: bragas marrones y ropa de cama descolorida. Sudores fingidos. Ropa tendida y salvaje en la noche, manchada de sombras suspendidas, como unos jamones a media luz. Una ambulancia se lleva una desilusión en medio de una plaza. Todos los accesos están bloqueados, y el tráfico ha cesado en la calle que la bordea. El precinto policial rodea los troncos de todos los árboles y las farolas exteriores, con la excepción del joven jacarandá del centro, en torno al cual se agolpa ahora el equipo trajeado examinando uñas, polen, semen, sangre —buscando folículos capilares y chicle, huellas dactilares y mugre—, una tormenta de melancolía que se arremolina en torno al objeto en cuestión. Unos pies pequeños cuelgan hacia el pavimento. Muertos como la porcelana fina. Una niña. Comienza Fabregat. *Apenas mujer*. Cuelga de una cuerda atada a una rama del jacarandá. Pelo caoba cae sobre su pecho. Heridas secas. Levanta la vista y la examina; en el pecho del inspector surgen emociones que había olvidado. Fabregat se aísla. *Mira más de cerca*. Ignora la cháchara del equipo a su alrededor. Sigue adelante. El fogonazo de una cámara. Frialdad. ¡Pum! ¡Pum!, suena el flash. ¿Su boca? *Una caverna de oscuridad*.

Fabregat entrecierra los ojos, observa el cuerpo suspendido. *Leves líneas rojas en la piel de la chica*. No, no vuelvas a mirarle la cara, todavía no. *Una letra B escarlata*. Piel prístina en su claridad, pelo lustroso que le cae por los hombros. En vida debió de ser encantadora, una verdadera monada. La estudia con detenimiento. De un modo clínico. Alguien ha grabado los puntos de una media luna entre sus pezones. Un círculo alrededor del ombligo, la circunferencia completa de un sol que rodea su cicatriz umbilical. Fabregat recobra el equilibrio. Escucha la letanía de pecados.

—... laceraciones practicadas en el cuerpo. Lengua extirpada en su totalidad. El músculo cercenado por la base. La víctima parece rondar los quince años... —El agente de la brigada de criminalística le señala las manos—. Imagen de una serpiente cortada en la palma de la mano izquierda, una...

Fabregat se ralentiza y observa el estigma entre los párpados medio caídos. *No te fijas en su cara. ¿Cómo ha muerto?* Estrangulamiento, piensa él, por la piel magullada del cuello. *Mutilada primero, después estrangulada.*

—... cruz cortada en la palma de la mano derecha, todas las heridas superficiales, de unos pocos milímetros de profundidad —vocea uno de los investigadores.

Tiene una C en la frente, entre los ojos.

Fabregat se detiene. *Nueve letras en total.* Palidece su rostro. *Las letras se corresponden de forma exacta con los diagramas del pergamino que hay encima de su mesa. B, C, D, E, F, G, H, I, K,* cortadas en una escena de un crimen-barra-niña, abierta para inspección. Las palabras le dan latigazos por el cráneo. Versos de una poesía demencial. *Me habéis llamado / la Tres Veces Grande, / la del Doble Rostro, / Lengua Bífida...* ¿Era ella la respuesta a su enigma? ¿La silueta suspendida y sin voz de la niña? Más tarde, el forense ofrece su veredicto flanqueado por concienzudos alumnos de la universidad. Señala unas heridas superficiales que son como tatuajes sobre el cuerpo de la chica.

—Eso son letras medievales, al estilo de las unciales romanas, todo en mayúsculas. Hechas con pulso firme, verdadera maestría. No es fácil cortar la carne con una precisión como ésa. Diez centímetros de longitud, dependiendo de la situación. Las incisiones sugieren una variedad de herramientas: en ciertos lugares se ha utilizado un cuchillo de deshuesar, una cuchilla de afeitar aquí. El cuerpo ha sido limpiado con meticulosidad. No hay ADN concluyente. Murió después de que le quitasen la lengua; creo que las letras, los cortes en las palmas de las manos y las marcas en el pecho y en el estómago son posteriores a la asfixia. Tenemos también lo que parece una penetración a la fuerza. El hombre necesitó tiempo para hacer esto: habrá algún lugar donde la mantuvo viva, y otro lugar donde hizo el trabajo del cuerpo.

La víctima es Rosa Bonanova. Dieciséis años, hija única, desaparecida cuatro días antes, vista por última vez al anochecer, cuando regresaba a pie a casa de un ensayo del coro en el Eixample.

Los grafólogos forenses se dan un atracón cuando Fabregat les envía sus cartas. El mensaje llega de vuelta con claridad: *¿Mismo calígrafo? ¿Misma letra? De la misma mano, en cuerpo y papel.* La policía documenta su caso. En las fotos, estaba guapa y sonriente.

A las puertas de la transformación.

Ahora ya no está.

Fabregat se pone hecho una furia.

No es un inspector que disfrute con el asesinato.

Una tercera carta le sigue rauda, la han dejado en el confesonario del viejo monasterio de Sant Pere de les Puel·les, el jueves 12 de junio, dirigida al *señor Manel*

Fabregat, de la policia de la Generalitat de Catalunya. Al inspector se le salen los ojos de las órbitas. Una insolencia que surge hacia él como la niebla. Esta vez, el remitente ha escrito:

*Os lo voy a explicar
ya sin enigmas.
Seguid. Escuchad mis palabras.
Crímenes Antiguos.*

Y deja dos fechas como si fueran dos topes de una librería:

1182-1188

Fabregat no pierde el tiempo.

—¡Personas desaparecidas! —grita a su equipo—. Señaladlas, seguid cualquier pista, padres angustiados, desapariciones. Quiero saberlo todo. ¡Que nadie hable, chicos! Nada de filtraciones a los putos medios. ¡No quiero que sepan por dónde van los tiros!

Ésta no es la primera vez que el asesino ha hecho esto.

Demasiado entrenado. Demasiado ensayado. ¿Hay alguna historia? ¿Algún incidente en el pasado? Siente una red que se va cerrando... ¿Ya sin enigmas? Y por debajo de esto una inquietud profunda e impaciente. ¿Por qué a mí? ¿Por qué elegirme a mí? El receptor de tan extraña información.

La respuesta llega en la forma de un segundo cuerpo descubierto el viernes 13 de junio de 2003 por el barman del club nocturno Genet Genet, que se atropella al contar cómo ha encontrado el cuerpo después de cerrar el local, al sacar la basura. Se viene abajo mientras habla con la policía, que se lo ha llevado aparte, a un lateral del edificio cerca de la narcosala.

—Yo tan sólo la he encontrado —repite igual que un hombre que hubiese perdido la cabeza—. Estaba cubierta de sangre. —El barman tiene la camisa empapada de sangre—. Y la han dejado ahí colgada de la farola. —Aparta la mirada de la calle y eleva los ojos al cielo. Un hombre fuerte que se niega a llorar—. Yo..., yo...

Pero ella también se ha marchado, su alma ya no está, y no ha sido de un modo agradable. Xavi ha encontrado una mujer sin lengua. La boca es un charco de sangre. Nada cubre el cuerpo desnudo salvo unas letras grabadas en el pecho, la garganta y los brazos. A su alrededor se forman lagunas que brotan del muñón de su lengua y de las heridas de su cuerpo. De los dibujos en las manos.

Fabregat trabaja en la escena y se ve interrumpido por una sombra que aparece apoyada contra la pared, detrás de la cinta blanquiazul, tose ruidosamente y se

enciende un cigarrillo.

—Otra que va a la basura. —La vieja prostituta cecea. Como si nada—. Créeme.
—Eructa una supuesta nube de humo.

El pelo, reseco y oxigenado. Una corona amarilla de plástico. Sombra de ojos de color lavanda. Labios tan nauseabundos como llamativos.

—No es nadie —se burla la mujer con el rostro velado en oscuridad. Su voz raspa como una sierra oxidada, doblada por el exceso de uso—. Igual que tú, *mosso*.

A Fabregat se le erizan los pelos de la nuca.

—Basura. —Hace sonar las sílabas con tonillo—. Ba-su-ra.

Eso eres.

Polvo que se lleva el viento.

—Diles que se olviden —ronquea ella—. Nadie la conoce. A nadie le importa.

El segundo cuerpo es identificado como la estudiante de Medicina Rosario Sarrià, de veintitrés años, que se preparaba para ser enfermera y estaba en prácticas en el hospital Clínic. Vivía sola en Sant Gervasi. Nadie había denunciado su desaparición, aunque no había asistido a los seminarios del miércoles y el jueves, y sus compañeros habían empezado a preocuparse.

No tardan en llegar las opiniones de los especialistas. Los criptógrafos y analistas, los historiadores de la Universidad de Barcelona. Opiniones en palabras que Fabregat no ha visto nunca y se esfuerza por entender. ¿Algún cifrado? ¿Algún código? ¿Algún anagrama? Eso pregunta Fabregat, esperanzado, pensando en un libro que ha leído sobre el tema. *No. No. Y no.* Fabregat está dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo. No obstante... *Los grabados en el cuerpo también parecen ser de alquimia: el círculo alrededor del ombligo recuerda la forma que tienen los alquimistas de referirse al oro, un círculo perfecto con un punto inscrito en el centro. La media luna entre los pechos podría ser la notación alquímica de la plata. La serpiente de la mano izquierda sugiere una afirmación del pecado, la cruz en la derecha una representación del juicio divino. ¿Y la serpiente-infinita-que-se-muerde-la-puta-cola que hay en las cartas?*

El profesor Guifré, experto y medievalista del Departamento de Culturas Medievales de la facultad de Filología de la Universidad de Barcelona, responde lo siguiente:

—Esa serpiente es un uróboros. Data de la Alejandría del siglo II y fue tomada de un tratado de alquimia con el título de *La crisopeya de Cleopatra*. Esto de aquí en catalán suena a la inscripción griega *hen to pan*, literalmente «uno es todo». Las mitades blanca y negra sugieren la dualidad gnóstica. El uróboros ha sido aceptado de manera tradicional como el sello de un círculo continuo, la eterna consumición y creación. Una fuerza generadora elíptica que contiene el universo. El uróboros

también alude a ciertas tradiciones místicas ancestrales asociadas a la transformación de metales bastos en oro... De haber un código, creo que lo que tienes delante es un código de alquimia.

¿Y las lenguas? ¿Por qué cortarles la lengua? Si todo lo demás posee tanta carga, tiene que haber algún significado en eso. El profesor no lo sabe. Fabregat se sienta en su mesa, abatido, cabizbajo. *¿Por qué enviarle a él todo aquello? ¿Por qué grabar esas cosas en el cuerpo de una mujer?*

—Estás buscando a un hombre obsesionado con lo oculto —trina Guifré en el teléfono—. Tu asesino es un entusiasta de la alquimia. Un aficionado a la magia negra. Uno de esos... ¿cómo los llamas tú? Un gótico —sugiere Guifré, complacido con sus conocimientos de cultura popular—. Uno de los de capa y espada. Un lector de fantasía.

Fabregat ve las cosas de otro modo. *Alguien hercúleo. Preciso. Clínico. Eficiente.* El inspector añade sus observaciones a la lista. Una agente se aproxima a Fabregat. Él la mira con cara de no entender nada. Ella le entrega una taza de café. Charlan un rato. La agente hace acopio de valor para plantear una teoría. No tiene éxito, y él niega con la cabeza.

—Vamos a coger a ese cabrón —dice ella.

Fabregat no está seguro. No hay marcas, no hay huellas ni rastro de ningún asesino. *El tío es demasiado limpio. Un profesional. Nadie lo ha visto... ¿Cómo es posible que nadie vea a un hombre colgar un cadáver de una farola en plena ciudad? A menos que tengan miedo, ¿no? A lo mejor los testigos tienen miedo, ¿eh? A lo mejor lo conocen. ¿O es un espectro? ¿Un fantasma?* Fabregat le da vueltas. Vueltas y más vueltas.

Lunes, 16 de junio

Llega una cuarta carta, encontrada tras la misa vespertina en la fuente de la plaza de Sant Felip Neri. El cura pide que Fabregat envíe a un mensajero. No quiere tocar el sobre. En el interior, el diagrama de las esferas concéntricas es idéntico a las otras tres misivas. El mensaje consiste en cuatro líneas y un par de fechas:

*Tomad del mar la medida
y su arena contad.
Interpretad a la sordomuda
y oíd a quien carece de voz.*

1312-1317

Nada más.

Martes, 17 de junio

Primeras luces. El sol se eleva benevolente sobre el mar. Un resplandor caluroso. Una pareja que pasea a su perro por las colinas de detrás de Barcelona encuentra un cadáver colgado de los árboles, en una senda que sube desde la carretera de les Aigües. El golden retriever la olisquea a la sombra del Tibidabo, en la curva sobre el corazón de la ciudad, detrás de un banco de piedra y una fuente, oculta en un matorral negro. Está colgada de una cuerda alrededor del cuello, balanceándose en el aire a unos metros senda arriba, escondida tras las zarzas y las hiedras, en medio de los robles frondosos y los pinos carrascos, donde huele a húmeda primavera y a barro.

Tibidabo. Uno de sus lugares favoritos y más habituales en la infancia. Fabregat se siente despojado de toda soberanía mientras desliza su coche más allá del control de la policía, por el camino de tierra. *Asaltado. Profanado.*

Tibidabo. En honor de la frase del diablo en latín, la tentación de Cristo en lo alto de la montaña.

Todo esto te daré... En el Tibidabo tienes una mejor vista de la ciudad, que se estira y se despreza de su sueño, parpadeando hacia el puerto.

Desde la montaña lo ves todo. Barcelona en color carne. Piel ondulante hasta llegar al mar. El Park Güell, justo al sur; el puerto de la Barceloneta, la ciudad abierta como dos manos que se ahuecan para coger agua. Hay colinas por todos los flancos, Collserola, Putxet, Montjuïc..., la desembocadura de los ríos Besòs y Llobregat, la línea diagonal de les Rambles, una incisión atrevida, confiada, que desmonta el centro de la ciudad en dos piezas triangulares. Vistos desde esta altura, el Gòtic y el Raval son dos pulmones humanos simétricos que respiran apoyados en la columna vertebral de les Rambles.

Fabregat jura para el cuello de su camisa mientras su coche avanza lento y ruidoso por el camino de tierra blanquecina, hasta el lugar donde la han encontrado. Ve un zoo de vehículos: las motocicletas blancas y la ambulancia amarilla, las furgonetas en negro y azul. Por el parabrisas atisba la distante figura de Cristo en lo alto de la tarta de boda del templo del Sagrado Corazón. Asomado en lo alto de la sierra. Los brazos abiertos reciben a Fabregat.

Sonriente sobre el bosque.

No es un sitio muy normal donde encontrarse a Roseanne Aribau. La tercera víctima vivía a kilómetros de distancia, en una comunidad hippy cerca de Terrassa. Fueron sus amigos quienes denunciaron la desaparición el viernes y dijeron que no había regresado de una sesión de prácticas celebrada en Barcelona. Había cogido los *ferrocarrils* el miércoles camino de la ciudad, pasó dos noches en Gràcia y después...

silencio. Sin respuesta de su teléfono.

Suele mandar un mensaje de texto. Yo la recojo en la estación. Ése habría sido el plan, dijo su amiga.

¿Cuál es su profesión?, preguntó el policía.

Es una doula. ¿Una doula?, pensó Fabregat. ¿Qué cojones es eso?

Una partera, dice alguien. *Una partera new-age.*

Desde luego, había sido un animal.

Una cabra que algún ganadero pudiera tener en la ladera, pero la sugerencia —no, las implicaciones de las huellas, tan cerca del cadáver— le deja al inspector una sensación desagradable en el fondo del estómago. Cuando Fabregat ha llegado a la escena, el joven *mosso* en turno de guardia estaba más verde que pálido. Cuando le han preguntado qué ha visto, el chaval ha revelado que se ha movido entre las sombras alguna criatura con la forma de un hombre, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlo. Cuando ha perseguido a la silueta, ésta ha desaparecido en el bosque, y el cadete ha regresado a vigilar el cuerpo de la chica. Al desandar su camino, el *mosso* ha mirado al suelo, donde ha descubierto —bajo el cuerpo— una huella lodosa que procedía del charco en la cuneta del camino. Esas huellas, que el policía había mostrado más tarde a Fabregat, no tenían la forma de un pie humano, sino la impresión de una pezuña hendida, como la de un carnero. Sólo que mucho más grande, del tamaño del zapato de un adulto.

Parpadea. *Una aparición. La imaginación.*

—Creo que ha sido el diablo —dijo el joven agente, que se santiguó.

Sin embargo, la superstición no puede con Manel Fabregat.

—Ha sido una cabra. No desvaríes, tío.

Más tarde, el inspector enciende un cigarrillo y aspira con fuerza. Agradece el efecto. Se dirige al mirador, el banco de piedra a un lado de la pista de polvo blanco que discurre sobre Barcelona. Estudia la pendiente. *¿Por dónde habrá venido?*

El corte en zigzag por encima de Bonanova y Sarrià. Por la ronda.

¿Está cerrado?

Sí, recuerda él. *Con una cadenita metálica entre dos postes de madera.*

Llama a sus agentes. Comprueban el punto de entrada. Ahí está, han roto el candado de la cadena metálica que cierra el desvío.

Le han hecho un gran corte al pasador.

Cuando Fabregat sostiene en la mano la cadena de metal, sus ojos recorren las viviendas de alrededor. Una urbanización moderna con piscina. Elegantes jardines vallados. *Cámaras de vigilancia.* Se le ilumina la mirada. *Esperanza. Alguien lo habrá visto. Se supone que por aquí no pasan coches. Las luces habrían apuntado a las ventanas.* El equipo de investigación comprueba todos los apartamentos. Una mujer se nos acerca. Alrededor de las dos de la mañana, cree ella. Se detuvo un coche

pequeño. Muy poca luz, no pudo ver la marca. Era negro, o gris metálico..., dice la testigo. Eso no es de mucha ayuda, suelta Fabregat. ¿Matrícula? ¿Algún número? La expresión contrariada en el rostro del inspector hace que la mujer se sonroje. *Pero es algo. Es algo con lo que seguir.* Cuando comprueban la cámara, no hay cinta de grabación. Fabregat se pone rojo de ira. *¿Para qué coño sirve una cámara si no graba nada?* Regresa al bosquecillo oscuro del recodo en el camino blanco. Los corredores se acumulan en ambos extremos, desesperados por completar su circuito diario, levantando polvo con los talones.

Les dice Fabregat: *No. No pueden pasar. Hoy no. Mañana tampoco. No durante una temporada.*

Alza entonces la vista a los árboles y les pregunta: *¿Qué habéis visto?*

Como si ellos se lo quisieran contar.

En un principio, había confiado en que hallarían una respuesta: ningún asesino podría cometer aquellas atrocidades sin dejar algún rastro de ADN sobre el escenario del crimen. Encontrar a un sospechoso era sólo cuestión de tiempo, le había dicho a su equipo: seguid buscando, rastreadlo todo, estudiad el terreno, el polen, el barro, los cuerpos. Buscad cualquier cosa en sus tripas... ¿Qué habían comido? ¿Qué habían bebido? Enteraos de cuántos cafés se habían tomado en un día, cuándo habían ido al baño por última vez. Estudiad sus rostros, las heridas en la garganta y el pecho, el corte brutal en la carne: ¿qué cuchillo había utilizado? ¿Qué hoja había causado estas laceraciones en la boca, las marcas en el estómago? En toda su carrera, limpiar rencillas conyugales de la mesa de la cocina, acudir a violaciones, atracos a mano armada, robos, allanamientos, hurtos, contrabando y trata de blancas, el inspector Fabregat jamás había trabajado en un caso como éste. Su experiencia previa con el homicidio (afortunadamente) se había reducido a casos de una o dos víctimas, por lo general de un hombre a una mujer, y en la mayoría de las veces entre dos personas que se conocían. Los crímenes pasionales en los que el culpable salía a la luz en cuestión de días, o se suicidaba, o hacía todo tipo de cosas extrañas, no incluían ni volver a matar ni enviar por correo fantasma unas cartas crípticas que parecían salidas del archivo de manuscritos iluminados de la Universidad de Barcelona...

Siente un escalofrío al pensar en la copia del último documento que ha enviado a la mesa del experto. Llegó igual que los otros. Otro confesonario. Otro sobre dirigido a Manel Fabregat.

En el interior:

¡Serpentarius!

¡La venidera!

Sabed esto:

de Nueve libros de Hojas emanó esta ira del hombre.

Fabregat se muerde el labio. Fuma atribulado. Barcelona no es famosa por sus asesinos en serie. Viene por aquí cualquier loco, y la playa lo distrae. ¿Escenas así? Es tan simple como que no va con el ambiente. Que algo así esté sucediendo lo irrita.

El segundo acto se inicia en silencio. Es la mañana del día de Sant Joan. El festivo en Barcelona se extiende cuarenta y ocho horas, se inicia en el anochecer del día 23 de junio con la *revetlla* de Sant Joan y culmina ahora en el adormilado día de fiesta, el 24. En esta ocasión, el sol sale tras los imponentes pináculos de la catedral de Barcelona. Dominantes capiteles que brotan del corazón de lo que una vez fue la ciudad amurallada de Barcino, de la que se dice que fue fundada por Hércules, medio hombre, medio dios, enamorado de la joven Pirene que da nombre a los Pirineos; o tal vez Amílcar Barca, padre del cartaginés Aníbal, construyese las primeras estructuras sobre el Mont Tàber. Aquí descansa ahora la gran catedral. *La catedral de la Santa Creu i Santa Eulàlia*. Descomunal. Inquietante. Producto de un gran auge fiscal, es la creación de un superpoder medieval venido a menos mucho tiempo atrás. En ninguna otra parte del mundo hay tantas grandes iglesias tan cerca unas de otras. El empuje de la catedral ofrece un aire ebrio de poder, aún famosa por exorcismos, noble suelo, placas de piedra; fachada ornamental, engañosa, es una adición neogótica realizada en el siglo XIX. Sus colgadas siluetas de ángeles observan los misterios de allá abajo, estudian a los turistas y sus cámaras, los mercados cubiertos, los mendigos y los barrenderos, los ejecutivos trajeados, los activistas, los huelguistas, políticos, drogatas y vendedores de trinos de pájaros estridentes que silban y apuntan con linternas al cielo con la esperanza de entrar a algún cliente. Las gárgolas y los ángeles se han pasado la noche cotilleando bajo los campanarios, observando algo inusual. *Algo curioso*. Los ojos de piedra se posan sobre la figura de una chica, en los once escalones que ascienden a la boca de la catedral. Dispuesta como una ofrenda a un dios indiferente.

¡Joder!, susurra el médico al retirar la camisa del cuerpo femenino. Aún está caliente. El ayudante, a su lado, pierde el equilibrio y se cae. El médico grita: *¡Levanta! ¡Levanta!*

¿Natalia Hernández?

El mundo se detiene por un instante y mira fijamente. *¿O su doble?* El ayudante se atraganta. Podría no ser Natalia. Pero ellos lo saben. Todo el mundo lo sabe. Alguien le ha retirado el pelo de la cara y le ha dejado unas marcas pegajosas en la mejilla y en la frente, donde han tratado de borrar la muerte. La han corneado en el vientre y en el pecho. Pinchada. Muchos sitios. Es porosa. Un lodazal. Tiene los labios recién pintados. La boca, un lago de oscuridad. Un policía vomita en los escalones.

Y aun así, ¿tan inmóvil la expresión de su rostro?

El médico susurra una breve oración mientras le examina el cuello.

Hay heridas por todo el cuerpo de esta chica. Dios, qué persona más cruel. ¡Ostras! El médico silba. Siente un escalofrío, como si estuviera en presencia de fantasmas. Un frío helador y desagradable, aun en el calor del verano. *Natalia Hernández*. Echando la vista atrás, la gente se preguntará cómo la dejaron aquí.

Todos tendrán una sensación de remordimiento.

Ella, que era tan guapa.

Las amas de casa leerán atentas la prensa sensacionalista.

El médico lo sabe con certeza conforme palpa la ausencia de pulso de Natalia Hernández. Ella, a la que tanto cariño le tenían, y tan verdadero.

En el otro extremo de la ciudad, el portero en el carrer de Muntaner soltará un puñetazo en la mesa. No se le ocurrió alertar a la policía de que nunca regresó, Natalia Hernández, que siempre llegaba a casa a las once, quien jamás salía hasta más tarde, ni siquiera en las noches de estreno. *Hòstia, Santa Maria! Quin horror!* Tiene el pelo perfectamente recogido con un moño tenso. El maquillaje de escena le cubre denso la cara, y esos labios luminosos, frambuesas reventadas sobre la piel morena. Las delicadas extremidades están dobladas como los arrugados cuartos traseros de un potro. Los dedos, largos y cerrados en un puño tenso sobre el pecho. Dos lunares, constelaciones en el vértice del cuello y la mandíbula. Y aun así parece serena. Soñando ensimismada, desaparece.

En otro lugar, las cosas no son como parecen. Conforme avanza el caso, un investigador llama la atención de los medios sobre el portero de Natalia Hernández en el número 487, que vio a un extraño entrar y salir de su edificio en el espléndido complejo de apartamentos en la frondosa calle Muntaner, aquella fatídica madrugada, y coger el ascensor hasta el piso de Natalia. Dicho portero no consigue reconocer al hombre a su salida del edificio. Lo poco que fue capaz de recordar en un interrogatorio fue que no tenía nada de especial, el pelo claro, esbelto, de estatura media.

—No lo sé, supongo que podría haber sido cualquiera. No lo vi entrar. Di por sentado que sería la pareja sentimental de alguna de nuestras inquilinas, que se marchaba después de pasar la noche.

A las seis y media de la mañana, el hombre misterioso queda prontamente olvidado. Más adelante, el portero afirmarí que era un fantasma, quizá un demonio o un espíritu, porque ningún ser humano se podría haber colado así, no de ese modo tan desagradable y serpentino, ¡reptando por el suelo para pasar desapercibido al ojo humano! El humo, sin embargo, no es tan fácil de descartar, y, hacia las siete de la mañana, el salón del 5A del número 487 se ha convertido en un infierno en llamas. Nubes negras se filtran por las rendijas de la puerta del apartamento que da al pasillo de la quinta planta. Jamás se ha visto semejante fuego en la calle Muntaner. Y va a peor, aún. En el taller de Natalia Hernández, el fuego alcanza un recipiente de trementina almacenado en un estante, las llamas lo consumen todo y se produce entonces la gran explosión: una magnífica bola de fuego que asciende en el aire. El sistema contra incendios anega los suelos a ambos lados. Cuando llegan los bomberos tratan de apagar las llamas voraces, pero para entonces el salón ya está renegrido, los dos sofás son una masa desfigurada de cuero que huele como un cadáver carbonizado, y, en el centro del salón, hay un círculo chamuscado de polvo negro y espeso. En el interior de las cenizas todavía se distinguen los lápices y los bolígrafos con los que escribía la mujer, los lomos de unos libros ahumados y destrozados, las páginas incineradas a causa de un fuego provocado por una llama que entró en contacto con la cocina de gas, que se había dejado abierta. La explosión atravesó la pequeña cocina y llegó al salón del apartamento. Los bomberos sospecharon que había sido provocado: la puerta del apartamento entornada, los grifos de la cocina abiertos. Lo que sigue siendo muy extraño es que la incendiaria nube de humo negro destrozó el apartamento de Natalia Hernández aproximadamente una hora y cincuenta y siete minutos después de la muerte de la chica.

¿Era la explosión de su alma, escindida de su cuerpo como un átomo dividido? ¿O la intensidad de su vida manifestada en llamas? Sólo *Bobí* conserva la calma, el pequeño pequinés, en el fuerte abrazo de su envejecida dueña. Sus vidriosos ojos caninos observan el fuego con una plácida aceptación entre la muchedumbre acongojada en la calle.

En este momento exacto, el inspector Fabregat se encuentra en la plaza de la muerte de Natalia Hernández. Apenas se ha frotado el sueño de los ojos. Se pasa una mano por el pelo; sus facciones se afilan como las de un lobo. El sol brilla en los escaparates de las tiendas al otro lado de la calle. Unos olivos murmuran junto a unas palmeras diminutas. La piedra de los edificios circundantes, en tonos dorados y rosa. Estratificada. Dispareja, de todas las épocas. Cipreses, en posición de firmes ante el borde de un enlosado gris.

Esta mañana mantendrán a los mendigos lejos de los escalones de la iglesia. También a los turistas. *Demasiado temprano aún para las multitudes...*, pero *vendrán*, piensa Fabregat. Se pasea bajo unos faroles negros ornamentados que sobresalen de los muros de piedra. Por delante de museos y archivos eclesiales. Callejones. Camina en círculos. A la espera de resultados. Esta vez tendrán las cámaras de la diócesis, los porteros, y Fabregat está agitado, deseoso de ver qué contienen.

No tardará mucho el sargento De la Fuente en conducir al inspector Fabregat de vuelta a la furgoneta blanquiazul, aparcada en el extremo opuesto de la plaza, debajo de una hilera de árboles más grandes.

La emoción en su voz es palpable.

—Les estamos siguiendo el rastro. Por todo el Gòtic.

—¿Les? —Tiembla el ojo izquierdo de Fabregat.

De la Fuente sonrío de oreja a oreja. Fabregat fuerza una sonrisa.

—Si me cuenta eso, sargento, será mejor que esté seguro. Soy un hombre muy sensible, así que no me dé falsas esperanzas.

De la Fuente abre la puerta del laboratorio móvil. Acerca una silla hasta el ordenador central y le hace un gesto al inspector, que rechaza sentarse. Fabregat frunce el ceño. De la Fuente se vuelve a sentar, tiene la frente grasienta en el primer sol de la mañana.

Fabregat se pasa la mano por el cabello y adopta una expresión de sorpresa. Observa mientras el joven técnico que tiene delante le muestra un fotograma sin obstáculos, desde un punto elevado cerca del museo de la archidiócesis. Fabregat vuelve a mirar. Un hombre carga con la chica.

—Suponemos que ya está muerta en el momento en que la cámara los capta.

La voz de De la Fuente carece de emotividad.

—Enséñeme el resto —suelta de golpe Fabregat.

Desde las sombras de un callejón adyacente, surge una figura y cruza por delante de un café cerrado durante la noche. La Estrella de Santa Eulàlia. La silueta avanza torpe y abandona la oscuridad. Vaga y borrosa. Claramente se puede distinguir ahora un hombre. Media melena negra. La piel refleja el brillo de las farolas. Los hombros y el pecho desnudos. Lleva unos pantalones vaqueros caídos en la cintura, y carga en sus brazos con la chica, cubierta con una camisa. Los brazos de ella, inertes, caen hacia el suelo. Cara larga en el chico. Manchada con algo negro.

¿Sangre? El pulso de Fabregat se acelera.

Alrededor de los dos extraños transeúntes, la calle y la plaza están desiertas.

—¿Podemos acercarnos más?

Los dedos del agente vuelan por el teclado. Agrandando la imagen en la pantalla con el rostro del muchacho como punto central. Fabregat ve el cabello oscuro y rizado, a la altura del hombro. De haber sido más nítida la imagen de la cámara, habría distinguido una nariz aguileña y unos ojos amarillos como los de un gato. El rostro se ve borroso la mayor parte del tiempo, la calidad de la iluminación es bastante pobre..., pero hay fogonazos de claridad.

—Ahí..., pare ahí. —Fabregat levanta la mano.

La boca del hombre está firmemente cerrada, los ojos miran al frente. Permanece de pie un largo rato, abrazando el cuerpo inerte de la chica contra su pecho antes de colocar el cadáver en el suelo, en la base de los escalones que ascienden a la grandiosa catedral. El sospechoso se arrodilla junto al costado de la mujer. Coge los brazos de la chica muerta y los cruza sobre el pecho, le estira las piernas y le aparta el pelo de la cara. Le acaricia la piel de la frente.

Una punzada de duda surge en la mente de Fabregat. *En este tío no hay nada de frialdad ni de calma; nada ensayado. Nada limpio. Él no encaja.* Por un instante, el sospechoso baja la mirada. Observa a Natalia Hernández. *Sádico de mierda*, su ternura enfurece a Fabregat, le desconcierta, conforme el joven le cubre el rostro a la chica con la palma de la mano, le acaricia la mejilla, le cierra los ojos... ¿Para qué? ¿Para disculparse? El sospechoso se arrodilla sobre la joven desnuda. Allí se queda durante tres minutos y cincuenta y seis segundos. Sacudiendo los hombros.

—Está llorando —dice Fabregat, que se incorpora para recuperar el aliento.

Y lo repite internamente, tal y como haría el país entero cuando viese aquel metraje durante la investigación. No está llorando sin más, el muchacho está sollozando. Un río de lágrimas ardientes desciende por su rostro. Un milisegundo después, el sospechoso se mueve. *Cabeza alta.* Ha oído un ruido. Se limpia los ojos con el reverso de la mano. No vuelve a mirar a la mujer. Se da la vuelta y echa a correr, al sur, bajando hacia la via Laietana. Hacia el mar.

—¡Muy bien! ¿Quién coño es ese tío? —explota Fabregat—. ¿Puede alguien decírmelo ya?

A su lado, De la Fuente pone mala cara.

—Dígale al ayuntamiento que instale más cámaras. Captarlo en nuestro sistema nos va a suponer una cacería de mil demonios.

El inspector hace un movimiento hacia la puerta corredera.

La abre de un tirón.

—¡Encuéntrenlo! —les grita el inspector Fabregat a los técnicos sentados en el interior, que están a su espalda.

Sale al sol. En el exterior de la furgoneta de vigilancia, Fabregat permanece quieto un instante. *El día de Sant Joan.* Debería ser fiesta para todo el mundo. Piensa

en cómo estaban las playas anoche, en cómo se comenzaba a beber ya al mediodía, en su hijo Joaquim, en los niños pequeños con los fuegos artificiales y las luces de Bengala, en la multitud en la arena, en la histeria colectiva, en el delito menor que siempre aparece. Pero ¿esto? Esto es una pesadilla. Se rasca la frente con el dorso de la mano. *Un error en la revetlla de Sant Joan*. Pero tenemos a ese cabrón. Tenemos al cabrón en la puta cámara. Caso cerrado. Dios mío. Fabregat se balancea sobre los talones y suelta un largo y lento silbido en un susurro. *Tranquil·la. Tranquil·la. Maldita sea. Lo tenemos.*

Pero no es cierto.

Adrià Daedalus Serra ya se ha adentrado en el mar.

En la mañana del 24, el productor argentino Tito Sánchez llama desde el asiento de atrás de su Jaguar gris, aparcado en lo alto de la avinguda del Portal de l'Àngel, a la entrada de la gran plaza: la plaça de Catalunya.

Fabregat ve cómo asoma en la calle el morro del coche. *Sánchez: cuarenta y tres, extremadamente adinerado, vínculos con el negocio de la droga, crimen organizado ruso. Mafioso de los buenos. Nunca lo hemos trincado, pero lo sabemos. Una víbora. Ha sido productor en el teatro de Natalia durante los últimos veinte años. Prominente admirador de la actriz. Sin coartada para las horas que van de la medianoche a las seis y media, dice Fabregat en voz baja. Hemos desarrollado una extraña forma de amistad antes de este caso. Aun así, Tito se ha enterado demasiado pronto para mi gusto. Lo hemos traído, lo hemos interrogado. Nada concluyente.*

Tito se inclina sobre la tapicería de cuero oscuro con el teléfono presionado contra la mejilla. Su chófer guarda silencio. No quiere que el conductor le vea la cara.

—Me han dicho... —La voz de Tito se endurece—. Estás sobre el terreno, ¿no? ¿Estás en ello?

—Mira...

—¿Qué le ha pasado?

Fabregat acera sus nervios.

—No puedo, Tito. De verdad que no puedo. Es algo malo.

—Tengo que saberlo.

—No por mí.

—Fabregat...

La línea se queda en silencio.

—¿Dónde la tienen?

—Lo siento.

Tito se ha quedado sin resuello.

Vacío de todo sentimiento.

Fabregat se imagina la escena en el coche mientras escucha: Tito mira fijamente la esfera de oro del reloj en su muñeca, concentrado en las agujas. *Te he fallado.* Se siente impotente, despojado, le han absorbido la vida, y aun así el maldito minuterero sigue avanzando, y el segundero también.

—Tito..., Tito, ¿estás ahí?

La voz de Fabregat crepita en la línea. Tito se quita entonces el reloj, estampa la esfera contra su ventanilla y rompe el cristal del coche. Fabregat escucha el puñetazo. La esfera del reloj se hace añicos. Tito propina otro puñetazo a la ventanilla del coche.

—¿Con quién estaba ella anoche?

Fabregat no responde.

Aquella mañana, el actor Oriol Duran había salido a correr al amanecer y regresaba a su casa para encontrarse con una visita inesperada. Se quita los zapatos en la entrada, después los calcetines. Da una voz:

¿Hola?

No hay respuesta.

Pero puede sentir la respiración de alguien.

Oriol se dirige a la cocina.

—Tito —dice forzando la vista en aquella luz—. Deberías avisarme antes de venir. —Avanza con la mano extendida—. Me has dado un susto de muerte.

—Hueles a humo. —Las manos de Tito se mantienen firmes en sus costados.

—El tabaco, es lo que tiene. —Oriol se acerca al fregadero y se lava las manos—. ¿Por qué no has esperado a que yo te abra la puerta y te invite a pasar?

—¿Qué pasó anoche? —pregunta Tito.

—No sé de qué me estás hablando.

—Eres un puto idiota.

Oriol llega hasta la encimera de la cocina y sirve un vaso de agua para Tito y otro para él.

—¿Café? —pregunta el actor.

—No.

—Vamos, Tito, me estás asustando. —Oriol se ríe—. No te pega nada.

—Era una chica encantadora. —Los ojos de Tito se clavan en los del muchacho.

—¿De qué estás hablando?

—No me gusta nada —dice el productor.

—¿Gustar qué, Tito? Será una broma, ¿verdad?

Tito se abalanza sobre el chico, lo agarra por el cuello y lo estampa contra el frigorífico de acero inoxidable a su espalda.

—Puedo hacer contigo lo que me salga de los cojones —gruñe Tito—. Me perteneces, gilipollas. Soy dueño de tu carrera. De todo tu puto negocio.

Oriol deja escapar el quejido desesperado de un perro dolorido.

—Está muerta —dice el productor.

El cuerpo de Oriol desfallece.

—¿Qué? —resuella.

—Tú estabas allí. Tú la dejaste ir.

Oriol se retuerce en busca de aire.

Con la mano libre, Tito le da un golpe en el estómago con el puño cerrado como una bala. El muchacho se atraganta cuando el aire sale disparado de su cuerpo y se da un golpe en la cabeza contra el acero.

—Esto es por dejarla allí. Ahora... —Tito se inclina sobre el oído de Oriol y vuelve a darle otro puñetazo en el estómago, que lanza la cabeza de éste contra la puerta de acero inoxidable—. ¿Cómo pudiste dejarla? —Le da otro golpe—. A mi Natalia... Tú estabas allí, tú podrías haberlo evitado.

Los hombros del joven crujen contra el acero inoxidable.

—Quiero saber lo que ha pasado, Oriol. Por qué estaba ella ahí. Con quién estaba. Quiero saber por qué la dejaste tú allí. —Tito se aparta y observa cómo el actor se desploma contra la puerta de metal del frigorífico.

Los testigos describen el encuentro en el club privado de la plaça Reial, con sus columnatas, pintura de color mostaza, las persianas marrones y las lámparas de Gaudí. Observa su obra con atención y verás los presagios. Sierpes que ascienden hacia la luz, colas azules enredadas en torno a unas gargantas de metal sublime. Aquí se encuentran los clubes famosos: Sidecar, Karma, Jamboree. Puedes bailar hasta que se te salga el corazón por la boca. Dejar la Vespa aparcada en la puerta o llegar con los rezagados que se caen unos encima de otros entre abrazos y canciones.

A Fabregat le encantaba esta zona cuando era más joven. En verano, la plaza se llena de encuentros: estudiantes que pasan el rato entre los bolardos, turistas con la piel roja y recién salidos de la playa, con el pelo lleno de sal y pegajoso, que se restriegan unos contra otros en la media luz. Los extranjeros que acuden en manada a la plaza, con sus cafés a la sombra y sus terrazas, se sentirán inmersos en una sensualidad mediterránea dominante que vale hasta el último céntimo de su billete de avión, de tren, o de la cama de su hostel. A la gente le roban la cámara, la cartera y, en las avanzadas horas de la noche, su sentido de la dignidad. Pero también aquí nace el amor, cálidos besos y exaltaciones que se elevan de la plaza para inundar las frondosas palmeras.

Fue en este ambiente en el que un joven se acercó a una famosa y guapísima mujer en el bar de la segunda planta, oculto tras las persianas en la esquina de la plaza que mira a levante. La sensación de la gente que los observaba era que el joven no tenía derecho alguno a hablar con la mujer, y que su encuentro era furtivo y privado.

—Eso tuvo pinta de mala suerte —dijo el barman.

Mala suerte.

—Me parece que fue él quien habló primero con ella.

Sin embargo, otras personas que vieron lo que ocurrió lo contradijeron.

—Parecía que ella lo esperaba por allí.

—¿Lo esperaba? ¿Estaba asustada? —preguntó Fabregat a los testigos.

No, dijeron ellos.

De forma unánime.

Preguntados y repreguntados todos ellos.

No.

Ella no parecía tener miedo.

Parecía confiada.

Con todo bajo control.

—Triste. Estaba triste —dijo una joven con un *piercing* en la nariz. ¿Sería «triste» otra manera de decir «asustada»?

No. *Eso tampoco.*

Todo el grupo coincidió en que, de no ser por la belleza de la joven y ese aire de familiaridad que afecta a los famosos, nadie se habría fijado en ellos. Pero allí estaba ella, el rostro del momento: Natalia Hernández.

Charlando con un joven hosco que no tenía derecho a hablar con ella, y algo profundo —algo incómodo— pasó entre ellos. Para que la gente sí se fijase. Y lo que llamó la atención de los testigos fue, al parecer, un intercambio de paquetes. ¿De dinero? ¿De drogas? Y también un flirteo que nadie pudo entender ni escuchar. Pero cuando la bella actriz besó al extraño, todo el mundo se fijó. Todos en aquel grupo se acordaban de ese preciso instante, porque estaban mirando con curiosidad a un rostro famoso mientras se tomaban unas cervezas a las dos de la mañana en la noche de Sant Joan, y se sentían complacidos consigo mismos por el hecho de que una actriz hubiera decidido frecuentar el mismo bar que ellos, que tuviesen un gusto tan acertado, tan en la onda. El grupo recordaba el baile y la charla cerca de la ventana, y recordaba el momento en que la actriz abandonó el bar con aquel joven hosco.

—¿Hacia las tres y media... quizá?

—Yo lo situaría más cerca de las cuatro...

Y a él lo describían bien.

—Parecía un espectro.

—Un adicto.

—Desaliñado en plan atractivo.

Su ropa estaba sucia. Llevaba roto el cuello de la camisa, abierta hasta el pecho.

—Tenía vello en el dorso de las manos.

—Era feo como un perro.

Eso no fue muy amable, Fabregat no considera feos ni a Adrià ni a los perros.

—A ella la vi bebiendo con él. Muy feliz. Guapa.

El barman tiene una expresión alicaída en el rostro. El pelo, cortado cerca de las orejas. Los brazos cubiertos de una tinta intrincada: la Virgen de Guadalupe, un esqueleto danzarín, un rosario. El camarero es delgado, alto, esbelto. No más de veinticinco años.

—No me lo puedo creer.

Sancho, el portero, está de pie con las manos en los bolsillos y un aspecto avinagrado. Es voluminoso en el clásico sentido de la palabra, con una tripa que sobresale por encima del cinturón en un leve bucle tembloroso, pero está fuerte: el torso bien extendido frente a los espejos de su casa, pesas en cada mano, bíceps equilibrados.

—Salieron varias veces a la parte de atrás a tomar unas copas..., los dos... Él me ofreció un cigarrillo... Estaban muy contentos... al principio..., bailando... bailando..., o sea..., sí. Justo ahí, los dos. Fumé con ellos antes de que se volvieran para adentro..., no suelo hacerlo, pero ya sabes..., Natalia Hernández... pues dije que sí. Porque ella estaba allí con... Sí, tío... ¡Sí! ¡Sí!

La limpiadora de los aseos confirmó encantada las palabras de Sancho:

—Ella se metió en el baño para ponerse rímel. Estaba un poco bebida. Pero nada más. Ningún rollo raro en los baños. Todo limpio... claro... por lo que yo vi. ¿Un chico? Sí, llegué y lo vi. Pelo negro..., barba..., no es un cliente habitual. Nuevo por aquí.

Chasquea los labios.

—Era mono. Pero un loco. —A la limpiadora se le escama la piel como la tiza. Demasiado maquillaje—. Ay, tío..., pásate trabajando aquí abajo el tiempo suficiente y les verás la locura en los ojos.

Le siguen más detalles mundanos.

—Llevaba unas Converse asquerosas.

—Apeataba a sudor y a marihuana.

Más calificativos vertidos.

Sospechoso, desagradable, demacrado, agobiado..., y a continuación los más crueles.

Hijo de puta. Asesino. Demonio. Cabrón. Monstruo.

A las ocho de la mañana de la festividad de Sant Joan, la furia juvenil que saluda a De la Fuente en la puerta del apartamento de Adrià Serra no es lo que el buen hombre se esperaba. Carraspea con fuerza, se cuadra, saca pecho y anuncia de la manera más clara y concisa:

—¡Policía! Sargento De la Fuente. ¿Puede usted confirmar que ésta es la residencia del señor Adrià Daedalus Serra? ¿Señorita...? —La confianza de De la Fuente se marchita bajo los ojos de la airada mujer.

—Sharp. Emily Sharp.

Los agentes de policía y los especialistas del equipo de criminalística se congregan detrás de De la Fuente, expectantes. No habrá perdido el sargento el valor, ¿no? Sin embargo, está hecho de una pasta más dura que todo eso. Se yergue, prosigue y se adentra un poco más en la entrada; el equipo se despliega a su alrededor.

—¿Ha estado usted en contacto con el señor Serra en las últimas veinticuatro horas? —De la Fuente le sostiene la mirada a Emily.

—No.

No es convincente. De la Fuente tiembla. Su equipo se adentra más en el apartamento. Si está allí, querrán cogerlo rápido —si está dormido en la cama con su cuchillo—, lo atraparán. *Hay que mantenerla distraída.*

Se aclara la garganta y saca más pecho aún.

—El señor Adrià Serra. ¿Está aquí?

—No —dice la norteamericana, que trata de ocultar su creciente irritación—. No, no está aquí.

—Pero ésta es su residencia, ¿no?

—Sí.

—Y, señorita..., usted es su... —La frente despejada de De la Fuente se arruga en una lasciva sugerencia. Emily pasa rápidamente al catalán. Es evidente el asco que le produce la idea.

—Desde luego que no —dice Emily—. Vivo aquí con su hermana también..., vivimos todos juntos. El apartamento es de ellos.

¡Una catalanista norteamericana! ¡Y muy atractiva, por cierto! Se ablanda la determinación de De la Fuente. *O una cómplice de asesinato. ¡Cálmate, tío!*

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted al señor Serra?

—He pasado el fin de semana con él y su familia.

—¿Dónde lo vio por última vez?

—En la estación de tren de Girona. Lo dejamos allí para coger el tren de regreso a Barcelona el domingo por la mañana.

—¿Hace dos días?

—Sí —titubea ella.

—¿A qué hora?

—Hacia las once.

—¿Y vio usted al señor Serra cuando llegó a casa?

—No. Ahora mismo no puede entrar... —Emily se detiene.

—¿Qué quiere decir con eso, señorita Sharp?

Ella se mira los pies.

—Ha perdido las llaves.

—¿No lo ha dejado usted entrar?

Emily hace un gesto negativo con la cabeza.

Los ojos de De la Fuente se fijan en una puerta interior de color miel.

—Tienen ustedes ahí una puerta forzada. —Señala hacia el cristal roto junto al pomo.

—Adrià la rompió hace cuatro días.

—¿Es muy violento, señorita Sharp?

—No..., bueno..., sí. Últimamente lo ha sido.

—Perfectamente comprensible, señorita Sharp. ¿Está aquí la hermana del señor Serra?

—No. Sigue aún con su familia. En Girona.

—Gracias, señorita Sharp. —De la Fuente adopta brusco un tono formal—: Vamos a proceder a un registro en su apartamento y la retendremos para un interrogatorio. Le pido disculpas por cualquier molestia.

Al sargento De la Fuente no le impresiona lo que descubre. El cuarto de Adrià es un antro de desorden. El lugar hiede. Las ventanas del balcón llevan días cerradas. Platos de comida que no se han llevado a la cocina. En una pared, una colección de armas blancas antiguas y una navaja suiza. Una cama de matrimonio, grande, con las sábanas revueltas, una mesa maltrecha a un lado y... repugnante... De la Fuente siente un escalofrío..., los dibujos más soeces cubren las paredes. Reiterados retratos de la cara de un hombre con unas porras eléctricas que le salen por la nariz. Ojos desquiciados con abundantes pestañas. Iracundos monstruos y genitales. Junto a una balda con dos archivadores universitarios, el chaval ha recortado un mensaje en el papel pintado floral de la pared: *La topografía del dolor*. Su letra dispersa, furiosa, es un garabato aterrador. Seguido de una serie de líneas apenas legibles del Manifiesto Comunista.

—¡Jefe! —lo llama el cabo Gómez. De la Fuente recorre a grandes zancadas el sendero que ha dispuesto su equipo. Cruza hasta el centro del salón y apoya la mano sobre el hombro de Gómez—. Échele un vistazo a esto.

La mandíbula de De la Fuente se bloquea.

Allí, en la pared del salón, enfrente de una muñeca decapitada y de unas plumas de pavo real desperdigadas, hay un armario que el sargento ha abierto para descubrir un tesoro oculto a base de viales, frascos y cápsulas médicas, barbitúricos: amobarbital, pentobarbital, después litio y benzodiazepina, también ibuprofeno y paracetamol, junto con otros nombres que no reconoce. Zyprexa, Lamictal, Symbyax.

Un frío terrible se apodera de los huesos de De la Fuente, hasta el tuétano.

Es un periodista quien halla sin querer las últimas pistas sobre la vida de Adrià Serra. Con el peso del calor sobre los hombros y la arena que se le cuele por los talones, Pepe Calderón lamenta haber decidido seguirle la corriente a su abuela —una mujer de noventa y siete años con un apartamento en primera línea de playa—, que afirmaba haber visto a un hombre ahogarse en el mar aquella mañana. El sol abrasa incluso en la orilla —*calor, calor, calor*—, tanto que su curiosidad mengua y vuelve a sumergirse en el displicente estado de satisfacción que en él se ha convertido en la norma. Se aproxima a los bloques de piedra del rompeolas.

Unas grandes piedras negras, hogar de ratas y de los animales que las depredan. En la otra punta —veinte metros mar adentro—, dos pescadores han montado una sombrilla y buscan cangrejos.

En un principio, nada.

Sus esfuerzos son bastante mediocres. Baja hacia el agua para dejarse ver, se vuelve para saludar a su abuela, que no debería tardar en volver adentro —hace demasiado calor para ella, muchísimo calor para ella— y entonces, al dar media vuelta para regresar con paso plomizo por la arena húmeda, ve las zapatillas. Unas Converse de caballero, del cuarenta y cuatro, de bota alta, los cordones sucios. Debajo de las primeras rocas del espigón, metidas en el lado contrario al que da al agua, de modo que a primera vista queden ocultas. Pepe puede sentir los ojos de la mujer mayor conforme se agacha para darles la vuelta a las deportivas. Un par de calcetines y un par de zapatillas... y... a Pepe se le acelera el pulso. *Eso que hay en el borde de goma gris de la zapatilla es sangre, y más sangre en los cordones de la bota izquierda. Y no es poca, que digamos.* El hedor, inconfundible.

Sangre humana en abundancia, seca y resquebrajándose al sol.

Calderón permanece inmóvil un instante.

Entonces llama a Fabregat; habla primero con una telefonista del departamento de policía, después con el inspector.

—¿Qué? —brama Fabregat.

Pepe regresa caminando al final del paseo.

—Ya sé que suena raro, pero acabo de encontrar lo que podrían ser los zapatos de su sospechoso. Debería enviar a alguien aquí ahora mismo. Y, si tiene alguna cámara de vigilancia por ahí, la grabación de alguna tienda, compruébela. Me lo agradecerá

si es que estoy en lo cierto.

¿Y al final? Fabregat suspira. Los medios le hincaron el diente a la historia. «Natalia Hernández, asesinada», voceaban los medios sensacionalistas. Los periódicos nacionales salpicaron las primeras planas con su cuerpo. De Valladolid a Zaragoza, los jubilados discutían el tema en sus partidas de ajedrez, y las amas de casa cotilleaban con sus peluqueras. ¿Has oído lo que ha pasado? Hubo especulación y hubo reproches, análisis de sus hábitos personales y su vida familiar, amantes y su carrera. La fama y la belleza eclipsaron cruelmente a las demás víctimas y relegaron a «las Rosas» a un papel minúsculo en el relato de la vida de una mujer famosa. Mucho antes de que la policía anunciase la desaparición de Adrià Serra, un comentarista relevante afirmó que el asesino de Natalia Hernández y de las Rosas era con toda probabilidad un fascista surgido del corrupto epicentro de Madrid, empeñado en agitar la disensión política en la ciudad. En una época de estabilidad financiera, con la llegada del euro y el boom económico, el turismo es la principal fuente de ingresos en Barcelona, y ahora, un loco madrileño se dedicaba a destruir la imagen de Cataluña colgándole la reputación de mortífero refugio de ocultistas asesinos en serie. Entrevistaron a un psicólogo experto que añadió que la forma que tenía el asesino de abandonar los cadáveres femeninos mutilados en lugares públicos sugería una pasión por el espectáculo, y que el móvil de los asesinatos era llamar la atención de manera deliberada. El inspector Manel Fabregat, cuando lo entrevistaron aquella mañana, aseguró al público que la policía estaba muy cerca de encontrar el origen de aquella violencia.

En la prensa vespertina, el periodista de *El corazón* Pepe Calderón comentó los elementos sensacionalistas del caso: los medios que un hombre obsesionado con el arte de la caligrafía utilizó de manera constante para causar daños en los cadáveres. Aquella noche, las madres retuvieron en casa a sus hijas adolescentes, se insistió a las mujeres jóvenes para que se desplazaran en grupo, evitasen los rincones oscuros del Raval y no hablasen con desconocidos. *No ha sido un hombre quien ha hecho esto, ha sido el diablo. El rey de las tinieblas. Un vampiro.* Y así siguió hasta que la policía emprendió una búsqueda y reveló que su principal sospechoso era de carne y hueso, y que se llamaba Adrià Daedalus Serra: visto por última vez por sus padres a las once de la mañana del día 22, en la estación de tren de Girona. El muchacho se había zafado de la compañía de su tío camino de Barcelona al bajarse del tren en Mataró sin

ser visto, antes de cambiar de tren y entrar en la ciudad condal por su cuenta. Adrià Serra pasó las siguientes veinticuatro horas en las calles, en salidas nocturnas y fiestas ilegales, y no había regresado a su apartamento en el passeig del Born. Cuando una fuente anónima ofreció el diario de Adrià, la ciudad se indignó. *Tenía fantasías de necrofilia y canibalismo. Escribió sobre los recientes asesinatos con el apetito sexual de un voyeur, al considerarlos un problema filosófico —un síntoma de la disfunción de la sociedad moderna— y una apoteosis de sus más ilícitos y secretos deseos: «Una puta revolución social».*

Su diario contenía también innumerables sueños eróticos en los que intervenía la amiga de su hermana y compañera de piso, una joven llamada Emily Sharp, que atestiguó ampliamente la inestabilidad de Adrià Serra y su propensión a la violencia. No tenía coartadas específicas para las noches de los respectivos asesinatos. Era un fiestero —dijeron sus amigos— que apenas dormía; hermético, aunque divertido, carismático, algo salvaje, incontrolable. Los médicos se ofrecieron para comentar su enfermedad, su terapia, su resistencia al tratamiento: *un personaje desventurado*. La especialista que lo había tratado dijo que, si bien no había tenido nunca la sospecha de que pudiese llevar a la práctica sus fantasías, no dudaba de que fuera posible. *El paciente es extremadamente inestable. Está obsesionado con la sangre, los órganos vitales y el anarquismo. Lamento no haber tomado más medidas para internarlo aquel fin de semana*. La ciudad gritaba consternada. ¿Dónde está el asesino? ¿Dónde se ha metido? Y así continuó durante la noche y el día siguiente, y el siguiente, hasta que el agua abandonó el cadáver de Adrià Serra en la playa de Sitges, y nadie pudo hacerle ya más preguntas.

Manel Fabregat lo aceptó en un principio. A pesar de sus brotes maniáticos, Adrià Serra era —según sus profesores— verdaderamente brillante. La opinión del Departamento de Filosofía lo situaba en lo más alto de su clase, pero el muchacho sufría de una especie de doble personalidad. En la universidad se presentaba con el barniz de un alumno triunfador y de gran erudición; por la noche se convertía en un animal sexual y hedonista. Adrià Serra parecía el perfecto psicópata (*si es que ese término significa algo, y no estoy seguro de que así sea*, masculla Fabregat con pesimismo). Violento, desagradable, había entrado a la fuerza en su apartamento el viernes, le había dado una paliza a su hermana... Sus padres —por cierto— eran tan agresivos como debía de haber sido el chaval en vida: eran orgullosos, distantes, egoístas, despreciables. A su hijo se le había ido la olla durante dos semanas, y aquellos ausentes padres de la *jet set* no habían visto apropiado pararle los pies, o ayudarlo, o tratarlo. En lo que a Fabregat se refería, aquello era un puto caos, un lodazal de clase alta con dos arquitectos esnobs defendiendo al monstruo de su hijo. Y, aun así, tal y como sus abogados señalaron en repetidas ocasiones, había ciertas piezas del puzzle que no encajaban. De manera específica, las cartas. ¿Por qué enviarlas? Adrià Serra no era un calígrafo. El chaval casi no sabía dibujar; es más, sufría dispraxia, y su letra era un garabateo apenas legible. La universidad le había

proporcionado un voluntario que tomaba sus apuntes durante las clases. Adrià mecanografiaba sus trabajos académicos en un enorme ordenador de sobremesa. Los grafólogos criminalistas coincidieron: al estudiar el diario de Serra y compararlo con las pruebas en pergamino quedaba claro que el chico no había escrito los versos iluminados. En realidad, tampoco habría sido capaz de cortar unos dibujos tan intrincados en la piel de sus víctimas. *No sabe nada de la Edad Media*, les soltó su madre a los investigadores y argumentó que su hijo tenía una imaginación muy fértil y que sufría una enfermedad crónica, que se había malogrado por un contratiempo. Al enfrentarse con la honestidad de la filmación de la cámara, los Serra insistieron en que su hijo siguió a Natalia a la salida del club, que se tropezó con su cuerpo y que, en un estado de nervios y depresión, cargó con ella hasta los escalones de la catedral y después decidió poner fin a su propia vida en el mar. El argumento de que Adrià era el asesino se vio, sin embargo, reforzado por el repentino cese de las muertes tras su desaparición. Todo terminó el día de Sant Joan, explica Fabregat. No hubo más cadáveres colgados de las ramas de los árboles. El infierno que se había abierto en la ciudad se cerró sin mayor noticia y dejó a su paso un largo y vacío silencio.

—¿Y las cartas? —le pregunto.

—¿Ese pseud juego de psicópatas? —explota Fabregat—. Qué cree usted que pasó con ellas, ¿eh?

Nada.

—Nos obligaron a dejarlas como un enigma, una comezón sin resolver. No era capaz de encontrarles ni pies ni cabeza. Pero el misterio es el padre de la obsesión, soy el primero en reconocerlo. Tenía la mirada fija en un sudoku sin aparente solución. Irritante hasta el abotargamiento.

El inspector no podía dormir por las noches. No podía trabajar. No podía hacer nada. Peor, empezó a soñar con una sierpe. La misma serpiente que formaba el símbolo de las cartas se desenroscaba y lo atormentaba en sueños. Y soñaba que la serpiente quería hablar con él, guiarlo a través de un matorral negro hasta una casa donde el suelo estaba lleno de los huesos de mujeres enterradas. En un sueño, la serpiente aparecía en trozos, hecha trizas; en otro, la serpiente era enorme, como una boa o una pitón, y se erguía sobre su cola y se alzaba por encima de él. Fabregat se sentía trastornado. Desbaratado. Incapaz de concentrarse. Sus superiores empezaron a reparar en ello: *Fabregat está cometiendo errores. Fabregat ha perdido la calma*. Al inspector le salió un herpes y sufrió terrores nocturnos. Su cuerpo era presa del estrés mientras él se consumía en el misterio sin resolver. Era un bloqueo sin igual. Tenía la apasionada convicción de que le habían pedido que descifrase un mensaje que era incapaz de comprender. Sentía que habían jugado con él. Le habían tomado el pelo. Manipulado. La frustración casi lo destruye. Aquel año, llegó a la conclusión de que había otra fuerza maléfica en aquel cóctel, alguien que había salido indemne de su

investigación, pero cuyas manos estaban tan manchadas de sangre como las del diablo. Seis meses después, los nervios acabaron venciendo a Fabregat, y el inspector se tomó un período sabático antes de regresar al cuerpo para los siguientes diez años y retirarse sin sobresaltos a los cincuenta y dos años. Su mujer, maestra de escuela, es quien mantiene ahora a la familia, y Fabregat lee el periódico en casa.

En la luz de su soleada sala de estar, sentado conmigo en el presente día de este mes de enero invernal, el exinspector Fabregat se desinfla como un globo entristecido. El aliento se comba en su pecho. Se pone en pie y me da las gracias, me acompaña hacia el aire del atardecer, pero se detiene en la puerta.

—Una cosa más: es tan sólo una conjetura personal. El asesinato de Natalia fue diferente al resto. Brutal, rápido, eficiente. Un corte en la arteria por debajo de la oreja. Un tajo hacia el músculo inferior de la lengua. Una hoja muy afilada, a gran velocidad, hecho en cuestión de segundos. La chica debió de ser como un puto manantial, había tantísima sangre, estaba por toda la ropa del chaval... ¿Quién haría eso? ¿Matar tan rápido, y después llevarse el cadáver a dar un paseo de veinte minutos por la ciudad hasta llegar a la catedral? Tal vez Adrià estuviera loco..., estoy seguro de que estaba loco..., pero él no era capaz de matar así, yo creo que no... Vamos tras un experto, tiene usted que entender eso. Una persona que ya había matado muchas veces. En todo ello había costumbre. Todo ensayado. Hasta la muerte de Natalia, jamás apareció en las grabaciones de las cámaras, no dejó ningún rastro en la víctima ni en la escena del crimen...

—¿Qué me está diciendo?

—Que no concuerda, ya lo ve. ¿Qué asesino en serie cargaría con su cuarta víctima hasta los escalones de una catedral y la dejaría allí antes de ahogarse en el mar? Me he pasado una década pensando en eso. El hombre que mató a esas mujeres era calculador. Terroríficamente calculador. No era impulsivo. Cada paso tuvo su propia lógica. ¿Cómo encaja Adrià Serra en todo eso? Era un peón, una manera de ocultar a alguien. Para que nuestro cabrón se pudiera evaporar sin más. Nadie me cree. Me dicen *ay, Fabregat, ostras, otra vez no. Déjalo ya. Todos llevan diez años muertos. A los fantasmas les da igual*. Pero yo no me puedo quitar de encima mis sentimientos. La muerte de Natalia contenía su propio mensaje, uno que yo nunca supe cómo leer. Cada carta me trajo un acertijo y un cadáver. Pero no hubo carta para Natalia. Llámelo la intuición de un viejo, pero estoy convencido de esto: Natalia lo conocía de forma íntima. Téngalo en cuenta cuando hable con la gente. El verdadero asesino está ahí fuera. En esta ciudad. Poniéndose moreno en la playa. Tomándose unas aceitunas. Haciendo el cabrón. Si estoy en lo cierto, será alguien del entorno de Natalia. Es alguien a quien ella debió de reconocer, alguien en quien ella confiaba y a quien después temió. Alguien a quien ella conocía.

VI
A LA CAZA

Hace frío en la calle. Mucho más de lo que me esperaba. Paseo hacia el mar por el passeig de Gràcia, rodeo las sombras a lo largo de las fisuras elegantes, colapsadas, en el tejido de la capital catalana, realizadas con quirúrgica precisión sobre el pecho de Barcelona.

En enero, la ciudad parece enjuta. Despojada de hojas. Envuelta en nubes pizarrosas y en una niebla suave y ascendente. Conforme voy caminando, veo la metrópolis cambiar. *Raspada y vuelta a raspar.*

Escrita y reescrita.

Ahí está el Eixample, la nueva expansión, una victoria de la previsión modernista. La casa de los huesos de Gaudí, la Casa Batlló. Tejas aguamarina ondulantes y bulbosas. Muros antaño fortificados que se esconden bajo anillos de circunvalación. Cruzo la vasta plaça de Catalunya con mis papeles auestas. No tarda Barcelona en lucir un atuendo medieval.

Recorro el camino hasta la plaza de la catedral donde apareció el cuerpo de Natalia Hernández. *Su pecho engalanado en sangre.* Clavo la mirada por un instante en la escalinata donde la encontraron. Está vacía. Oscura y gris. Colillas de cigarrillos. Un vigilante en la puerta de la iglesia observa a un grupo de gitanas que piden limosna. Compro un ramito de romero por si acaso. Doy la vuelta por el carrer del Bisbe y vuelo rozando las losetas. *A la izquierda hacia la Pietat.* Y, entonces, el secreto que mucha gente no ve, pasa de largo. La calle del paraíso. Carrer del Paradís. Oscura y estrecha. Te arrebató el oxígeno. Busco una tronera. *Una abertura abovedada en los muros. Persianas bajadas en las ventanas. El letrero dice: «Ajuntament de Barcelona. Temple romà d'August. Local del Centre Excursionista de Catalunya».* Me cuelo bajo las dovelas de piedra, las vigas de madera ennegrecida sobre mi cabeza, y me agacho para cruzar el arco y entrar en un patio abierto. Pintura en amarillo mostaza y balcones colgantes. *Sigo la flechita roja.* Atravieso una verja de hierro forjado, desciendo unos escalones desgastados. Entro en un segundo patio minúsculo. Verde mar. Ladrillo rojizo a la altura de los ojos.

¡Ahí están! Alzándose hacia el infinito. Tres enormes columnas corintias encastradas en las paredes en verde mar. He alcanzado el reducto pagano, me siento

en el banco que hay debajo y arqueo el cuello para mirar hacia arriba. Una pareja francesa saca unas fotos. Un hombre y una mujer cumplidos los sesenta. Se quedan conmigo durante un rato, muy silenciosos y reverentes. Y se van sin hacer ruido.

Saco el cuaderno de mi cartera y escribo los versos de las cartas de Fabregat, colocando las palabras en su orden de recepción. Lo analizaré de forma sistemática. Lentamente. *Ahora sólo estoy empezando a pensar*. Las palabras recopiladas adoptan una forma de altar, similar a la poesía alejandrina del siglo III d. C. *Eso es bueno*. Una confirmación.

Halladme en el Sonido de las Aves. (1)

Me habéis llamado (2)

la Tres Veces Grande, (3)

la del Doble Rostro, (4)

Lengua Bífida. (5)

Os lo voy a explicar (6)

ya sin enigmas. (7)

Seguid. Escuchad mis palabras. (8)

Crímenes Antiguos. (9)

Tomad del mar la medida (10)

y su arena contad. (11)

Interpretad a la sordomuda (12)

y oíd a quien carece de voz. (13)

¡Serpentarius! (14)

¡La venidera! (15)

Sabed esto: (16)

de Nueve libros de Hojas emanó esta ira del hombre. (17)

Me tuve que contener al escuchar a Fabregat contar su historia. Para no revelar nada. Tampoco el temblor en mis manos, que escondí bajo los muslos, ni las voces que oía en el aire, un griterío como el de una bandada de gaviotas. Las palabras de su lengua invocaban colores para mí. La letra A se queja como la sangre seca. Costras que veo con el rabillo del ojo. R: regia, oscura, púrpura de Tiro. Oigo la D como un índigo, y la I genera una luz brillante, parcialmente definida, como una neblina clara, pero apuntada, afilada como una saeta de hielo. El verdadero color de la E es el amarillo. El sonido delicado como el trasero de una avispa. Mis sentimientos no son apreciables. No se transfieren a los demás. No se pueden explicar de forma sencilla. La tinta respira. El corazón se acelera. Las voces generan formas concretas. Poesía,

como un portal, me abre la piel. Lucho por no perderme, por evitar que mis ojos rueden al interior de sus cuencas y desaparezcan.

Las líneas de la 2 a la 5 de las cartas anónimas de Fabregat eran una copia exacta de los versos del poema que me presentó Harold Bingley aquella tarde londinense de aguanieve en el mes de octubre. Proporcionan un ancla y una clave, arraigan su enigma en territorio conocido: el poema palimpsesto que el capitán Charles Leopold Ruthven arrancó en 1829 del libro que cayó de los muros de la capilla derruida por el rayo tres días atrás.

Los documentos como nuestro esquivo palimpsesto se hallan inmersos en una tradición rica y apasionante. Libros extraídos de lugares insólitos en extrañas condiciones y con unas consecuencias inesperadas e incalculables. En 1896, Carl Reinhardt adquirió el Códice de Berlín de manos de un vendedor egipcio de Ajmin, quien contó una historia enrevesada sobre su descubrimiento: el libro estaba envuelto en plumas y oculto en un muro. Reinhardt sospechaba que lo habían retirado de un enterramiento. El Códice de Berlín contenía cuatro escrituras gnósticas: el *Hecho de Pedro*, el *Evangelio de María*, el *Libro secreto de Juan* y el *Libro de la sabiduría de Jesucristo*. Aquel hallazgo marcó un hito: un conjunto de manuscritos antiguos ocultos del mundo durante dos milenios.

En diciembre de 1945, tras el final de la segunda guerra mundial, tres hermanos egipcios salieron al desierto a lomos de sus camellos, camino del barranco rojo de Jabal al-Tarif, más allá de la ciudad de Nag Hammadi. Los hermanos pretendían extraer un fertilizante rico en nitratos enterrado entre los desprendimientos rocosos al pie del barranco. Estaban cavando con un cuenco bajo los bloques de roca cuando desenterraron una urna sellada. En un arrebato, el más joven reventó la urna y la abrió con la esperanza de encontrar un tesoro, tal vez una máscara mortuoria de un rey o un escarabajo de lapislázuli. En cambio, lo que consiguió fue lanzar al viento unos fragmentos desintegrados de papiro. En lugar de oro, ante la atenta mirada del joven aparecieron trece manuscritos atados. Este tesoro se conoce ahora como los Manuscritos de Nag Hammadi y constituye uno de los descubrimientos históricos más significativos del siglo xx. En los años setenta, apareció en el mercado una tercera colección de códices egipcios cuyo origen se había ocultado de manera deliberada. Los rumores dicen que los volúmenes fueron robados de un enterramiento en una cueva que contenía los esqueletos de una familia y una serie de libros guardados en una luminosa caja de material calizo. Esta caja contenía cuatro obras: un tratado de matemáticas en griego, una traducción al griego del Éxodo judío, cartas neotestamentarias de san Pablo en copto y el tristemente famoso Códice Tchacos, un tercer conjunto de fragmentos de papiros gnósticos que desapareció en el mercado privado para reaparecer dieciséis años después, escondido en una caja de seguridad en Hicksville, Nueva York.

Cuando empecé a trabajar en este caso, Harold Bingley creía que el palimpsesto *Illuminatus* —así conocido en un principio— formaba parte de una obra gnóstica integrada en la historia secreta extraída de los barrancos que se asoman sobre Nag Hammadi. Dentro de los Manuscritos de Nag Hammadi hay un poema titulado «Trueno», un discurso anónimo de la Divinidad Femenina en primera persona. El poema anuncia con descaro la identidad del narrador en una serie de contradicciones estilizadas que recordaban a las aretalogías de Isis y la sabiduría de los judíos, Sofía. Los paralelismos temáticos entre el poema gnóstico «Trueno» y la escritura inferior del palimpsesto *Illuminatus* habían despertado en Harold Bingley y los que le rodeaban un deseo voraz de recibir más. El palimpsesto *Illuminatus*, de ser un verdadero vástago gnóstico, se encontraría entre los escasísimos tratados que se han conservado en griego, pero aquel supuesto no me dejaba satisfecha. La correlación no parecía ser cierta, y por mucho que Bingley al principio estuviera en desacuerdo conmigo, llegó a entender que yo tenía ya reservada mi propia y poderosa teoría.

Aquí, sentada bajo las columnas, oigo cómo se forman las palabras. Una voz familiar. Como los gritos de la sirena que canta a la raíz que hay en mí. Serpientes rondan mi mente, cantando: *de Nueve libros de Hojas emanó esta ira del hombre*. ¿Confesiones de un asesino o las pistas de algo más profundo? ¿Algo oscuro y antiguo oculto muy hondo en el interior?

La historia comienza como tantas otras. Una anciana atraviesa un bosque con una pesada carga. Un saco andrajoso echado al hombro. Es fuerte a pesar de su edad, tiene el grueso cuello de un toro y la corpulencia de un luchador; oculta su pelo bajo un paño blanco sujeto por encima de las orejas, tiene unos marcados pómulos masculinos y la nariz retorcida como una cabeza de ajo reseca. En su saco la anciana carga con nueve libros, que lleva a la corte del rey. Los manuscritos, encuadernados con gran belleza, están hechos con hojas de árbol, sagradas, cosidas en volúmenes que contienen la historia del mundo en verso. Las letras de los libros son griegas, pues tal es su lengua de procedencia. Cuando llega ante las puertas de la ciudad, la mujer exige hablar directamente con el rey, quien le concede una única audiencia en la cual, a cambio de una cuantiosa suma de dinero, ella le ofrece sus libros y la promesa de una sabiduría infinita.

El rey se burla de la vieja bruja.

—Obtendré nueve libros a cambio de nada, pues nada valen, sin duda.

La mujer selecciona con calma tres volúmenes de su saco, y con un golpe de su mágica muñeca, los prende en una luminosa llamarada. Los libros de hojas de árbol crepitan hasta convertirse en ceniza.

Pregunta ella de nuevo:

—Rey, ¿qué me darás por mis libros?

—Nada, vieja bruja. Un rey no lee los desvaríos de una anciana.

La mujer extrae otros tres libros de su saco.

—No sabes lo que te pierdes.

El rey se ríe en su cara.

—Tuya es la elección —dice ella, y con un segundo golpe de la muñeca, los tres volúmenes arden en llamas.

Un sacerdote se adelanta horrorizado.

—¡Rey Tarquino! —grita desesperado—. ¿Es que no reconoces la mano que guió a tu ancestro Eneas, el que fue a Cumas a buscar a la Sibila? Cuales sean los versos que la dama ha escrito sobre las hojas de árbol, los ha dispuesto en un orden divino; su posición permanece inmutable y su orden no cambia. Rey Tarquino, te has apresurado y has abierto la puerta de par en par, ¡y has alterado el orden de sus escritos! ¡Perdidos quedan para nosotros! ¡Consumidos y desaparecidos!

—Cierto es —le dice al rey la vieja bruja—. Has desdeñado seis libros con el conocimiento de los antiguos y has perdido potenciales porvenires de tu imperio, pues yo soy la Sibila de Cumas, y te lo habría dado todo.

El rey Tarquino le suplica su perdón. Piensa en las palabras de Eneas y la asedia con sus ruegos:

—No entregues tus versos a los rollos manuscritos y a las hojas del árbol, ¡canta tú misma los hados!

Pero la Sibila no canta para complacerlo, y pide al rey que le pague la suma completa por los tres libros sibilinos restantes, para que así aprenda una lección por su orgullo.

Cuenta la tradición que así llegaron a Roma los libros sibilinos o *Libri Sibyllini*, entregados en persona por la Sibila de Cumas. En el siglo VI a. C., Tarquino el Soberbio —*Tarquinius Superbus, el asesino de amapolas*— ordenó que aquellos rollos manuscritos de profecías se guardaran en la ciudad a perpetuidad. Estuvieron en un principio en la colina Capitolina, fuertemente protegidos por dos sacerdotes selectos, pero el número de sacerdotes a los que se dio acceso exclusivo a los libros sibilinos aumentó al expandirse el poder de Roma, y ascendió de dos a diez en el año 367 a. C. y hasta los quince más adelante, en la época de la República, para formar una élite de sacerdotes conocidos como los *quindecimviri sacris faciundis*. Las líneas de texto de los libros sagrados eran tenidas por el mayor de los secretos de Estado.

Cuando los libros sibilinos ardieron en el incendio del templo de Júpiter Óptimo Máximo en el año 83 a. C., los romanos enviaron a los *quindecimviri* a recuperar las profecías de otras sibilas, y compilaron una nueva serie de proclamaciones divinas procedentes de los lugares más recónditos del imperio. Más adelante, el emperador Augusto ordenó una purga de aquellos textos y eliminó todo lo que no coincidía con su visión del futuro. Nerón los consultó tras el incendio del año 64 d. C., y Juliano el

Apóstata lo haría en 363 d. C., el último año de su reinado y de su vida. Por último, el general Estilicón destruyó los restos de los *Libri Sibyllini* hacia el año 408 d. C. en la espiral de violencia que precedió al saqueo de Roma. Hoy, las profecías sibilinas originales han quedado borradas por completo.

La Sibila de Cumas, autora de los *Libri Sibyllini*, fue tan sólo una de las muchas sibilas que divulgaban sus libros en la Antigüedad. La sibila, como símbolo, como icono, como mujer, presenta una rica tradición literaria, aunque sea muy poco lo que se conserva de su obra. Si bien muchos la confunden con el oráculo de Delfos, la sibila obraba en solitario, más liberal que institucional, más clarividente que médium, tenía más en común con la función de un profeta. Su alma era esencialmente distinta de la de un oráculo: sus profecías no tenían limitaciones. No había unas fechas concretas del año para sus consultas, ni afiliación concreta a un dios, ni sacerdotisas ni centros de culto. La sibila creaba por su cuenta los versos de una original poesía como una autora autónoma que se dirigía a los dioses directamente. Ella se situaba en un diálogo con la divinidad, pero no sucumbía a sus insinuaciones. No solía responder a las preguntas planteadas por dignatarios de Estado ni por sumos sacerdotes. Vivía en el bosque ancestral, apartada de las ciudades y los lugares de pasto. ¿Su hogar? La caverna neolítica. Ella veía lo que iba a suceder y se tomaba la molestia de escribirlo, a pesar del hecho de que nadie le pidiese su opinión. En forma de libros, nada menos. Y con su propia voz. No como el dios Apolo. No como un vehículo o un contenedor, sino como mujer que hablaba en una autoritativa primera persona desde la atalaya de su antro.

Esta insistencia en la soberanía tiene implicaciones de carácter estilístico. La sibila afirma un trasfondo primigenio, una vigilancia eterna, y se situaba previa a Troya. Antediluviana, afirmaba su hegemonía utilizando el pasado distante e incognoscible. No confesional, fundamentalmente, no tenía restricciones de nacionalidad ni credo. Afirmaba haber estado observando desde siempre, y que ya predijo ella todo este caos, que había visto el futuro desde el principio y lo había escrito. En ocasiones dijo que era de Oriente. Que procedía de las montañas de Turquía, o de las colinas más allá de Jerusalén, o de los altos muros de Babilonia, que había nacido en las profundidades de Libia y Egipto. Siempre insistente en que conocía algo antiguo y poderoso. En la mitología europea de comienzos del Medievo, esto llegó a significar que conocía al Único Dios Verdadero. Su influencia fue tal que sobrevivió a la Edad Oscura y se convirtió en una poderosa profetisa del monoteísmo, la vidente pagana que habló a Roma sobre Dios y llevó una visión de Cristo al emperador Augusto, la que dejó en su poesía el primer poema acróstico y conoció en el desierto la voz del infinito. Escribió los libros sibilinos paganos y más tarde oráculos sibilinos judíos y cristianos. La sibila se convirtió en un manuscrito en capas, un puente al pasado, un palimpsesto en sí misma.

Mi argumento ante Harold Bingley ha sido el siguiente: que en la *Historia alquímica de las cosas*, el alquimista Rex Illuminatus afirma haberse encontrado en las montañas de Mallorca a una mujer sin lengua que le ha entregado un libro secreto. Si aceptamos que esta mujer era una verdadera sibila, tal y como sugiere Rex Illuminatus, entonces el palimpsesto Illuminatus podría contener realmente oráculos sibilinos perdidos en la Antigüedad.

Hago una pausa y bajo la mirada a las líneas de texto de Fabregat. ¿Mataría alguien por un secreto como éste?

Sí. Aprieto los dientes.

Sí que lo han hecho... y sí que lo harán.

Resulta fácil olvidar con qué frecuencia ha muerto gente por libros como éste.

¿Y tú?

¿Qué harías tú?

¿Hasta dónde llegarías con tal de tener tal secreto en tus manos?

¿Qué darías?

¿Los ojos? ¿Las orejas? ¿La nariz? ¿La lengua?

VII

**PRUEBAS
DE LA EXISTENCIA
DE LA SIBILA**

de

Historia alquímica de las cosas,
por Rex Illuminatus

Porta en sí la Sibila semejante libro de pergamino que a todas las cuestiones responde. Aqueste libro lo llama ella Canto de la Sibila, mas lo llamo yo los Escritos Serpentinicos, o de la Sierpe, por causa de la textura de las hojas del árbol, las cuales, cosidas por punta y rabillo, crean una superficie que mucho se asemeja al moteado escamar de la sierpe. En el atado de aquestas hojas, la Sibila ha ocupado muchas horas, forjando un sentido a partir de los absurdos patrones de la profecía y disponiendo las palabras y las frases en algoritmos que a ella se le antojan cantos, de aqueste modo que la urgencia del orden diera origen a la poesía y al reflejo de su propio deseo: el sueño del artista por comprender el fugaz susurro de las hojas del roble agitadas por el suelo de la caverna. Se ha valido de los secretos de aquestas hojas para ofrecer instrucciones adivinatorias relativas a mis pliegos, y he aquí que yo los cambié para incluir su lenguaje, creyéndola con acceso a un poder inarticulado que la forma de la sierpe adopta, enredada en la base de su lomo, que murmura y se mueve en su garganta cuando ella habla, y hace oír su voz a pesar de su lengua cercenada. Tras adoptar su lenguaje, que yo denomino el Sonido de las Aves^[5], la precisión de mis pliegos por tres veces ha aumentado, y maravillosa es la riqueza de mis prácticas de alquimia. Para conocer el triunfo de mi oro fulgurante, reunid:

8 onzas de Azogue
9 onzas de Limaduras de Oro (molidas en polvo)
5 onzas de Cobre de Chipre
2 onzas de Limaduras de Latón
12 onzas de Alumbre Frangible y Calcantum
6 onzas de Oropimente Amarillo
12 onzas de Elidrium

Mezclad las limaduras con azogue para obtener una sustancia semejante a un bálsamo ceruminoso. Añadid Elidrium y Oropimente, después la Eflorescencia de Cobre —o Calcantum—, el Alumbre y un pellizco de Natrón, que os recomiendo disolver en la mezclanza. Cuando ha coagulado como es menester, de nuevo necesitaréis tierra de luna. Conservadla en una alquitara, siete veces rectificada para

hacer el *aqua ardens* o quintaesencia que bebome a diario. Si fuere falto el olor cuando lo abráis, metedlo en una redoma, tapadla con cera y guardadla en estiércol equino. Esto bien la templará. Y surgirá un agua sanguinolenta que fórmase de fuego y de agua. Separad antes los elementos, al modo del agua y el aire, para que desta manera tengáis las cuatro partes desligadas. Calcinad la tierra y rectificad en el fuego así como hicisteis con la quintaesencia, y sobre ella recitad aquestas palabras: *¡Oh, Serpentarius feminina!*^[6] *¡Soror Mystica!* *¡Constelación en el cielo!* *¡Filomela!* *¡Hija de Asclepio! Tus oídos lavó el lamido de la sierpe Máter que se apenó de una boca sin lengua. ¡Portadora eres agora del estigma de la clarividencia!*

Y vuestro será el Secreto de los Secretos.

VIII

CIMIENTOS

Me atenaza la preocupación. Me escondo de mí misma. La sombra de una mujer tras la sombra de un libro. *No tienes sitio aquí y aun así has tomado la decisión correcta.* No hace mucho ahora. Tengo un nudo en el estómago. Llega la ansiedad. *Finales de noviembre.* Practico el pensar. En lo real. Lo impensable. *¿Dónde has estado?* Reproduzco los recuerdos frente a mí, vivo a través de ellos.

Francesc y yo paseamos por la montaña; él viste jersey y pantalones verdes de pinzas, una bufanda inusualmente formal. La brisa, cortante, juega con su pelo. *¡Mira!*, me dice, y veo a un águila pescadora que vuela rauda por el cielo abierto y dispersa una nube de pájaros, a la caza de pequeños verdicillos de peto dorado. Seguimos el río de regreso a Valldemossa y charlamos en voz baja. *Harold Bingley viene a cenar. Directo de Londres.* Trepo con dificultad por las rocas. *Vendrá del aeropuerto de Palma y nos sentaremos fuera, en el porche de nuestra cabaña. Oscuro vino tinto. Aceitunas en salmuera. Tomates arrugados y jazmín dulce.* La tensión en aumento. *Albahaca majada, arrugada entre los dedos y frotada en ajo. Carne achicharrada. Almendras tostadas. Sopa templada de puerro como bálsamo para las gargantas reseca.* Los ojos de Bingley apenas se apartan de mí. *No está feliz. Lo noto. Pero entonces me pregunto, ¿acaso está feliz alguna vez? ¿Lo invadirá la felicidad en la biblioteca, o entre los archivos del Museo Británico?*

El hombre es espectral. Piel cetrina. Gafas sencillas de montura de alambre encaramadas a una nariz fantasmal que agrandan las pequeñas solapas que tiene por ojos. Viste traje oscuro y camisa impoluta. Los colores lo hacen desteñir hasta que se queda en nada. Un espolvoreado canoso sobre sus orejas le intensifica la calva y le da la forma de una tonsura. Copos blancos del cuero cabelludo le caen a los hombros. Hace demasiadas preguntas, y las respuestas que yo tengo son demasiado escasas.

Por la mañana formamos una pequeña multitud. Francesc se sienta en la silla sin tapizar a la vuelta de la mesa. Su ayudante, dos estudiantes de doctorado, el director del Departamento de Conservación y un profesor adjunto se unen a nosotros. Harold Bingley se queda al margen del equipo de Conservación de la universidad, junto a la biblioteca de colecciones especiales. De brazos cruzados. La espalda contra la pared. La mirada fija en mi rostro. *¿Cuál será mi adivinación?* Bajo el manuscrito,

catalogado como MS 409, un cojín grande de color gris sostiene el libro de manera que el lomo no se rompa sobre la mesa. Dos libros gemelos codo con codo. Aproximadamente las mismas dimensiones. 150 × 125 milímetros. El primero de ellos —el MS 409— tiene un encuadernado muy antiguo, en descomposición. Tablillas de haya recubiertas de cuero de oveja remojada en agua. Las páginas son de vitela basta, hecha de piel de becerro sumergida en cal hasta que se suelta el pelo y se bruñe. Se deja la piel en la solución de cal y después se enjuaga en agua corriente, se estira entre unos marcos y se deja secar al sol. Las pieles se azotan y se restriegan con piedra pómez, se alisan y se estiran, secas bajo la tensión. El peso del pergamino sigue la complexión del cuerpo del becerro. Más grueso en el cuello y a lo largo del lomo, más fino por el vientre y el estómago. Estas pieles eran bastas, descartes, llenas de agujeros. *La calidad más barata.* El amanuense había cogido la piel y había cortado limpio el pergamino y doblado cada sábana por la mitad, cuatro veces consecutivas, para formar una serie de pliegos repetidos de dieciséis hojas, treinta y dos páginas. *Un libro hecho para que quepa en la palma de la mano de una mujer. Lo bastante pequeño para guardarlo en un bolso o una saca. Lo suficiente para esconderlo.*

Abro el libro. Asimilo el contenido. Cada piel de pergamino tiene dos caras, dos colores. La página frontal, curtida y basta, áspera allá donde el pelo ha nacido y ha formado el lustroso abrigo del animal. El revés es más claro, suave al roce, donde la piel estuvo en contacto con el músculo y la carne. Los dobleces de papiroflexia de un libro medieval crean un efecto en el cual el blanco siempre queda enfrentado al blanco, y el amarillento al amarillento. Esto dota de continuidad las páginas a doble cara. Tradicionalmente, la primera cara que sale al encuentro del lector es el lado del pelo, el basto amarillento, que se abre para revelar la suave blancura de los folios del interior. El pliego volvería a terminar con la cara de la carne, a juego con el siguiente conjunto de páginas, hasta que se encuadernasen todas las manos de un libro completo. *Pelo con pelo. Carne con carne.*

Selecciono una página de relevancia para los intereses de Bingley. Piel salpicada de pecas negras de folículos pilosos. Toco el ceruminoso lado de la carne con el dedo desnudo. *Lo mejor para aplicar minio. Un pigmento rojo terroso de albayalde calcinado.* Una especie de alquimia.

—Acérquese más —le digo—. Inclínese e inhale. Huela la quietud. La tierra. El animal. El sulfuro mercúrico y la cal.

El aroma de un libro de pergamino es único, así como lo son el tacto y la textura de las hojas. No hay nada en el mundo que se le parezca en absoluto. Criados a base de duro trabajo, nacen para ser robustos. Para sobrevivir a manos descuidadas y al decaimiento de los monasterios, para durar miles de años.

A menos, por supuesto, que sean vejados.

Como en el caso de la obra que tengo ante mí.

Hallé el MS 409 en una masía abandonada en Artà, cerca de la ermita de Betlem, en Mallorca. El bibliotecario de la abadía fue de una enorme ayuda en esta empresa y me consiguió acceso a las alas cerradas de la masía en ruinas, donde con frecuencia se esconden los mayores tesoros. Encontré el libro en la despensa del granero, junto con otros varios. Al abrir las páginas de pergamino de este maltrecho ejemplar, mis ojos se iluminaron sobre un minúsculo colofón, un recurso que utilizaban los amanuenses medievales para reclamar la autoría. «*Yo, la más miserable de las mudas, he escrito este libro para mitigar mis fantasmas*». Este colofón incluía el sello de una mujer sentada, vestida con una túnica, sosteniendo un libro en la mano izquierda. Rodeada por una serpiente que se muerde la cola. Un pájaro cantarín sobre su hombro derecho. *Un ruiseñor*.

En su origen, las páginas habían sido pautadas de forma precisa, alineadas con una serie de guías y divididas en dos columnas para el texto. Las perforaciones estaban hechas con un cuchillo largo y de punta fina, y creaban tormos triangulares en la zona del encuadernado del manuscrito. Las perforaciones exteriores habían sido recortadas. Las tintas utilizadas para la escritura alternaban el negro y el rojo: ferrogálica y cinabrio. El negro, cosechado de las excrecencias bulbosas generadas por la avispa gallarita en los brotes jóvenes de los robles. He tenido en la palma de la mano las agallas secas de los robles y les he dado la vuelta. Son ligeras y están huecas, llenas de ácidos tánicos. Una vez que las larvas de la avispa han mordisqueado la costra para salir, se recogen las manzanas del árbol y se machacan para formar una pulpa densa, la cual hay que mezclar con agua de lluvia sobre el fuego hasta que se forma un líquido marrón. A éste, el amanuense le habría añadido sulfato ferroso, que vuelve negro el líquido marrón, y goma arábiga, un aglutinante, para preparar la tinta. En el libro, las ilustraciones se doraron, pero resulta difícil distinguirlas, porque alguien ha atacado el manuscrito con malicia. Está cortado, quemado, tachado y sombreado hasta que el texto y las imágenes quedaron ocultos casi por completo. Todo destruido excepto una miniatura: la ilustración de un anciano de barba blanca y larga que habla con una serpiente sentada en una silla que dibuja con la cola un diagrama en la arena. El diagrama está completamente formado, y el hombre y la serpiente analizan el contenido del dibujo. La serpiente luce una corona, y el hombre es claramente un alquimista a juzgar por su capa y por las herramientas atadas a la hebilla de su cinto y desparramadas por el suelo a su alrededor. ¿Detrás de ambos? Una caverna con un pequeño *scriptorium*. Otros animales rodean a esta pareja, aves, un ruiseñor que canta en una rama, dos ciervos, un lobo y un gato. Están debatiendo en torno a tres círculos concéntricos. Un alfabeto demasiado conocido ya. Nueve letras, iniciales dibujadas con trazo grueso por la cola de la serpiente sobre la arena. Las letras aparecen también en el aire que rodea al ofidio; colgadas de los árboles, en el pico de un pájaro. *BCDEFGHIK*. Debajo de esto, una mano iracunda ha garabateado en latín:

La misma mano ha rasgado la imagen con un cuchillo, pero se ha detenido antes de destruirlo todo. Bingley y yo sabemos que el censor anónimo ha debido de dejar esta imagen como una advertencia, para mostrar a otros qué buscar.

—¿Y el texto que ha sobrevivido? —pregunta Bingley—. ¿Hemos sido capaces de extraer algo?

Leo en voz alta las palabras, para toda la sala:

Los hay que han llegado tan lejos como para decir entre dientes que aquel hombre que se llevó mi lengua hubo de llevarse también mis manos. Coincido con que esto habría sido más sensato si es que su intención era hacerme realmente enmudecer, aunque he reflexionado sobre esto a menudo. Él, siendo un hombre, no me creía capaz de escribir, así que no pensó en quitarme las manos. Ahora que me he demostrado letrada, otros hombres se enervan. ¿Denunciaría yo, quizá, su nombre? ¿Pronunciaría yo, quizá, cuanto él me hizo? No saben ellos que no puedo. Si algo hay que no puedo hacer es nombrarlo. En aquel instante él me embrujó. No lo embrujé yo a él. Me robó un trozo de mi carne, y lo domina con mano cruel. Diríase que una mujer sin lengua es tan poderosa como una con ella —más aún, tal vez— pues no tiene que perder el tiempo hablando, y lo puede dedicar en su mayor parte a pensar. Esto supone un dilema para ellos, pues demuestra una vez más que una mujer que piensa es peor aún que una que habla. Pues la mujer que piensa vino al universo como la más peligrosa, la más odiada de las criaturas, el peor enemigo del hombre, ya que ella deseó algo más que el jardín inmediato, algo más grande que el abrazo de su padre, y aquello fue el impulso hacia el conocimiento, ese terrible y sucio impulso que hizo a la raza humana entrar en contacto con el pecado, y nos hizo inmundos, y crueles y miserables, y por eso insisten tanto en que una mujer que piensa es lo peor de todas las cosas, y por ello me odian, vienen tras de mí y me llaman gran cantidad de cosas y nombres. En la ira he llamado yo a estos hombres asesinos de la palabra, pues cortan a diario las alas de la alusión, de la metáfora y los vuelos de la imaginación, cazadores de dáctilos y estrofas hasta su extinción. Son literalistas en el más perverso sentido. Cuando en mi poesía escribo que he soñado con volar como un pájaro, ellos me interpretan de forma literal y se niegan a escuchar la explicación de que, en mi decisión de escribir sobre la sensación de volar, lo trasladé yo a la verdadera experiencia de volar y adopté la perspectiva de tal pájaro imaginado como si la mía propia fuera. Mas no soy yo un pájaro, jamás he volado y jamás volaré.

No ven ellos la pena que hay en esto.

Una vez que hemos terminado de comentarlo, me traslado a la mesa adyacente. Un segundo cojín gris debajo de un libro gemelo. Un cordel de cuentas blandas descansa junto al libro a la espera de sujetar abiertas las páginas con delicadeza.

—Aquí tenemos un libro hecho con pigmentos tradicionales sobre pliegos de membrana, vitela —les digo.

Un fugaz asomo de algo similar al disgusto pasa por el rostro de Bingley.

—Hay rastros de sangre animal y líquidos químicos en el papel, junto con alguna sustancia vegetal inusual. La tinta ha sufrido daños serios a causa del agua. Lavada en repetidas ocasiones.

En el período medieval se empapaba en agua ciertos libros sagrados de forma que la tinta se corriese y cayese en una vasija de la cual bebía a continuación algún maestro, o se utilizaba como ingrediente básico de algún hechizo o maldición.

—Oficio... ornamental. Texto de tamaño acorde, el ancho de los márgenes es delicado, el pautado está hecho con una pluma de madera; las líneas de escritura, perforadas con un punzón fino, una aguja muy delgada, hecho a mano: puede verse que las perforaciones son irregulares, lo cual le da un aire de autenticidad. Las iniciales —señalo las letras grandes aisladas con las que comienzan los capítulos y los párrafos— son historiadas, realizadas con trazo doble que exagera el contraste de las marcas gruesas y las finas; cada inicial ilustra una imagen de la vida de Rex Illuminatus. Caracteres romanos con un toque gótico, recuerdan más a los amanuenses del siglo XIII que a los del Medievo tardío. Están muy ceñidos los unos a los otros. El autor ha evitado las mayúsculas anchas, engordadas y vulgarizadas de la rotunda gruesa. La pluma es diestra: diez trazos en la A, delineada primero, después se le ha añadido peso..., elecciones creativas sutiles..., el calígrafo juega con el estilo. Sin restricciones de tiempo ni dinero.

Hago una pausa.

—Démelo.

Bingley coge el libro con sus manos delgadas, de pajarillo, y le da la vuelta con un exceso de remilgo. Lo sujeta con brusquedad y deja que las páginas cuelguen boca abajo, hacia el suelo.

—Una basura. Me ha traído usted basura —señala su voz cortante—. Nos tomamos un descanso —le dice a la sala—. No, usted no, señorita Verco. Me gustaría tener unas palabras con usted aquí.

Francesc me lanza una mirada al desaparecer por la puerta.

Mantente firme. No te preocupes.

—¿Dónde ha conseguido esto? —pregunta Bingley una vez que la habitación se ha vaciado de oídos.

—Un particular.

La arruga en sus labios pesa como un funeral.

—¿Por qué no acudió a mí antes? —Sus manos descansan amenazadoras sobre la cubierta del libro.

Percibo cómo se inicia el temblor en mis rodillas.

—Esto es una falsificación, ¿verdad?

—Yo...

—Es falso, de gran belleza, pero no deja de ser falso. Ésas son las primeras palabras que tendrían que haber salido de su boca. A menos que usted no lo hubiese notado, ¿no? —Sus ojos se entrecierran—. Conociendo sus capacidades, dudo sinceramente de que sea tal el caso.

Se me retuerce el estómago.

—Ha adquirido esto sin preguntar. ¿Estoy en lo cierto?

—No creí...

—Exacto. Por algún motivo tenemos establecidos unos protocolos. Estoy seguro de que no pondrá objeciones a restituir el coste del manuscrito de su propio salario, puesto que lo ha malgastado.

—No he malgastado nada.

Tiembla el labio superior de Bingley.

—¿Nada en absoluto? ¿Ni siquiera mi tiempo?

—Me dieron el manuscrito.

Me mira con incredulidad.

—¿Se lo dieron?

—Es un préstamo. —Quema el orgullo tras mis ojos con la amenaza de empujar a unas lágrimas ardientes—. Nuestro equipo ya ha seguido el rastro del origen y va a entrar en litigio: estaban tratando de vender la obra como un original de alrededor de 1390... —Soy incapaz de mirarlo a la cara—. El valor real no apareció hasta que lo contrasté con otros documentos en nuestra base de datos en busca de posibles pistas...

—Recuérdemelo otra vez. ¿Qué estamos buscando? —me interrumpe.

—Un palimpsesto, encuadernado en un libro de horas.

—Que no es éste.

—No.

—¿Y cuánto tiempo lleva buscando?

La vergüenza se me anuda alrededor del cuello como la soga de una horca.

Bingley se examina las uñas.

—Me prometió que serían seis meses y han pasado dos años. Debe de ser muy agradable que le paguen a uno por pensar. Sin embargo, este servicio tiene un precio, un coste que usted me debe. —Sus labios se fruncen en un gesto de disgusto. El sonrojo me arde en las mejillas—. Por el momento, le concederé el beneficio de la duda. ¿Por qué? —Señala al libro—. Dispone de cinco minutos para responder.

Me afano por mantener frío mi temperamento. *Que la obra hable por sí sola. Abre el libro. Guarda silencio.* Una miniatura grande de una mujer desnuda. Una

sierpe arco iris se enrosca en su garganta, gruesa como una pitón, con su nudo gordiano, moteado de bermellón, oro, verde y azul que cubre los pechos y las partes íntimas de la mujer con piel de serpiente. Anillos carmesíes entrelazados con lunas de plata. La mujer sale de un libro abierto, ahuecado como las valvas de una concha bajo sus pies. Una mano extendida ofrece una hoja dorada de higuera. La mirada de su serpiente es combativa, hambrienta. En la página frontal, una segunda imagen, claramente alquímica. Un ánfora de cristal calentada sobre un fuego, suspendida de un árbol en el centro de una ciudad. Dentro del ánfora, nubes de diferentes colores —rojo intenso, negro de humo, blanco de titanio— y lo que parece ser una lengua bífida amputada que descansa sola en el corazón del envase. En las ramas del árbol, el ilustrador ha suspendido las palabras: *El meu coll era una serp, però vaig dir les paraules... Mi cuello era una sierpe, pero pronuncié las palabras...* Se me acelera el pulso mientras los ojos de Bingley devoran la tinta negra.

—¿Quién escribió esto? —susurra Bingley.

—Un fantasma viviente —digo, y le señalo el colofón que hay al final de la mano de papel. Una mujer inscrita en el círculo que forma el uróboros dorado. El rui señor posado cerca de su oído. Un libro en su mano izquierda.

Bingley suspira un largo y leve silbido.

—Las firmas en ambas obras son idénticas.

Su mirada se afila.

—¿Procedencia? —pregunta.

—Barcelona.

—¿Año?

—1995.

—¿Y qué conclusión extrae usted de esto?

—El colofón es la marca de un linaje o de un apellido más que de un individuo.

Asiente.

—¿Y la autora?

—Es anónima. —Repaso más rápido los detalles—. Pero hemos deducido quién es por medio de unos juegos de palabras. Inicia su poema con el verso *El meu coll era una serp*: mi cuello era una sierpe. Después —vuelvo la página y señalo— se autodenomina «Serpiente». A continuación, el latín *mulier habens pythonem*, una mujer hechicera, que tiene el don de la adivinación, y —paso las hojas hasta una segunda página marcada—, aquí... *una pitonissa*. Esto recuerda a la pitonisa de Endor, una *engastrimita* en las traducciones al griego de la Biblia en hebreo, pero que en el latín de la Vulgata aparece como una *mulier habens pythonem*...

—Y la Pitia de Delfos... —susurra él.

No hace falta que le explique a Bingley que, según el mito, Apolo arrebató el oráculo de Delfos a una *drakaina* enroscada, una serpiente dragón a la que el dios atravesó con un millar de flechas. En los versos griegos de Homero, la serpiente es femenina: la terrible y vengativa hija de Gea, la diosa Tierra, cuya sangre se pudrió

en la fuente de Castalia e infundió con su esencia los divinos vapores que de allí emanaban. La palabra «pitón» se convirtió en uno de los nombres de Apolo, Pitio, el que mató a la serpiente, que a su vez pasó a ser el nombre de su oráculo, la Pitia de Delfos.

Prosigo y añado que, cuando la autora se identificó a sí misma con un ruseñor (*desambiguación: Filomela*) y una pitón, se unió a una historia de contorsión retórica. Hoy, la palabra francesa «*pythonisse*» se traduce como bruja, hechicera, mientras que «sibilino» tiene un uso coloquial muy similar al nuestro como algo misterioso, oscuro. En catalán, «*pitonissa*» significa vidente, mientras que en italiano, el término está más en consonancia con *pitonisa* y *pitia*, además de tener la connotación de *sibilla* (sibila), *sacerdotessa* (sacerdotisa) y *strega* (bruja). Se puede observar el mismo cambio en el término griego *daemon* —con el significado de guía, deidad menor, poder divino, semidiós—, nuestro actual «demonio».

—¿Y...? —pregunta él—. ¿Ha llegado a alguna conclusión?

—La autora también se refiere a sí misma como una susurrante. —Dirijo la atención de Bingley hacia una nota posterior—. La traducción que yo prefiero del término «bruja» procede del libro del Éxodo, tomada del hebreo *kashaph*, que en sí procede de la raíz «susurrar». Los estudiosos suelen interpretar esto como una referencia a la brujería en el acto de «susurrar un hechizo»..., aunque yo lo interpreto en el sentido de ocultarse. —Hago una pausa—. Es esta interpretación de «bruja» lo que me llevó directamente a la autora del libro.

Una sonrisa felina se asoma por las pálidas facciones de Bingley.

—Un colofón idéntico lo ha utilizado una artista cuyos libros modernos se encuentran en la Universidad de Barcelona, una calígrafa y restauradora que se formó en Barcelona en los años sesenta, antes de trabajar en el teatro como escenógrafa. Esta autora había ocultado su nombre con un cifrado bastante rudimentario, formándolo con las primeras letras de los títulos de los seis capítulos iniciales. Así, si fueras un iniciado y conocieras a la autora del texto y sus obras anteriores, podrías traducir los acrósticos ocultos en el documento...

—¿Y cree usted que esta mujer tuvo acceso al palimpsesto Illuminatus? —pregunta él.

—Eso es lo que estoy sugiriendo.

—¿Nombre?

—Cristina Rossinyol.

—¿Nos hemos puesto en contacto con ella?

—No puedo. Falleció. Hace casi veinte años.

—Ah —dice Bingley—. Qué lástima. —Se toma un rato para pensar a conciencia—. ¿Algún hijo? ¿Algún superviviente?

Los primeros artículos de los periódicos se refieren misteriosamente al caso como

una tragedia local. En una florida retrospectiva impresa en *La Vanguardia*, el autor menciona que «*con un golpe de suerte y una generosa adquisición por parte del Departamento de Colecciones Especiales de la Universidad de Barcelona, los códices encuadernados en oro de Cristina Rossinyol han encontrado cobijo en las bibliotecas de nuestra ciudad y han asegurado el lugar definitivo de descanso de una de las más grandes calígrafas e iluminadoras contemporáneas de Cataluña*». Una serie de imágenes, fotografías escaneadas, llegan de la colección de la Universidad de Barcelona. La primera es de Cristina cuando era una joven, vestida con un mono de faena en lo que parece ser un taller de trabajo, frente a una serie de estatuas modeladas al estilo romano. Se encuentra entre dos hombres: uno con barba oscura, gafas y una cara larga con aspecto de rondar los treinta y cinco años; y otro más alto, con el pelo claro, debe de estar cerca de cumplir los treinta. Ambos le pasan a ella el brazo por encima del hombro. Los hombres visten vaqueros anchos y camiseta de manga corta, con los brazos al descubierto y manchas de pintura por los pantalones. El rostro de Cristina resplandece. Un aire desenfadado en su sonrisa. Tiene el pelo negro retirado de la frente, muy rizado. La nariz, pecosa; los pómulos firmes, con una amplia sonrisa en la boca. Sus ojos son llamativos, en un profundo verde esmeralda; su rostro me resulta familiar de un modo inquietante, como si la hubiese visto antes en alguna parte, por la calle o sentada en el pequeño café bajo mis ventanas abiertas. Detrás de las sonrisas, hay algo radical en el lenguaje corporal de Rossinyol en las fotografías antiguas. Los tres sonrían a la cámara. El pie de foto dice: «1975. Entre bambalinas en el teatro Nuevo. Àngel Villafranca, Cristina Rossinyol y Joaquim Vidal Hernández comienzan a trabajar en su primera producción». Las dos siguientes fotografías proceden de los archivos de *La Vanguardia*. Las primeras publicadas por el periódico tras el accidente de 1996.

Cristina Rossinyol murió en un accidente de coche en Sant Cugat, junto con su marido y sus dos hijos pequeños, de seis y ocho años. La fecha del accidente: 21 de febrero de 1996. Aquella carretera era peligrosa, y la había recorrido en unas inclementes condiciones climatológicas, un frío desacostumbrado en Barcelona. Cabía la posibilidad de que hubiesen resbalado por una capa de hielo que se formase de madrugada, pero, a juzgar por los daños que presentaba el lateral del vehículo que no golpeó contra el suelo, a aquel coche lo sacó de la carretera un fuerte impacto, probablemente de otro vehículo. Los rastros de pintura y de metal en los restos del coche demostraron, más adelante, que habría sido un vehículo grande de color negro. La carretera de montaña era famosa por sus conductores imprudentes, jóvenes que regresaban a casa tras una noche de juerga en Barcelona, y, al no hallarse pruebas que apuntasen a un posible móvil, la policía concluyó que se trataba de un accidente con fuga del típico borracho en la BP-1417 y cerró el caso.

Hay una foto de la familia de Cristina junto a su obituario.

La madre coge de la mano a sus dos hijos pequeños, un niño y una niña.

En el centro, una adolescente con un corte de pelo a lo paje, de facciones casi

masculinas, con su padre a la izquierda, delante de la entrada del Nuevo Teatro de las Artes Escénicas y de un cartel de la última obra de Cristina.

Perder a la familia siendo tan joven.

Ahí está, de pie junto a su madre.

Natalia Hernández, apenas quince años.

La edad suficiente para esconder algo.

Desde mi asiento en el frío escalón de mármol, observo a un ratón que sale del rincón del patio correteando y arrugando el hocico. Las patas traseras dan saltitos por los ladrillos de la base de la columna corintia. Es pequeño y gris, con una larga cola y el trasero gordo. Va olisqueando en busca de migas. Precavido aunque intrépido. *Mucho más valiente de lo que soy yo.* Puedo sentir el temblor en mis manos. Crece el nerviosismo. *¿Me he equivocado? ¿Debería estar yo aquí, siquiera?*

Oigo de nuevo el acicate:

—No es que no esté cumpliendo usted. No, no, yo jamás sugeriría tal cosa. Es tan simple como que el trabajo, quizá, no vaya tan rápido como a uno le gustaría.

Bingley tiene los dientes amarillos. Manchados de té.

—«Pereza», querida, es un término técnico. Nos vemos aquejados de una gran cantidad de pereza. Me doy cuenta ahora de que su salud ha sido un problema..., pero la velocidad es la esencia intangible que define el éxito de Picatrix. Es la esencia que adquirimos. La precisión y la eficacia conducen a los resultados. —Sonrió, aquel espectro de hombre había sonreído y había dicho—: Mi querida niña, nadie, por muy inteligente que sea, es indispensable. Una de las grandes falacias de la vida consiste en suponer que somos irremplazables.

»No me interesa acumular descartes. Estas piezas que me ha traído están bien, es más, son excelentes: eso no lo voy a negar, pero no tienen verdadero valor. No nos olvidemos del grial que estamos buscando. Usted ha sido contratada para encontrar una y sólo una cosa. La próxima vez que la vea, me gustaría que me recibiese con un palimpsesto. En el caso de que no sea así... —se intensificó su ceceo—, me temo que tal vez tendríamos que replantearnos los términos de nuestro acuerdo.

Me pongo en pie en el frío entre las columnas. Me sacudo las rodillas. El cielo enmarcado por el patio vacío. El ratón ha desaparecido en las raíces de lo que antaño fue la *Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna* en honor del emperador Augusto. *Barcino. Barca Nona. Barkeno.* Estas piedras forman su relicario. Entre los pliegues corintios capto la prueba de unos fantasmas vivientes. Pedazos de la Antigüedad sobresalen de los rincones callejeros. Duermen bajo el suelo. Fragmentos que se apresuran hacia la superficie. Hago un raudo repaso de la historia de Fabregat. *¿Qué ves en los símbolos grabados sobre el cadáver de una chica de dieciséis años colgado de un jacarandá?*

La respuesta se presenta fría.

¿En el alfabeto de nueve letras injertado sobre el cuerpo de Rosario, que se balanceaba a la luz de una farola?

¿En el círculo de sangre alrededor del ombligo de Roseanne en el bosquecillo bajo el Tibidabo?

Veo un rastro de migas de pan.

Que me vinculan de manera incómoda con el pasado.

LIBRO SEGUNDO

RELICARIO



Introducimos un alfabeto en esta Arte para poder hacer con él figuras y mezclar principios y reglas para buscar la verdad. Pues, por medio de una letra que posee varios significados, el entendimiento es más general para recibir muchos significados y para hacer ciencia. Conviene saber de memoria este alfabeto, ya que, de otro modo, el estudioso de esta Arte no podrá emplearla bien.

RAMON LLULL,
de su *Ars Brevis*, 1308 d. C.

Arribado que hayas allí, y entrando en la ciudad de Cumas y en los divinos lagos y en las resonantes selvas del Averno, verás una exaltada profetisa que anuncia los hados futuros bajo una hueca peña y escribe en hojas de árboles sus vaticinios, los cuales dispone en cierta manera, dejándolos así encerrados en su caverna, donde permanecen quietos sin que varíe en nada el orden en que ella los ha dejado; mas apenas llega a entreabrirse la puerta y penetra en la cueva la menor ráfaga de viento, se dispersan, revoloteando por todo el ámbito aquellas hojas escritas, sin que ella se cure de recogerlas, de colocarlas nuevamente en su sitio, ni de coordinar, juntándolas, sus oráculos; los que han acudido a consultarla se vuelven sin respuesta, maldiciendo de la cueva de la Sibila.

VIRGILIO,
Eneida, 29-19 a. C.

I

LA

CORRESPONDENCIA

DE LLEWELLYN

SITWELL

Volumen 1

Barcelona, 1 de noviembre de 1851

Corazón mío:

Ha llegado tu carta, por fin, y cuán agradecido estoy. ¡Tan agradecido! El corazón se me ha animado y henchido con el néctar de tu amor, a pesar de que me rechazas. Te imaginé en los campos y sentí celos de tu encaje, pues anhelaba ver tu cuello, estirarme y besarte. Aunque escribo desde la oscuridad, por ello mismo lo hago con mayor honestidad, y esto supone un consuelo para mí, que puedas tener en mano el registro de mi pensamiento llegado el caso de mi final. No puedes haber tenido noticia de mis tribulaciones, pero yo veo tu rostro y tus facciones como el lucero de la buena fe y me reconforto con la idea de tu amor. Un amor que me alejó de tu lado en busca de mi fortuna y ahora me exige escribirte estas verdades para que puedas tú mantener vivo mi testamento. No hay tortura más refinada que mi temor ante la posibilidad de no regresar contigo. ¡No hay mayor hoguera! Katherine, no me has escrito hablando directamente de amor, eres demasiado discreta para eso, pero yo lo he intuido en el uso de tales palabras como abnegación y amistad: ¡Soy más que hermano o amante, más que amigo! Soy tu devoto siervo, tu poeta enjaulado, tuya es esta amalgama de hombre enfermo de amor, y aunque me hayas apartado de ti, no dudes de que regresaré a tu regazo doblemente amoroso. ¡Regresaré, sí! Discípulo más rico y afectuoso, pues si me esperas, Dios mío, Katherine, me tendrás hasta el día de mi muerte ya que no hay poción más intensa que la del amor por ti, esa que yo he ingerido este verano. Sé que nuestra amistad es breve y que mi partida de Inglaterra no inspira confianza. Sé que los hombres somos bestias veleidosas, que somos débiles ante la tentación, pero yo abjuré del amor hasta que te conocí. Cuán arrepentido estoy ahora, mas no desagradecido, pues mi egoísmo y desinterés en el sexo débil tan sólo me ha vuelto más susceptible a tus notables influencias. ¡Me he transformado! La religión que antaño me esquivaba, con mayor plenitud la entiendo, pues mi religión es ahora el amor. ¡Tu amor! Me dices en tu última carta que no debo pensar en ti como en un ideal, sino sólo como en una mujer débil en una eterna lucha por la luz. Me has escrito: «No debes pensar de mí mejor de lo que soy». Katherine, tú eres la perfección en tus imperfecciones (si es que de verdad cuentas con alguna). ¡Eres un ángel! ¡Eres el aire que respiro! ¡Y no! En absoluto es horriblemente egoísta por tu parte el aceptar mi amor. ¡Es sabio! ¡Es verdad! Me has pedido que sea tu confidente epistolar. De buen grado acepto, si tú eres mi confidente en las mías. Me gustaría escribirte casi a diario sobre mis hazañas, tenerte junto a mí y en mis pensamientos a través de la letra escrita. ¡Serás mi constante compañía, Kitty Markham! ¡Mi consejera y mi amiga!

A las nueve en punto de la mañana vino a mi encuentro en el puerto de Barcelona un cetrino enviado del capitán Charles Leopold Ruthven, un hombre esbelto con el rostro de un halcón y un ademán malevolente, que parecía ser de alguna remota procedencia nortea; al ocultarme él su nombre, lo bauticé yo «Hebilla de Latón»: sus manos, grandes y bastas, sugieren que el tipo podría proceder de las montañas y jamás se habría adaptado a las cortesías de la vida urbana. Hebilla de Latón vestía con lujo para un hombre de su clase social, con gemelos de oro y un gran abrigo con ribetes de castor; una llamativa y luminiscente cadena de oro en el cuello y el pelo corto bajo una gorra amplia. Este hombre me abordó de un modo lacónico, a grandes zancadas entre el tumulto de viajeros, para coger mis baúles con un agresivo gesto de asentimiento antes de señalar hacia el carruaje que me aguardaba. En su día me encargué de trasladarle mi aspecto a Ruthven desde Londres, pero me sorprendió que este extraño individuo intuyese mis facciones. Me resistí a subir al carruaje de Hebilla de Latón, no fuera a tratarse de una enrevesada argucia para arrebatar me mis pertenencias: me he preparado para estas deshonestidades europeas gracias a la lectura de los libros que tú me fiaste, y he prestado particular atención a las advertencias de S. Irvyne contra los corruptos miembros de la Rosacruz y los alquimistas (de los cuales

no me cabe duda de que hay muchos).

El sirviente me contó en un inglés rudimentario cómo Ruthven le había instruido al respecto de mi paradero y de la vestimenta que yo había accedido a lucir como símbolo de nuestra amistad: una corbata de seda que me enviaron a Londres por correo postal. Me puse también mi levita y un sombrero de ala marrón. La corbata era de un color desagradable, malva (yo prefiero la elegancia del negro), pero, advertido con antelación sobre las excentricidades de Ruthven, hice tal y como se me dijo, y el encuentro se produjo, finalmente, sin complicaciones. Accedí a que el sirviente me trasladara en su cochero hasta la casa de este esquivo académico, sacudido y zarandeado por un carruaje con incrustaciones doradas que trazó su recorrido sinuoso por una maravillosa serie de calles abarrotadas con aires góticos. En breve llegué a una plaza marcada por la presencia de un gran pino que extiende sus prodigiosos arcos sobre un mercado cubierto y la fachada oscura de una iglesia imponente. Frente a la iglesia, reparé en una imperiosa finca en la cual (supuse yo al acercarse el carruaje) se encontraba el domicilio de nuestro Ruthven. Acerté. El carruaje me dejó ante su puerta, y el criado cogió mis baúles de manos del cochero antes de invitarme afanoso a atravesarla. La puerta dorada se abrió por un segundo, y entré sin hacer ruido. El criado cerró el rastrillo de golpe a mi espalda y echó la llave. La abrupta llegada me sobresaltó, igual que el lujoso entorno. El criado pronunció una serie de palabras fragmentadas (más tarde quedaría patente que Hebillas de Latón se encuentra sólo en el desempeño de sus labores) y me condujo a través de una serie de estancias hasta la segunda planta del edificio. Cabría apuntar que, a decir de todos, Ruthven es un hombre muy rico tras haber hecho fortuna gracias al descubrimiento de una gran cantidad oculta de oro, hace muchos años, cuando era un hombre de mar allá en el Perú, oro que invirtió con prudencia en empresas en las Indias Orientales. Puedo dar fe de la veracidad de aquellos rumores que corren por Londres, a la vista de la muestra de opulencia en su hogar. Los suelos de la casa son de mármol, dispuestos en un diseño geométrico de un zigzag entrecruzado de losetas blancas y negras. Las paredes, cuando no están forradas de teca tintada, están cubiertas con la seda más delicada y decorada con frutas y aves. El mobiliario es de carpintería de la India, fundamentalmente; el vestíbulo de entrada, engalanado con espadas, pistolas y cimitarras dispuestas en la forma de una estrella. Columnas griegas y estatuas se entremezclan con grandes urnas del Imperio chino. Hay libros tirados por todas partes, montones de papeles descansan por los rincones; las contraventanas están firmemente cerradas y es muy poca la luz que alcanza las entrañas de este lugar. Da en general una sensación de confusión y aislamiento dentro del lujoso confort de un fumadero de opio. Tras abandonar el servicio de la reina (y el descubrimiento del oro), Ruthven se entregó a más intrépidas dedicaciones, y son los frutos de estos viajes los que decoran su casa. Es un explorador de carrera, un aventurero: ya has oído su nombre relacionado con la excavación de las tumbas de Abu Simbel, ¡antes de su destino en el Perú! Y su posterior trabajo con *monsieur* Jean-François Champollion, traductor de la piedra de Rosetta. No satisfecho con dominar la lengua de los antiguos y con la búsqueda de sus recompensas, Ruthven se ha sumergido ahora en el estudio de mi propia pasión, el místico Rex Illuminatus y sus homólogos musulmanes de los siglos XII y XIII, con la esperanza de que éstos amplíen su entendimiento de la alquimia, ¡y es el cuño del divino oro su actual inclinación! Los tesoros que resultan de este viaje de numerosas maravillas son: páginas de manuscritos iluminados y enmarcados en oro, curiosidades del imperio: diosas hindúes y pasajes en sánscrito, retratos de Ruthven con olvidados mogoles y elefantes, perros de la China en todas las chimeneas, los suelos decorados son alfombras persas e incienso que se quema en las paredes. El criado del abrigo negro me condujo a una sala de estar; Ruthven se levantó de su asiento.

—Sitwell —dijo él—. Confío en que habrá tenido un viaje sin contratiempos, ¿cierto?

Ruthven me miró de arriba abajo antes de extenderme la mano para presentarse. Hizo entonces un gesto con la barbilla a su criado, que trajo un brandy. La sala de estar se encontraba iluminada por lámparas de gas y un único candelabro ruso colocado sobre la repisa de la chimenea. Las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas; el interior, forrado con tapices que representan una escena en el bosque con los rostros de unas damas que aparecen y desaparecen en las sombras a la espalda de Ruthven. Hasta que se me acostumbraron los ojos a la oscuridad, no me percaté de que los paneles estaban también decorados con una serie de cuatro diagramas dibujados a mano y enmarcados en dorado, que replican los bosquejos ilustrados de Rex Illuminatus, y de que había varios instrumentos de alquimia de naturaleza medieval distribuidos por el suelo alrededor de estas imágenes. Hay un triángulo y un ojo grabados en la madera de la viga sobre la chimenea. Pensé que entonces es cierto que él comparte esta fascinación y me he llevado una alegría.

Pero, ¡por supuesto!, Ruthven se ha convertido en el principal estudioso inglés de la obra de Illuminatus en el campo filosófico, y ha publicado artículos con los descubrimientos que hizo mientras cultivaba las relaciones con las bibliotecas de esta ciudad y con los monasterios de Mallorca. Dice la

leyenda que encontró a Illuminatus a causa de su fascinación por los alquimistas egipcios y, más adelante, gracias a su devota lectura de los relatos franciscanos sobre la conquista del Nuevo Mundo (sin olvidar, por supuesto, que fue el oro perdido de los incas lo que en un principio atrajo su atención..., que daría lugar a la consiguiente riqueza que hace posibles sus proyectos menos ortodoxos), pero me desvió de la cuestión... Por un instante me pregunté: ¿qué podría revelarme Ruthven acerca del filósofo medieval Rex Illuminatus que yo no sepa ya? ¡Un universo entero!, pensé para mis adentros al sentarme en una silla frente a él con la expectativa de que entablásemos conversación, pero guardamos silencio durante un largo rato mientras Ruthven estudiaba mis rasgos y aprehendía mi persona por entero con impertérrita intensidad.

Me decidí por hacer lo mismo, y así permanecimos sentados en una incómoda y mutua reclusión. Ruthven no es ni tan joven ni tan apuesto como se me había dicho, pero tampoco ha asomado por Londres en unos treinta años por mucho que sus escritos hayan obtenido una creciente circulación en las universidades. Parece demacrado, tan misteriosamente moribundo como su criado Hebilla de Latón; tiene las mejillas hundidas y en los ojos el peso de una tristeza persistente. Su cabello es una mata de rizos castaños que clarea hacia la frente, con la raya en el medio y peinado hacia los lados. Lleva el rostro afeitado, lo cual revela la crudeza de sus facciones; su complexión es ancha si bien un tanto debilitada, las extremidades demasiado delgadas para su pecho; la cabeza, pequeña sobre los hombros. A pesar de su quietud, parecía agitado y revitalizado por mi llegada. Fue él quien rompió aquel punto muerto con una cascada repentina de palabras.

—¿Cuál es el significado absoluto del Alfabeto Aviar BCDEFGHIK?

Y recité yo:

—B de Bonitas, C de Magnitudo, D de Eternitas, E de Potestas, F de Sapientia, G de Voluntas, H de Virtus, I de Veritas, y K de Glorias.

—¿Y qué son éstas?

—Las divinas dignidades de Dios.

—Bien dicho. Ahora, ¿los significados relativos?

—Siguiendo el mismo alfabeto, tiene usted B de Diferencia, C de Concordancia, D de Contrariedad, E de Principio, F de Medio, G de Fin, H de Mayoridad, I de Igualdad, y K de Minoridad.

—¿Y sabe usted leer los signos?

—En efecto.

—¿Diría usted de sí mismo que es un artista?

—Soy un metafísico y un lógico: en este sentido, soy la idea que Illuminatus tenía de un artista.

Ha citado a Illuminatus.

—«*Es el suyo un don del divino espíritu que os permite conocer todo lo bueno de la ley, toda la verdad de la medicina, todo descubrimiento de la ciencia y todos los secretos de la teología*». ¿Afirma usted comprenderlo?

—No, capitán. Por eso he venido a verlo.

Sonrió.

—Una prueba. Comencemos con una prueba.

Ruthven estiró la mano hacia la mesita de las bebidas junto a su silla e hizo sonar una campana de plata con la forma de una mujer con una falda plisada. El criado Hebilla de Latón apareció de inmediato.

—Tráigame mis notas de trabajo —le dijo Ruthven.

Hebilla de Latón desapareció por una puerta que (según he descubierto después) conduce a un estudio adjunto a mis aposentos. Cuando regresó, el sirviente me dejó caer en la mano una ilustración de un círculo con tres anillos exteriores divididos en nueve partes iguales, y en el centro tres triángulos superpuestos. Los triángulos están colocados de tal manera que crean una estrella de nueve puntas alineadas con cada una de las nueve secciones. El anillo más externo del diagrama circular está dividido en nueve segmentos cada uno de los cuales contiene una letra del divino alfabeto. Alrededor del diagrama circular, el autor ha creado un elaborado marco de líneas de filigrana, como si la imagen se encontrara montada sobre un manuscrito iluminado del siglo XII.

—¿Y bien? —me preguntó Ruthven al tiempo que cruzaba las piernas en su silla—. ¿Qué es?

—El ordenamiento de la figura A según Rex Illuminatus —respondí yo—. Una máquina de la verdad que sólo puede ser interpretada por un maestro, un individuo capaz de guiarse a través de la miríada de significados del alfabeto.

—Se queda usted a medio camino. —El semblante de Ruthven se iluminó antes de quedar de nuevo ensombrecido por el paso de una nube. Me arrebató los papeles de un tirón—. No ha identificado usted la figura clave. No obstante, esto era de esperar.

Me examinó de nuevo. Resistí la tentación de lanzarme con mi currículum y contarle mis éxitos en mi paso por los Departamentos de Filosofía y de Clásicas, contarle que he leído todas las obras de Illuminatus en su lengua original —español, latín y catalán— con la excepción de sus obras orientales, y que estaba empeñado en aprender árabe a pesar de que tal proyecto (como sabes) bien podría llevarme el resto de mi vida. Ese tipo de confianzas no son apropiadas para un joven académico, y Ruthven se me antojó seco y arrogante en una primera impresión. Todo esto, supongo yo, le ha sido transmitido ya en mis cartas de presentación por cortesía de los catedráticos de la universidad.

—¿Ha leído mis artículos sobre la inmortalidad de Illuminatus publicados en julio de este año?

Asentí.

—¿Y ha estudiado usted en Cambridge mi diccionario inglés-catalán?

—Sí —respondí yo.

—Entonces se encuentra usted bien preparado para el trabajo.

Expresé mi confusión. Mis tutores no me comentaron nada al respecto de un empleo.

—Necesito un aliado. Un caballero. Será usted un caballero de honor, sin duda.

Con la cabeza bien alta respondí que lo soy, a pesar de ser un tercer hijo. Ruthven sonrió.

—Le daré más explicaciones después. Ahora, ¿cuánto conoce usted de esta ciudad?

—Nada en absoluto —respondí yo al considerar que esta verdad resulta bastante obvia conforme a mis cartas anteriores.

Él debería de saber tan bien como tú que ésta es la primera vez que vengo a Barcelona.

—Bien, entonces..., ya es hora de que la conozca —murmuró para sí—. Mi criado se encargará de sus cosas. Arriba pues, caballero, acompáñeme y le ofreceré un recorrido por este lugar y nuestro bonito vecindario, si bien ha de decirse que ha visto días mejores. ¿Qué hora es? Las once en punto... Marchémonos con tiempo hasta el almuerzo, un paseo de unas horas para que estire las piernas y se haga usted al ambiente.

El sol brillaba en el exterior, y las avenidas rebosaban de humanidad; me paseó por una diversidad de calles charlando por el camino, y nos dirigimos a pie hacia la catedral.

—Cada rincón de esta ciudad, señor Sitwell, está cargado de historias. Al estudioso con criterio le corresponde desentrañarlas y extraer su verdadero significado, ¡obtener los secretos de las fábulas populares que velan una historia común! —resonó la voz del capitán Ruthven.

Doblamos una esquina detrás de la iglesia y nos adentramos en un pasaje lóbrego y ruinoso, rebotante de las inmundicias del exceso de la ciudad: barro y orina entre otras fealdades. Ruthven se detuvo ante una casa con aspecto de llevar buen tiempo abandonada, un lugar que destila un desagradable y melancólico aroma. Ciertamente se trata de una morada lúgubre con una amplia entrada bloqueada con tablonés, las ventanas entabladas con clavos y desocupada a pesar de la escasez de alojamiento en el centro de la ciudad. La piedra tiene una extraña semejanza a los muros incas que he estudiado: la roca sobresale en los costados y forma una pendiente curva desde el suelo.

—Una casa que han dejado vacía en el centro de una afanosa ciudad. ¿Qué historia ve usted, señor Sitwell? —me preguntó Ruthven.

Me confesé incapaz de advertir nada, y la mirada de Ruthven se iluminó con una inquietante fiereza. Repicó con su bastón sobre el pavimento de piedra bajo sus pies y se embarcó en su desgarradora historia.

—Hubo una vez un alquimista judío de la cábala que vivía en el laberinto de callejuelas de detrás de Santa María del Pi, y allí trabajó él en paz durante muchas décadas. Sus ciencias y hechizos fueron cobrando una poderosa reputación en el vecindario, y con sus enemigos al parecer muertos se sintió seguro como para mostrar sus prácticas. Así habría continuado durante siglos de no haber sido porque, al salir una mañana de su casa, encontró a un bebé, una niña envuelta en paños en el umbral de su puerta y con una nota escrita en hebreo, en la cual se le imploraba al alquimista que se hiciese cargo de una criatura nacida fuera del matrimonio de la hija de un mercader judío. Cuando el Doctor observó el rostro de la niña, se sintió invadido por una omnímoda sensación de tristeza y se preguntó, esperó y pidió en rezos, sin duda, que si tomaba a aquella chiquilla bajo su techo, tal vez podría detener la maldición que assolaba el mundo a su alrededor, que desmoronaba los pilares de la tierra, la maldición que evitaría por siempre que las gentes del libro alcanzasen el amor. Tomó a la niña bajo su techo y la educó con gentileza, le enseñó los secretos de su arte, los cuadros y los diagramas de su corazón, el lenguaje no escrito de sus letras. Con el tiempo creció, y de la piel de una chica emergió el corazón y el alma de una mujer. La hija adoptiva del anciano alquimista se convirtió en la muchacha más hermosa de Barcelona, con un intenso cabello negro que le caía por los hombros, la piel en dorado y aceituna y unos ojos afilados como la obsidiana. Su padre la amaba con fiera pasión y temía por su seguridad al observar las

miradas de los hombres cuando ella compraba en la plaza del mercado. El alquimista la protegió del mundo como se protege a la inocencia y la belleza; la educó en la mentalidad de que era su hija al tiempo que se esforzaba por protegerla de las depredaciones del hombre en su comprensión de aquella lujuria que la perseguía como una nube de humo.

La voz de Ruthven exigía mi atención. Hablaba con firmeza apoyado en su bastón y observaba mi rostro por si pudiera extraer cualquier atisbo de sospecha.

—En una mañana de mercado —prosiguió Ruthven—, la hija del alquimista cayó en la calle mientras cargaba con el pan para la cena. El hombre que le ofreció la mano para ayudarla a recobrar el porte era un apuesto caballero cristiano de las serranías del sur de España, que había llegado a la ciudad en busca de fortuna. Tenía el pelo del color del trigo, los ojos de un azul lúcido y en el cinto llevaba una daga incrustada de rubíes de Oriente. En el instante en que su piel rozó la de ella, el hombre se sintió lleno de un poderoso amor, más grande que cualquier otro que hubiese conocido, y del deseo de poseerla por completo. Aunque por su aspecto dedujo su fe, dejó aquello a un lado y juró que la tomaría en una noche de pasión. Ella sintió también en su corazón la férrea mano del deseo y, al mirarlo a los ojos, supo que había conocido a su marido. Durante muchos días y noches él la cortejó, se encontraron entre las sombras de los árboles y las plazas de piedra, lejos de la mirada errante del padre de la joven. Eran dulces sus besos, pero con cada uno de ellos, al caballero le invadía una lujuria que le pedía más, y por fin le suplicó que cometieran el mayor acto de amor. Recurrió la joven a la sabiduría de su padre y recordó la historia de su propio origen, y así la hija del Doctor rechazó al caballero y le dijo que no le abriría su cama a menos que estuviesen casados. El caballero se burló y le dijo que él jamás tomaría a una judía por esposa. La muchacha lloró entonces y dijo que no habría respuesta, pues no podría casarse con un hombre que no admitiese su fe y que impidiese a sus hijos llevar la sangre de su linaje. El caballero montó en cólera, abandonó airado la plaza y allí dejó a su amante en un mar de lágrimas. Durante toda la noche sintió el caballero en su entrepierna su ardor por ella, y, en lugar del amor, alimentó un terrible odio.

»Si no podía tenerla él, ningún hombre la tendría. Al amanecer decidió el caballero que mataría a la joven por la mano de su padre, de forma que ninguna culpa cayese sobre él. Aquella mañana, el caballero se dirigió a la casa del alquimista para comprar una poción con la que destruir a una amante infiel. El alquimista, en sospechar del caballero, se negó, pero éste le insistió:

»—¿Me venderéis un veneno —le preguntó el caballero— para una mujer que ha traicionado mi corazón?

»—No —dijo el alquimista, y frunció el ceño.

»—Si os ofrezco un pago —le dijo el caballero—, ¿qué tomaríais a cambio?

»—Nada.

»El caballero lo miró con ojos maliciosos.

»—Sois autor, doy por entendido —dijo con un gesto hacia los libros del alquimista, dispuestos en estantes sobre sus mostradores, y los instrumentos de escritura por su mesa.

»—Podría así decirse —contestó el Doctor.

»El caballero entrecerró los ojos.

»—He oído un rumor que dice que estáis maldito.

»—Los rumores tienden a la falsedad.

»—Me han contado que sois un enemigo de Dios. También un hombre de secretos, según me dijo un amigo mío. Sois anciano y deberíais estar muerto.

»El alquimista sintió caer el estómago a los pies.

»—Vendedme ese veneno y lo olvidaré —dijo el caballero—. No soy hombre cruel, tan sólo una criatura extraviada en el amor, y merezco vuestra ayuda.

»Y así continuó el caballero amenazando al alquimista con lo que decía saber, hasta que el anciano aceptó un pago de siete monedas de oro y, pensando en su hija y en la libertad que así podría comprar para ella, el alquimista le entregó al caballero su veneno, un perfume mortal pulverizado sobre un ramillete de rosas cortadas del jardín del propio alquimista.

»Cuando el joven caballero se hubo marchado, el alquimista decidió que su hija y él se irían de la ciudad a la mañana siguiente. Comenzó a disponer sus escasas posesiones para la partida. En el ocaso, la hija del alquimista acudió al encuentro de su amante tras haber recibido una nota aquella tarde en la que él le suplicaba su perdón. El caballero besó a la muchacha en los labios y le dijo que jamás podrían estar juntos, y, como muestra de su amor, le entregó las rosas. Ella las sostuvo junto a su corazón mientras se deshacía en lágrimas, y, cuando se desmayó en su cama aquella noche, las mantuvo aferradas sobre su pecho.

»Cuando se despertó el alquimista, pasó el día fuera de la casa, en la ciudad, y a su vuelta se sorprendió al no encontrar a su hija levantada y trabajando en la casa. La llamó, pero no hubo respuesta. Volvió a decir su nombre y, al temer que hubiera caído enferma, subió con tiento la escalera hacia sus aposentos. Ante su puerta, llamó dos veces, un par de golpes leves, y de nuevo se quedó sin respuesta, momento en el cual entró y se fue hacia la cama con una terrible tristeza en su corazón, que se multiplicó cuando cayó de rodillas y llevó ambas manos sobre las mejillas de su hija. Supo, sin embargo —por Dios que lo supo, por el silencio en la habitación, la inconfundible pesadumbre de la muerte—, que no estaba solo, pues la parca había entrado allí en la noche y se había llevado la vida que él amaba. Y fue tal la ira que emergió en su garganta que se atragantó al tocar con un dedo extendido las rosas ennegrecidas que se desmoronaban, cuando su perfume se tornó en el hedor de la carne putrefacta que él reconoció como el veneno de su propio jardín. Aquel día, el alquimista entabló las puertas y ventanas de su casa y rogó que no entrase allí hombre ni mujer, pues la maldición de su amada hija había inundado los muros de sufrimiento, y cualquier alma que allí pernoctase encontraría el mismo destino que la muchacha. La casa ha permanecido vacía durante quinientos años.

Esto me contó Ruthven mientras nos encontrábamos de pie ante la puerta.

Frunció entonces el ceño, masculló algo indeterminado para sus adentros y prosiguió el relato contándome que a partir de ese instante el alquimista desapareció de la historia. Él sospecha que la verdadera identidad del personaje es la del Doctor Illuminatus —¡mi querido Rex Illuminatus!—, quien, tras haber bebido el elixir de la vida, se marchó a Barcelona para continuar sus experimentos con la piedra filosofal y, por influencia de Moisés de León, se convirtió en secreto a la tradición cabalística. Ruthven me contó esto con una extrema seriedad, entre susurros, de pie en la calle de detrás de la iglesia. Resulta extraño porque yo no pensaba que este erudito sobre Illuminatus fuese tan inconstante; me había imaginado un hombre más decoroso, académico, postilustrado que se mostraría reacio a creer en las historias de fantasmas del pasado. Palideció cuando sugerí tal cosa.

—Señor Sitwell —me contestó—, no sabe usted nada acerca del mundo.

Dicho esto, se negó a hablarme, y nos separamos tras un breve recorrido de regreso por donde habíamos venido; él se retiró a su habitación, y yo me dormí una siesta antes de la cena. Nos sentamos a la mesa a la hora británica de las seis, y pasé la mayor parte de la cena consumido en la total desesperación con un Ruthven enfrente que, con frecuencia, fruncía el ceño y hacía uso de la campana de plata para llamar a su mudo criado, quien nos condujo de plato en plato con una amargura como jamás haya visto en un hombre de su edad. Hay un cuadro en el comedor que tú reconocerías al instante: un Tiziano, *La violación de Lucrecia*, terminado en 1490. Sobre la cabeza del capitán Ruthven, Sexto Tarquino levanta su daga contra una Lucrecia a pecho descubierto. Es una elección extraña y más bien inquietante para un comedor. Cuando llegó el café, después de los postres, Ruthven señaló mi taza, y el criado la llenó sin mirarme un instante a los ojos. Ruthven y yo lo tomamos juntos, y el capitán me lanzó una mirada repulsiva antes de sugerir que nos retirásemos a la sala de estar. Esta secuencia se repetiría a lo largo de los cuatro días siguientes, en los cuales, nuestros encuentros se han producido ante la atenta mirada de Hebillá de Latón y sin mediar una sola palabra entre nosotros. Hay en Ruthven un desagradable olor que no he localizado aún, una colonia de nuez moscada y hollín, empalagosa y dulce. Es tan contagiosa como el miedo..., aunque desconozco sus razones para transpirarla.

Ruthven ha elevado la mirada con una sonrisa irónica y ha hecho sonar su campanilla para pedir un Oporto, que nos han traído con dos copas de cristal. Ha servido un trago, me ha entregado la copa y ha asentido. He entendido que debía bebérmelo, así que lo he hecho con gusto. Al no disfrutar con este juego, he abierto la boca para hablar, pero el capitán Ruthven ha intervenido.

—¿Por qué está usted aquí? —me ha preguntado—. Barcelona no suele formar parte de las rutas turísticas por Europa, por lo cual supongo que goza usted del apoyo de su querido padre, ¿no?

Esto me ha generado un gran desconcierto.

—Para estudiar a Illuminatus, por supuesto —he dicho yo.

—¿Y se considera usted merecedor de mi ayuda?

—Bueno, por así decirlo. —He continuado, pues he sentido elevarse mi temperamento: ¿qué pretendía este hombre con aquella manera tan absurda de tratarme? He resuelto empaquetar mis cosas de inmediato y trasladarme a la pensión en la que me había fijado a mi llegada a la ciudad—. Si me estoy aprovechando de su hospitalidad, capitán Ruthven, dígamelo y lo liberaré de su carga.

Me ha asegurado que ése no es el caso, y entonces ha comenzado a hacerme una serie de preguntas de la naturaleza más peculiar con el propósito, al parecer, de evaluar mi conocimiento del personaje de Illuminatus, pero también para crearse un retrato del mío propio. Deseaba saber qué encuentro de interesante en aquel hombre, y por qué había seguido el tratamiento que Ruthven había hecho de

Illuminatus hasta Barcelona (razones que ya le había ofrecido en la carta de hace muchas semanas, y con las cuales sé que estás familiarizada). A continuación, me ha pedido mi opinión acerca de la literatura apócrifa pseudoalquímica generada bajo el nombre de Illuminatus. Le he dicho que tal cosa me interesa pero que no es, por supuesto, el objetivo de mi trabajo. Ha fruncido el ceño y proseguido con su sondeo. Así hemos pasado cerca de una hora, hasta que de pronto ha sonreído. Algo he dicho yo, por fin, que es de su aprobación.

—¿Y el significado del alfabeto BCDEFGHIK en conjunción con las cartas astrales ABCD?

Le he dado mi respuesta, una interpretación original, y ha servido otra copa.

—¡Eso mismo! ¡Eso mismo! —ha repetido a voces—. Usted valdrá.

Tras unas copas me he retirado a mis aposentos y he decidido leer en el escritorio situado junto a la ventana que se asoma a la bonita placeta y al rosetón de la basílica del Pi. He aplanado tu carta con una figurita de bronce de un jabalí salvaje, grueso y pesado, sobre una base de madera negra y suave piedra rojiza. Por un momento, he lucido el aura de un sordo descontento: no estaba seguro de qué podría lograr con el capitán Ruthven o cuán útil resultaría él para mis empresas. Ese hombre está claramente trastornado, pero él es, para mi envidia, el experto en nuestro campo, y habla mi idioma, un beneficio añadido. He colocado mi vela en una pequeña balda encima de este escritorio desde el cual te escribo ahora. Sobre la cabeza, en los estantes que se alinean en el despacho, hay un atlas, un juego completo de enciclopedias, el cráneo desnudo de un antílope, números pasados de la revista *The Source* acerca de literatura en lengua española. A la derecha de su escritorio, un tablón de corcho cubierto con un mapa de la ciudad plagado de alfileres de cabeza roja unidos por un hilo de color azul. A la izquierda, colgando de una librería baja, un diagrama de colores en espiral que recuerda a los grabados de Sebastian Münster impresos en su *Cosmographia*. Por fortuna, no guarda productos químicos ni aceites en esta sala, dado que me alojaría a mí a dormir demasiado cerca de tan peligrosos materiales.

En el cajón superior del escritorio, una madeja de cordel en la forma de una esfera. Tres monedas de oro que datan del período romano antiguo y una punta de flecha de obsidiana. El cajón inferior está lleno de papeles impresos y colocados en un orden tan sólo legible para el hombre cuya habitación me ha sido ofrecida: para todos los demás, el caos personificado. Estoy sorprendido de que no se haya esforzado más por retirar sus efectos personales antes de permitirme tomar acomodo, por breve que sea, en su compañía. Sentado como estoy ante el escritorio, admirando su parafernalia, no puedo evitar seguir explorando sus contenidos. He pensado escribirte de inmediato y, mientras buscaba papel, me he tropezado con una carta, al parecer escrita para mi anfitrión por una mano femenina. Me ha vencido la curiosidad y en un segundo la he devorado.

La he releído y he copiado sus palabras por el camino:

Quiero que recuerdes esta ciudad. Ha cesado la lluvia en la calle, pero el frío corta con fuerza. El viento busca las grietas en la tela, la piel desnuda. Cualquiera cosa que congelar, a la que aferrarse, roer. Filamentos que gotean de humedad. Verde musgo suspendido de los pétreos labios de las gárgolas, pavimento resbaladizo de ansia. Se acumula el hielo en las alcantarillas encharcadas y las grietas contra las hundidas raíces de los árboles de los deprimentes bulevares de Barcelona. Respira aquí. Una plaza desierta, gansos que se ahuecan el plumaje. Saborea la fuente empapada, el patio ahogado de hojas marchitas. Tu mirada se clava en heridas de cuchilla en capillas de piedra semipreciosa. Las ramas de un árbol desnudo, corteza expuesta, envuelven un pútrido cielo de manchas de luz. Aquí es donde me has dejado. Tú lo has visto: un callejón estrecho y oscuro que discurre perpendicular a la trayectoria del sol. La pendiente es marcada, en descenso desde la colina de la catedral, pasando por la entrada de Sant Felip Neri.

Desde aquí partieron tus zancadas hacia los atardeceres, hacia los músicos de la plaza, y saludaste a la santa vestida de rojo en su vitrina empolvada, a horcajadas en una cruz con forma de aspa. Llena de flores. Te asomaste al interior del polvoriento mundo del pasado. Reparaste en sus vestimentas, su cruz sobre un lado girada. Sus ojos de ébano. ¡Oh! ¡Santa Eulàlia! ¡Santa patrona de Barcelona! ¡Ella, que a la tierna edad de trece años profesó la fe en Dios movida sin duda por el ardor de la sangre adolescente! Era entonces Barcelona la vieja Barcino, y su soberano, el pétreo Diocleciano, se volvió en contra de la niña siguiendo los envenenados susurros de Roma. ¡Eulàlia del Camp! ¡Eulalia del Campo! Incipientes pechos y virgen aún, marchó a la corte de la tetrarquía romana, y allí exigió a Diocleciano que reconsiderase el tratamiento que a su libro le daba. El romano, conmovido por la tenacidad de esta niña de mejillas rosadas, le pidió que abjurase de su fe. Cegada por la obstinación suicida de la fidelidad, Eulàlia se negó, y así, Diocleciano declaró que daría a la joven Eulàlia trece ocasiones de replantearse su herejía, una por cada uno de sus trece años. Desnuda, Eulàlia fue conducida a la plaza pública para

que el mundo la contemplara. En el centro, elevó la mirada al cielo, sonrió y alzó los brazos. En plena primavera, tronaron las nubes en las alturas y comenzó a nevar, y cayeron los copos sobre su cuerpo, ¡Dios protegió su desnudez! Diocleciano rugió de disgusto. Las consecuencias fueron desafortunadas en extremo. Los cuatro primeros tormentos fueron de por sí brutales. Eulàlia fue azotada, su carne desgarrada con garfios, sus pies cincelados con carbones al rojo vivo, sus pechos cercenados de su cuerpo. Y aún seguía negándose a abjurar de su fe. A continuación, aceite hirviendo, plomo fundido. Comenzó a parecerse a un monstruo, el pecho abierto y cubierta de cal, el rostro devorado y quemado por el metal ardiente. Y conservaba el aliento. Guardó silencio, resollando en el suelo, hasta que un Diocleciano contrariado y aguijoneado por los dioses, ordenó que fuera introducida en un barril forrado de cristales rotos, que sellaran la tapa y la hiciesen rodar trece veces por la Baixada de Santa Eulàlia, la calle revestida de antigüedades que ahora une la catedral con el carrer dels Banyes Nous. Dicen que Dios la mantuvo viva hasta el final —algo que lo convierte en un ser más cruel de lo que jamás habíamos imaginado—, y que cuando la sacaron del barril le cortaron la cabeza para poner fin a tanto sufrimiento. Su espíritu escapó en la forma de una paloma, como Pegaso que salta del cuello de la Medusa, y estoy segura de que los negros ojos de la niña de trece años habrían petrificado a cualquier hombre.

Permanece para mí impenetrable el motivo de que santa Eulàlia se convirtiera en la favorita de quienes navegan los siete mares, el motivo de que fuese elegida para proteger las flotas pesqueras de Barcelona y los grandes navíos de aquel imperio que se extendía más allá de Perpiñán y alcanzaba Túnez, Sicilia, Cerdeña y las islas Baleares. Tan nebuloso como mi deseo de escribir que el dolor es infinito, largo y oculto. De escribir que el sonriente rostro de porcelana de la santa encubre también en sus vestimentas una historia de violencia, en sus flores codifica un secreto tan grande como el mío, acaso peor. Santa Eulàlia es tuya, al fin y al cabo, patrona de una ciudad que te ha consumido.

La autora firma como Lucrecia. Katherine, ¿a qué se referirá con que «te ha consumido»? ¿Qué misterios esconde la historia de esta admiradora de mi anfitrión con sus ojos hundidos y profundos? He pensado en el capitán Ruthven, en la palidez de su rostro cuando, a mi llegada, me contaba que la ciudad se halla en un estado de caos, que la alquimia tal y como se ha venido practicando se encuentra en declive y está a punto de desaparecer. Le pregunté si él había hecho oro en alguna ocasión, y lo negó con la cabeza. No. Pero entonces suspiró y me sugirió que le preguntase si alguna vez había prolongado la vida. Ha sonreído de forma breve ante mis preguntas, como el frágil haz de luz de una luna pálida, pero a continuación ha regresado a la opacidad que yo asocio con su perverso carácter, un semblante adusto y desprovisto de estrellas. «Sí —me respondió—. En mi palabra entre caballeros, le juro que lo he hecho». Estoy preocupado por él, Katherine. Temo que el capitán Ruthven, buen hombre como es él, pueda estar a punto de perder su alma. Escíbeme, necesito de tu amor y tu consejo.

Tu amado y muy confiado,

SITWELL

Barcelona,
11 de noviembre de 1851

Te escribo de forma subrepticia a la luz de una solitaria vela. Las contraventanas están cerradas y el pestillo echado en mi puerta, y aun así puedo oír los paseos de Ruthven. Se mueve como un espectro, arriba y abajo por el pasillo al otro lado de la puerta, y se detiene a mirar entre las cortinas, tal y como ya le he visto hacer en otras ocasiones anteriores. Sus ojos escrutan la calle, nunca quietos. Ese hombre está asediado por los malos humores. Crujen las tablillas del suelo, y me temo que entre por la fuerza y exija más —no deseo contártelo todo, pues los horrores son grandes—, pero, cuando cierro los ojos para revivirlo, veo los últimos días en un borrón. La historia comenzó hace cuatro noches, cuando desperté con el sonido de una campanilla. Adormilado, los ojos a medio abrir, con la mano izquierda palpé en busca de mis gafas que, una vez colocadas sobre la nariz, me guiaron hacia unas cerillas y una vela. La luz de la candela junto a mi cama se perdía en una amplia, ondulante y borrosa oscuridad. Estaba lloviendo. ¿Un sonido? Se me ralentizó el aliento. Las contraventanas que dan a la plaza estaban abiertas y empapadas de lluvia. El grueso repiqueteo de una tormenta de verano. Golpes en la puerta. Alguien abajo. El alarmante toc, toc que recorre el edificio y resuena contra la ventana. Con las gafas firmes sobre la nariz, me retiré el pelo de la frente. No. Es inconfundible. No estoy soñando. Claramente, es el sonido

de un puño contra la puerta. Firme. Persistente. Llamando.

Toc. Toc.

Me incorporé en la cama y aguardé. No me moví para abrir la ventana. Algún instinto animal me indujo a sentir que me resultaría irreconocible. En ese preciso instante volvió a sonar la campana. Inconfundible. Exigente. Resonando por la casa. Me ardía la piel por la curiosidad. Me puse los pantalones del día anterior, arrugados en el suelo junto a la camisa y la chaqueta, antes de calzarme los zapatos. Proferí un juramento para mis adentros cuando me golpeé con un armario en la oscuridad. Un verdugón mañana, maldije por dentro. No quería encender una vela en el pasillo, luz que su visita vería desde la plaza. Desconozco qué instinto me impulsó. Debí de caminar sonámbulo, o metido aún en algún ensueño. Con cuidado y parsimonia, me dirigí al pasillo y allí me detuve para ver si mi anfitrión se había levantado, pero en la puerta que conduce a sus aposentos no se oía más que silencio. El resplandor azul de los tejados de la ciudad goteaba a través de un estrecho tragaluz, ranuras de brillo que iluminaban la sinuosa escalera de ébano. Había salido la luna. Mantenía el oído en alerta ante aquella visita. La luna proporcionaba un resplandor constante. Bajé con rapidez los tres tramos de escalones. La luz disminuyó. El mundo se regocijaba en la oscuridad. Se contuvieron mis pasos, aunque los ojos se me acostumbraron rápidamente a la penumbra. Al final de la escalera, abrí la puerta interior de cristal que conduce a la portería, al portal exterior y a la calle: una gruesa barrera de roble ajada por la humedad, con la pintura desconchada y astillada en los goznes. Silencio, ahora. Mi aliento era pesado y ruidoso. Maldita sea, no hagas ruido, pensé para mis adentros antes de bajar la mirada hacia el pie de la puerta, bajo el buzón. Una carta reciente. Sin marcas salvo la historizada letra azul de un calígrafo.

Per a l'anglès.

Para el inglés.

Todavía en el delirio del sueño, rasgué el sobre para abrirlo al malinterpretar que su contenido iba dirigido a mí. El papel era del mismo grosor que el sobre, del mismo color sepia oscuro. La caligrafía de la página era clara, escrita con pulso firme, con la misma pluma. *Un porc ple de vicis. Un mal matí ella va trobar el seu sant martiri. Li van deixar la pell per fer-ne botes*, había escrito el amanuense, pero ¿dirigido a quién? Me afané con la traducción: *Un puerco lleno de vicios. En una mala mañana halló ella su santo martirio; le dejaron la piel para hacer botas...* El nombre de Ruthven subrayado con una línea precisa. Una marca reluciente sobre el papel liso. Suena un golpeteo en la escalera, ¡y tengo los pies del capitán a mi espalda! Apareció vestido, envuelto en una capa oscura y un sombrero de ala ancha en la cabeza. Me arrebató la carta de las manos y leyó su contenido, rienda suelta al malestar de la noche con el rostro apenas reconocible en la ondulante luz de su candela. «Si desea ver algo interesante, señor Sitwell, ¡no se quede ahí plantado!».

Dicho aquello, abrió la puerta e irrumpió en la plaza. Yo lo seguí, medio inmerso en un sueño, y cerré la puerta a mi espalda. Frente a mi balcón se alza la poderosa mole de Santa Maria del Pi, una inquietante protuberancia de piedra construida como una fortaleza y flanqueada a ambos lados por contrafuertes grisáceos que soportan el majestuoso pico del campanario, un gigante octogonal de cincuenta y cuatro metros de altura. En la fachada en pendiente de la gran entrada, el arco decorativo sobre las pesadas puertas forma el vértice de una espada. Aquí, la Virgen se aferra a su hijo, un niño apostado sobre la cadera de piedra y rodeado de un bosque de columnas. Encima de su cabeza, los escudos de la ciudad y de la parroquia esculpidos en la piedra. Cuatro barras de Cataluña sobre una bandera que lleva impresa una cruz semejante a la de los caballeros del Temple. En el cénit, el escudo de la Corona de Aragón y los rizos en piedra de las hojas. Y, colgando sobre todo ello, los numerosos pétalos de la flor que forma el rosetón enorme, un objeto negro como un ojo suspendido sobre la boca partida de la iglesia. Mis ojos se movían por las sombras mientras el capitán Ruthven se acercaba a una mujer que esperaba bajo las ramas del poderoso pino del centro de la plaza. Debajo de una pesada capa, lucía un vestido de noche de color añil con un encaje en el cuello, apenas visible en la media luz, y el pelo suelto por los hombros. Tenía el semblante pálido y, al ver al capitán Ruthven —que echó a correr hacia ella—, la mujer lo cogió de la mano y pronunció unas breves palabras a su oído, ante las cuales él hizo una mueca y asintió. La mujer no se dirigió a mí, y Ruthven no hizo presentación alguna, si bien mi presencia fue aceptada con una mirada furtiva. Ella empezó a caminar a toda velocidad, y nosotros la seguimos enseguida. No tardamos en llegar ante una puerta pintada de rojo que alguien había marcado con una cruz. La mujer sacó una llave, la introdujo en el cerrojo y abrió la puerta que se quejó con un crujido ensordecedor.

En la estancia apareció un joven médico de rostro hundido, flanqueado por un policía pertrechado y embutido en un boato estridente de azul y escarlata, cargado con sable, pistola, rifle y bayoneta, y un penacho de color marfil adherido a su prodigiosa frente. El tipo armado se paseaba bajo la desgana luz de un tenue farol de aceite fijado en la pared y sin borrar de su rostro una firme expresión de disgusto.

Encima de la mesa del centro de la habitación pude distinguir la figura de una mujer, tumbada en la madera con los brazos cruzados sobre el pecho. Por la quietud de sus formas quedaba patente que algún mal le había sucedido. Fui presentado como el acompañante e inquilino del capitán Ruthven, y mi presencia fue aceptada sin apenas mención de protesta. Ruthven habló de forma brusca con el policía — un hombre cuyo alivio resultó patente con la llegada del erudito—, un detalle que me mantuvo perplejo hasta que se desarrolló el resto de los acontecimientos, algo que no tardaré en revelarte. El médico recibió la orden de mostrar a Ruthven la boca de la mujer.

—¿Tiene usted el estómago fuerte? —me preguntó Ruthven.

Mi respuesta fue afirmativa, siendo yo hombre de milicia. El policía me miró de arriba abajo, tal y como hizo el médico, quien se dirigió de inmediato hacia la boca del cadáver y la abrió para mostrar a Ruthven el horror de esa muerte. El cuerpo de la joven era terso, delicado como la porcelana, las piernas largas, anchas las caderas, pechos pequeños y planos por la presión de la gravedad. Había sido bendecida con un rostro joven y angelical enmarcado por bellos cabellos rojizos. Tenía el flequillo claro y caoba por la raíz del cuero cabelludo, pero en la humedad del rocío, o en la vil mugre de la calle, las puntas se habían tornado de un sanguinolento marrón oscuro y se habían aferrado a la piel desnuda de sus hombros; formaban unos rizos horribles y oscuros, una espesa mata enmarañada en la base de su garganta. Sus partes íntimas estaban rasuradas, así como sus brazos y piernas, y no quedaba un pelo en el resto de su cuerpo y su piel, estropeada por moratones en los antebrazos y en las muñecas, y una serie de punciones, hechas con una aguja, que formaban una línea roja —no un corte ni un tajo— que descendía desde su entrepierna por la cara interna del muslo izquierdo hasta el tobillo. Ruthven solicitó más velas y maldijo al médico por la falta de luz.

Aparté la mirada con desagrado y me tapé los ojos. El policía reveló que la *senyoreta* Andratx —tal y como pasó a ser conocida nuestra misteriosa acompañante femenina— había encontrado el cuerpo atado a un árbol a unas pocas calles de distancia. Trajo más velas esta mujer y le tembló la mano al prender las mechas. Pude ver las marcas de la cuerda en el cuello del cadáver, una rozadura roja de dos centímetros y medio de grosor. El policía puso entonces sobre la mano de Ruthven una segunda misiva. El capitán leyó la carta, que no me dejó ojear, y miró al joven doctor, que abrió la boca de la chica y nos habló de la probabilidad de que se hubiera ahogado en su propia sangre. En las palmas de las manos, nos mostró el médico, le habían grabado la imagen de una serpiente y una cruz, en oro.

Cuando me acerqué vi que el cuerpo había sufrido más de lo que me imaginaba, y, aunque te ahorraré lo más truculento de los detalles de esa boca, te diré que lo más extraño en aquel cadáver era la profusión de delicadas heridas sobre la piel de la mujer, las letras de un alfabeto grabadas en cada pecho. Las marcas de las manos tenían su correspondencia con las más leves de los pechos, en una erupción rosada, como si las hubiesen raspado en el pecho sin la suficiente profundidad para que sangrasen y las hubieran rellenado con tinta de alabastro.

—¿Reconoce usted los símbolos?

Asentí, apenas capaz de articular una palabra. Eran las primeras imágenes de Rex Illuminatus. Tres círculos concéntricos alrededor de cada pezón, con una letra en su centro sobre la piel rosada. En la frente discerní la letra B; bajo la clavícula derecha de la mujer y por encima del pecho, la letra C; en el vientre descubierto, la letra D. En los muslos, las letras I y K. En las nalgas y sobre la localización de los riñones, las letras E, F, G y H, respectivamente.

—Y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos —masculló Ruthven cerca de mi oído—. Sobre su frente llevaba escrito un nombre: *Misterio: Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la Tierra.*

—¿Qué demonios quiere usted decir con eso? —le pregunté.

—Ha llegado la hora de que demuestre su valía, Sitwell —contestó Ruthven—. Es usted un magnífico dibujante. He visto sus ilustraciones. Tome nota de sus heridas. ¡Yo no puedo aguantarlas ante mi vista!

Se volvió hacia la *senyoreta* Andratx antes de que yo tuviera tiempo de responder.

—¡Tráigale papel y pluma a este caballero! ¡Rápido! ¡Mientras aún sigan frescas! ¡Sabré así lo que él ve en estas marcas!

Se volvió entonces hacia el policía y entró en una rápida conversación que me costó comprender. Una vez finalizados mis dibujos, Ruthven me puso sus llaves en la mano y me envió de regreso a su casa, guiado por la silenciosa mujer de añil que nada comentó de cuanto yo había visto y apenas me miró. En la casa, el huraño criado me condujo al piso de arriba sin explicación alguna acerca del trabajo nocturno de Ruthven en la ciudad. No vi al capitán durante los dos siguientes días. Me senté yo solo a la mesa para las comidas, en compañía del mal encarado sirviente que todavía —aún hoy— se negaba a hablarme,

angustiado por cuanto había visto y a causa del porqué. Ruthven había citado el libro del Apocalipsis de san Juan en un momento de pasión, y el paralelismo me atribuló profundamente pues he leído ese libro muchas veces en mi vida. *Me dijo: Las aguas que ves, sobre las cuales está sentada la ramera, son los pueblos, las muchedumbres, las naciones y las lenguas. Los diez cuernos que ves, igual que la bestia, aborrecerán a la ramera y la dejarán desolada y desnuda, y comerán sus carnes y la quemarán al fuego.* Sentí temor de abandonar la casa por el miedo a encontrarme con el tipo de criminal que sería capaz de infligir tales daños en las formas de una mujer, y cuánto lamenté mi decisión de viajar hasta aquí en soledad. Justo cuando había abandonado toda esperanza de volver a verlo de nuevo, en la mañana del tercer día, Ruthven apareció cubierto de barro, irrumpiendo para sentarse, perseguido por el adusto rostro de su criado Hebill de Latón.

—¡Gracias a Dios que sigue usted aquí! —Se dejó caer en la butaca junto a mí—. Cuánto lamento el haber desaparecido, pero el caso requería una detallada investigación.

—¿Y la víctima? ¿Quién era esa mujer? —le pregunté al retroceder mis pensamientos sobre la joven asesinada.

—Una engastrimita de aquelarres —respondió Ruthven—. Una adivina. Una mujer poseída. Es depravado, señor Sitwell, y es brutal. Pero no es raro.

Le pregunté si había encontrado al asesino.

—No —suspiró Ruthven—. Pero no es la primera vez que veo su obra, y los atraparé.

—¿Los?

Ruthven no me miraba a los ojos, tan sobrecogido por la emoción como se encontraba.

—Cuando inicié la caza, no tenía la menor noción de adónde me conduciría. Fue después de comprometerme con una vida en el exilio cuando juré dedicarme a recuperar estos documentos, fuera cual fuese el coste.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con Illuminatus? —le pregunté sin demasiada convicción.

—¿No puede usted percibir el olor en el aire? —me preguntó él.

Se me sonrojaron las mejillas.

—Llevo encima el olor de un hombre señalado. Lo sé. No se puede evitar. Ahora bien, el hilo escarlata del destino lo ha conducido a usted a mí, un hilo escarlata, señor Sitwell, que vincula su corazón con el mío. Cuando envié usted sus primeras cartas, tuve la intuición de que era el hombre elegido, y debo disculparme por haberle permitido venir hasta aquí, consciente de que su exposición a mí uniría para siempre nuestros destinos. Por supuesto que, de haberse usted mostrado como un hombre de inferior valía, yo habría buscado a otro, pero es fuerte, señor Sitwell, y, a pesar de su inexperiencia, es lo bastante inteligente.

Me estremecí en mi asiento y sentí un calor febril que comenzaba a arder en mi frente. Entonces me sobrevino una repentina determinación: ¡no seré yo quien recorra dicha senda!

—Comete usted un error. No dispongo yo de las herramientas para ayudarlo, ni tampoco de las capacidades.

—No hay nadie más.

Salté de mi asiento y me puse en pie, airado.

—Vine aquí para recibir lecciones de filosofía y de teoría medieval por parte de un gran estudioso. ¡No para verme expuesto al asesinato!

La mirada de Ruthven sostuvo la mía con firmeza, y no reaccionó ante mi insolencia. Volví a sentarme. Su mano izquierda temblaba sobre el lujoso tapizado de la butaca, se movía nerviosa hacia el cuello para jugar con los pliegues de tela alrededor de su garganta.

—Mañana por la mañana me dejará usted, en calidad de amigo o como un hombre que habrá de quedar olvidado con el paso del tiempo.

—¿Acaso vuelvo a Londres, entonces? —balbucí, aliviado en parte.

—A menos, por supuesto, que esté usted interesado en mi proposición.

Le pregunté a qué proposición se refería.

—Otórgueme unos breves instantes más de su ilustre atención —me pidió; se quitó las botas con un puntapié y apoyó los calcetines de rayas sobre un cojín para los pies, frente al fuego—. Necesito un mensajero, señor Sitwell. Su ademán es agradable, su conocimiento de los símbolos de Illuminatus es sólido. Le estoy sugiriendo una forma de empleo. ¿Necesita usted respaldo financiero? Tengo entendido que hay una mujer aguardándolo en casa, ¿cierto?

¿Y él cómo lo sabe?, pensé consternado.

—Puedo oler el aroma del amor en usted, muchacho. Lleva a la dama en sus ojos, en las horas que se toma usted para escribir cartas; no ha dedicado una sola mirada de lujuria a otra mujer estando en mi

compañía, y es evidente que está usted decidido a labrarse su fortuna. En su pañuelo lleva bordadas con mano femenina sus propias iniciales entrelazadas con una K y una M, las del nombre de su amada. ¿Me equivoco? Ella duda de la constancia de la que usted pueda hacer gala. No confíe nunca en una mujer que se ha quedado en casa, Sitwell; son veleidosas, en particular las jóvenes.

Asentí, estupefacto por su capacidad de observación.

—Si acepta este trabajo para mí, le pagaré copiosamente, en espíritu y en especie.

—¿Y cuál es la verdadera naturaleza de la propuesta?

—¿Acierto en mi convicción de que sus verdaderas intenciones al viajar a Barcelona concernían a los secretos alquímicos del Doctor Illuminatus?

Ruthven se puso en pie y se dirigió hacia una librería frente al fuego.

Dijo que sí con la cabeza.

—Entonces, este proyecto le resultará beneficioso de una manera o de otra: le prometo que descubrirá cosas que le podrían hacer muy famoso, un hombre muy rico, ciertamente, señor Sitwell, más rico de lo que sería si dominase usted la transmutación del oro, que es lo que yo creo que usted desea de forma ilícita. Si es veloz, salvará también mi vida. El tiempo es escaso. Habiéndole contado mis secretos, le pido a usted este favor. Le contaré cuanto yo sé sobre la alquimia de Illuminatus si usted lleva esto de mi parte a un amigo de Mallorca, antes de partir en su viaje de regreso a casa. Lo que usted obtenga de mis enseñanzas queda a su discreción. Le corresponderá creer o rechazar mi historia; tan sólo sepa que mis días están contados, y lo que usted se lleva es limitado. En esto han sido bastante claros.

Ruthven alcanzó un fardo de papel sobre su estantería, atado con un lazo dorado.

—Se los confío a usted —dijo con una sonrisa adusta mientras me colocaba los papeles en las manos—. Son copias de mis traducciones y de los relatos acumulados de mis investigaciones sobre esta materia. No hace muchos días que lo conozco, señor Sitwell, pero a juzgar por el destino de quienes me han precedido, tal vez no dispongamos de tiempo para conocernos mejor, y confío en que es usted un caballero.

—No lo entiendo —le dije—. ¿Qué teme usted que le pueda pasar?

—Preferiría que no lo supiese. Está fuera de discusión. Sin embargo, no les permitiré que me derroten..., y he hecho mis preparativos. Lléveselos a mi amigo, el padre Lloret, de Valldemossa. Le pagaré el pasaje en barco hasta la isla y el regreso desde allí a Inglaterra. También cubriré los costes de su alojamiento. Muéstrelle estos papeles y pídale su relato sobre el Doctor, descubierto recientemente en posesión de una tal Maria de la Font. Le entregaré un segundo objeto antes de su partida mañana, pero debe usted jurar por su vida que no lo abrirá hasta que le entregue su contenido a una mujer llamada Lucrecia. Dígale a Lloret que lleva usted noticias mías para el Ruisenor. Él lo llevará hasta ella cuando el momento sea propicio. Encontrará usted lo que busca sobre Illuminatus, y al hacerlo protegerá los secretos de otro.

Ruthven cerró los ojos y descansó un instante en su silla con una mano echada hacia atrás, abierto el cuello de la camisa, y los pies extendidos ante el fuego. Parecía abatido, con los párpados en tensión, y no me fijé hasta entonces en la sien izquierda, a la altura del nacimiento del cabello, donde había recibido un golpe que le había dejado una herida en la piel y una costra moteada de color marrón oculta hasta ese momento en la media luz. Aquellas salpicaduras que yo había tenido por barro eran en realidad restos de sangre seca. Ruthven pareció estremecerse en su butaca, y le tembló el cuerpo antes de ponerse en pie con elegancia alisándose la cintura de los pantalones, su rostro bien parecido en reposo.

Ruthven estiró la mano e hizo sonar la campanilla, a la izquierda, sobre la mesa de delante de la chimenea.

—Una copa. Lo comentaremos todo esta noche, pues deberemos salir raudos por la mañana. Si es que voy a ayudarlo, y usted me va a ayudar a mí, esta noche habremos de encontrarnos en una situación de igualdad y entendernos con claridad el uno al otro. De lo contrario, el fracaso será nuestra segura senda, o la única.

Charlamos durante muchas horas, amor mío, sobre nociones que tan sólo podré impartirte en persona sin poner en peligro la vida de mi extraño amigo y anfitrión. No dispuse de un instante para mostrar acuerdo ni desacuerdo, pues a mi entender se diría que no tuve otra opción. Como hombre libre, debo ayudar a aquel que cautivo se encuentra. Haré cuanto esté en mi mano con tal de volver a escribir más adelante, cuando no me dé vueltas la cabeza. El secreto del capitán Ruthven excede con creces la comprensión de un solo hombre.

Tuyo,

II

MITO

Me doy la vuelta y veo mi almohada manchada con un borrón oscuro. *Una sensación demasiado familiar.* Me paso la mano por la boca y el dorso sale tal y como me lo esperaba. *Otra vez sangre por la nariz.* Retiro la funda de la almohada y la llevo al baño. Corre el agua del grifo, veo discurrir la sangre con suavidad por el lavabo y cómo coge el color metálico al colarse por el orificio de la pila. Me limpio la cara, lentamente, me lavo la piel. He soñado con un árbol que se quejaba sometido al peso de una horda de aves. Alas como el pisotón de un ejército de contundentes botas. Unas palomas atracándose de higos que goteaban del árbol como diamantes globulares.

Me preparo una taza de té en la cocina. *Jengibre y limón.* Llevo puesta una camisa excesivamente grande y unas bragas. Me he dormido después de leer las cartas de Sitwell, y las rescato de mi mesilla de noche.

Deberías tener más cuidado, me reprendo mientras observo la ilustración del ruiseñor de Sitwell, sus recatadas alas en un trazo sombreado. ¿Estará a punto de cantar, quizá? *El pico, abierto.* Un ojo negro y vidrioso. Pienso en las cartas que ha recibido Fabregat. En la desambiguación. En lo que se pretendería dar a entender con cada cosa. Al escuchar ayer al inspector, llegué a la conclusión de que la investigación de Fabregat cometió el fatal error de suponer que aquella compilación de líneas hacía referencia a la identidad de un individuo en lugar de hacerla a la existencia de un documento.

Nadie más lo sabrá excepto tú, me recuerdo. La gente busca el sentido. Va buscando enigmas. Forma parte de nuestra naturaleza. Ahora bien, tratados como enigmas, estos versos plantean tantas preguntas como preguntas responden. *No suponga que van dirigidos a usted,* le diría a Fabregat. *No suponga que son el dedo que señala al asesino, al culpable o a un criminal. Léalos tal cual son. Tábula rasa. Contexto en blanco. Concéntrese en lo que puede saber. En los hechos que tiene a mano.*

Busque un punto de origen. Una fuente.

De Nueve libros de Hojas emanó esta ira del hombre.

Algunos tesoros se pierden para siempre. Pero éste no. Éste sí que lo vas a encontrar. Porque se te ha enviado un mensaje desde la sepultura, en un poema con forma de altar, lleno de secretos. No habrá fuegos encendidos esta noche. Ningún

recuerdo desechado.

Mis pensamientos divagan hacia el libro de horas empapado y el bibliotecario de la abadía, calentito y dormido en su cama. *Piensa en ello de un modo racional. Alguien ha eliminado de manera intencionada la poesía oculta bajo las recetas de alquimia de Rex Illuminatus. Y, a continuación, sellaron el libro dentro del muro de una remota capilla de Mallorca con una colección de las cartas de un excéntrico caballero británico recopiladas, al parecer, por una tercera persona.*

Y un hueso.

Que no se te olvide el hueso.

Un solitario hueso, único, brillando en la oscuridad.

Como una advertencia.

A las dos de la madrugada me visto de forma abrupta. Me pongo un jersey sobre la camisa. *Sin sujetador.* Unos vaqueros, a continuación. Calcetines desaparejados. Abrigo de color aceituna y bufanda negra. Dormir no tiene sentido. *Necesito dar un paseo.* En el bolsillo, las llaves y el teléfono. Unas cuantas monedas sueltas de un euro. *Tampoco es que haya ningún sitio abierto.* Bajo la escalera y salgo a la calle. El pequeño café de la planta baja del edificio está cerrado, pero las luces siguen encendidas en el interior. *El personal se está tomando la última. Cruzo por la calle lateral, camino de la Barceloneta.* Sólo entonces me quedaré satisfecha. Sólo entonces pararé. Son extraños los hoteles por la noche. Las luces rojas de los cargueros parpadean en el horizonte. A mi espalda, hacia la montaña, los rescoldos del Tibidabo. La luna, apagada por las nubes. Un cielo plomizo, desapacible. Un apagado brillo naranja. Me siento como si tuviera *jet lag.* Un mareo. Sentada en la playa desierta, me hundo en los recuerdos de mi primer verano en España. Pienso en aquella cría que ya he dejado atrás. La chica de la que me he separado por completo. *Para entender la historia, tienes que contextualizarla. Vuelve sobre tus pasos, me digo a mí misma. Has de empezar por tu comienzo, no por el de otros.* La playa en la luminosa calidez del verano.

La revetlla de Sant Joan. 2003. La noche del solsticio de verano da paso a la fiesta de San Juan. El día del Bautista. En estas noches, la gente se coloca y bailan los borrachos. Reclamo un sitio en primera línea de playa a una hora temprana de la tarde.

Veo las casas de Barcelona amontonadas a mi espalda; las estudio de arriba abajo: las ventanas son como los cuadrados de un cubo de Rubik. Una vida sobre otra. Cada olor, bien diferenciado. Vienen las nubes hacia mí: aceitunas en salmuera y cangrejo en vinagre, paella y fritura de pescado. Tengo las manos cruzadas debajo de la cabeza, el pelo infectado de arenilla. Hay una cuchilla de afeitar suelta junto a mi hombro. Jeringuillas desechadas y espuma de poliestireno. Alguien a quien no

conozco me ofrece un vaso de plástico con vino tinto. A cada hora que pasa, son más los juerguistas que se unen procedentes de todos los lugares de la ciudad. Un chico con una guitarra comienza a cantar. *¡Al mar! ¡Al mar!*

La revetlla de Sant Joan. La noche de San Juan. Llamada también la *Nit de les Bruixes*, noche de las brujas. Para nosotros, una interminable noche de éxtasis. De baile, de hoguera y de fuegos artificiales. En el cielo hay explosiones como si fueran los disparos de una escopeta, y, llegada la medianoche, la ciudad tiene el resplandor de una zona de guerra. En recuerdo de la batalla, la ciudad conmemora la vida de un santo con ferocidad pagana. ¡Sus ciudadanos bailan en hordas, aporrean cacerolas y sartenes por la calle, cantando e incendiando las playas! No hay necesidad de nada que no sea libertinaje. Ese impulso es lo único que parece quedar del santo.

Aquí estoy tumbada, postrada y abierta con la espalda contra la arena.

Recuerda.

Ibas incinerando tus pecados conforme bebías.

En esa mañana, saludo colocada al amanecer, observando el despertar de los comerciantes. Hay nuevas luces en los escaparates. Los panaderos sacan hogazas recién hechas. *Coca de Sant Joan.* Tortas engalanadas con frutas escarchadas. Piñones pegajosos. Las palomas arrullan y se acicalan en los huecos de la Barceloneta, y me ven volver a casa dando tumbos desde los clubes del Port Olímpic. La playa, grisácea y plagada de basura, se despereza y se prepara. Dentro de una urbanización triangular construida para los pescadores marginados de la ciudad, los bares de tapas abren sus puertas para recibir el reparto: sepia, bacalao, fletán, pulpo, un pescado muy feo con cara de perro; con croquetas y pimientos de Padrón; mercancía apilada hasta el techo, conscientes de que no tardarán mucho en salir en tromba a la calle las humeantes masas cargadas de licor.

Sin embargo, en la mañana de Sant Joan el día de fiesta se ve interrumpido por las sirenas.

Primero, un coche. Después, dos agentes.

Bajan por el espigón de piedra que se adentra en el mar, con sus negros uniformes recortados contra el gris de la arena. Sentada, me incorporo y los observo. A continuación, otro coche. Un tercero, después. Las sirenas se deslizan por el sol ardiente como el aullido machacón de una discoteca. La búsqueda sigue a los coches de policía por la orilla. *Un joven ha desaparecido en el mar.*

Nos preguntan a nosotros: *¿Han visto algo ustedes?* No, aseguro yo. No.

Encuentran sus zapatillas y sus calcetines junto al primer espigón.

Grandes rocas negras. Ha debido de dejarlas ahí y marcharse dando un paseo por la orilla, metiendo los pies en el agua, hasta encontrarse en la línea directa de visión de la ciudad. La policía acordona la zona. Buscan en el mar, como unos pescadores en busca de langostas con su arrastre.

Detrás de ellos, una mujer aguarda de pie en la arena, vestida de negro, y reza.

La retengo en mi imaginación.

Los ojos queman con mayor ferocidad que el sol.

Ahí abajo, los policías sienten su mirada sobre ellos. Una carga incómoda. No saben qué quiere, si les desea el éxito o el fracaso. Si reza por un cadáver o por una señal, o si cree que él era inocente o culpable. Lo único que saben es que observa.

Un chal oscuro sobre sus hombros; su marido, junto a ella, le susurra al oído. *Tenemos que dar muestras de apoyo, Marta. Tenemos que hacerles ver que nos importa.*

La siguiente señal es la cartera, que se le ha caído del bolsillo a unos diez metros del agua. La traen desde la playa como un tesoro. Una perla de información. *Ahí está su foto, su carnet de identidad en color rosado. Adrià Daedalus Serra. Trozos de papel ya disueltos en una pasta. Tarjeta de débito y cambio.* Su madre se ciñe el chal alrededor de los hombros. En su corazón hace un frío gélido.

Mientras ellos buscan, caen los carteles en la ciudad. Retirados de los muros, arrancados de los andamios, descolgados de las farolas, despojados de ellos los trenes y autobuses. En la plaza de Margarida Xirgu, diez hombres trabajan sin descanso para cubrir el rostro de Natalia Hernández con una apagada pintura gris. En el Nuevo Teatro de las Artes Escénicas, su director se encuentra de pie en un balcón sobre la plaza, cruzado de brazos, observando el descenso de su musa. En todas las plantas del Institut del Teatre, los alumnos que estudiaban para los exámenes o cantaban por los pasillos han hecho una pausa. Se dirigen a los vastos ventanales que dan al Nuevo Teatro de las Artes Escénicas. Ven cómo bajan los tres magníficos carteles. La boca de la joven se distorsiona ondulada en su caída. Y, aunque los alumnos no saben por qué Natalia Hernández ha abandonado la fachada del teatro, sienten la terrible inquietud del desorden.

Esa mañana, la curiosidad sustituye mi deseo de silencio. Le pregunto al policía qué ha pasado.

—*Lea los periódicos.*

Taciturno, su mirada se pierde en el mar.

Esa noche se lanza la historia en las ondas. Las escucho en una radio junto al fuego. El reportero entrevista a una anciana. Lista como ella sola. Vive en un complejo de apartamentos con balcones que dan al mar. La mujer explica que, a los noventa y siete años de edad, está hecha a las sorpresas. *O lo que es lo mismo, nada le sorprende mucho ya.*

—Y por eso —dice ella en la radio— me paso la mayor parte del tiempo mirando al mar.

A salvo en su apartamento del cuarto piso del carrer de la Mestrança, goza de una

vista directa de la playa. Caigo en la cuenta con un respingo: *probablemente nos habrá estado observando a todos*, estudiando las hogueras y a los que bailaban desde su pequeña silla en la ventana, vigilando la playa mientras nosotros encendíamos velas y fuegos, y engullíamos cerveza.

La mujer escruta el patio de cemento de abajo, las palmeras que recorren el passeig marítim de la Barceloneta, y más allá, hacia la arena y las olas. Abajo, el mundo es de una agradable constancia. La mujer comprueba el tiempo que hace y ve cómo entran las tormentas desde el sur. Observa a los corredores por la mañana, los paseos de las familias, a los norteafricanos que hacen castillos de arena, el reparto de los ultramarinos en el Spar de abajo. Por la noche, a los camellos, los bailarines, los fiesteros con sus latas de cerveza, los pit-bulls gordos, los paquistaníes que venden su mercancía, los patinadores en línea y los ciclistas con sus atuendos en colores vivos, los mazas de gimnasio, los levantadores de pesas, los niños con la cara pringada de helado y los guiris. Su voz suena a queso manchego y sardinas.

A esta anciana no se le escapa nada.

Ni siquiera la silueta de un joven, en 2003, que corre sin camiseta en las primeras horas de la mañana, con el pelo oscuro y largo, que se tambalea, jadea sin aliento, hacia la orilla.

Oportuno, sin duda. Chasquea la lengua. Una línea de visión clara.

Algo se revuelve en los más oscuros anales de su memoria. La anciana ya ha visto antes una silueta como ésta, cuando era joven, desde la misma ventana de la misma casa, que una vez perteneció a su abuelo y permaneció en poder de la familia durante la guerra civil y la época de Franco, e incluso cuando pasó la dictadura y también la locura de los años ochenta y noventa, hasta el momento presente.

¡Oh!, dice ella casi sin aliento. *¡Oh! El muchacho se ha metido en el mar.*

Me la imagino pestañeando, con sus ojos azules acuosos escondidos detrás de unas gafas de un centímetro de grosor. Un par de esferas adheridas a su nariz que reflejan el parpadeo de las piras en las playas.

Esta mujer tiene un don para contar historias, y por la radio —con un juramento de buena fe— informa de que, con una repentina ráfaga de viento que se levanta en el preciso instante en que el joven se adentra en el mar, ¡todas las velas votivas rojas de Santa María del Pi se han apagado! El sacerdote se ve sorprendido por el viento mientras recorre el pasillo contando los libros de oraciones para la misa de la mañana. Da un respingo sobre el suelo de piedra. *Santa María, Madre de Dios.* Tan sólo permanecen encendidas las lámparas del techo, que ahora son eléctricas. De las 154 velas no queda prendida ni una sola mecha. ¿Es el fantasma del loco que se quemó en el desfile del Corpus? El coadjutor se santigua y reza. ¿O será alguna otra alma perdida que llama a la puerta?

Ante mí: un espigón de rocas negras se aferra a la noche que se desvanece, aún

inmerso en el reino de su poderío. De nuevo me siento en la playa, una década después. Viva y con frío en la oscuridad. Tengo las rodillas recogidas debajo de la barbilla. *El desaparecido baja por esta avenida hacia el mar. Las ratas corretean entre las rocas bajo sus pies. Anidan en las rendijas y allí se esconden.*

Se quita los zapatos y se adentra más. Las olas rompen a su alrededor. Sigue adelante. Más que nunca. Las olas lo elevan y después tiran de él hacia abajo. El viento le sacude el pelo. Camina hasta que el agua le llega al cuello, sin detenerse, y entonces comienza a nadar y a nadar, y nadar más hasta encontrarse a cincuenta metros, a cien metros, doscientos metros mar adentro, mucho más de lo que yo soy capaz de ver aun en el mejor de los días. ¿Qué ha dicho la mujer? ¿La anciana en la radio?

Que el muchacho no regresó.

Y éste es el elemento que a ella le recuerda a una oscura hora de 1937, cuando vio a un joven al que conocía, al que amaba, nadar mar adentro hasta ahogarse.

¿Y tú?, le pregunto al aire frío de la noche. ¿Por qué me has traído aquí?

III

Extractos de

LA VIDA COETÁNEA DE REX ILLUMINATUS

Según compilación de sus aliados
en la isla de Mallorca

PRÓLOGO

Hemos escrito esto para que lleguéis a saber de los secretos del Doctor y de sus obras mágicas. Pues una vez que aquéllos se han comprendido, éstas serán más fácilmente entendidas.

EL PRIMER RELATO

Que versa del retorno por mar del Doctor a Barcelona

A través de los resquicios de su celda, los tablones podridos y teñidos de un oscuro color semejante a la ceniza de un fuego de roble, el Doctor oyó la respiración del hombre contiguo a él. El aliento del vecino está lívido de enfermedad, los pulmones se ahogan en flema, y, a tenor del patrón de su voz y los atragantamientos en la noche, el Doctor supo que la vida de su compañero de cautividad pronto se agotaría. El Doctor nunca quiso encontrarse allí: aquello no había formado parte de sus planes ni era un destino voluntario, pero sucedió que la fortuna tuvo otro parecer, cerró de un portazo cualquier otra posibilidad y lo obligó a resignarse, una vez más, a las vacilaciones de la sal marina y la gangrena, unos recuerdos quebrados por la compañía de las ratas que se alimentan de las migas de pan en su mesa, un objeto lamentable, hecho con un cubo arrebatado a la labor de letrina para la que le había sido entregado. Otra situación también desafortunada.

Tenía el Doctor la barba azul y curvada por el cuello como una bufanda. Sus hombros eran de un rojizo marrón y oscuro; su piel, como el cuero ahumado. Tenía la cabeza calva y muy redonda, como el grueso fondo de un huevo, y en sus ojos llevaba la marca de las delgadas líneas de las patas de gallo, ese mismo gallo que había regresado para alimentarse de dolor y mostrar la senda de su escamosa carga en las mejillas. Pudo ver un fragmento de cielo gris, frío, a través de una grieta en el techo de la nave, un don de los cielos. El Doctor se movió de forma que quedara su espalda contra los maderos, antes de captar una esquirla de sol y retenerla por un segundo en la palma de su mano.

Cuando acudieron a por él, lo cubrieron con las largas vestimentas del alquimista, terciopelo de Bizancio e impoluta seda. Sobre el cráneo le colocaron su bonete, un pequeño gorro negro que se amolda a la forma de su cabeza y cubre justo por encima de las orejas. Le entregaron su bastón, le cepillaron y atusaron la barba, y entonces lo dispusieron en la carreta en el puerto de Barcelona. Mientras atravesaba la ciudad camino de la corte del rey, el Doctor obsequió a sus captores con relatos.

EL SEGUNDO RELATO

Que versa del sordomudo

Hubo una vez un hombre sin habla, de tal modo que era incapaz de confesar sus pecados. Desde que nació fue un eremita, pero al oír la llamada del sol dejó las montañas para buscar fortuna. Por los ríos viajó, durmió en las riberas húmedas y bebió de sus manos ahuecadas. Apostado a orillas de un estanque helado, o a la sombra en un claro, admiró el rasar de la libélula sobre las aguas y siguió con el dedo el rumbo del halcón peregrino. Vio al sol salir de detrás de los almiarés y soñó con la gloria del universo, y cada paso lo acercó más a su destino.

Mas cuando ofreció sus encallecidas palabras a los guardias de las puertas de la ciudad, ellos se mofaron de él y lo apedrearon pues el hombre era pobre, feo y desaliñado. Entre lágrimas, vagó él por los camposantos mascullando incomprensibles sonidos. No era capaz de transmitir su amor, su dolor o sufrimiento en ninguna lengua comprensible para el hombre. Los sacerdotes no lo aceptaban en su seno pues veían su defecto como una señal diabólica. Los comerciantes no gustaban de sus gruñidos, y así lo apaleaban. Los habitantes de la ciudad le lanzaban dulces y sobras de su mantel y se reían mientras él rebuscaba en la tierra.

—¡Sal de aquí y duerme en el camposanto, sobre las lápidas de los difuntos, que es lo más cercano que estarás de los cielos! —le gritaban en la creencia de que un hombre incapaz de hablar en la casa de Dios no puede confesarse, y, de no poder confesarse, no podría verse libre de pecado, hecho que aseguraba su cierto descenso a los infiernos tras la muerte.

Por la noche, llenaban las calles los lamentos del hombre que vagaba por el camposanto de la casa de Dios. Durante el día, tejía cestos que llenaba de azucenas y melocotones como ofrenda a los difuntos, y por un céntimo los vendía a las viudas y amantes afligidas que se acercaban a llorar las tumbas. Pronto murió el hombre, y grande fue la discusión acerca del lugar donde se le había de dar sepultura. Salió al paso un sacerdote con el argumento de que, si bien el hombre estaba condenado, el camposanto había sido su hogar en vida y así habría de ser su hogar tras su muerte. Y aquella noche lo enterraron en el suelo, sin sepulcro ni ceremonia. No le dieron ataúd ni féretro, pues no había dejado el sordomudo más que sus flores, y albergaron la

esperanza de que los gusanos dieran cuenta de él y no dejaran nada para que, así, quienes habían alcanzado la salvación no compartiesen su lecho con un pecador. Durante muchos días hubo silencio en las calles. Sacerdotes, comerciantes y ciudadanos dieron gracias por dejar de ver perturbado su sueño por los quejidos de un hombre incapaz de pronunciar una bendita palabra. Una semana pasó, y otra después, con tal silencio que todo se diría tranquilo y en paz, hasta que una noche se despertaron al son de una magnífica pieza interpretada en los dorados acordes de una flauta enérgica como los tambores de la guerra. Tembló y se agitó la tierra en el camposanto de la iglesia. Sacerdotes, comerciantes y ciudadanos corrieron a sus ventanas y a sus puertas para ver cómo surgía una conífera del suelo y crecía a grandes saltos y golpes en el aire, cómo brotaban hojas de oro y de plata, y piñas de ébano y de perla, y aún seguía creciendo —lanzada en el firmamento— presionando a los cielos con sus ramas doradas. El pino se irguió sobre la iglesia como un gigante. Se elevaron del suelo sus enormes raíces y rasgaron la tierra hasta que emergió un glorioso ataúd de oro formado por las propias raíces del árbol, y en él se preservaba el cuerpo de aquel hombre jamás confesado.

Tenía la piel pálida, lavada con aroma de canela y de clavo. La pena había abandonado su rostro, que se mostraba joven y hermoso. Sus labios se entreabrían en una secreta sonrisa, el pelo cargado de flores, las que él había vendido para las tumbas, mientras que cada una de las oraciones del muerto maduraba en frutos dorados e inscritos con las letras de sus secretos, como las emanaciones de las sefirot, y los sacerdotes corrieron y se santiguaron cuando una mano divina reordenó las letras en el árbol para que en un rollo suspendido en las hojas doradas se leyera: «Yo entiendo todas las lenguas, aun aquellas incomprensibles para el hombre, y, si una oración se recita de buena fe, yo la escucho, y amo a la criatura que pronuncia tales palabras, y empedraré de oro su camino a los cielos».

Permaneció iluminado el árbol de oro por doce días y doce noches, y cuando el oro se apagó, el árbol se convirtió en un pino gigante y vivo de corteza parda y verdes hojas, raíces firmemente plantadas en el terreno fangoso. El sordomudo partió a los cielos, y la iglesia, en el acertado sentir de que un milagro había bendecido sus ralos terrenos, se reconstruyó con fervor gótico y adoptó el nombre de Santa Maria del Pi, o Nuestra Señora del Pino.

EL TERCER RELATO

Que versa del retorno del Doctor a la corte

Es por esta plaza que pasaron al Doctor Illuminatus, en lenta procesión bajo las agujas del árbol. El emisario real, un hombre de rostro adusto y nariz aguileña, lo llevó a la corte de los reyes, el Palau Reial, donde el noble capitán del barco habló del triunfo de este doctor y de su caída en desgracia. A la hora señalada, llegó un soldado

con un mensaje de la casa de Rossinyol, una moneda de oro con la marca del ruseñor, que puso en los labios del Doctor en un bocado de carne de la mesa del rey. El Doctor comprendió entonces que había sido adquirido al precio de un buen corcel y siete efigies de oro, y sobre la tarima inclinó la cabeza y declaró:

—Mi señor, soy yo el Doctor Illuminatus, el maldito, el que vivirá por un millar de años. Me habéis arrancado de las costas de mi hermosa isla para complacer a vuestros ciudadanos. Caballeros y damas, cortesanos y cortesanas, hacedme cualquier pregunta, que yo os diré su respuesta, pues no hay secretos de los vivos o de los muertos que sean desconocidos en los secretos del otro.

Dicho esto, el alquimista abordó el relato de su primer encuentro con el ruseñor en la isla de Mallorca.

EL CUARTO RELATO

Que versa del ruseñor

Muchas vidas atrás, en la noche de Sant Joan, en ese momento del año que es el solsticio de verano, cuando la noche es más breve y florece el helecho, el Doctor reunió en un cuenco las plantas medicinales de su campo del Puig de Randa. Las bañó en las aguas de los nueve manantiales que surgían de las rocas bajo su gruta de eremita y dejó el cuenco en la entrada de la caverna para que recibiese el rocío de la mañana conforme el sol se elevara sobre los mares de Oriente. Aquella noche prendió una hoguera para espantar a los espíritus oscuros y se sentó junto a las llamas, a observar las aldeas al norte, sur, este y oeste. A medianoche apagó el fuego y marchó a dormir. Al amanecer, cuando se levantó y fue a recoger el agua, para su inmensa irritación, se encontró con que el cuenco había desaparecido, y con él las plantas y el rocío. Oteó los campos con la sospecha de que una oveja errante había acudido a robarle su agua bendita. ¡Y allí la vio! Sobre la pequeña pendiente que ascendía a su pequeño huerto, más abajo. ¡La culpable dormía profundamente!

Tan espeso era su pelaje que pensó en un principio que se trataba de un lobo, pero miró con mayor atención... No, era una oveja negra, hembra, que se había acurrucado en su huerto para morir. Silbó entre dientes. ¡Fuera! ¡Shhh! No se movió. Con una destreza sorprendente para su edad, el alquimista descendió con ayuda de manos y pies por la roca pizarrosa hacia la criatura durmiente. ¡Oveja! ¡Oveja! ¡Despierta! Dime qué te has llevado. Cuando se movió el animal, ¡el hombre se quedó sin aliento! Era una joven envuelta en una capa de piel de oveja. Y bajo aquella capa, estaba desnuda, y su cabello y su piel eran oscuros como la Moreneta. ¡Dios mío! Elevó la mirada al cielo. ¡Estaba cubierta de quemaduras de cera! Tenía la piel perforada con agujas que en el pecho le hacían una marca similar a una tetilla...

El Doctor se sentó en la tierra húmeda.

—¿Eres una bruja? —le preguntó.

La joven puso los ojos en blanco y se desmayó.

Reunió fuerzas Illuminatus, levantó a la joven y la llevó a su caverna. Le fabricó un lecho en el suelo e ideó unos paneles de abedul para proteger su intimidad. Tres días durmió la joven sin inmutarse. Al final del tercer día, un caballero a lomos de su montura apareció a las puertas del eremita. El caballero viajaba solo, y sorprendentes eran su caballo y su porte.

—Buen Doctor —dijo el caballero—, he perdido a la hermana de mi esposa, que está huida. Una muchacha de dieciséis años. Es muda y sorda, y, por lo general, perversa, mas mi esposa está consternada, y yo preocupado por su salvedad.

Fue el Doctor a abrir la boca y a hablar cuando la voz de la intuición se alzó en su mente. *No le entregues la joven a este hombre. Es malvado. En la manga lleva una mancha de sangre de la muchacha.* Y no fue por primera vez en su vida que Rex Illuminatus mintió:

—No he visto a muchacha alguna. ¿Cuándo la perdisteis?

—En la noche de Juan el Bautista —respondió el caballero.

—Os sugiero que comprobéis el río hacia el sur, pues oí esa noche entre mi rebaño el ruido de alguien que pasaba camino de las quebradas antes de llegar al llano...

El caballero le dio cordial las gracias.

—Cuidaos de ella. Conversa con los espíritus de los difuntos. Bien hemos tratado de ahuyentar de ella al diablo, pero su arraigo es profundo. ¿Habéis oído las historias de los ofitas? Esta joven es de su sangre.

—Las conozco bien —dijo Illuminatus—. Rezaré por ella.

—Si veis alguna señal, os ruego que me enviéis la nueva y vendré a por ella. Tememos que jamás regrese a nosotros.

Dicho esto, el caballero montó a su animal para marcharse, no sin antes volver la cabeza y vocear:

—¡Por la gracia de Dios que mi esposa es una hereje conversa, pero su hermana es impenitente! ¡Esa muchacha es una bruja!

Rex Illuminatus regresó a su gruta muy atribulado. Aquella noche, la joven se despertó y, con un gesto, pidió alimento. Cuando ella comió, el Doctor vio la causa de su mudez. Una mano brutal había cercenado la lengua de la muchacha y le había dejado un horrible muñón en la boca. Le llevó él pluma y papel y le preguntó qué había sucedido, pero la joven no tenía nociones de escritura y apartó la tinta. Pensó entonces el Doctor con rapidez y llevó un telar y cinco colores de hilo que él había hecho con el vellón de su rebaño. Le pidió que tejiese un vestido, y esto lo hizo ella con gusto, fortaleciéndose con el paso de cada jornada. Por las mañanas cuidaba ella el huerto del Doctor. Sus heridas se suavizaron. Ayudó a Illuminatus con sus estudios esotéricos, preparaba las tinturas para sus iluminaciones, y él le enseñó cómo tratar el oro y las pinturas con las que escribía sus libros. Un día, habló Illuminatus con gentileza a la mujer sentada en la roca de su gruta.

—La Creación es un acto de Dios —reflexionó él—. El acto de la Creación es sagrado. Es algo que de la nada procede. Es alquimia. Nueve letras de un alfabeto nos han sido dadas en este arte, nueve letras a partir de las cuales podrás responder cualquier pregunta, nueve letras que contienen todos los secretos del mundo natural. El artista debe conocer de memoria este alfabeto, así como sus imágenes, definiciones y reglas junto con las disposiciones, antes de proceder en su conocimiento. La alquimia de la que te hablo no es aquella que fuera concebida en compendio como tal práctica.

El Doctor repasó sus frascos e instrumentos en busca de un libro.

—Aquí se halla contenido el espejo del mundo —dijo—. Lo he escrito con tal propósito expreso. Y así, el mundo es un espejo de este libro. Es mi arte y, como todo arte, es un acto de creación, todo el universo se halla contenido en el acto de su hacer y su no hacer. Como el amante ama al ser amado, y el comienzo busca el fin a través del medio, y todas las respuestas se hallan conectadas por la escalera del intelecto y las materias de la imaginación y la transmutación, este libro contendrá en sus letras y en sus números la respuesta a vuestra maldición. Pues si habéis sido vos alcanzada por el roce de su amor, no podéis pronunciar de viva voz este nombre del diablo. Mas con este libro podréis ofrecer alguna noción de su empresa de modo que os veáis libre de vuestro silencio.

Y suspiró el Doctor por experiencia, pues él también había conocido el asesinato, y también él había conocido el amor. Y dicho esto le mostró el Doctor a la mujer las imágenes de su arte y le enseñó a diario las lenguas del latín, catalán, hebreo y árabe, y matemáticas, además del inglés y el francés, de modo que en todas ellas pudiese escribir. Y leyó la muchacha el Talmud y el Corán, así como a Platón y a Aristóteles, y una vez que estuvo ella preparada, le enseñó el Doctor la lengua de su ancestral arte y los medios de transcribirlo sobre el papel.

—La K y el 9 consisten ambos en dos partes que extienden el alcance de este verdadero arte —añadió con naturalidad al pasar el dedo por la página iluminada—. Con estas imágenes podrás responder a cualquier cuestión en el mundo, y con estos números podrás amplificar y extender su significado.

Desde los escalones de la pequeña morada construida con piedra y las ramas caídas de un árbol, la mujer se dio la vuelta. Sintió la brisa en las mejillas, y el calor sobre su rostro allá donde sus lágrimas habían ido a parar. Se adentró en la gruta y salió luciendo el vestido que ella había tejido; en cada pliegue de la falda había una figura en negro, como los diseños de un ánfora griega, y por esto él entendió que el marido de la hermana había forzado a la muchacha y que, al negarse a yacer con él, a ella la encerraron en la cabaña de caza de aquel caballero, bajo la montaña del retiro del Doctor, y allí fue violada en repetidas ocasiones; al ser de esta manera, el matrimonio de su hermana fue mancillado, y rota su propia flor. Su cuñado se enfureció cuando ella amenazó con huir. En castigo, él le cortó la lengua y la dejó morir sola en el bosque.

IV

EMILY SHARP

La profesora Emily Sharp, norteamericana, doctora en Literatura Inglesa, da clase por la mañana en la Universidad de Barcelona. Llego temprano y me sitúo al fondo antes de que ella presente el material. Me acomodo en el asiento sin estorbar. Es lento el goteo de estudiantes que llegan. Muchos son de mi edad, alumnos de posgrado, candidatos doctorandos, investigadores becados. Me confundo con facilidad entre la multitud. Nos sentamos como los ciudadanos congregados en un anfiteatro romano, embutidos en pupitres metálicos.

La profesora Sharp no se contiene. Comanda su formación militar con abruptas consonantes, sus aires nórdicos, sus facciones juveniles; su piel de plata, el pelo rubio y traslúcido recogido en una tensa coleta detrás de las orejas rosadas. Los ojos separados como un bonito pez. Parpadea tras una gafas de angulosa montura de carey; la línea de su atuendo es sencilla, el pecho plano. Elegantes pantalones de vestir, cinturón fino, blusa suelta y abotonada hasta el cuello. No muestra mucha carne, con un aire ligeramente nervioso y recatado, pero su voz es fuerte, firme. Enseña en inglés, para alumnos avanzados. La materia del semestre: «El debate entre arte y naturaleza en la poesía inglesa», empezando con el surgimiento de la alquimia como tropo literario.

—«Al» es el artículo determinado en árabe, mientras que «kimia» tiene su origen en dos posibles fuentes. —La profesora Sharp hace clic y pasa a la diapositiva inicial de su clase—. La primera es *kmt*, o *chem* en griego, el nombre egipcio del Antiguo Egipto, que significa «tierra negra» en referencia al suelo oscuro de la ribera del Nilo en contraste con las doradas arenas del desierto, y así, el verdadero nombre de la alquimia significaba «de Egipto» o el arte egipcio.

Los alumnos se mueven en sus asientos. Yo la observo. ¿Será capaz de distinguirme entre la multitud? ¿Le llamará la atención mi aspecto, o acaso se ve infantil mi cara y revela cierta inocencia juvenil? ¿Soy uno de ellos? ¿O una marginada de la periferia? Los estudiantes, bolígrafo en mano sobre sus cuadernos, garabatean palabras en el papel.

La profesora Sharp estudia la multitud.

¿Es eso una sonrisa? ¿Le ha temblado la comisura del labio?

—«Kimia» puede también derivarse de un segundo término original: la *chyma* del griego antiguo sugiere una definición más orientada a la ciencia. Si tomamos *chyma*

como la base de «alquimia» en el sentido de «fusionar» o «juntar», vemos cómo *Alkimia* ha dado lugar a nuestra moderna «química». En el transcurso de este semestre seguiremos las repercusiones de esta metamorfosis lingüística en las artes y las ciencias, y estudiaremos el surgimiento de la revolución científica y la Ilustración a través de los ojos de los poetas ingleses desde Chaucer hasta William Blake.

Aparece un poema en la pantalla tras la tarima. Chaucer: «Cuento del criado del canónigo».

—Me gustaría llamar vuestra atención sobre los versos del 773 al 777 en vuestra edición Riverside.

El crujido del volteo de las páginas.

—Cuando estabais leyendo el poema, ¿no hubo algo que destacase en la página? ¿Cuál es vuestra interpretación de la postura de Chaucer ante las artes alquímicas? — La profesora Sharp tantea a la clase—. ¿Alguien se atreve? ¿Ideas? ¿Sensaciones? Soltadme algo.

Terminada la clase, los alumnos generan un susurro al abandonar sus asientos. Una charla sana. Hacen planes para la noche, intercambian números de teléfono. Arrancan risitas y flirteos. ¿Quién es ese tío tan guapo que estaba en el rincón? ¿La chica enigmática de la trenza? Me levanto y bajo los escalones de madera hacia el foso del profesor, abriéndome paso entre la multitud.

—Profesora Sharp —digo al acercarme a ella.

Me mira con expresión vaga.

—Anna Verco, de Picatrix.

Se despeja la neblina.

—Cuánto me alegro de que haya podido venir. —Extiende ambas manos y coge las mías—. Es un alivio que esté aquí. Por fin podré compartir la carga..., o tal vez descargarla por completo. —Se ríe, tintinea una campanilla. De repente es muy muy guapa—. ¿Le importa esperar un momento mientras recojo mis cosas?

La profesora Sharp abre la puerta de su despacho, aferrada a sus notas en una cartera marrón con el asa rota y vuelta a atar sobre su hombro.

—Bienvenida a mi madriguera. —Se deja caer en una lujosa silla de terciopelo detrás de su mesa—. Tome asiento. Póngase cómoda.

La sala es grande, equipada con glamurosas librerías desde el suelo hasta el techo, como las de una biblioteca. Un folio medieval está enmarcado en la cara interior de la puerta, y hay una serie de galardones de investigación dispuestos sobre el alféizar de la ventana y detrás de un opulento escritorio. La superficie de roble del escritorio está cubierta de fieltro verde. Una grapadora, clips y una figurita de oro de Santa Eulàlia descansan junto a su ordenador. Mira su reloj.

—Hoy estoy un poco más limitada de tiempo de lo que esperaba. —Emily se quita las gafas y me observa con atención. Sus ojos se entrecierran en la media luz—.

Ha escrito algunos ensayos bastante provocadores en el pasado, y estoy segura de que, si realmente posee el talento que sus colegas parecen atribuirle, entonces gestionará bien este material. Me da la sensación, sin embargo, de que se encuentra un tanto fuera de su ámbito. Hay, no obstante, ciertas reglas que le voy a plantear.

Esto no es inusual. Me ofrece café. Acepto. La oigo hablar en silencio; quiere confianza, fe, cierto grado de respeto, privacidad y que no se mencione su nombre. Se lo concedo todo. Desea que se considere extraoficial todo aquel material privado que toquemos: su relación con el joven que se adentró en el mar, su forma de vida y su amistad tiempo atrás extinguida con la hermana del chico. Accedo... hasta cierto punto: no me dejaré intimidar. Si es decisivo en la historia, le digo, tendré que contar entonces algún detalle de manera que quede completo el cuadro.

Dejo clara mi postura: yo no voy aireando en público los trapos sucios de la gente a menos que me caiga mal de verdad. Ella traga, pero entonces, claro está, se le iluminan los ojos:

—Yo podría caerle mal de verdad.

Me río.

—Prometo tratar su historia con el mayor de los respetos.

La conversación es relajada. Emily Sharp cuenta que había venido a Barcelona en 2003 para ayudar a un tal profesor Guifré (ahora ya fallecido) en la clasificación y el análisis de un popular místico mallorquín, conocido con el nombre de Ramon Llull.

—Las cosas no suceden en la vida tal y como uno las planea. Lo que yo esperaba por entonces era conseguir una beca de investigación en Oxford, pero fue otro miembro de mi grupo quien ganó la plaza, y yo tuve que buscarme otra cosa. Estaba en el cuarto año de mi doctorado, y leía latín y hablaba catalán y español, después de haber terminado mi licenciatura en Literatura Comparada. Solicité una Fullbright en España para trabajar con Guifré y, cuando salió la beca..., aproveché la oportunidad. La elección le pareció ilógica a cierta gente de mi programa. Yo, sin embargo, nunca dejé de ver claro el hilo conductor, aunque no pensé que fuera a acabar aquí de profesora. Cuando me llamaron de la Universidad de Barcelona... ¿por qué no?, pensé. Me volví a trasladar aquí en 2011. Es una lástima que no pueda hablar usted con Guifré sobre todo esto. —Baja la mirada—. Falleció hace tres años, justo después de ofrecerme la plaza en esta facultad..., pero me estoy desviando del tema.

Se contiene. Cambia de dirección.

—Quería usted hablar sobre esas cartas. En aquel momento no era inusual que Guifré me enviase archivos de manuscritos para que yo los analizase. En calidad de su ayudante de investigación, solía ocuparme de las fuentes primarias. Sin embargo, incluso yo, humilde estudiante que era, reconocí que aquellos documentos eran particularmente extraños. Recibí cuatro cartas escaneadas que había enviado la policía. Páginas de pergamino iluminadas en un estilo tradicional... no tenían autor ni contexto. Eran misteriosas e inquietantes. Cargadas con un significado deliberadamente confuso. Recuerdo que... había algo eléctrico en ellas.

Suspira.

—No ha sido aquel verano un lugar al que me haya permitido regresar, a pesar del hecho de que, años después... esté viviendo aquí. Aunque las cosas no son nunca lo mismo, ¿verdad?

En la biblioteca, en la mañana del viernes 20 de junio de 2003, Emily abre su correo electrónico y se descarga los archivos adjuntos que le ha enviado Jordi Guifré. Elabora una lista de las imágenes. Colores, supuestos tintes, significados simbólicos asociados. Le sorprende que los diagramas de la segunda página de cada carta le resulten reconocibles de inmediato. Cada círculo dibujado dentro del otro, divididos en nueve secciones, que crean tres anillos finos alrededor de una imagen central: tres triángulos superpuestos. Los números 3 y 9 son mágicos, de una gran importancia. *El tres de la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, y el nueve de los elementos lulianos de Dios.*

Los diagramas son inconfundibles. Esto le confirma ella a Guifré en un *email*. Los cita como reproducciones exactas de la figura A del filósofo medieval Ramon Llull. *Estoy igualmente seguro de que se trata de copias directas,* le responde Guifré. Los ojos de Emily estudian el anillo exterior del diagrama y se fijan en la serpiente de dos cabezas que se enrosca sobre sí misma. Su mirada se demora sobre las curvas de su vientre doble. Agranda la imagen con unos golpes de teclado. Una sierpe dorada que engulle su cola. Resplandeciente sobre la página. *Interesante,* escribe ella al profesor Guifré, *aunque tiene un poco de cliché. Es sin duda una referencia a las artes herméticas. Uróboros. No es que sea una referencia difícil de localizar. Bien hecha.* Él responde: *Estás en lo cierto. ¿Puedes hacer un repaso de la referencia para el mediodía? Me gustaría que asistieras a una reunión con la persona que ha enviado esos archivos. Vente un cuarto de hora antes. Lo comentamos a las doce menos cuarto.* Un escalofrío de placer le recorre la espalda. *Un uróboros.* Simbólicamente, bastante similar a un dragón, incluso sinónimo con frecuencia.

Emily abandona su mesa y habla con la seria bibliotecaria de la colección de archivos especiales. Le entrega a la mujer una serie de firmas, y ella le dice que el lote estará listo en la sala protegida de lectura dentro de cuarenta y cinco minutos o una hora. *Los libros estarán apartados durante el resto del día, puedes volver en cualquier momento...*, la mujer frunce el ceño con severidad. *Pero no se te permite meter nada ahí dentro.* Se ha de entregar al guardia de seguridad de la puerta cualquier bolígrafo, lápiz u objeto personal. Emily le da las gracias de manera profusa y regresa con las notas sobre su mesa.

Es en ese preciso momento cuando la paz de Emily Sharp se ve interrumpida por el airado zumbido de su teléfono encima de la mesa, junto a ella. Emily lo coge.

—¿Puedes venir a casa? —le pide Núria Serra sin aliento.

—No puedo. Estoy liada —susurra Emily cubriéndose la boca con la mano—.

Estoy en el Ateneo.

—Ah.

—¿Por qué?

—Es Adrià.

—¿Qué ha hecho...?

Núria la interrumpe:

—De verdad te necesito. Ahora.

—Llama a tu tío —dice Emily con dureza.

El tío de Núria vivía a la vuelta de la esquina de su apartamento, un piso enorme metido a espalda del Museo Picasso.

—Emily, necesito que me ayudes.

—Tengo una reunión. No puedo marcharme.

—Esto es más importante que una reunión.

—¿Más importante que una reunión?

La bibliotecaria levanta una ceja.

—Sí, en serio. Necesito que vengas. Te necesito aquí enseguida —insiste Núria —. Necesita ayuda. Yo necesito ayuda.

—Llama a tu padre. Llama a tu madre.

—No doy con ellos.

Emily se sienta encogida en el servicio de señoras de la planta de la biblioteca. La voz de Núria se inunda de lágrimas.

—Necesito que vengas ya.

—¿Te das cuenta de lo importante que es esto?

—Tengo miedo.

—¿De tu hermano?

—Estoy aterrada.

—Mira, no tengo tiempo...

—¡Capitalista! —grita Núria y cuelga.

En los servicios de la biblioteca, Emily enciende la luz y observa su rostro en el espejo. Se le ha corrido el maquillaje, el rímel le ha dejado una fina sombra negra que enfatiza los semicírculos que se le forman bajo los ojos. Le ha costado Dios y ayuda dormir estas últimas noches, incluso con tapones en los oídos, y eso se le nota en la cara. Se siente asqueada consigo misma, con el olor a sudor que descubre en sus axilas, adherido a ella desde la carrera de esta mañana; su vestido marrón ceñido, de una talla menos, el que se compró en las rebajas de H&M por doce euros. Un collar metálico barato alrededor de la garganta. Se le salen los pechos por el borde superior del escote, con la carne de gallina y subidos, como dos manzanas peladas. Los recoloca hacia abajo, en su sitio. Emily mete los dedos bajo el agua del grifo y comienza a limpiar las manchas negras de rímel bajo sus ojos.

Un rato después, alguien llama por tres veces a la puerta de Guifré. El profesor se sacude las manos.

—Y así, se esfuma la preciada calma —murmura y da un salto de su silla. Emily observa cómo se tambalea la barriga del profesor mientras se dirige a la puerta y saluda con cautela al inspector.

—*Bon dia, Jordi.* —El inspector Fabregat abraza al profesor—. ¿Te he pillado in fraganti? *Hòstia!* ¿Quién es esta joven encantadora?

Se descubre ante Emily, en el rincón. Ella se ruboriza con un vivo sonrojo. El inspector Fabregat se adentra en el despacho con aire despreocupado.

—¿Un refrigerio, Guifré? ¿Hay algo que se parezca a un refrigerio en este establecimiento?

El gordo profesor se irrita. A Emily, el inspector le resulta atractivo. Con encanto. A un mundo de distancia de los hombres de la universidad. Le cuesta concentrarse, se rasca la esquina de la uña, se tira del pellejo. El inspector se deja caer en una lujosa butaca.

—Estoy cansado —anuncia ruidoso—. ¡Este trabajo es terrible para la moral, gordito! Estoy pensando en una jubilación anticipada.

Planta los pies sobre la mesita auxiliar y los apoya sobre un libro de historia balear. Guifré refunfuña. Emily reprime una risita.

—¡Quiero saber qué piensas de lo que me ha enviado ese cabrón! Ojalá hubieras bajado a ver la maldita escena, tío.

—Sabes perfectamente que yo trabajo para tu departamento de un modo informal —resopla ruidoso el profesor—. Hasta que descifremos el lenguaje que utiliza el texto, te seremos de poca ayuda. Y, por favor, quita los pies de la mesita. Estás pisando mi última publicación.

Fabregat hace lo que le dicen y reacomoda su peso en su asiento, con la camisa tensa en las costuras. Juguetea con la gorra entre los dedos.

—¿Has visto los archivos? Y no..., no quiero azúcar. —Extiende una mano para llamar la atención de Emily y que se detenga. Le guiña un ojo—. Amargo. Con leche basta.

El profesor se ajusta las gafas sobre la nariz y frunce el ceño. Las manos de Emily reparten las bebidas. Guifré le pide a la chica que ponga los archivos en el proyector. Ilustraciones oscuras sobre la página, un añil cercano al negro. Fabregat estudia la esfera marcada en el centro de las ilustraciones.

En contraste con el desparpajo del inspector, Emily se afana por recordar qué era aquello que ella pretendía sugerir a modo de análisis. Una carta destaca simplemente por su belleza. Emily está encantada con la delicadeza de los trazos, la autenticidad de los caracteres: *meticulosas horas en cada trazo*, piensa ella. *La dedicada vida de un calígrafo*. Curvo entre la letra B —¡se asombró ella al verlo!—, un diablo

masculino con patas de carnero que lleva un pájaro que Emily identifica como un ruiseñor, tejido en una solitaria consonante acompañada de un león verde que sostiene un mapa de Barcelona: la ciudad vieja y el Gòtic, con los chapiteles de las iglesias que se elevan sobre la masa de tejados. Las cartas contienen elaboradas combinaciones de consonantes y números que, por lo general, forman un extraño galimatías. El diablo siempre emparejado con un ave que remonta el vuelo, un ruiseñor de cuyo pico emergen versos ornamentados. Por encima de todo, ella admira el dibujo de la sierpe dorada que se reitera a modo de firma en la esquina de cada página, con el tamaño de una pequeña moneda o un sello de lacre.

Las notas de Emily dirigen al inspector Fabregat hacia el *Libro di Biadiolo* que tienen en Florencia, y el *Bréviaire de Belleville*, en la Biblioteca Nacional de París, con un especial énfasis en el ilustrador real Jean Pucelle, quien empleó flores ornamentales, libélulas, golondrinas y músicos distorsionados en miniatura en el margen de su obra, de tal forma que del propio texto parecían brotar los pétalos y las hojas, las hiedras enredadas y las rosas, como la música de los diablos que tocan la flauta de un modo amenazador, zarcillos que surgen de unas terribles ilustraciones de venganza contra jóvenes mujeres, dramatizaciones de las vidas de las mártires —supone Emily— que se entretajan con una combinación sin sentido de letras y números. *Está claro que el artista está bien versado en el arte de la iluminación y en su historia, y ha extraído las referencias del período.* Más allá de esta observación (y de una explicación detallada del significado de toda una serie de símbolos clásicos), sin embargo, es muy limitada la información que Emily puede aportar al respecto de la naturaleza de los escritos. *Temple de huevo y pan de oro*, en cuanto al papel, y *pergamino hecho al estilo tradicional*, son sus comentarios descriptivos. Resulta obvio que el autor anónimo tenía un propósito al escribir, ahora bien, si ese propósito era la pura locura o la excentricidad —o la trascendencia que esas cartas pudieran tener—, ni ella ni Guifré son capaces de decirlo.

Fabregat y Guifré comentan el misterio durante un rato en términos indirectos. Más adelante, ella da voz a su sensación de que los versos se hallan entremezclados con un texto que parece de inspiración directa en los manuscritos ilustrados de los siglos XIII y XIV (de ahí las fechas medievales al final de las dos estrofas).

Zumba el teléfono de Emily en el bolsillo de su vestido, contra su muslo, en una advertencia, cálida, urgente. Emily ofrece café de una cafetera de acero inoxidable que hay sobre la mesa de Guifré. Fabregat acepta.

—¿Lo quieres coger? —le pregunta él mientras el teléfono sigue zumbando en el bolsillo.

—No. —Se sonroja de nuevo—. Lo siento, lo apagaré.

Fabregat, seco:

—Al grano. Los versos. ¿Tienes alguna idea de qué demonios significan?

—No. —Guifré está rojo como un tomate. Resopla y jadea—. ¿No te ha mandado nada más que esto? ¿Has recibido más documentos?

Fabregat lo niega con la cabeza. Se ha despertado el interés de Emily.

—Que Dios nos asista —se lamenta Guifré—. Sabemos lo que son, Fabsy, eso ya te lo he contado, pero ¿qué, por qué o quién las envió? —El profesor está apesadumbrado—. No es que sea un erudito. No puedo saber esas cosas.

El inspector le responde con brusquedad.

—¿No hay nada entonces en ninguna de las cartas que proporcione alguna pista sobre qué sentido tienen?

—Ah, el «sentido»... ¿Qué sentido tiene el sentido? —se lamenta Guifré de nuevo para sí—. Podemos hacer algún progreso. De manera individual, por ejemplo, las ilustraciones son traducibles —dice—. Los diagramas pertenecen, tal y como te hemos contado ya, al filósofo mallorquín medieval Ramon Llull. La serpiente es un uróboros, y es muy probable que sea una firma del remitente. Las fechas debajo de los versos aquí —señala en la pantalla— y aquí, también son un vínculo con Ramon Llull. Empezamos con 1312-1317, si es que damos por hecho que son de después de Jesucristo. Pertenece al período en que murió Ramon Llull. No tenemos confirmación histórica del suceso, que se estima que su muerte se produjo entre los años 1315 y 1316. ¿Coincidencia? No lo creo. El segundo conjunto de fechas, 1182-1188, es más desconcertante. No podemos estar seguros de a qué se refiere en relación con la vida de Llull... Emily ha repasado las posibilidades, y la implicación más sólida parece ser la bula papal del año de 1184, del papa Lucio III, la *Ad abolendam*, cuyo origen está en el creciente deseo de erradicar de Occidente diversas herejías, en particular la de los cátaros.

Guifré se hace un lío con las palabras, respira hondo y vuelve a arrancar con un sonoro resoplido:

—Dado que Ramon Llull fue víctima de una bula papal antiherética similar dos siglos después, ahí podría haber algo...

—¿Y qué conclusión sacas tú de esto?

Guifré se encoje de hombros.

—¿Que tu autor es un fan de Ramon Llull, quizá?

Me llama la atención en cuanto Emily comienza a hablarme de su implicación en todo el asunto. No habría sido culpa de ellos. Guifré no malinterpretó las señales.

No. En absoluto. Hasta cierto punto, su asunción estaba justificada. Pero no son iguales. Su lenguaje es diferente. Y esto es crucial. Una traducción precisa es clave en un juego de símbolos. Malinterpreta la referencia y estás perdido. Guifré no habría querido ver la alternativa, aunque podría haber reconocido el paralelismo. Y él no habría querido ver la diferencia porque ésta no se habría deducido de un modo lógico, dada la información que tenía a mano.

¿Cabe la menor duda?

Me pregunto yo.

¿Podrías equivocarte?

No.

Guifré te lo habría discutido si estuviese vivo.

Sí.

Habría dicho: la tumba venerada de Ramon Llull en Palma está decorada con un blasón vidriado en la basílica de Sant Francesc. Una media luna dorada suspendida sobre un escudo escarlata, un tajo curvo hacia la tierra, frente al abismo.

Habría dicho: ¿No es ésta la luna grabada entre los pechos de las tres jóvenes?

¿No es éste el divino alfabeto en la clavícula de la muchacha, en el pómulo, en su vientre, en el muslo, en la pantorrilla? ¿No están relacionadas estas letras directamente con Ramon Llull? ¿No cuadran los símbolos?

Sí y no.

Lo garabateo en mi cuaderno de notas.

Un exquisito error de interpretación. Nadie me seguirá.

Es cierto que Ramon Llull nació en Mallorca en el año 1232 d. C. En 1315, a la venerable edad de ochenta y tres años, y tras una carrera que lo llevó a la Universidad de París y al corazón del poder del papado, Llull viajó como misionero cristiano a Túnez en un barco genovés. Sus últimas obras oficialmente atribuidas fueron escritas en diciembre de 1315, dedicadas al sultán Abu Yahya Ibn al-Lihyani. La tradición cristiana dice que los infieles lapidaron al Doctor y que éste murió como un mártir, pero es más probable que lo obligaran a marcharse de la ciudad, que contrajese una enfermedad mortífera en el navío genovés que lo llevaba de regreso a casa y expirase antes de llegar a su isla nativa. A raíz de las contradicciones en los testimonios, los estudiosos no saben con precisión dónde ni cuándo murió Llull. En una vida que por lo demás queda registrada de manera minuciosa, el Doctor desaparece de la historia. No hay fecha del fin. No hay una última palabra. No hay cierre. Sin embargo, algo muy interesante sucede tras la muerte de Llull.

Se convierte a título póstumo en uno de los alquimistas más destacados de la Europa del Renacimiento. Todo el mundo lee sus tratados sobre los metales básicos y la *sal amoniaco*. Su *Secreto de los secretos*. Desde Giordano Bruno (cuya proclividad lo condujo a un final precipitado) pasando por Giovanni Pico della Mirandola (quien fue tutor de Miguel Ángel), hasta Paracelso y Atanasio Kircher; hasta los poetas John Donne y —tal vez incluso— John Milton; hasta Montaigne y Voltaire y las luminarias de la Ilustración. El avaro Newton y su decidido enemigo Leibniz contaban con ejemplares de las obras de Llull en sus bibliotecas. A pesar del hecho de que Ramon Llull jamás escribiera a favor de las artes alquímicas, se convirtió en su estrella emergente, en una leyenda, uno de los pocos que alcanzaron el éxito, quien

acuñara nobles de oro. Y, al igual que a su homólogo Nicolas Flamel, a Lull se le otorgó la fama de haber vivido eternamente.

¿Quién era el responsable de tal cambio?

Alguien que tomó su nombre, o a quien se le dio su nombre de forma accidental (eso dice la historia): un verdadero alquimista. Un genio de las artes. Un hombre cuyos escritos aparecen por vez primera en el año 1332 d. C., identificado como un alquimista catalán que vivía en Londres. En los estudios contemporáneos, a este hombre —u hombres— lo llamamos el «pseudo-Lull», y a sus textos, los «manuscritos pseudolulianos».

Los académicos suelen aceptar ahora de manera generalizada que el alquimista catalán anónimo que escribió el *Libro de los secretos de la naturaleza o quinta esencia (Liber de secretis naturae seu de quinta essentia)* y el *Testamentum* —de gran divulgación— no fue otro que Rex Illuminatus.

Esto lo cambia todo. Las fechas se me pasan por la cabeza a toda velocidad: el archivo de las Cortes de Castilla y León declara que Rex Illuminatus fue repatriado el 2 diciembre de 1572 desde la colonia del Perú tras ser acusado del delito de brujería. Las alegaciones sitúan la edad del alquimista en los 343 años, una notable afirmación cuya falsedad está aceptada. *Tiene todos los dientes, apunta el informe, y el rostro de un joven, y aun así el alquimista afirma haber nacido en Mallorca en 1229.* El informe concluye que el alquimista es inmortal, bien pasados los trescientos años de edad. Su nombre era Llum —que significa «luz»— fácilmente confundible con Lull, dado que ambos adoptaron el sobrenombre de Doctor Illuminatus. Rex Illuminatus procedía de un linaje de lo más inusual, y, en consecuencia, resultó sospechoso de inmediato. «Todo es Uno y Uno es Todo» fue el proclamado lema del alquimista, pero en las condenatorias palabras del Inquisidor General: *A nadie pertenece Rex Illuminatus (podrán llamarme como deseen, dijo Illuminatus, pero jamás poseerán mi alma, que yo sólo la entrego a una eterna sensación de amor, amor sin restricciones. Amor sin límites. El generador amor de la Creación).*

Aquí, ante mí, relaciono las piezas que faltan y forman parte de un error primario, crucial.

Yo se lo habría dicho. De haber estado allí. Habría dicho: «Estáis dando palos de ciego. Os negáis a ver lo que tenéis delante de las narices». Yo visito la tumba de Ramon Lull de vez en cuando. Por curiosidad, más que cualquier otra cosa.

Para comprender lo que él no era.

Emily me conduce al pasado. En el pequeño despacho, sentado con un inspector Fabregat cada vez más cabizbajo, el profesor Guifré habla con monotonía sobre el período medieval que conformó la creación de la obra de Lull. Emily guarda silencio la mayor parte del tiempo y se dedica a estudiar las marcas sobre el papel. Lee todos los documentos con atención y, en un cuadernillo que ha sacado de su maletín, toma

notas con un lápiz romo y rematado en una goma mordisqueada. Finalmente, tras recibir el permiso con un gesto de asentimiento de Guifré, Emily habla con aplomo; el vestido le cae en pliegues marrones sobre las rodillas.

—Bueno... ¿ve aquí los anillos? No son círculos, son ruedas. Si se imagina las figuras circulares como si fueran tridimensionales, tendría algo que le recordaría a una brújula, esferas independientes que giran sobre un eje que se mantiene en el plano horizontal: eso es lo que le ha entregado el autor, una máquina de cambios, por así decirlo. Y cada una de esas letras..., aquí tiene KBEHCFIDG, tendrá múltiples significados dentro de la misma familia de extremos. Gire las ruedas, y las letras y los números se alinearán para formar combinaciones con sentidos sistematizados. Un lenguaje codificado, inspector. Observe las letras. En el caso de Llull, él inventó un alfabeto de nueve letras en el cual cada una de ellas representaba una familia de palabras.

El acento norteamericano de Emily se filtra en su latín.

—Aquí tiene la B de Bonitas, C de Magnitudo, D de Eternitas, E de Potestas, F de Sapientia, G de Voluntas, H de Virtus, I de Veritas y K de Glorias. En resumen: Dios y todo lo creado en el universo están formados de Bondad, Grandeza, Eternidad, Poder, Sabiduría, Voluntad, Virtud, Verdad y Gloria. En esencia, Llull construyó una de las primeras versiones del lenguaje de programación. Lo que los académicos consideran ahora una máquina medieval de la verdad. Desafortunadamente, él jamás dispuso de la tecnología para hacer realidad sus planes por completo.

Fabregat asiente.

—¿Y qué es eso?

—Un diagrama de símbolos —se desvanece la voz de Guifré por la habitación—. Diseñado para responder a cualquier pregunta del mundo, un libro que rivalizaría con la Biblia, para desentrañar los mecanismos de la Iglesia dogmática, un sistema lógico inasequible al deterioro causado por el engaño del hombre. La verdadera voz de Dios en la Tierra, la inalterada matemática del cosmos, la génesis de la computadora.

Fabregat tose.

—¿Y cómo usarías el círculo para hacer preguntas?

Cada letra del BCDEFGHIK es también representativa de un término de pregunta como «¿qué?» o «¿dónde?». De manera que puedes hacer una pregunta con una combinación de tres letras donde la del medio denota una pregunta.

—Suenan complicado de cojones.

—Lo es. —Guifré hace una pausa, inseguro—. Aunque no más que el lenguaje que utilizan hoy en día los programadores. Haces una pregunta del sistema y, si te imaginas este diagrama como una máquina, entonces girarías las ruedas. Esta acción generaría una combinación de letras y números, una combinación que respondería a la pregunta. Esta respuesta consistiría en un número finito de variables, el alfabeto de nueve letras, que a su vez genera un orden lógico de sentido en la combinación de letras y números. Tautología básica, Fabregat, antes de que tales nociones se

articulases de manera sistemática.

—¿Me estás diciendo que genera un código legible?

—Un lenguaje, Fabregat. Un lenguaje divino e infalible, lo que tienes delante ha salido del embrión de la ciencia de la computación moderna. Un sistema lógico entero. En esto, la obra de Ramon Llull es pionera.

El inspector saca un cigarrillo de la cajetilla de tabaco que lleva en el bolsillo y lo enciende frente a la proyección de las imágenes.

—He venido a por datos. ¿Tenemos algo aquí que nos pueda ayudar a encontrar un autor?

El profesor Guifré emite una serie de murmullos de exasperación. Retrae el cuello, hace aparecer una triple barbilla en la base de su garganta y trina:

—Cree lo que tú quieras creer. ¡Como ya he mencionado, los versos han de ser entendidos en relación con los diagramas antes de que podamos comenzar a comprender la plenitud de su importancia! Con toda la certeza, son extraños.

Fabregat entrecierra los ojos.

—Explícate.

—No sabemos por qué los escribieron o por qué llegaron a ti. Si el autor los hubiera firmado con un nombre o cualquier cosa escrita, entonces tal vez lo sabríamos. Sin duda, es católico y tiene formación de calígrafo. Esto lo podemos deducir sin más de los documentos..., con precaución. Corrígeme si me equivoco, pero a uno le horrorizaría que se produjese una traducción falsa...

La voz de Fabregat quiebra el aire:

—¡Gordito! Yo te quiero un montón, pero no tengo tiempo para esto. Por Dios bendito, dime lo que significa, o si no puedes... ¡Maldita sea, si no puedes, también tengo que saberlo!

Le da una patada a la mesita auxiliar en un arrebató. Guifré resopla y a continuación ofrece otra taza de café. Fabregat le dice que no le apetece. El profesor comprueba la hora en el reloj de su escritorio.

—Lo siento, gordito —dice el inspector, aplacado.

Serio, Guifré chasquea los labios.

—Vuestro criptólogo se ha mantenido en contacto por si había alguna clase de cifrado clásico..., pero me temo que de momento no hay ninguno. Los versos son un galimatías, ¡jerigonza! ¡Una locura! Te sugiero que se los lleves a un psicólogo, en lugar de a un medievalista. El problema es... esta disposición de la información. Es desconcertante en su presunción de sentido.

Fabregat pestañea.

—¿En su presunción de qué?

—De sentido. —Guifré señala el texto en la pantalla como si aquello resultara obvio—. Los niveles de estratificación sugieren que se pretende que las letras sean analizadas por un iniciado, alguien que entendería los versos de inmediato y cuyo entendimiento se vería ampliamente iluminado por la proximidad de dichos versos a

estos diagramas.

—¿Y por qué me los iba a enviar a mí un asesino?

—¡Ah! Ahí ha dado usted con el problema, caballero. ¡Ésa es la cuestión! Lo que tienes es un misterio, inspector. —Guifré resopla mientras arrastra su mole por la estancia—. ¡Un verdadero y portentoso misterio! ¡Extraordinario! De lo más extraordinario. Si nos dieras un año o dos, estoy seguro de que daríamos con él, es sólo que en las limitaciones de una mañana... El tiempo, inspector, es un bien muypreciado...

—¿Un año o dos? —explota Fabregat, que suelta una retahíla de improperios.

—Está claro que no podemos ayudarte más. —Guifré apaga el proyector—. Y es la hora de comer. ¿Te unes a nosotros, inspector? El café es magnífico, te puedes tomar una sopa gloriosa, y, si es que te apetece, ¡unas croquetas! Dios mío, de las mejores croquetas de Cataluña. Comer aquí es una verdadera delicia..., nada que ver con los salones de Oxford, ¡pero una delicia, no obstante!

Fabregat recobra la calma y se seca la frente con un pañuelo antes de ponerse de pie para dar un apretón de manos al profesor.

—Venga, inspector. ¡Anímate! Te mandaremos cualquier idea que tengamos. —Guifré estrecha la mano de Fabregat entre sus zarpas de oso—. Emily seguirá trabajando en esto un poco más..., ¿verdad que lo harás? Por ahora, sin embargo, sigue siendo un misterio. Un horrible misterio.

Emily se levanta para despedirse; su falda larga cae hacia el suelo. El teléfono le zumba en el bolsillo. Mete la mano para buscarlo, lee el mensaje y se detiene. La mirada de Fabregat se clava en la de ella. A Emily se le pone la carne de gallina, y él se da cuenta al mirarle los brazos; a continuación, vuelve a alzar los ojos al rostro de ella.

—¿Todo bien, señorita Sharp? —pregunta Fabregat.

Emily pide disculpas por la interrupción y se excusa. Cuando la puerta del despacho se cierra a su espalda, vuelve a leer el mensaje. Y echa a correr. Sale rápidamente de la biblioteca, empuja los tornos y deja atrás al personal de la sala, que hace muestras de desaprobación a su espalda. Sale corriendo a la calle y cruza el parque; la adrenalina bombea por su cuerpo, músculos grabados a fuego en los músculos, sus pies la llevan en volandas, en una carrera contrarreloj.

En su despacho, Emily divaga. Flota en el aire.

—Lo conocía usted bien, ¿verdad? —le pregunto en voz baja. *Una extraña coincidencia.*

—¿A Adrià? —murmura ella mientras juega con el capuchón de un bolígrafo sobre su escritorio—. Lo conocía tan bien como se conoce a una persona con la que uno vive.

Su mirada penetrante me incomoda.

—¿Está usted tratando de trazar algún patrón lógico en esto?

—Tal vez.

—¿Con cuánta gente más está usted hablando?

—De momento, sólo con usted.

—¿Por qué?

—Pensé que tal vez usted me ayudaría a comprender mejor su personaje.

—¿Su personaje? —Se examina las uñas—. Siempre ha habido mucho debate. Que si lo hizo, que si no lo hizo... Te cansas de que te pregunten. Aquello no me dejaba dormir por las noches...

Juguetea con los botones altos de su blusa. Siento la frescura en su voz. *Llega hasta ella*. El color se asoma por las mejillas de Emily. Se sirve otra taza de café. Su mirada se concentra en algún cuerpo indeterminado que hay en primer plano, entre las dos. Está pensando.

—¿Qué me puede contar sobre aquel día? —le pregunto.

Empieza por el principio. ¿Cuál es tu principio? Tu principio, tuyo y sólo tuyo. Eso es lo que estoy buscando. Tu primer recuerdo.

Hablamos de forma abierta. Yo sonrío y tomo notas. Y entonces sucede algo interesante. Formulo una pregunta con connotaciones íntimas. Ella cruza una línea. He aquí el truco: la confesión es adictiva. Si has guardado un secreto durante largo tiempo, en el instante en que lo divulgas te explota un nudo de adrenalina en el estómago, y cada palabra que se te escapa por la boca es un sensual golpe de serotonina. Es decir, si es que estás tratando con alguien honesto. En ningún momento doy por hecho que éste sea el caso.

A las 13.27 de aquel mismísimo viernes 20 de junio, setenta y dos horas antes de su desaparición, Adrià Serra, hombre de mundo, *disc jockey* y estudiante de Filosofía, subió a toda velocidad por la escalera con su monopatín. Al llegar ante la puerta azul del quinto piso, se bajó la tabla del hombro, la estampó contra el pomo y astilló la madera. Volvió a golpear la puerta. La tabla se partió en dos trozos, que él tiró a su espalda con estruendo, por la escalera. Adrià arremetió con el hombro contra la puerta, la golpeó dos veces y después cargó con todo el peso de su cuerpo contra la cerradura.

—¡Núria! —gritó—. ¡Núria!

Aporreó la puerta con el puño.

En el salón, Núria estaba acurrucada en el suelo, llorando. Las ventanas en voladizo estaban abiertas sobre el passeig del Born. El día era cálido, y el jaleo de la multitud ascendía, se colaba por las ventanas y se enredaba en las cortinas. Un pequeño grupo de estudiantes tocaba música al pie de la iglesia, bajo la ventana de Núria, y la gente aplaudía y se reía en la calle. Una mosca entró por la ventana con un zumbido perezoso y se quedó suspendida cerca del oído izquierdo de Núria.

Ella sollozaba sin control en el suelo y tiraba de las rodillas hacia el pecho. Abajo, en la calle, sobre los negros escalones de la entrada trasera de la gótica Santa Maria del Mar, cantaba una mujer acompañada por la minúscula orquesta universitaria. La canción era críptica, poco conocida fuera de la comunidad local. Sin embargo, entre sus lágrimas, Núria-la-catalana, Núria-de-Barcelona, la reconoció al instante: *Se'n va anar*. Interpretada por Salomé para el Festival de la Canción Mediterránea en 1963, en la época de Franco. Núria se atragantó con sus lágrimas y lloró con más fuerza.

—¡Déjame entrar! —gritó Adrià—. ¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!

La pintura azul se desconchaba con los temblores de la puerta.

La voz de la mujer se filtró en la habitación.

Lo odio. Los labios de Núria se tensan. El puño de Adrià aporrea la puerta.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

Doce meses antes, Núria Serra había perdido su apartamento en el barrio Gòtic a

causa del desbocado libertinaje de su hermano, y no desea repetir la experiencia. Los vecinos, aterrorizados por los dudosos personajes que salían del *saló* de Adrià, habían formado un grupo de presión y habían tramado librarse de los hermanos Serra. Tras unas cuantas llamadas a la policía y una acalorada discusión con el casero, los vecinos del carrer d'Alemagne orquestaron con éxito la expulsión de los Serra del edificio, para mayor mortificación de Núria.

Ahora, las algaradas de Adrià habían comenzado de nuevo. El martes pasado, Núria regresó tarde, por la noche, de su trabajo en prácticas en el Institut del Teatre, tras detenerse en el bar de Choco a tomar unas copas, antes de cruzar el Raval de camino a casa. Cuando llegó ante la puerta azul de su casa, oyó las estridentes risotadas de Adrià que caían en cascada desde el balcón. La música se adhería a la calle, un pastoso *drum & bass*. En el apartamento del cuarto piso, una ventana se abrió de golpe, y una anciana matrona con un camisón ajedrezado se asomó a la calle.

—¡Por el amor de Dios! —gritó la mujer mayor al ver a Núria—. ¡Diles que paren!

Núria subió por la escalera hasta el 5B con el corazón acelerado. La recibió una nube de humo de marihuana, una neblina ahumada en la cual se movían inconexas siluetas oscuras que daban tumbos camino de la cocina para rellenar el vaso de vodka barato. Dos sombras se tanteaban en el pasillo: las manos del chico se colaban en los vaqueros de una jovencita. La música inundaba los oídos de Núria, un bajo machacón que espesaba la sangre.

Adrià estaba sentado en el centro de todo aquello como un rey, un *petit dauphin* que supervisaba la corte de su anarquía. Un canuto suspendido entre los dedos perezosos mientras echaba la cabeza hacia atrás y se reía. Qué hermoso estaba allí, entre sus cortesanos, un príncipe de facciones tan delicadas como las de su hermana, con las ondas de pelo negro que le caen hasta los hombros. Su rostro recuerda al retrato de un santo pintado por el Greco, de finas cejas y nariz ganchuda. Adrià se comporta como un águila de linaje real, con unas manos demasiado grandes para su cuerpo y unos ojos hundidos y bizantinos. Mark *el Sueco* se encontraba repantigado en el sofá junto a él. Vernon, el norteamericano de las rastas y los *piercings* que de día se busca la vida con los juegos de azar por internet, estaba contando unas fanfarronadas sexuales. Su exnovia (ahora muy acaramelada), tirada en su regazo. Era francesa y escandalosa. Uno de los paquistaníes que venden botes de cerveza por la calle mantenía una conversación animada con Tree, un estudiante universitario holandés que pasaba coca en la acera junto al club nocturno Genet Genet. Dispuesta para el ataque más simple, Núria lanzó su cuerpo contra la pared, cerró los ojos y encendió la luz. Un terrible blancor destelló en la habitación. Se encogieron los juerguistas de mirada somnolienta. Los amantes del pasillo se taparon la cara y una chica vomitó en el cuarto de baño.

Adrià saltó del sofá de inmediato, a la defensiva. Voceó unos tacos. Mark *el Sueco* se cubrió los ojos con las manos mientras que Daisy *la Gata*, colgada hasta la

inconsciencia, se deslizó lentamente por sus hombros.

—¿Dónde está Emily? —preguntó Adrià.

—Se acabó la fiesta —dijo Núria—. Son las tres de la mañana. Es hora de que os vayáis a una discoteca, o a donde sea.

—Que les den por culo a las discotecas —dijo Adrià.

—Lo digo en serio —replicó Núria.

Mark *el Sueco* saludó con la mano.

Adrià se encolerizó.

—Me da igual —dijo Núria—. Yo me voy a la cama.

Adrià volvió a la carga.

—Tía, ésta es mi gente, lo estamos pasando bien. Te estás metiendo en mi territorio.

—Relájate, tío, relájate —dijo Mark tirando de la camisa de Adrià.

Adrià se volvió a sentar en el sofá. Vernon, que se había acostado con Núria una vez meses atrás, la miró con lascivia en aquel resplandor.

—Eh, Núria —dijo él.

Ella no le hizo caso.

—Os tenéis que ir todos. —Señaló hacia la puerta.

Adrià fulminó con la mirada a su hermana gemela. Abajo, en el patio, un borracho pasaba desafinando una vieja canción en catalán que retumbaba por los huecos de la basílica y se colaba solemne por las ventanas abiertas del balcón. El campanario de la basílica dio la hora. Tres mustias notas coloreadas de una pesada plenitud.

Sonó un móvil. Una vez. Dos veces. Núria apagó la música.

—¡Qué coño, tío! —explotó Adrià, que tiró el vaso al suelo, a su lado.

El vaso se hizo añicos. En el pasillo chilló la jovencita atrapada en los brazos de su amante. Volvió a gritar Adrià, cogió otro vaso de vodka de la mesita y lo lanzó a los pies de Núria. Mark intervino con rapidez. Agarró a Adrià por el brazo y lo volvió a sentar en el sofá de un tirón.

—Está bien, tranquilo —dijo Mark, que dejó su teléfono a un lado—. Todo bien, Adrià. Nos podemos ir. Lola está en el Macba. Se van a la casa okupa de Alejandro.

—Cojonudo —dijo Adrià con una respiración alterada.

—Vale, todo el mundo —dijo Mark, que tomó el mando—. Nos vamos.

Tras el éxodo, Núria trató de limpiar la cocina después de barrer los cristales del salón, pero se rindió irritada a las cuatro de la madrugada. Se preparó una taza de té y se fue con solemnidad a la cama. Adrià la despertó a las ocho de la mañana, aún borracho y colocado, desesperado por vengarse. Allí estaba también Lola, con sus pendientes desaparejos y el pelo negro y largo. Adrià sólo tuvo tiempo para Lola, y se tumbó con ella en la esquina del sofá azul, leyendo extractos de su novela pornográfica y explicando los motivos de su arte mientras Tree cortaba coca en el suelo. Adrià iba a empezar una revolución, un estado-independiente-catalán-de-

anarquía-y-amor-libre-donde-nadie-trabajaba-y-todo-el-mundo-follaba. Lola pensó que aquello era lo más bonito que había oído nunca y miró a los enrojecidos ojos de Adrià. Núria odiaba aquel universo de los barcelonautas: los cuerpos violentos y la música pesada. Aquellas noches, cuando ella entraba en su casa, era como si una oscura decadencia se aferrase a las paredes y hiciese a impotencia y a revolución frustrada. Las mujeres llenas de *piercings* y de un sucio atractivo, las rastas por la espalda, su conversación teñida de deseo. Los chicos, sobreestimulados por la presencia de mujeres atractivas entre ellos, alargaban constantemente las manos hacia aquel anárquico lugar donde el chocolate y el bolsillo vacío hacen que se suelten las lenguas y las manos. Lola sonrió y le ofreció un canuto a Núria.

—Disfrútalo, *maca* —dijo mientras se avivaba la ceniza roja entre sus dedos—. Que se jodan los *mossos*. —Lola dedicó una mueca con el labio a la policía.

—¡Está enfermo! —gritó Núria—. ¡Está muy mal!

—¡No estoy enfermo, joder! Esto es libertad, Núria. ¡Tú no tienes ni puta idea de lo que es la libertad!

Núria levantó las manos en un gesto de asco, se rindió al destino y se encerró en su dormitorio. Más tarde aquella mañana, al pasar sobre los cuerpos durmientes de los barcelonautas camino de sus clases en el Institut del Teatre, se detuvo ante el refugio de Adrià y estudió su novela pornográfica. Retiró el icono del altar y lo deslizó en su bolsa. Se sintió culpable, pero no devolvió el objeto a su propietario. Lo que hizo fue ocultar el libro en su taquilla de la universidad. Cuando regresó al apartamento tras las clases de la mañana, Núria hizo un hallazgo decisivo. Debajo de un ejemplar maltratado de relatos cortos del boom de la literatura latinoamericana, un paquete de tabaco y un bolígrafo sin capuchón, Núria encontró las llaves de Adrià que abrían la puerta del apartamento. Él se había marchado a un curso sobre Schopenhauer en la Universidad Autónoma y se las había dejado. Su hermana vio la oportunidad de inmediato. Las cogió y las apretó con fuerza en su puño cerrado. De una vez por todas, Núria se percató de que no quería que Adrià entrase en el apartamento. No hasta que se disculpase. No hasta que dejara de llevar gente. Eso lo dejó claro. *Adrià no iba a subir corriendo la escalera y no iba a cruzar la puerta. No iba a abrirla de una patada, y a ella no la iba a tocar.* Sin embargo, Adrià hizo aquellas cosas de todas formas, sólo para fastidiarla, le cruzó la cara y la llamó «¡traidora a la independencia y a la revolución sexual y social!». Y, a las tres de la tarde, cuando por fin llegaron los médicos para llevárselo, su tío se fumó un cigarrillo en el salón y llamó a los padres de los gemelos para decirles que Adrià había vuelto a empeorar, que era mejor que se lo llevaran de la ciudad. A la casa en el campo... ¿Por qué no marcharse todos? Obligar a los chicos a que hagan las paces.

—Los médicos le han puesto la medicación, se lo quedarán esta noche, y tal vez le venga bien el aire del campo, ¿no? —sugirió esperanzado el tío mientras Núria gimoteaba en el rincón al mostrarle a Emily Sharp las heridas que le había provocado su hermano.

En el tren que salía de Barcelona aquel viernes por la noche, Emily estaba hambrienta, cansada y contenta por desaparecer, iba a comer algo, unas copas junto al río seguidas de una velada temprana en la pequeña ciudad de Girona. Las chicas se sentaban hombro con hombro, mirando al frente. Núria ocupaba el asiento al lado de la ventanilla y presionaba la mano contra el cristal, pensativa.

—La casa está fenomenal —dijo Núria por fin—. Vamos todos los veranos. A Adrià y a mí nos encantaba estar allí.

En el exterior de la ventana, los campos eran de un amarillo dorado. Emily se movía incómoda en el asiento. No iba a compartir lo que había pensado al subir corriendo la escalera hasta su apartamento, acordándose de la sangre en el suelo allá donde Adrià había atravesado el cristal de color miel de la ventana. Preguntó, en cambio:

—¿Estará bien?

Núria se encogió de hombros.

—No lo sé. Mis padres lo traerán mañana.

Una amiga de Núria de la infancia fue a recogerlas a la estación de Girona. Había accedido a alojarlas aquella noche en un apartamento que daba a las mansas aguas del río, antes de que Joan las recogiera a las dos por la mañana. La amiga tuvo una corazonada a la que le estuvo dando vueltas toda la noche, y se dedicó a acosar a Emily con alcohol y con preguntas: una corazonada basada en la observación de Adrià y de aquella chica norteamericana. *Algo ha pasado entre ellos*. La amiga de Núria era una reina de la deducción. *Algo sospechoso. Algo sexual*. Y allí estaba ella mordisqueándose pensativa los mechones de pelo. *Adrià y Emily muestran una atracción palpable, hay que ser tonta para no darse cuenta...* Núria, se gustan el uno al otro, le había susurrado su amiga tiempo atrás. Núria no le hizo caso... No seas estúpida. Ella sabe que es problemático.

—¿Estúpida? Tú eres la estúpida. ¡En serio, Núria! Es obvio.

No quiero que ella se entere. Núria tiró del hombro de Emily. Ambas chicas habían coincidido en que una noche era un período de tiempo manejable, aunque claramente indeseable. Saldrían por ahí con la intención de bailar hasta la madrugada y, de ser posible, disfrazadas y con astucia, harían nuevas amistades que fuesen capaces de entretenerlas durante las horas nocturnas de su escapada. Las chicas eran

todo escote y axilas. Sus extremidades se balanceaban al ritmo de los árboles. Pistas de baile construidas en el bosque, el cielo iluminado con tiras de luces, coloridos giratorios. ¡Llenas de vida con aquella música! ¡Rápido! ¡Botellas verdes y vodka azul! Emily se pasea, se contonea, un paso hacia adelante, dos hacia atrás, y aun así no es suficiente alcohol para perder la noción, ni siquiera el suficiente para un puntillo, hasta la pista de baile, claro que sí, la pista de baile, los brazos arriba ahora, siente el ritmo, y la medianoche queda olvidada en la ciudad de Girona... ¡Ven! ¡Ven! Núria estaba bailando, y Emily observaba con mirada fiera, *pero no se irá a por ella, no; todavía no*, hasta que, escondidas en el bosque, de pie mirándose a los ojos se besan tan profundamente que no queda sitio para la oscuridad, ¡sólo el color! ¡Música! ¡Cuerpos! ¡Baile! La marabunta ha echado a correr hacia los tenderetes arqueados que reemplazan las atestadas barras del invierno con las pistas de baile a cielo abierto del verano. Los árboles se yerguen en el aire. Las hojas laten con la música y se balancean con los golpes de deseo que emite el bajo. De deseo de la noche, deseo del mundo, deseo de ese beso robado a la desesperada ante las puertas del aseó de cemento en la zona sur de los tenderetes y delante de la desaliñada mujer que guarda el papel higiénico en montoncitos, luce oro y fuma resentida cigarrillos durante toda la noche, desde el temprano tañido de las once hasta el primer suspiro del amanecer.

Aquella mañana, el todoterreno aceleraba por los caminos llanos del valle. Oro por todas partes, cipreses y nogales grandes y frondosos. En la distancia, los Pirineos se curvaban en postrados gigantes de codos y rodillas protuberantes en un cielo infinito. Las chicas se dejaron ir con facilidad en los volantazos del ritmo veraniego. El viento entraba a raudales en la parte de atrás del coche y les hacía cosquillas en las orejas. Núria le daba manotazos perezosos a una mosca mientras el coche atravesaba con un salto un bache en el camino.

Joan se rió y señaló hacia una casa de piedra en la distancia.

—Ahí es donde empieza Fontcoberta. *Molt maco* —dijo en catalán—. *Molt, molt maco*. —Los pueblos eran románicos, explicó él señalando por la ventanilla—. Tenemos en nuestro pueblo una iglesia muy bonita —le aseguró—. ¡Una joya del románico! —gritó hacia el asiento de atrás—. Lo vas a disfrutar de verdad.

Joan Serra era un hombre grande, con los hombros caídos y facciones de matón. Era excepcionalmente alto, como sus gemelos, pero corpulento, con los brazos de un leñador o un viejo *camperol*: se jactaba de una envejecida nariz rota de boxeador y de la barriga. Tenía también las manos grandes, con unos dedos gruesos que se movían con una pausada precisión. Más allá de su estatura, Emily no ve mucho de él en los gemelos... ¿Tal vez cuando era más joven? Cuando era más delgado, antes de que los años y el vino le pasaran factura, entonces quizá habría podido ver el vínculo..., aunque tal vez hubiera algo de sus ojos en Núria; sí, algo de sus ojos tenía que haber.

En la puerta de la finca, la madre de Núria —«la Marta»— recibió a las chicas con los brazos abiertos: estridentes arrullos de agrado y rizos teñidos de rubio cenizo que rebotan alrededor de una cara plana como la luna. La mujer era blandita como un melocotón pasado. Su cuerpo lucía los mismos signos de envejecimiento que el de su marido: las mejillas demasiado sonrojadas por un exceso de alcohol, el cuello ancho bajo un collar de perlas, blusa coral, pulseras de oro en unas muñecas arrugadas. Era desagradable, inquietante... Turmalina en unos dedos regordetes que revoloteaban nerviosos en el aire.

—¿Cómo estaba Adrià, cariño? —le preguntó a Núria.

Hizo hervir la ira de Emily, pero nadie mencionaría aquello. La Marta prepararía la cena y les daría unas toallas antes de acompañarlas al ala de invitados de la masía restaurada, el antiguo granero del heno. Las mulas solían dormir en la planta de abajo. Los muros de la casa son firmes y amarillentos: pilares de fortaleza. Había la tradicional *llar de foc*, la chimenea, una lumbre en las entrañas del salón e incrustada en una hornacina negra alrededor de la cual la familia se habría reunido a través de los siglos para cantar, hacer punto o afilar las espadas. El salón, lleno de mobiliario modernista: sillas de terciopelo amarillo con aspecto de pequeños tronos *vintage*, muchas alfombras con diseños de los años sesenta, cortinas de encaje.

Las chicas fueron pasillo abajo, hombro rozando con hombro. Núria y Emily compartirían un dormitorio de estuco en una estancia diáfana de madera. Cayó la una sobre la otra en el interior. Cada una envuelta en la piel de la otra, enroscadas como dos pájaros en el nido, dedos que recorren cabellos, besos en las cejas, durmieron entrelazadas. La ventana del cuarto de baño se asomaba a la calle de debajo de la masía. Polvo y piedra desmenuzada. En la distancia, las puntas de seis columnas que se balancean. Cipreses que flirtean con el cielo. Un vecino, en una casa más pequeña al otro lado de la calle, cuelga estandartes de meditación tibetanos sobre su puerta. Más tarde, Emily dio una cabezada en una de las tumbonas del patio ante un paisaje de montañas azuladas. Brazos blanquecinos completamente desnudos y angulosos. Vestido de verano. Los tirantes sueltos en los hombros. Rosas de color ciruela. Un campo dorado de grano. Se sintió cómoda y tranquila. Quieta y de maravilla.

Adrià no saludó cuando llegó a la masía en aquel atardecer.

Se sentó en la silla de madera en el centro del patio de piedra, frente a las montañas. Emily lo estuvo observando a través de la ventana desde la habitación de invitados; el rostro de Adrià quedaba oculto por las ramas colgantes de una enredadera que crecía alrededor del tronco de un cítrico. Emily consiguió evitar hablar con él durante el resto de la tarde. Una decisión incómoda, mutua. Más tarde, Adrià la acorraló en el jardín, detrás de una pared de piedra que quedaba oculta de la casa. Presionó su cuerpo contra el de ella y le mordió el cuello. *Quiero lo que tiene mi hermana*. Emily se quedó muy quieta. ¿Le dice ella que lo odia? Él no le haría

daño. De eso, por lo menos, sí está segura. *Te odio*, deseaba decirle. En cambio...

Nada.

Adrià le entregó un trozo de papel arrugado.

En el papel había escrito:

*Mis pecados
son pensamientos inefables.
Que debo expiar.*

—Vamos. Ve y enséñaselo —dijo la Marta en la cena. Hizo un gesto de muñeca a su hijo. Displaciente. Regia. La madre de Adrià, bovina y sonrojada, lo enseñaba todo en la mesa, una gran grieta que discurre desde su garganta hasta la seda baja del color del coral. Aquella noche tardó en aparecer la luna. Un bosquecillo de cítricos a su espalda. Limones dulces. Sobre ellos, ramilletes de glicinias se descolgaban de un marco de madera. Adrià sin camisa, trazos de sudor que se encharcaban sobre sus clavículas. A la luz de las velas veraniegas, su pecho se hinchaba como si se le fueran a salir los pulmones. Se excusó de la mesa, apartó la silla y se metió en la casa. Desde el patio, subió corriendo los escalones tallados en piedra hacia la casa, y su silueta destacó contra el largo ventanal. Se levantó una brisa desde el valle, más abajo del patio. El aliento de la noche, borracho de aromas de lavanda y del lodo al calor del sol, denso y embriagador. Las cortinas se agitaron en la casa y se rizaron a través de las ventanas abiertas. El zumbido del canto de las chicharras.

Cuando regresó, Adrià llevaba un objeto envuelto en un paño grueso. Lo acunaba contra su pecho como si de un bebé en pañales se tratase. Su madre abrió los brazos por completo.

—¡Vamos, vamos! —exclamó—. Cuéntales la historia... Joan, es una historia maravillosa... Venga, Adrià, cuéntasela, igual que me la has contado a mí en el coche.

Adrià apretó con más fuerza el trapo contra su pecho.

—Una historia divertida —se rió Adrià. Demasiado ruidoso—. Estaba en una fiesta...

—Tú siempre estás en una fiesta —interrumpió el padre de Adrià.

El chico soltó el fardo con un golpe seco sobre la mesa. Un cigarrillo le colgaba lánguido del labio inferior. A Emily le ardían los orificios nasales.

—Sí, papá. Estaba en una fiesta. Con Max, la verdad..., lo conocéis. Cogimos en Barcelona el tren hacia Sitges. Max se enteró de que había allí una *rave* o algo, ya sabéis, una de esas fiestas por todo lo alto en una casa junto al mar, en una mansión abandonada en la que se metieron unos okupas en abril. La policía los había localizado una semana antes —soltó Adrià con énfasis— y estaban a punto de

desalojarlos, así que decidieron montar una fiesta en el jardín.

»Cuando llegué allí, me di cuenta de que el sitio era especial. La casa tenía unas puertas que daban al mar, y obras de arte por todos lados. Cuadros enormes, retratos..., cuadros antiguos de hombres con gorguera en el cuello y caras largas. Lujo. Una casa de verdadero lujo. Los okupas tenían la música alta, platos, pista de baile en el jardín..., era...

Adrià hizo un gesto negativo y violento con la cabeza y apartó la silla de la mesa con un golpe. Abrió los brazos en el aire:

—¡Era una pasada! La música a toda caña, y yo estaba bailando —su cuerpo se precipita por el patio—, y allí había tanta gente, tanto loco, bailando así, y así, y así...

—Adrià —dijo su padre—, *deixa de fer això*. —Agarró a su hijo por la muñeca y tiró de él de nuevo hacia la mesa—. Siéntate.

Adrià se negó a sentarse.

La madre de Adrià mostró una sonrisa dolida y se tapó la boca con los dedos regordetes para hablar.

—Qué buen bailarín es Adrià, ¿verdad? Qué baile más bonito, hijo.

Adrià permaneció firme junto a su asiento. El cabello eléctrico, revuelto por el baile.

—No he terminado mi historia. —Se quitó el cigarrillo de los labios y le dio un par de golpecitos para echar la ceniza sobre la mesa, junto al plato de su padre.

—Sigue, hijo. —La madre miró al padre en busca de ayuda.

—Por favor, Adrià —dijo Joan—. Me gustaría saber qué pasó a continuación.

—Era una pasada... —Adrià se encogió de hombros—. Y yo estaba bailando. —Hizo una pausa y puso la mano sobre el hombro de su padre—. El sitio estaba hasta arriba. —Adrià ocupó más espacio con su cuerpo—. La gente se agolpaba dentro. Me encantaba. Habían montado una barbacoa y una hoguera en la orilla, y la gente bailaba y bebía. Max y yo sólo conocíamos a un par de personas allí, pero ya sabéis cómo es eso. Conocimos a un tío bajito de Granada, pequeño, con gafas, arreglado, pero un anarco de verdad...

El padre de Adrià carraspeó.

—El chaval de Granada me preguntó si quería dejar un segundo la música y explorar la casa, y le dije que claro, venga, vámonos. Él me contó que el antiguo dueño de la casa se había muerto de repente y que su cuerpo seguía en la cama. Así que subimos al segundo piso, después por el pasillo y abrimos entonces la puerta de su pedazo de dormitorio, y todo era de oro, muy bonito, una pasada, y allí, en el centro de la cama y rodeado de sábanas, estaba el tío de la casa, muerto. Pálido, gris y tieso de cojones. Y voy y le digo, oye tío, no estabas de coña..., así que salimos de la habitación, y el andaluz me dijo que me podía llevar lo que quisiera de la casa, que sería su regalo para mí por confiar en él y ser guay, ya sabéis, y decirle que no le iba a contar a nadie lo que había visto.

Adrià cogió el trapo largo y desenvolvió el paquete. El rostro de Núria se quedó

vacío. Los ojos adheridos a su hermano.

—¿Qué escogiste? —preguntó jovial Joan.

Adrià reveló su preciada posesión. Allí, contra el trapo, había una navaja de acero con el mango de madera. Una hoja plegable de extraordinarias proporciones, más machete que navaja. Adrià la cogió y giró el mango para colocar la hoja en su sitio. Sostuvo el mango plano sobre las palmas de las manos para mostrar la hoja a la mesa.

—Déjame verla —le dijo su padre.

—No.

Adrià balanceó la hoja entre sus dedos. Metal manchado por las velas. Irradiando luz.

A la Marta se le cortó la respiración, pero ocultó ese hecho detrás de su servilleta.

El padre se volvió a reír, esta vez de manera forzada y ruidosa.

—*És maca, no?* —dijo la Marta—. Venga, deja que Joan la vea.

Aquello formaba parte de su plan.

Confiscación del objeto.

Adrià le dio la navaja a su padre, y éste no la soltó y la mantuvo en su regazo durante el resto de la velada.

Cuando terminó la cena, Emily siguió a Joan a la cocina. El padre de Adrià escondió allí la navaja detrás de un armario.

—Es peor de lo que me había imaginado. —Joan hablaba en voz baja.

Emily asintió. No sabía muy bien qué decir.

—¿Te ha contado alguien lo que pasó hace dos años?

—No.

—¿Nada? ¿Ni una palabra? —Joan suspiró—. Fue una lástima. Una verdadera lástima.

—¿Qué pasó?

—Se vino abajo.

—¿Qué quieres decir?

—Pregúntale a Núria. Tratad de manteneos al margen del problema.

Cruzaron la cocina y volvieron a reunirse con el grupo, en el jardín. Mientras bajaban los escalones al aire libre, hacia el patio, Joan rozó el hombro de Emily y le dijo al oído:

—Esta noche, cerrad la puerta de vuestro dormitorio con pestillo.

Al día siguiente, después de que hubiera acudido el tío de Adrià a recogerlo para llevarlo de regreso al hospital de Barcelona, Emily pidió que la llevaran a la parada del autobús en el pueblo.

Núria le suplicó que no se marchase: Emily debe pasar el día con ella en las montañas; ésta es la casa de su familia y, al fin y al cabo, Emily es maravillosamente bien recibida aquí. Le dijo que regresarían todos mañana e irían a visitar a Adrià al hospital, no quieren interrumpir el fin de semana; sus padres han disfrutado mucho teniéndola aquí, se lo quiero contar; quiere contárselo con ella.

Emily estaba decidida. Ya había visto lo suficiente. Deseaba irse a casa.

Una vez que llegó a Barcelona, Emily quiso rematar el fin de semana paseando. Se recorrió a pie el passeig de Gràcia, la arteria de la ciudad, hasta la plaça de Catalunya, hasta la catedral, y después bajó por el carrer dels Comtes para adentrarse en el corazón del barrio Gòtic. Cayó el sol tras las nubes de tormenta al tiempo que un vasto manto de sombra se precipitaba sobre las calles de poniente. Callejones estrechos iluminados por bombillas colgantes anaranjadas. El anochecer, espeso de agua. La humedad suspendida en el aire, hediendo a secretos. Piedra urbana salpicada de orina. La música llegaba desde el viejo barrio. ¿Un baile en la plaça del Rei?

¿Están tocando el tambor? ¿El tin-ta-ran-tan de una banda desfilando?

El sordo golpeo cadencioso de un calzado de cuero. El griterío de una multitud cada vez más cercana. Emily dobló la esquina de la plaça de Sant Just. Procedente de la basílica, el estallido de una ruidosa cacofonía. La Guardia Urbana montada apareció al frente de una enorme multitud. Los cascos de los caballos traqueteaban sobre las tumbas de los mártires cristianos incrustadas en la plaza. Algunas trompetas emitían un quejido sobre la ciudad. El primer flanco de una procesión religiosa. Emily se rindió a las hordas, engullida por uniformes rojos. Solapas recubiertas de oro. Borlas y bayonetas.

Se volvió hacia un hombre en el gentío.

—¿Qué pasa?

—El desfile del Corpus Christi.

Emily se adentró en el delirio. Los niños pequeños estaban boquiabiertos. Las madres reñían a sus hijos para meterlos en cintura. ¡El confeti y las serpentinas estallaban en el aire! ¡Risas! ¡Ruido! ¡Exuberancia! Después llegaron los ocho *Cavallets Cotoners* y hombres y mujeres con el vestido tradicional: túnica blanca, terciopelo escarlata, botas altas. Bailaban dentro de esos caballitos medievales de juguete. ¡La alegría del desfile! ¡Extravagante! Emily sintió el sordo palpitar de las pisadas, el sonido metálico de las cacerolas. ¡Paso al águila y al león de Barcelona! Ramilletes de flores amarillas empapadas en los moribundos rescoldos del sol. ¡Aquí llegan las figuras bailarinas! Gigantescos disfraces de barro y fibra de vidrio para los iniciados. ¡Un león hacía gárgaras con una corona de girasoles metida en la boca! ¡Alas negras y diademas de oro! ¡Trompetas regias y orgullosas!

El león se postró una vez, dos, tres, y a continuación se lanzó a una danza de embriaguez.

¡Tan-ta-ran, tan-tan ta-ran!

Los *capgrossos*, los cabezudos del campesinado catalán, sobre los hombros de bailarines disfrazados; suaves paños en amarillo, naranja y oro hacían cabriolas delante de los *gegants de la Ciutat*. ¡Bienvenidos los reales gigantes de Barcelona! ¡Reyes y reinas de la ciudad! El rey Jaume I blande un cetro y un orbe. Cabecea sobre

la multitud. ¡Feroz, la reina! Pliegues de ébano enroscados en un resorte. Túnica azul con ribetes de oro. La fecundidad surge de sus puños. El gentío cantaba:

*El gegant del Pi
ara balla, ara balla,
el gegant del Pi
ara balla pel camí.*

*El gegant de la Ciutat
ara balla, ara balla,
el gegant de la Ciutat
ara balla pel terrat.*

El gigante del pino ahora baila por el camino. El gigante de la ciudad ahora baila por el tejado. Emily se batió el cobre por respirar en el tumulto. Bramando a golpe de codos y rodillas. La sangre se le subía a las sienes. Chapiteles de iglesias que daban vueltas y vueltas. Piedra pálida con reflejos de sol. Geranios y begonias. ¿Olor a azufre o a humo? ¡Música! ¡Música por todas partes! Minúsculas ráfagas de latón. Monótono repicar de tambores. ¡Allí bailaba la mula, la *Mulassa*! Una corona en el cuello. El *Bou*, el toro de Barcelona, y después los dragones, la *Víbria* de pechos metálicos, el demonio serpentino con las alas extendidas, mirada fiera, la boca abierta revestida de capullos de marfil. ¡Margaritas y azucenas! ¡Pechos apuntados con gruesos pezones de metal! ¡Tambores, tambores, tambores! ¡*Faaaaaanfarrón!*, ruge la muchedumbre. ¡*Olé!* ¡*Olé!* ¡*Olé!* La piel de escamas metálicas de la *Víbria* destella en oro. Emily atisbó las piernas del bailarín portador del armazón de fibra de vidrio. El hombre al lado de Emily se terminó un cigarrillo y lanzó la colilla al suelo. Emily se movió para zafarse. Para dejar atrás el desfile.

—Quédate —dijo el hombre, que le cortó el paso a Emily con el brazo.

—*Jo sóc l'Esperit Sant* —rasgó una voz entre la multitud. Ahogada por la música. ¡Flautas! ¡Tambores!

Una voz aguda volvió a gritar:

—*Cos de Crist!* ¡*Corpus Christi!*

Más gigantes se acercaron balanceándose, unos reyes moros, rey y reina, los babilonios *gegants de Santa Maria del Mar*, el rey barbudo con su capa roja, escudo con la bandera de Barcelona; le seguía su mujer, plumas desenfadadas en el pelo, acicalada al estilo de una emperatriz. Delicadas estrellas estampadas en su vestido. Tras estos gigantes, se desplazaba lento el más aterrador personaje de todos ellos, la *Tarasca* de Barcelona, un dragón ancestral, ¿o una diablesa? La quijada abierta y controlada por un mecanismo interno. Brillantes dientes humanoides. Un caparazón de tortuga con picas de hierro, cuatro garras. Una macabra figura serpentina. Los ojos saltaban sobre el gentío. Cuatro mujeres con capas moradas, las *diables tarascaires*,

movían el dragón. La *Tarasca* se balanceaba de forma rítmica, entraba y salía de la plaza. Daba dentelladas. Babeaba la boca roja.

Un hombre irrumpió de entre el gentío, cubierto del barniz de las calles, de los cubos de basura, de los basureros: pelo revuelto, huesos frágiles, tal vez por los setenta y tantos. Un abrigo de campesino, algodón ceroso. Cabello de lino alisado con agua o aceite, de rostro alargado, enjuto. En una mano llevaba una cantimplora de cuero, en la otra un mechero de color rosa fosforito. Barato. De esos que se compran en el estanco, en la licorería o en el Carrefour.

—*Sóc el cos de Crist!*

De nuevo la voz aflautada. Tenue y amenazadora. Avanzó tambaleándose, bailó un par de pasos con la *Tarasca*. El monstruo se apartó dando tumbos.

Y, entonces, sin previo aviso, sin gritos, el hombre prendió en llamas. De su cazadora surgió un fuego que ascendía por los hombros hasta el pelo. Apestaba a queroseno. A carne cremada. La *Tarasca* cayó al suelo con estrépito cuando las cuatro mujeres se lanzaron hacia él. Un guardia montado saltó del caballo y corrió hacia las llamas, arrancó la tela del armazón de la *Tarasca* y la lanzó sobre los hombros ardiendo del hombre para intentar apagar el fuego y ocultarlo del gentío. Los niños lloraban, los bebés berreaban, pero la banda siguió tocando mientras el policía apagaba el fuego; unos hombres corrían con cubos de agua del pozo de la capilla de Sant Just, en la esquina de la plaza, y Emily cayó medio inconsciente contra la pared de piedra a su espalda. Destellaron las sirenas. Unos policías en moto se abrieron paso a través de la multitud y corrieron hacia la figura encorvada y ennegrecida del hombre, el bulto escondido bajo la capa de la *Tarasca*, el heraldo azul y amarillo del dragón, cuando Emily se liberó y huyó del desfile. Corrió entre la gente, cada rostro tan intrincado como el anterior, niños a hombros de sus padres. Abuelos con el gorro rojo con forma de bolsa propio del campesino catalán, símbolo de independencia. ¡Banderas! Oro y bermellón derramados sobre los toldos góticos, contraventanas negras, balcones de hiedra. Se desplaza desesperada hacia el puerto. Lejos del caos. Lejos de los *capgrossos* y los dragones de metal. El mundo se acercaba al ocaso. Las luces eléctricas de la ciudad se extendían hacia la noche que se avecinaba y creaban una aurora boreal urbana: tóxicas alucinaciones de color que le empapaban la piel. Los escaparates sangraban una luz rojiza sobre los oscuros callejones manchados de iluminaciones en verde. Emily era como un animal a la caza del agua y, cuando atravesó la arena hasta la orilla, más allá de los chicos con sus botellines de cerveza, se quitó los zapatos y permaneció de pie en los lametones de los pliegues del mar. Miró hacia el horizonte, a las minúsculas luces de los gigantes de alta mar, y sintió frío.

Vacía.

A su espalda: risas.

Una joven se reía, y el sonido flotaba sobre el Mediterráneo, magnificado por la humedad de la noche. Emily desapareció en el dolor del agua entre los dedos de sus

pies.

En la noche del 24 de junio de 2003, días antes de que las aguas arrastrasen el cuerpo de Adrià hasta Sitges, su madre caminaba delante, solemne como un áspid, hasta el borde del embarcadero y los botes de madera pintada. Núria llevaba la hogaza de pan con una vela colocada en el centro de la cruz. Encendió la vela y cerró los ojos. El sol se puso en la falda de las montañas. Estaba oscuro, y el agua fría, mientras el ajado marino las guiaba. *Cuidado. Cuidado.* La Marta plantó las posaderas en la proa del bote, sobre los pequeños cojines que el buen pescador había dispuesto. Se cubrió el rostro entero con el velo. La espalda recta, observó las olas por encima de la borda. A su espalda, las nubes engullían el horizonte con un añil oscuro, el cielo magullado por el calor del día. Núria se sentó junto a Emily, que cruzó las manos con recato sobre su regazo y contempló cómo se desvanecía la última luz del sol contra la silueta de la estatua de Colón sobre la ciudad, el dedo extendido y ominoso. Siguiendo órdenes, el pescador desenrolló la cuerda y rozó madera con madera cuando el bote se abrió un abrupto paso al mar. Humedad bajo los pies y el chapoteo de las olas, y mar adentro los llevó el motor, adentro y lejos, en el mar.

La Marta se ocultaba tras un velo negro adornado, cortado como un copo de nieve de papel. Notoria la ausencia de su marido. Núria llevaba un vestido largo que le envolvía los tobillos. Un mechón de pelo atrapado entre los labios, que allí permaneció como un anzuelo. Mantenía las manos alrededor de la llama de la vela mientras el motor petardeaba en el agua y el hombre las conducía a un punto indeterminado en el mar, un lugar arbitrario que a él le pareciese apropiado en todo su conocimiento de tales cuestiones.

Aquí.

La Marta levantó la mano. Señaló al agua. La vela tartamudeaba. Una llama hambrienta que aguijoneaba los dedos de Núria y proyectaba sombras alargadas en el agua. En la cesta, el pan grabado con una cruz. *Pan del ahogado. Pan para encontrar al marino perdido en la mar. Pa ofegat*, consagrado en la festividad de San Pedro, la ofrenda de la Marta bendecida por el cura en soledad, una manera fiable de encontrar a los desaparecidos.

Ofegat. O-fe-gat. Emily les daba vueltas a las sílabas como si fueran canicas. *Ahogado.* Una sola palabra. Una identidad. Un significado. Sintió que el agua le llenaba a ella la garganta y amenazaba con ahogarla mientras la Marta levantaba la mano y pedía el pan con su vela incluida, que Núria le entregó con la mirada puesta en el punto al que señala la Marta, y juntas lo dejan caer al mar. El pan encuentra el agua con un ¡paf!, y se mantiene junto al bote, como si no se quisiera marchar.

¿Qué encierra una palabra? ¿Un nombre? Tu destino. Adrià. Derivado de la antigua lengua venética... *Adrià.* Tomado del término «adur» para designar el agua. Para el mar.

Emily se maldijo por estar pensando mientras el pan ganaba peso en el agua y seguía flotando con estoicismo, dejaba atrás el bote, con su pequeña luz, para cabecear y darse chapuzones en las mansas aguas, y una voz salta de algún pliegue oculto de su memoria y declama en alto con una claridad cristalina:

Olvídate de las huevas de pescado que tienes por ojos. Mira, la pinza del cangrejo acuna tu oreja, y la serpiente ha encontrado un hogar allá donde antes estaba tu lengua. Desnúdate y baila para mí. Déjame ver tu pecho, tan liso y suave. Tu piel cobriza se ha vuelto de perla, los caracoles han devorado tus callosidades. Se te han hinchado los genitales, gordos y atascados de agua.

Con algas los ocultas. Te llamo por tu nombre.

El muerto. El desaparecido. Baila para mí. Pues todo cuanto ha sucedido es verdad. Fue verdad y será verdad. Lo juro por mi vida. Lo juro por santa Eulàlia, por la iglesia de Santa Maria de les Arenes, ahora Santa Maria del Mar, santa patrona de los marinos y de todo aquel que se acerca a la orilla del mar a respirar.

Una vela para el alma. El pan para el cuerpo.

Los ojos de Emily se clavaron en la tenue luz que se alejaba y se frenaba, el pan impregnado de agua, para permanecer quieta por un instante, hundiéndose en la superficie del mar, hasta que, con un chisporroteo inaudible, la llama se extinguió y desapareció.

V

EXHORTACIÓN AL INSPECTOR

Salgo del metro en la plaça de Catalunya y quedo empapada por una negra cortina de lluvia. El cielo se parte, y el agua cae a mares. Me escondo en la entrada de una cafetería, abro el paraguas y sigo andando. Las nubes cargadas miran con lascivia desde lo alto e inundan la ciudad en un gélido diluvio. Entra desde el mar el aullido de un funesto viento húmedo y trae los susurros de la escarcha y los botes volcados de los pescadores. En los meses de invierno, la ciudad está yerma, como una piedra incapaz de sentir el sol. Los árboles de les Rambles se acurrucan en los rincones, desnudos y calados. En verano se producirá una transformación de color. Los rojos que se han escondido estallarán junto al ocre, con aroma de anarquía, feroz e implacable, y el calor se suspende sobre la ciudad como una llama azul, ardiente. Los ánimos se enardecen y se agitan las banderas catalanas sobre las manifestaciones que atruenan por la plaça de Catalunya y bajan por el passeig de Gràcia y la via Laietana. Les Rambles florecen, brotan las hojas en los árboles desnudos, las floristas sacan sus palios, su bulliciosa mercancía. Las estatuas vivientes harán reverencias a los transeúntes. Hombres y mujeres que se han pintado de oro y de plata bailan por unas monedas. Ésta es la Barcelona de la imaginación, el idílico bálsamo. Sin embargo, no son así las cosas ahora. A las cuatro de la tarde, las calles están desiertas. Se nota la ausencia de las estatuas humanas. El gentío se retira puertas adentro. Negros abrigos y bufandas cubren las frías gargantas. *Desciende la tormenta.* Avanzo con paso firme, dejo atrás las hileras de taxis y bajo por les Rambles hasta el mercado cubierto. La Boqueria, comercio de alimentación de la Ciutat Vella, la ciudad vieja. Fabregat me ha pedido que me encontrase con él aquí. Cerca de la comisaría donde él una vez trabajó.

Cuando entro en el mercado, me recibe un aluvión de color. Ciruelas glaseadas, castañas caramelizadas. Almendras de chocolate. Merengues rosa. Mangos y fresas importados de ultramar. Setas y queso curado. Aceitunas de toda la región. Cabezas de pescado y oreja de cerdo. Miel de los Pirineos. Solomillo de ternera y sebo. Tortilla preparada por encargo. Interminables puestos de comida, laberintos de sabores. Me tomo mi tiempo, paseo hasta la parte de atrás, donde los bares de tapas desfilan hacia el aparcamiento. Cajas de plástico húmedas y apiladas con cogollos de lechuga que se mustian, descontentas con el día. Transportistas que cargan sus camiones y voces de ¡Hola! ¡Tío!, y ¡Pescado!, y ¿Quiere probarlo? Una cornucopia

de escamas. Ecos de sangre fresca y pozas de marea. Me aparto. En el pequeño bar que hay en pleno meollo, unas lámparas pintadas con mucha ornamentación cuelgan de un toldo de madera. Hay taburetes alineados a ambos lados de una barra frente a dos vitrinas de tapas. *Pintxos* del País Vasco. Embutidos. Bocadillos prensados. Pimientos verdes fritos y salados. Se deshacen en la boca. Albóndigas empapadas en una salsa ligeramente especiada. Triángulos de queso curado de oveja. Dulce de membrillo. Tres camareros sirven comida, ofrecen cerveza de barril y café al sediento. Ejecutivos, hombres y mujeres, dan algún bocado de vez en cuando. Elijo un taburete junto a la barra combada y me quito el abrigo y el gorro. *Tan sólo quince personas pueden comer aquí.* Le guardo un asiento a Fabregat. *Ya llega tarde. Se supone que esto tenía que ser algo rápido. Un bocado por el camino.*

Bona tarda! ¿Qué desea tomar? Espero al calor de los fogones y los cuerpos enlatados mientras el encargado me tira una caña, un hombre mayor con el rostro agrietado y unas manos como guantes de *cricket*. Desde mi atalaya en el taburete, observo cómo el mundo se desenvuelve con sigilo. Los cuerpos durmientes de los coches y las furgonetas abarrotan el aparcamiento trasero de la Boqueria. Paseos vespertinos. Estudiantes. Hombres de paso desenfadado. El Raval arquea el lomo como un gato. Una mujer intercambia conmigo una mirada. Una cara bonita y crispada, maltratada por el sol del invierno. Piel morena sobre unos huesos finos. Zapatillas azules de andar por casa, rotas. Un niño va con ella, vestido de harapos, un bebé atado en su regazo con un paño negro. Ropa en deterioro, las manos extendidas, abriéndose paso entre la gente. *Pidiendo.*

—¡Hola! —Un acento norteamericano fingido detrás de mis oídos. Mis ojos se clavan en el centro de su espalda, sus movimientos fluidos, con un hambre canina, mientras Fabregat se desliza sobre el taburete a mi lado. El inspector retirado viste sencillo, informal. Vaqueros de color carbón. Bufanda gris de lino por los hombros. La frente lisa. Expresión despejada. El abrigo salpicado de lluvia. Llama al encargado:

—*Bona tarda! Amic!* —Un plato de patatas bravas llega de inmediato, salsa de tomate con pimentón picante, un pellizco de perejil y mayonesa—. *I pernil! Pota negra, si us plau!* —Un plato de jamón, finas tiras de color burdeos, fisuras de grasa blanca.

—¿Bebida? —me pregunta Fabregat con una mirada a mi vaso vacío.

Asiento. Le hace un gesto con los dedos al camarero.

—*Dues cerveses!*

—*El Llop!* —grita el barman en catalán. *El Lobo*—. ¡Para ti, lo que me pidas, colega!

Cuando ha terminado, Fabregat se limpia la boca con el dorso de la mano y deja unos billetes en la barra. *Anem.* Se inclina hacia mi oído. *Vámonos.* Un saludo al camarero,

y lo sigo hacia el laberinto de los puestos del mercado. Camina rápido, con decisión, zigzagueando entre los tenderos, salimos por un lateral y bajamos por las callejuelas paralelas a les Rambles. *Delgadas avenidas de piedra*. Salimos por el extremo sur, donde las prostitutas menores rondan por el Nou de la Rambla y la cosa se complica. Cerca de la estatua de Colón, apenas distinguible en la niebla que ha descendido con la caída de la oscuridad. La lluvia ha cesado por fin. Enciende un cigarrillo que cuelga de la comisura de sus labios.

—¿Quiere?

Digo que no con la cabeza. *No*.

—¿No fuma?

—A veces. Ahora no.

Aguardo a que termine. *Está extrañamente nervioso. Pausado y enérgico al tiempo. Insatisfecho.*

En la entrada del departamento de policía me quedo sorprendida por su sencillez. Piedra rolliza embutida entre la fachada recargada de un hotel y una serie de tiendas pequeñas. La comisaría engaña. Varias plantas de altura y muchas oficinas de ancho, pero desde la calle parece pequeña. Chiquitita. Nunca repararías en ella salvo por el solitario policía de guardia con la gorra en la cabeza. *Vigilando la calle.*

El policía reconoce a Fabregat.

—¡Hola! —exclama. *¿Se acuerda de mí?*

Fabregat sonrío. *¡Por supuesto! ¡Por supuesto!*

Una palmada en el hombro.

¿Qué tal sienta la buena vida?, le pregunta el policía.

Nos llevan de inmediato a las entrañas de la bestia. Bajamos por un pasaje estrecho para los vehículos que da a un patio interior grande rodeado de ventanas. Ascensores. Códigos de acceso.

Después de una serie de firmas y comprobaciones, estoy dentro. Largos pasillos municipales. Una sala despejada. Un agente y tres cajas de archivo. Fabregat y el agente intercambian unas palabras discretas. Un apretón de manos. Un *gracias*. *Hemos hecho unas llamadas ahí arriba. Han dado su aprobación. Sólo por esta vez.* El agente observará mientras trabajamos. *Todo cuanto quiera.*

¿Cómo está su familia?, le pregunta el joven a Fabregat. *¿El pequeño?*

Bien, bien, dice Fabregat. *Ahora, al tema.*

Un hilo de tensión se filtra en su voz.

Estas cosas tienen mucha carga para él.

Lo ponen de mal humor.

Fabregat despliega todas las cartas. Embalsamadas en plástico fino. *Cinco sobres. Cinco hojas de membrana.* El agente de guardia se sienta, incómodo, sin quitarme la vista de encima. Fabregat se pasea de un lado a otro, alrededor de la mesa baja y delgada. Luces brillantes sobre nosotros. *Colores apagados. Prepara los sentidos.* Sentimientos acallados. *Un golpeo sordo alrededor. Nada claro. Despéjalos ya. Haz un análisis minucioso.* Las hojas de pergamino son pequeñas. Las han cortado del mismo tamaño, probablemente al mismo tiempo. *Así que la intención era crear cinco documentos de forma simultánea. El texto entero de un poema. Un mensaje completo.* Procedimiento metódico. *Están escritos sobre la misma mesa, con la misma tinta. Cada carta hecha por adelantado y enviada después, en el momento preciso.* Alargo la mano hacia la primera. Miro a Fabregat.

—¿Puedo?

Fabregat asiente. Toco nerviosa la primera carta. Siento la piel entre mis dedos. Mi piel contra la piel. Me tomo un tiempo. No espero revelaciones. Todo cuanto necesito es un pulso débil. Una confirmación silenciosa. La llamada de una sirena que concuerde con la voz que escuché en la capilla, notas violáceas en un viento extraño. Un canto estruendoso y veraz. *Una unión.* Por lo general, algo habrá al entrar en contacto. La sensación de los manuscritos suele ser verde o amarilla, a menudo polvorienta, como si los viera a través de una película de suciedad. A veces suenan como trompetas de plata, o hacen oscuras llamadas de flauta. Los peores gritan. En ocasiones toco colores terrosos, ocres, ricas superficies otoñales. Otros libros dejan un sabor salado en la boca como el de las cebollas en vinagre. Pero no me he preparado para la velocidad, o el sonido, o el volumen de esta bienvenida.

¿Hola?

Llega la voz. Incorporéa.

Nítida y urgente.

¿Hola?

Doy un paso atrás, aterrorizada.

Un solo segundo, no más. El tiempo se encabrita. Respira con tranquilidad, estudia la página. *Desentrañando.* Todavía no, digo. Empujo y cierro. Levanto la carta a la luz. *Otra vez, pergamino de un distribuidor moderno. Hecho a la manera tradicional. Excelente calidad. Pergamenta.* Muy limpio y resplandeciente. Creado con gran destreza. Leves toques de pincel de pelo de marta sobre el pergamino. Líneas finas, nítidas y precisas que crean los nodos de una brújula, una red de letras que surgen disparadas desde el centro. La escritura me lo confirma. La formación de la red en cada capa de los anillos, nueve secciones con nueve letras. *Son absolutamente Illuminatus. Pisas terreno firme. Ahí, el uróboros dorado. Interpretado por Rex Illuminatus como la Serpiente del Conocimiento. Portadora de la lengua.* Le doy la vuelta a la página y la mantengo dentro del plástico. *Unas pocas*

y someras palabras. *Halladme en el Sonido de las Aves*. La sostengo en alto para el exinspector. Fabregat no es capaz de obligarse a mirar. No. Niega con la cabeza. *Ahora no*. Las leo todas de manera consecutiva. El símbolo me fulmina con la mirada. *Una firma en tinta de oro. Una serpiente que engulle su propia cola. Un colofón, que concuerda con el de tu madre. El sello de una familia de amanuenses. ¿Y allí? Sobre las letras, una marca en la que nadie se ha fijado. Una pictografía, casi como un borrón, que representa a un ave en vuelo: el pánico extrapolado a un símbolo. Tres golpes rápidos de pluma.* Mis pensamientos se aceleran. *Todos los amanuenses trabajan con un modelo. Un texto que copian. Conozco tu punto de origen. Tu fuente. Te he pillado con las manos en la masa.*

Natalia Hernández.

—¿Y las fotografías de las víctimas? —pregunto.

Nada que yo pudiera haber hecho me prepara para la realidad de aquellas fotografías. Tiradas sobre la mesa como un paquete de cigarrillos. *No es muy agradable*, dice Fabregat con sequedad. Un cadáver colgado de una farola. Inerte. Arrebatada la vida. Extraída el alma. *Profanada. Torturada. Heridas hinchadas, piel perforada*. Me duelen los brazos. La lengua se me pone pastosa en la boca.

Esto es lo que les hace a mujeres como tú, Anna.

—¿Qué es lo que ve? —murmura Fabregat cerca de mi oído.

—La primera víctima era una chica de dieciséis años que cantaba en el coro... — tartamudeo lo obvio.

Fabregat me mira con expresión irónica. La palabra «víctima» se acomoda con torpeza y falsedad en mis labios. No es propia de mí. *Esto te supera con creces*. Me entra el pánico. *No pierdas la compostura. Mantén la calma. Ahí está, Rosa Bonanova, tumbada sobre la mesa mortuoria. Católica. Virgen. Apenas mujer. La han violado y le han cortado la lengua. Alguien le graba de un modo minucioso nueve letras y cuatro símbolos por el cuerpo*. Cuando levanto la vista, la muerta me está esperando. Veo azul uniforme. Unos pulcros pasadores apartan el pelo caoba de la raya en el centro. De pie junto al inspector. Observando. *¿Cómo te llamas?*, me pregunta. Abre la boca. Desea llegar a mí. *Quiero hablar a través de ti*, dice ella. No. Aquí no. *¿Por qué? ¿Para qué venir, entonces?* Vacilo. *Eres exactamente igual que el resto. Eres egoísta. No te importa.*

Estoy atrapada. Me tiembla todo el cuerpo. El agente mira a Fabregat.

—Nena... —Fabregat se inclina y susurra en voz muy baja para que el policía no pueda oírlo—. *¿Por qué no nos tomamos un momento de descanso?*

Me conduce fuera de la sala. Me encuentro de pie con la espalda apoyada en la pared del largo pasillo. *Contando. Decidiendo qué hacer*. Me traigo de vuelta al suelo. *Aterrizo*.

—Es demasiado difícil de asimilar para cualquiera —dice Fabregat, y me ofrece un vaso de agua—. *¿Está segura de que quiere continuar?*

Diez minutos. Sólo necesito diez minutos.

—¿Dónde está el aseo? —le pregunto con voz débil. Me indica la dirección con un gesto vago.

—¿Quiere que la acompañe hasta allí?

—No —le digo—. No, estaré bien.

Eres estúpida. Encerrada dentro del habitáculo del retrete, saco de mi bolsa la cápsula preparada con su aguja hipodérmica. La coloco en el dosificador de plástico. Abro el paquete con toallitas desinfectantes. Me quito el jersey, la camisa. En sujetador, busco la grasa en mi vientre y la pellizco entre dos dedos. *Los médicos me dijeron que utilizase un sitio distinto cada día. Uno de los siete lugares, siete días a la semana. Rotando. De lo contrario, se forman cicatrices en la piel. Se forman nódulos duros en el músculo. Causan dolor. Introduzco la aguja. Rápido y con calma. Respira. Respira. Mil ciento uno. Mil ciento dos.* Y así continúa. Y sigue, y sigue.

A mi regreso, el inspector retirado entrecierra los ojos y me observa. No volveré a tocar las páginas. Se inclina sobre los codos. Sonríe. La chica fantasma ha desaparecido.

—No se preocupe, no nos quedaremos mucho. ¿Por qué no nos cuenta lo que piensa para que podamos terminar rápido con esto?

—Sí. —Me atraganto. Trato de reponerme—. Por supuesto.

—Guifré le dijo que estos diagramas —señalo hacia los esquemas en el anverso de la primera carta de pergamino— representaban los atributos de una famosa «máquina de la verdad» creada por Ramon Llull. Esto no es cierto. En realidad, sus letras hacen referencia a la menos conocida obra de un alquimista medieval llamado Rex Illuminatus.

—De acuerdo —dice Fabregat en voz baja.

Contrólate. No parezcas demasiado profunda. No te marees. No permitas que se note el temor.

—Está la serpiente en la izquierda y la cruz en la derecha. El círculo que rodea el ombligo y la media luna trazada en el pecho, entre los pezones. Estas marcas se repiten en las siguientes víctimas.

—Correcto.

—Guifré dijo que los símbolos son alquímicos. El círculo representa el oro; la media luna, la plata.

—Sí.

—Podemos coincidir en que esto es exacto.

Fabregat asiente. Concentrado en algo invisible en la distancia.

—Aunque hay también otros significados. Rex Illuminatus veía el mundo a través de la lente de sus propios códigos esotéricos. Para él, el oro estaría íntimamente relacionado con el dios del Sol, Apolo, y la plata con la diosa de la Luna, Artemisa. De manera que sus víctimas han sido marcadas con símbolos asociados con la alquimia y con los cultos místicos de Apolo y Artemisa... Eso debería ayudarnos a entender las nueve letras... —lo engatuso—. Que han de ser leídas como un lenguaje específico de adivinación. La lengua de las aves, nada menos. A eso se refiere la línea «Halladme en el Sonido de las Aves».

Mis ojos se detienen sobre la letra B cortada en el hombro de Rosario. *Una serpiente en su mano. Portadora de la serpiente. Portavoz aviaria. El alfabeto de las aves. El oro en su vientre, pero también un juego de palabras. Tomad del mar la medida y su arena contad: de nuevo, una referencia a la sibila; véase también el «sustituto». Bruja. La luna en su pecho representa la plata; y lo oculto, una diosa cornuda, el dominio de la ancestral madre tierra. Cada letra del alquimista se considera una herejía pagana. Un lenguaje intruso de la adivinación. Pero ¿y las marcas en la mano*

derecha? Ésas son distintas. Resuena el temor. Si escucho el tiempo suficiente, tal vez pudiera aprehenderlas, seguir las, localizarlas.

Fabregat quiere saber quién es «él».

—¿Él?

Hay muchos. Muchas manos en esto. Es algo de lo que estoy segura, aunque no tenga las palabras para expresarlo..., lo sé de un modo interior. Regreso a las marcas sangrientas en la víctima: *una sierpe y una cruz. En la mano derecha, de la conversión; en la izquierda, de la transgresión.* Respira. Vuelve a empezar.

—Cuarto verso —le digo. Evito las fotografías, los cortes en los cuerpos, y cojo fuerzas con las letras. *Fundamentos académicos*—. Hay una referencia directa a una famosa proclamación dictada por el oráculo de Delfos. La recogió el historiador Herodoto en el siglo V a. C., quien nos cuenta que Creso, rey de Lidia, decidió poner a prueba el poder de los oráculos antes de seleccionar una vidente favorita, y envió mensajeros a todos los templos del mundo antiguo con una petición inusual.

«Dime con exactitud qué está haciendo ahora mismo el rey Creso», preguntaban los enviados. El oráculo de Delfos respondió correctamente, y venció en aquella competición. *El rey Creso está cocinando una tortuga y un cordero en una vasija de bronce*, dijo ella. Pero también reprendió al rey con una atrevida declaración de su omnipotencia: *Sé del mar la medida, y de su arena el número contar. No hay sordo alguno a quien no entienda; y oigo al que no habla.*

Una duda incómoda me invade la garganta: Natalia Hernández, ¿era la cazadora o la cazada? Y, si fue cazada..., ¿quién iría detrás de ti? Pienso en Ruthven y en Sitwell a solas en aquella casa del Gòtic...

No. Concéntrate ahora en la sibila.

Recuerdo una leyenda de Rex Illuminatus, la que afirma que se despertó con el canto de un pájaro y salió de su gruta. Filomela estaba sentada dándole la espalda, observando las llanuras que llegaban hasta el mar. Sostenía en su mano izquierda un cuenco con alimento y, para el asombro de Illuminatus, una sierpe comía del cuenco. El Doctor se abalanzó.

—¡La sierpe es una criatura maligna! —reprendió a la muchacha—. La sierpe es mensajera del diablo.

No. La serpiente es una criatura de la tierra. Carece de oídos con los que escuchar y de voz con la que hablar. Es sordomuda. Somos hermanas. Parientes. Me habéis llamado vos Filomela, el Ruiseñor, mas yo nací hija de Asclepio y de nombre Higia. Yo soy Serpentarius, la portadora de la sierpe. Conoce mi silencio una divina lengua, y, cuando yo os la enseñe, resucitaréis a los muertos. Del plomo haréis oro y viviréis mil años. Y entonces vos también sabréis del mar la medida, y de su arena el número contar, conoceréis los secretos del hacedor, interpretaréis a la sordomuda y oiréis a quien carece de voz.

En el relato, Filomela dejó la serpiente en el suelo y se levantó para volverse hacia el Doctor. *He estado pensando en vuestro alfabeto hebreo. Decís que comenzó con una llama en la gran oscuridad, la llama en el infinito, la chispa de una idea,* dijo ella con sus manos morenas. *Coincidió en que el gran misterio reside en el silencio. En lo desconocido más allá de lo conocido, en el ser más allá de la apariencia, el pensamiento generador es más fuerte que las palabras. El silencio es la raíz del lenguaje; es el pensamiento antes del habla. Mirad* —signó con las manos y recogió a la serpiente—. *La lengua de la serpiente se bifurca. Un lado posee poderes sanadores. El otro enseña una lengua profética. Cuando una vidente recibe el beso nocturno de la serpiente, se le concede tanto la lengua de las aves como la capacidad mágica de la sanación.*

—¿Y? —Fabregat asiente hacia las cartas sobre la mesa—. Quien fuera que me las enviase, ¿acaso pretendía que tradujese los versos?

—Sí y no. No es que estuvieran escribiendo necesariamente para usted. Deseaban que se convirtiera usted en un mensajero. *Un portador de la sierpe.* Que se las entregase a alguien que las entendiese.

—A «la venidera» —añade Fabregat.

A alguien como yo.

—¿Y los «Nueve libros de Hojas»? ¿La «ira del hombre»?

Hay cosas que veo, pero que no quiero compartir. Todavía no. No hasta que esté segura. Hago una pausa, inquieta. Doy un salto al frente. Esta vez no miraré la fotografía el cadáver. *Sierpe de oro enroscada. La boca está mordiendo.* El sentido encaja en su sitio.

—No creo que sus víctimas muriesen por ser quienes eran como personas individuales. Creo que fueron seleccionadas por lo que representaban como símbolos.

—Ahora es usted quien me habla con enigmas.

—¿Qué tienen en común esas tres mujeres? ¿Una virgen, una enfermera y una partera?

—La muerte tan desafortunada que compartieron —dice Fabregat ominoso.

Le cuento que Filomela fue quemada en Barcelona en 1297. Le cortaron la lengua y le grabaron en el cuerpo las letras del alfabeto de su maestro. En 1851, el capitán Ruthven y Llewellyn Sitwell fueron testigos de las secuelas que dejó un crimen idéntico. En 2003, los asesinatos de Rosa, Rosario y Roseanne repiten una tradición de mutilaciones asociadas con la mortificación de los paganos, de manera específica las clarividentes y las médiums, bajo el amplio término de «brujas».

Se me hace un nudo en la garganta. Venga. Presiona con más fuerza. No tengas miedo.

¿Cuál es? ¿Qué marca es la suya? Siento la náusea surgir de nuevo. Aquí, todo consiste en controlar a la víctima. Definir en quién se convirtió. Primero le quitó la lengua. Después la profanó. Etiquetó su cuerpo con símbolos y letras. Hizo de ella algo que él deseaba destruir; escribió el significado en su piel, remodeló a su víctima

para potenciar el acto de cortarle la lengua. Para imbuirlo de relevancia. El cuerpo de la víctima se convirtió en un manuscrito. ¿Qué más deseaba él reescribir? ¿Borrar? ¿Sellar? ¿Qué mensaje había decidido enviar? ¿Y a quién?

¿Y qué había del palimpsesto? *Estás buscando un espejo*. Una reflexión distorsionada. Igual y opuesta. Descuartizador de libros. Asesino de lenguas. Siguiendo los mismos hilos, él la encontró primero. Dejó él su marca, igual que dejó ella la suya. Comienzo a sentir el delirio. *Violencia inquietantemente cercana. Cartas depositadas en claustros, ocultas en confesonarios. Alusiones a profetas, portadoras de sierpes y prostitutas de Babilonia. Las cartas de Llewellyn Sitwell y el palimpsesto de Ruthven sepultados en piedra. Las cosas no perecen de la noche a la mañana. Se puede quemar un libro. Se puede proscribir la fe. Pero el lenguaje se soterra. Bajo la superficie. En la punta de la lengua. Así que, ¿cómo acabas con algo que se transmite por vía oral? ¿Algo como el Canto de la Sierpe? ¿La lengua de las aves? Enmudeces al portador.*

Parpadeo y vuelvo a mirar.

En los cadáveres habrá algún signo que le pertenezca exclusivamente a él. *Más. Fíjate más*. Cuando terminó con las primeras tres víctimas, las marcó con el juicio de la cruz en la mano derecha. Y aun así, no se tomó la molestia de hacerle eso a Natalia Hernández. Porque a ella no hacía falta reescribirla. Ella era ya el símbolo. *El objeto de la caza*.

Recorre los pasos. El original de la *Historia alquímica de las cosas* se realizó a comienzos del siglo XIV. Contenía cuarenta y ocho hojas numeradas cuyas medidas eran 32 × 24 centímetros. Hay setenta y dos hojas de texto y veintidós lustrosas miniaturas a todo color. En este manuscrito, Rex Illuminatus describe su encuentro con la sibila Filomela, y más adelante el libro de pergamino que ella le entregó. La procedencia de ese manuscrito (conocido para los estudiosos del Renacimiento como la *Tabulae Serpentis*, la Tablilla de la Sierpe) es del orden más elevado. En algún momento de comienzos del siglo XVI, el inmortal Rex Illuminatus encuadernó páginas de la *Tabulae Serpentis* en un libro de horas medieval que les entregó a sus aliados en Mallorca para que lo salvaguardaran en su monasterio. El capitán Ruthven encontró este libro de horas a comienzos del siglo XIX y cortó una sola página, que se llevó en su regreso a Londres. Sus notas de laboratorio recogen el incidente en 1829: «*Contenida en un simple libro de horas, del modo más inusual, hay una maravillosa revelación denominada el Proceso de los Filósofos. He visto el Gran Elixir del Alquimista, representado en diversas e incomparables miniaturas, y estoy seguro de que este discurso eclipsa una escritura griega perpendicular sobre la página que discurre bajo el oro en dos divinas columnas*». Entonces desaparece el libro de horas. Sólo volverá a aparecer en una tormenta eléctrica en Mallorca, con las páginas cruciales arrancadas de manera violenta. Una mujer llamada Cristina Rossinyol replica el símbolo colofón con una Filomela y replica las iluminaciones del alquimista. Su hija cita las palabras del texto oculto del palimpsesto durante las

últimas cartas de su vida, y da a entender el acceso a más.

Todas las señales apuntan a que Natalia Hernández guardaba un secreto, uno que su asesino probablemente llegó a descubrir. *¿Y si su muerte fuera motivada por tal secreto?* Presiona la curiosidad que hay en mí: ¿por qué? ¿Qué revelación podría ser tan poderosa? ¿De verdad contenía magia?

Me estremezco y pienso en las pezuñas hendidas que apuntan al aire cargado de humo. *A alguien le importó lo suficiente como para prenderle fuego a nuestra capilla en Mallorca. A alguien le importó lo suficiente como para mutilar a mujeres en Barcelona en 1851 y 2003..., todo reducido y más reducido al lugar más insospechado. Un lugar hacia el cual jamás se le habría ocurrido mirar a Picatrix.*

¿Y si alguien más siguió la pista de Natalia Hernández, la localizó y la cortejó, tal y como estoy yo siguiéndola ahora? Se me revuelve el estómago. ¿Y si esa misma persona te está siguiendo a ti? Más rápida. Tienes que ser más rápida.

Fabregat me observa con atención.

—Hechos, chica. Necesito hechos.

—Dijo que quería descubrir quién escribió estas cartas —murmuro—. Puedo acercarle a esa persona mucho más de lo que usted jamás creyó posible.

¿Cuánto le cuento? Lo mínimo. Mínimo absoluto. Guárdalo bien. Las raíces en tu garganta. Guárdatelas.

—Lo más importante que tienen las cartas es su conocimiento de Illuminatus. Esto es de lo más inusual. Somos un grupo reducido, inspector. Rastreable. Localizable.

La mano de Fabregat se cierra y se abre sobre la mesa. No interrumpe.

—Conozco a todos los que interpretan a Illuminatus. He manejado todo el material disponible. —Fabregat asimila lentamente la información. La energía decae en su barriga—. Los versos que recibió usted en 2003 citan un documento que Rex Illuminatus rescató a finales del siglo XIII. Un poema griego que podría haber estado oculto durante cerca de dos milenios. Sólo se conoce la existencia de un ejemplar del poema de la «Lengua de la sierpe», y llegó a nuestro conocimiento hace tres años. Este poema fragmentado estuvo más de un siglo en el fondo de la caja sellada de un archivo en la Universidad de Oxford, y quién sabe cuánto tiempo más estuvo guardado en un viejo monasterio mallorquín. No habría estado disponible en el momento de sus asesinatos.

—Val.

—De manera que, quien las escribió, o bien tenía acceso a una edición alternativa del poema impreso, o bien conocía una versión oral del poema..., un canto que desapareció de la sabiduría popular hace más de siete siglos. Eso los sitúa dentro de una categoría bastante reducida. Una categoría tan sumamente pequeña que le puedo decir, con casi una certeza del ciento por ciento, quién es la autora.

—¿Autora? —se atraganta Fabregat.

—Natalia Hernández.

Ceniza en mis labios: por un pelo. *Casi una disculpa*. Esperaba que Fabregat montase en cólera, que gritase, que patalease, y, sin embargo, se muestra bastante contenido. Profesional. Callado. ¿*Natalia Hernández*? No estoy muy segura de por dónde empezar. Siento el peso de las sombras que se instalan en las paredes blancas que nos rodean, apoyan la espalda contra los pomos de las puertas, observan las fotografías y los papeles. *Aún con ira*. Lo digo sin rodeos, porque no puedo decir nada más. Hablo sobre Cristina Rossinyol, sobre los libros que he encontrado..., aunque no digo nada sobre lo que busco. Le cuento a Fabregat la naturaleza del colofón, la firma de los amanuenses, que el uróboros es un sello de familia que pertenece a Natalia Hernández, consciente de que ellos están escuchando también. La formulación es crucial. *Una orden, una invectiva. Le sitúa en la mitología. Es como una señal en un poste, el nombre de una calle*. Lo guío a través de los compases. *De tal madre tal hija, reconozco la letra, compartida entre amanuenses*. Los hechos me asisten. Las cartas de Fabregat, escritas en 2003, citan al pie de la letra la hoja suelta del palimpsesto de Ruthven. Sin embargo, el equipo de investigación de Harold Bingley no descubrió el palimpsesto de Ruthven hasta la primavera de 2011. La traducción de la escritura inferior en griego se llevó a cabo un año y medio después. Aun en el caso de que alguien hubiese visto la página de Ruthven, de haber llegado a abrir el contenedor sellado en los polvorientos archivos de Oxford, y de haber leído las notas de laboratorio de Ruthven para encontrar la hoja de pergamino cortada, no habría extraído nada. La escritura inferior en griego es invisible a simple vista. Nadie podría haber adivinado el contenido de los poemas con tal precisión sin estar familiarizado con el original. Esto conduce a una valiosa incongruencia temporal. Analizo detenidamente las líneas de Natalia y las traduzco tal como veo apropiado. Ella quería que usted lo entendiese, Fabregat. *Que si hace usted ciertas cosas, me encontrará. Que entonces se convertirá en Serpentarius, portador de la sierpe. ¡El venidero! Y la sagrada senda a la que llamaron conocimiento será suya. Debe usted hablar la lengua del sordomudo, oír a quien carece de voz, ver al silenciado*.

Fabregat se sienta junto a la mesa baja en la sala de reuniones de la policía. Se mira fijamente las manos.

—Esto lo cambia todo. Pero no lo puede demostrar usted aún. —Me lanza una

fiera mirada. Combativa.

Vacilo. Trato de hablar con mayor claridad.

—El lenguaje de las aves, la lengua del sordomudo, el libro de hojas de árbol..., todo eso es el código para el lenguaje universal que Rex Illuminatus creía que podía expresar y controlar los más pequeños elementos de la vida a una escala fundamental. Él describe este lenguaje como una magia esencial. Una fuerza de la naturaleza que el alquimista codificó en el alfabeto grabado en los cadáveres de sus víctimas...

—¿Por qué es usted la única persona que ve esto? —me corta.

—Yo soy experta en un área. Sólo puedo decirle lo que he deducido en relación con ese corpus de conocimiento.

Fabregat hace un gesto al agente de policía. *Devuelva esto a sus cajas. Lléveselas de regreso a la tumba, a los contenedores sellados, a las estanterías móviles. Lléveselos de aquí.*

En la luz crepuscular, Fabregat gira con decisión. *El recorrido guiado del inspector por la ciudad*. Con el sempiterno hábito de un investigador, recita los hechos de un tirón y dobla bruscamente para bajar por el carrer Nou de la Rambla mientras yo me afano por seguirle el paso.

—A las once de la mañana del domingo, Adrià Serra abandona el vehículo de sus padres y entra con su tío en la estación de tren de Girona. Inicialmente, coge el tren de las 11.23 con destino a Barcelona y llegada prevista a la ciudad condal a las 13.26. Pero Adrià se aparta del lado de su tío, con el pretexto de ir al servicio, y en Mataró se baja del tren. Se sube entonces al siguiente tren para Barcelona, y rechaza cualquier contacto con sus padres o con su tío. Compra una botella de agua y un bocadillo de chorizo en la cafetería de la estación de Passeig de Gràcia. Sus desplazamientos por la estación están grabados en el circuito cerrado de vigilancia. Desaparece de los radares durante veinticuatro horas; se aloja en una casa okupa a las afueras de la ciudad, antes de volver para una fiesta del solsticio de verano en la noche de Sant Joan de 2003. A las seis y a las seis y siete minutos del 23 de junio de 2003, Adrià llama a Lola Jiménez, una estudiante de Literatura Comparada en la Universidad Autónoma, que tiene veintidós años, y también llama a Sjon de Vries, un residente extranjero de veintiséis años y camello, de ascendencia anglo neerlandesa. Sjon, conocido también como Tree, y Adrià Serra quedan en encontrarse aquí, en un bar llamado La Rosa del Raval, a las diez de la noche. Adrià llega al bar hacia las diez y media, Sjon también llega tarde a la cita. Tree y Adrià se toman varias cervezas; según el camarero, varias rondas de Voll-Damm. Se encuentran con un desconocido, un actor austriacovenezolano residente en el Raval que responde al nombre de Kike Vergonoya, quien les invita a una fiesta en un club de la Plaça Reial, claramente para pasar drogas.

Fabregat se detiene en el carrer de l'Hospital y señala calle abajo hacia lo alto del largo óvalo que forma la Rambla del Raval. Giramos y regresamos hacia les Rambles.

—Sjon y Adrià Serra se marchan de La Rosa del Raval hacia la una menos cuarto de la noche del 24 de junio de 2003.

Gira por un callejón con hileras de basura, inhalando el pegajoso aire de la oscuridad. En la distancia, la noche canta inundada con las impenetrables voces

femeninas de un bar cercano. Giro de nuevo a la derecha, hacia una calle fea de edificios destartalados.

Fabregat hace una leve mueca de dolor y se pasa la mano por el pelo. Hace una pausa.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias —digo. *Ya me he fumado demasiados contigo.*

Por un instante, permanecemos en silencio.

Llegamos a un tugurio de glamuroso pasado en la Plaça Reial. Una plaza espaciosa, en apagados crema y caléndula, salpicada de palmeras. Una fuente negra en el centro. *La fuente de las tres gracias. Las hijas de Zeus.* Columnatas repletas de cafeterías y restaurantes, clubes nocturnos y bares. A pesar del frío, Fabregat decide sentarse en la terraza. Palmeras al azote del viento. Agua estancada. Amargada. Los habituales del bar lo reconocen y hacen un leve gesto con la barbilla, acceden a comportarse. Fabregat juega en casa. Le pide dos Voll-Damm al camarero.

—¿Tiene novio? —pregunta desde la silla, cerca de mí. Sus ojos examinan los edificios sobre nosotros.

—Sí.

—¿Sabe él en qué anda usted?

—No del todo.

—Debería contárselo.

—¿Por qué?

—¿Es que no le cuenta siempre en lo que se mete?

—No.

—Y a él no le importa.

—Creo que sí le importa.

—Pero a usted le da igual, ¿no?

—Mi trabajo es más importante.

—Vaya —dice Fabregat. Me lanza una mirada afilada—. ¿Y a mí? ¿Me lo cuenta todo? ¿Puedo confiar en usted?

¿Qué es lo que hay en todo esto para usted?, es lo que quiere preguntar.

Tú, Fabregat, vas a la caza de un tío, pero ¿y yo? Yo voy a la caza de un libro.

Y sólo te ayudaré hasta donde pueda.

—Bien —dice Fabregat—. Puede ver la entrada del club privado Eufòria en la esquina de la plaza. El bar no tiene ningún cartel. Hay que llamar en la planta baja de lo que parece un edificio de apartamentos. Se puede ver la entrada justo ahí. —Señala hacia una puerta negra sin letreros en el lado opuesto a nuestro bar—. Natalia Hernández asistió aquí a una fiesta con Oriol Duran, actor tipo «sex symbol» y un viva la vida, por lo general inofensivo. Duran, Natalia Hernández, Villafranca,

Sánchez, Joaquim Espuma, Alejo Castelluci asisten al club junto con otros miembros diversos del famoseo del teatro... —Hace una pausa.

—A tiro de piedra de donde yo trabajaba. A cinco minutos andando. —Suspira—. Casi a la vista desde la comisaría. Todo sucedió justo delante de mis narices. Quería que viese usted el lugar antes de empezar realmente. Pasearse en persona por esta mierda es siempre mejor que esos libros suyos, eso se lo aseguro.

Se termina la cerveza de un trago y chasquea los dedos para llamar al camarero. *¿Algo de comer? Calamares.* Fabregat tiene hambre.

—Adrià Serra y Natalia Hernández se encontraron aquí por primera vez. No hay ninguna prueba de que hubieran estado antes en contacto.

—¿Tiene alguna grabación de las cámaras de seguridad del bar? ¿Alguna fotografía?

—Sí. —Una máquina funcionando—. Los *paparazzi* nos hicieron un favor.

Pone sobre la mesa otro juego de fotografías. El escenario: el interior de la barra del Eufòria desde una cámara elevada sobre un balcón que enfoca hacia el gentío. Natalia Hernández se inclina sobre la barra, codos abiertos, las manos entrelazadas debajo de la barbilla. Oriol Duran. Pelo castaño rojizo, patillas, flequillo lacio cortado sobre las cejas, bien parecido y él lo sabe: cuerpo de gimnasta.

Fabregat señala el contorno de la musculatura de Oriol con el dedo índice.

—Está cuadrado el cabronazo.

Oriol pide un whisky. Natalia le tira del hombro, le susurra al oído: No, dos. Natalia se da la vuelta, ha visto a alguien a quien conoce, regresa, pide una tercera bebida... ¿Para dos? Tres copas en las manos formando un triángulo. *Toma.* Duran le da una a Natalia. Las cámaras del bar lo capturan bien —la primera señal—, tres copas, pero no aparece una tercera persona, todavía no. Natalia se ríe. Lleva una blusa de seda con cuello de muñeca anudado con un lazo rosa. Prolijo, preciso. Discreta, aunque se puede adivinar el contorno del sujetador a través de la blusa, que se ve oscuro en la cámara. Lleva el pelo recogido en un moño bajo, negro y tirante, un maquillaje mínimo salvo su típico tono en los labios, y aquella piel ambarina e inmaculada. Se mueven nerviosas sus manos al hablar, agitadas, enérgicas, pero me da la sensación de que más bien se trata de un rasgo personal que de inquietud: no tiene miedo de él. No de Oriol, ella sonrío, íntima, las manos de Oriol extendidas, riéndose..., y él paga las copas, el camarero suelta una broma. Se ríen. Se mueven sus hombros; ella le toca el hombro a él; el gentío bulle, pero ellos viven al margen; ¿has captado eso?; ella lo tocó en el hombro; ¿y se marchan después? ¿Los dos, o él?

—Y Natalia, ¿cuándo se marcha del bar? —pregunto.

—¿Definitivamente? No estamos seguros.

—Entonces saben dónde está ella desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana aproximadamente.

—Sí. Los empleados lo confirman.

—Y después aparece muerta. Al pie de la catedral en brazos de Adrià Serra, que

la deja allí justo antes del amanecer, donde un barrendero encontró su cadáver.

—Todo correcto —confirma Fabregat.

—Bien. Regresemos a las fotografías del bar. ¿La tercera copa?

—Es para un joven con el pelo largo y negro.

—¿Adrià Serra?

Fabregat asiente.

Le doy vueltas a este hecho con la mirada puesta en el club cerrado.

—¿Estás seguro de que se conocieron en el bar? —le pregunto.

—Eso parece.

—¿El recorrido posterior de Serra?

—Nunca se aclaró.

—¿Cuándo llegó él?

—Entró por la puerta a la 1.23 de la madrugada.

—¿Acompañado?

—Por un amigo.

—¿Quién?

—Sjon de Vries. Un mierda bien conocido. Identificado ya un par de veces.

Camello. Holandés. Regresó a Holanda hace diez años.

—¿Cuándo se marchó Oriol? —pregunto.

—Antes que Natalia.

—¿La dejó allí sola? ¿En su propia fiesta? —La curiosidad se me debió de notar en la cara.

—Al parecer, tuvieron una discusión. Él no se siente bien por ello.

Fabregat se vuelve y hace un gesto al camarero.

—¿Quiere otra? —me dice.

—No. No puedo seguirle el ritmo.

Se ríe.

—*Senyor! Una canya, si us plau!* ¡Y agua para la chica! Es mucho que digerir —dice con la boca seca.

—El informe de nuestro forense revela que Natalia ingirió un cóctel letal de drogas entre sesenta y noventa minutos antes de ser atacada en el Gòtic. Los barbitúricos comenzaron a hacerle efecto cuando se marchaba del club. Ya tenía la lengua pastosa y andaba dando tumbos. Todo el mundo dio por sentado que iba borracha. Muy muy borracha. Nadie recuerda exactamente cuándo se marchó, pero calculamos que fue entre las tres y media y las cuatro de la mañana. Pensamos que Adrià la siguió a cierta distancia, que se había interesado en la actriz. Ella cruzó la plaza y bajó por aquella calle lateral. —Fabregat señala hacia el arco que hay frente a nosotros, en la esquina nordeste de la Plaça Reial.

—Entonces, durante un rato, no tenemos su imagen grabada por las cámaras —

dice apesadumbrado—. Baja por el carrer dels Tres Llits.

Sigo las grandes zancadas del inspector al interior del laberinto. Un callejón lateral cercano al carrer d'en Rauric.

—Alguien se encontró aquí con ella, aunque pudo haberse desmayado ya a causa de las drogas. Al contrario que en los demás casos, éste no fue sistemático ni limpio —dice Fabregat—. Fue un acto impulsivo. Apasionado. Brutal. El asaltante le perforó la arteria carótida con una cuchilla fina y afilada antes de apuñalarla en repetidas ocasiones y de cortarle la punta de la lengua. Fue todo increíblemente rápido. No tuvo tiempo ni de gritar. Los vecinos dijeron que no oyeron nada.

»Adrià debió de tropezarse con ella en ese estado. Es incluso posible que ella muriese en sus brazos. Por qué no nos llamó, no lo sé. Como una cuba, supongo. Estaba cubierto de su sangre. Son las marcas que hallamos en las zapatillas de Adrià. Coinciden todas con la sangre de ella. Y él llevó en brazos a Natalia por las callejuelas hasta la catedral, donde la dejó en los escalones para después quitarse él la vida.

Fabregat da puntapiés a las piedras.

—Cuando por fin seguimos el rastro de Natalia hasta este lugar, los barrenderos ya habían limpiado la mayoría de las pruebas, que se perdieron por las alcantarillas. De lo contrario, quién sabe qué habríamos encontrado. —Fabregat clava la mirada en la pared—. Fue estúpida. Si fue ella quien envió las cartas, entonces sabía al detalle lo que estaba pasando. Si de verdad fue ella, nena, ¿por qué no vino entonces directamente a mí si sabía que todo esto estaba sucediendo?

La voz del inspector de repente se endurece.

—El silencio es una elección —dice—. Es una decisión. Si ella lo conocía, entonces sabía lo que estaba pasando. Y, si ella lo sabía, bueno, será algo que tomar en consideración. Pero, si seguimos la línea de argumentación que plantea usted, sabemos que ella tuvo acceso a cierta información: supo acerca de cada una de las víctimas y conocía mi nombre. En caso de que Natalia Hernández estuviera lo suficientemente próxima a los asesinatos como para haber estado implicada en ellos... —Se estremece y guarda silencio—. Hace que mi propio fracaso resulte más doloroso.

Caminamos. Él repasa los detalles. Adrià cargó con el cuerpo de ella por aquí, a la plaça de Sant Josep Oriol, a Sant Felip Neri y después hasta la catedral. Pasó ante las iglesias en procesión, cargado con ella. Mientras escucho, siento que me voy soltando. Divago. Y aquí llega.

¿Hola?

La onda expectante. Una riqueza lúcida y neblinosa. No más de unos pocos segundos, pero parecerá más largo. *Descansa aquí. Sigue. Mantén los ojos abiertos.* Una chica de rostro luminoso pide unas copas en la barra. Medianoche: mejillas ameloconadas, decoradas por el sol, vaqueros sucios. Sobre la nariz tiene un arco de pecas como una media luna. Cuando se ríe veo valles y ríos que rebosan vida.

Tintineo de monedas en su bolsillo. ¿Vodka? ¿Ginebra? ¿Cerveza?

Tú decides.

La sigo entre la multitud.

El dulce vaivén de sus caderas. La soltura de las articulaciones de sus rodillas. Los hombres se vuelven para atrapar la estela de sus movimientos. Se llenan de su espectáculo con un ebrio placer. Es la reina de la sala. La música se condensa en una niebla de humo de tabaco. El hollín se funde con el paño que rodea su garganta, nada entre sus cabellos. Entonces reparo en él, de pie, en un rincón de la sala. *Observándola. Acechándola. Eligiéndola.* En la neblina resulta difícil discernir qué era real. ¿Qué aspecto tenía?, le pregunto a la visión. Pero no conozco su nombre. No puedo llamarle. Mi visión se emborrona. ¿Cuál había sido su porte? ¿El peso de su figura, la curva de su voz? *No mires.* Me sacudo. Bailo. Cambia tu peso de una cadera a la otra; baja tu centro de gravedad, los dedos se estiran en las sandalias, las piernas desnudas y morenas. Cada movimiento es pausado, con la respiración al ritmo *nu cumbia*. Paro. Tengo delante de mí a un desconocido. El rostro oscuro. El recuerdo borroso.

—¿Quién eres? —pregunta, y me huele el pelo.

Doy un paso atrás. No puedo distinguir su rostro. Pero es él. Estoy segura de que es él. Ella ha desaparecido entre todo aquel zoológico de carne, una masa informe de brazos, extremidades y labios que presionan para acercarse los unos a los otros, un millar de corazones que trabajan por un mismo fin: desesperados por un beso, una unión; no me puedo sacudir su mirada. Hay algo enervante en él. Veo cada uno de sus fragmentos. La sombra de la barba que dobla por su mejilla. La tela del cuello, leve sobre sus clavículas; la onda de cabello sobre su sien. Y aun así no lo reconozco. No soy capaz de hallar un nombre.

—No tienes que responder —dice él—. Si es demasiado personal, me lo puedes decir.

Se retuerce algo oscuro y profundo dentro de mí. Una mano que abre las páginas de este libro y me muestra el pasado, una sensación más fuerte que las palabras. Veo a Natalia Hernández con la sombría silueta de un hombre. No es Adrià. No es la noche en que ella murió. Es una noche muy anterior, en un pasado lejano. *Yo soy para ti y tú eres para mí.*

Cuando cierro los ojos, esto es lo que oigo.

Una palabra pronunciada en voz baja y grave.

Sígueme.

Camino con Fabregat y siento la opresión de las callejuelas. Nos dirigimos al norte a través del Call, el antiguo barrio judío. *Graffiti* en puertas de madera cerradas. Seguimos el rastro de sus pasos. Segunda sombra: un hombre que le besó la mano. Caminó con ella hasta un punto situado aproximadamente a un kilómetro y medio, elevado sobre la ciudad. Es una senda polvorienta que serpentea por la montaña que se asoma al mar. La carretera de les Aigües. *No puedes verle la cara, pero sí sentir*

sus dedos, piel frágil y desnuda. Aquí hay un banco. Un mirador cerca de un limonero y una vid silvestre. Ella se sienta en el banco de piedra con las rodillas juntas. Inspira el olor de los pinos. El dulce aroma cítrico del eucalipto. A sus pies, la ciudad se queja, se estira somnolienta y aletargada en una satisfacción lujuriosa de ojos adormilados. Él coge un limón del árbol, saca una navaja del bolsillo y raja la piel del cítrico. Corta una rodaja de la pulpa de la fruta, y a ella le da la piel para que la saboree. «Querida, maca, saca la lengua». Él toma la pulpa del fruto entre los dedos y se la coloca a ella en el centro de la lengua. Gotea de sus dedos el zumo del limón. Dos hojas de la vid silvestre detrás de las orejas de la chica. Él corta dos rodajas más, una para cada uno. Las luces avanzan sobre los chapiteles astrales de las catedrales, y más adelante siguen ambos guardando silencio mientras descienden por la senda de arena hasta el coche, en la estación bajo el Tibidabo. De nuevo. Observa de nuevo. Ahora están bailando. Las manos del chico recorren los brazos de ella, los ojos de él jamás se apartan del rostro de la muchacha. No sé nada de él. No puedo verlo con claridad. Ni su historia, ni su credo ni su origen. Es un fantasma surgido del éter de esta cálida noche junto al mar. Quiero mostrártelo —se abre el corazón de ella—, ¡quiero mostrarte el amor! Contarte que cuando él vino a mis sueños, se sentó en los pies de la cama, mirándome. Me muevo cuando siento el peso de su cuerpo contra mis piernas, entre las sábanas, provocando que mis caderas rueden al frente de un modo muy leve. Ahora ves que estoy despierta. Saca la mano y tócame la mejilla. La veo desperezarse. Un pez koi naranja desciende a nado por la espalda de seda. Cabello negro, y apelmazado, y enredado, cae dando tumbos. Pies pequeños sobre un suelo frío de baldosas. Descalzos y helados. Veo la vaciedad en él, su condición ausente. La aprensión me atenaza el estómago. En la visión me tropiezo en las baldosas, pero capto la mirada de la chica, que se mueve y me atraviesa sin ver. Buscándolo a él.

Llamándolo: *Maco? Maco, ¿dónde estás? Joven como una flor. Pronto morirá. Natalia Hernández. Parpadeo. Doblamos una esquina. Ella desaparece.*

—¿Está bien, nena? —pregunta Fabregat con la mano sobre mi hombro. Hemos salido a la plaza abierta que hay delante de la gran catedral—. Que no se le olvide respirar.

VI

LA

CORRESPONDENCIA

DE LLEWELLYN

SITWELL

Volumen 2

A Llewellyn Sitwell
del
Capitán Charles Leopold Ruthven

Sitwell. Libérese de tanto disparate. Cuando se encuentre frente a los registros que han guardado los monjes de la abadía de La Real y los escritos históricos de obra y vida y relatos y diarios de amanuenses religiosos encontrados, etc., recuerde que verá usted la huella de la Orden allá donde la tortura y las mujeres coinciden con el poder. En Inglaterra hemos soportado una versión disoluta de dichos horrores; bajo la inspiración de la obra de tales hombres como el duque de Wharton en 1719, quien abandonó el club para convertirse a la masonería... Estas organizaciones han calado en Europa y, por tanto, permiten a los hombres de elevada reputación tener una doble vida y moverse como si fueran dioses en las esferas públicas, mientras que por las noches moran en la obra del diablo y se convierten en libertinos, asesinos y sádicos..., y, aun así, tienen la descarada audacia de llamarse hombres de Dios. Al igual que tantos fanáticos, carecen de sentido de lo paradójico. Creí al principio que tal cosa era producto de una vulgar fascinación con la mecánica de la tortura durante la Inquisición, pero he llegado a percatarme de que los Asesinos de la Palabra son de un vehemente antipaganismo y se sienten particularmente ofendidos por la nueva oleada de interés en nuestros antecedentes de culto a la diosa. Producen en mí un intenso rechazo, pues soy gnóstico por creencia. Peor, amo profundamente a Rex Illuminatus. El principio rector de aquéllos descansa en la erradicación de la brujería. Su fundador, conocido tan sólo como el Duque, fue pionero en este menester. Jamás ha habido lista alguna de miembros de los Asesinos de la Palabra: toda prueba de ellos ha sido destruida, y lo poco que resta conduce a un organismo secreto como aquel de los masones, aunque tengo la certeza de que este grupo tiene su origen en la Era Oscura. Profesan el juramento de destruir dos cosas: la adivinación en las mujeres y la alquimia, materias ambas que ellos consideran formas de transmutación proscritas en la Biblia. De resultarle esto sorprendente, sepa usted que en el afamado manual del cazador de brujas, el *Malleus maleficarum* (muy edificante), los detestables señores Heinrich Kramer y James Sprenger abren su diatriba contra la brujería con un frecuentemente ignorado ataque sobre la alquimia, y cito de quebradiza memoria:

No seducen los demonios salvo por el arte. Mas el arte no ha de contener verdad. Razón por la cual, en el capítulo sobre «Minerales» se declara que los alquimistas que afirman transmutar una especie en otra por medio de las artes han de saber que las especies —fueren animales o minerales— no se pueden transmutarse.

Y desearía llamar también su atención sobre el *Canon episcopi* (del siglo x) en el Decreto de Graciano, que rechaza la creencia de que ciertos miembros del sexo débil son capaces de la transformación, aunque sugiere que las mujeres adoran a la diosa Diana en secreto y cometen, por tanto, actos de herejía, y que además se reúnen en vastas congregaciones y creen poder transmutarse en animales así como el alquimista transmuta el plomo en oro, y, de esa manera, impide la fe pagana en la metamorfosis. La explicación para tal jolgorio siempre degenera en supuestos pactos con el diablo y otros demonios que capacitan para la «transformación» o «transmutación». Estos hombres son contrarios a la ciencia y al arte, dos cosas que en mi condición de caballero de reina y patria he jurado noblemente defender —me apresuro a decir que son las únicas cosas que me importa defender— y espero que se sienta usted obligado por el honor a obrar del mismo modo. Dirijo su atención también hacia el *Margarita*, de Martín de Opava (fallecido en 1278), y su obra sobre la alquimia: «*Parece ser la alquimia*

un arte degenerado a razón del hecho de que aquel alquimista que se creyere capaz de transmutar una especie en la otra, salvo por la benevolencia y majestad de Dios, es un hereje y un infiel, y mucho peor que un pagano». Contiene también pruebas interesantes la retórica de Alfonso de la Espina —*Fortalitium fidei* (1459)— cuyo sentir rememora lo siguiente: «*Muchos son los alquimistas cristianos viles y perversos que son engañados, habiendo confraternizado con demonios, en la creencia de que transmutan hierro en oro por medio de su arte*».

Proseguiremos en adelante.

CAPITÁN CHARLES LEOPOLD RUTHVEN

P. S.: Búsqueme en Londres. En breve me encontraré en mi club. *Suponiendo*, por supuesto, que aún siga con vida.

*Valldemossa, Mallorca,
19 de noviembre de 1851*

Katherine, amor mío, la curiosidad me ha condenado al destino del más miserable de los peones. Cuando comencé a entender a Rex Illuminatus, mis tutores de Cambridge ya me advirtieron de que sus omisiones y oscuridades podrían conducirme a la práctica locura. Tal vez aquellas palabras no fueran vacías. Unido esto a la información que he recibido de Ruthven, me siento envuelto en la confusión. Mi vida se ha convertido en una de esas novelas que con tanto entusiasmo solía leer, y, si bien tú me dijiste, Katherine, que si me dedicaba a buscar monstruos, los encontraría, no creí en un principio cuán ciertas eran tus sutiles palabras. Me he visto asediado por la mala suerte y los malos humores desde que partí de Barcelona. En la penosa mañana de mi partida de la ciudad, el lacayo Hebilla de Latón me condujo al puerto y me subió a un paquebote con rumbo sur hacia Mallorca. Ruthven no me acompañó, temeroso como está de abandonar la salvaguarda de su domicilio, pero se cercioró de que llevase los documentos encima. Le aseguré que me esforzaría cuanto pudiese por ayudarlo y haría todo progreso necesario en la ayuda y protección de un amigo. En cuanto a los hombres que lo acechan, si lo que Ruthven me cuenta de sus métodos fuera cierto, entonces estoy seguro de que su aniquilación es una causa digna, y estoy dispuesto a prestarme a ella. A tal fin, llevé una carta del capitán Ruthven a su amigo y aliado el padre Lloret, sacerdote de la Santísima Trinidad en el pueblo mallorquín de Valldemossa. Fiel a su palabra, Ruthven pagó mi pasaje, un buen camarote en primera clase, y me envió como su mensajero con un firme apretón de manos. Sus ojos, sin embargo, tenían la angustiada mirada de la desesperación, y aquella misma mañana había pronunciado numerosos comentarios ominosos al respecto de que ésta fuese nuestra última despedida. Al contrario que su señor, el criado no sentía tristeza alguna por verme marchar, invadido su ser de un aire de brutal animosidad. Vi cómo el rostro del lacayo del capitán Ruthven se iba fundiendo con las rocas, y el continente no tardó en convertirse en poco más que un borrón oscuro en el horizonte. Medité entonces acerca de la inefable tristeza del viajero. Katherine, no lo habría creído posible, pero no hay nada que me resulte más deprimente que un horizonte que desaparece y se deshace en la niebla sobre el agua. Mis ánimos se apagaron con melancolía. Mis sueños se vieron invadidos por cuanto había presenciado, que me alteró profundamente. No había aprendido de Ruthven cuanto deseaba. No había resultado Barcelona como me esperaba. Pensaba en todo aquello cuando el mareo se apoderó de mí. Pasé la mayor parte de mi viaje entre dolor y pena, reflexionando acerca del cadáver de la mujer que había visto. La injusticia se me clavaba como una espina. Las tormentas nos golpearon desde todas las procedencias; nubes de amarga y fría humedad surgieron del mar para verter aguaceros y crepitantes relámpagos, y las olas azotaron el casco de la nave y empujaron a nuestro velamen a surcar la superficie del mundo. Por un tiempo, creí que perecería en el trayecto, presa de las garras de un temporal salvaje como jamás hubiera visto ni sentido; mi viaje estuvo marcado por un viento que perseguía mis huesos y por mis compañeros de camarote temblando de miedo. La lluvia no cesó en el puerto de Palma, donde me esperaba una calesa que había contratado para que me trasladase a Valldemossa, a una jornada de distancia de la capital. No me había imaginado que fuese la isla tan montañosa ni tan violenta en su belleza.

Dios ha esculpido Mallorca con la forma de la cabeza de un hacha; y sus mujeres, según me cuentan, en ciertas épocas del año se alimentan de ratas de agua, consideradas una rara exquisitez en los entornos más rurales. La vegetación de la isla es silvestre y exuberante; los senderos, rocosos y escarpados. Mientras seguía azotando la lluvia, mi pobre cochero empapado trataba con bravura de coronar la sierra y los caballos se asustaban con la climatología, yo me entretuve mirando por la ventanilla de la calesa. De

camino a través de las bajas faldas de las colinas, pasé por campos donde las pobres ovejas estaban completamente empapadas. Una vez llegado a Valldemossa, seguí las indicaciones de Ruthven y me dirigí a las estancias de la cartuja. El pueblo no es grande, y las gentes en su mayoría amigables. En la puerta del alojamiento salió a mi encuentro una mujer de voluminosa pechera que solicitó mi nombre y me cobró el alojamiento. Cuando le pregunté por el padre Lloret, se le ruborizaron con intensidad las mejillas y habló con un niño pequeño que jugaba en una antesala. El niño desapareció de inmediato, y allí quedé yo perplejo. La mujer me instó a guardarlo y me ofreció una taza de cacao, que recibí de buen grado y con gratitud, y media hora más tarde apareció en la puerta un hombre con atuendo de campesino, sombrero rural y un cayado de pastor en la mano. El hombre se sacudió la capa en la puerta y dejó su sombrero empapado de agua en una percha, y con grandes trancos vino a saludarme. «¡Maestre Siitweell!», vociferó con un entusiasmo que sacudió mis expectativas. Era un hombre amable, con rostro alpino, ojos de almendra y unos labios rústicos muy dados de inmediato a la sonrisa. Puedo entender el motivo del sonrojo en las mejillas de la buena mujer, pues tal vez sea éste el sacerdote más pícaro con el que me haya cruzado: su semblante varonil se adorna con una barba negra y bien cuidada, sus ojos brillan. Sitúo su edad en torno a los treinta y cinco. Lloret sonrió cuando le dije que había conocido a Ruthven. Me sentí sorprendentemente cómodo en la compañía del sacerdote. Se mostró cálido y jovial, en extremo alejado de las vampíricas sombras de Ruthven, y me fue difícil imaginar cómo se había forjado su amistad, tan dispares parecían el uno y el otro. Lloret me pidió que lo acompañase a sus aposentos, y me ofreció salir de la cartuja cuando la lluvia hubiera remitido. Cruzamos el pueblo a buen paso y dejamos atrás varias casas de labranza. Las viviendas no cuentan aquí con cocina en su interior, sino con unas pequeñas chozas al otro lado de la calle, de manera que, en las horas de las comidas, se pueden ver a madres, a esposas y a hermanas cruzando los caminos de adoquín para preparar los alimentos, protegidos (tal vez de manera más salubre que nuestra costumbre inglesa) de los animales que pueblan los bajos de las casas. Conforme desfilamos, me sentí muy observado, como una anomalía.

—Extranjero —me tranquilizó Lloret—, no tema. Ahora que se ha paseado conmigo, nadie pensará mal de usted.

Ante su mesa, Lloret me ofreció un vaso de vino tinto y sacó un cuenco redondo de barro con aceitunas. «De la última cosecha», me dijo orgulloso e insinuó que sus amigos los monjes las habían cultivado. Le entregué la carta de Ruthven. Me preguntó si podía tomarse unos instantes para leer su contenido. El sacerdote estudió la carta con atención antes de dejarla sobre la mesa, suspirando. Decidí entonces que era un hombre bueno y honesto, al ser yo testigo de la emoción que se asomó por su rostro.

—¿Cuánto sabe usted? —preguntó él.

Le conté lo que había visto. Siguió un contundente interrogatorio: ¿se había reunido alguien más con el capitán y conmigo? ¿Conocía alguien mi actual paradero? ¿Confiaba yo en su criado? Le respondí que no. Lloret frunció el ceño. ¿Había escrito yo cartas, o había compartido confidencias con algún individuo cercano a mí? No le conté, Katherine, que a ti te escribo para contarte todos mis secretos, algo inusual, pues me considero honesto a decir basta, pero él me pareció ser un hombre que podría sacar provecho de esta debilidad y forzar el silencio entre nosotros, una perspectiva que, francamente, no puedo tolerar.

—Eso está bien —dijo Lloret cuando hubo finalizado—. Ha escapado usted con su reputación indemne. —A continuación insinuó que había sido sabio por mi parte el mantenerme a cubierto—. Dios ha estado con usted. Cuanto mayor sea la inocencia que usted preserve, mejor —declaró Lloret ominoso—. Me resisto a revelar nada, si bien Ruthven me ha pedido que comparta cuanto sé. El capitán se ha enemistado con una clase de gente muy poderosa y diabólica. Estoy preocupado por su integridad y, por ende, por la de usted, *anglès*. Lo ha convertido en alguien más vulnerable de lo que probablemente cree.

Los campos a la espalda de Lloret estaban cubiertos por un dosel de tormenta. Los árboles se sacudían su carga. Oí el estruendo del trueno y me ceñí la capa sobre los hombros.

—¿Y qué hay de los hombres que acechan a Ruthven?

—Forman una organización anónima que actúa dentro y fuera de Cataluña; su líder es conocido como el Duque, aunque no sé muy bien de qué ducado. Está formada por descarados miembros del clero y la alta sociedad, dedicados al exterminio de los libros prohibidos. Por un tiempo, los creímos desaparecidos en el seno de la historia, como tantos otros demonios antes que ellos, convertidos en leyendas, acicate de cuentos de hadas. Habrá oído usted hablar de licántropos y vampiros, sin duda.

—He leído los relatos del dom Calmet.

—Ciertas verdades son peores que los mitos. No se puede buscar la llama sagrada sin hallar su igual y opuesto, maestre Sitwell.

Me estremecí ante la idea de los bocetos que tracé en mis diarios, los que ilustraban la mujer que vi con Ruthven.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con Rex Illuminatus? —pregunté.

—Como tantos pensadores de su era, Illuminatus se labró fuertes enemistades, la mayor de todas fue la del inquisidor general de la corona aragonesa, Nicolau Eimeric de Girona. ¿Conoce usted ese nombre, maestre Sitwell?

Le di a entender que no.

Lloret se santiguó dos veces.

—Ruthven me pide que le hable a usted de este inquisidor, y les voy a hacer este favor. Eimeric fue uno de los nuestros..., no de nuestra orden, pero sí de nuestras inclinaciones: fue un pastor ante Dios, pero ante los hombres fue un monstruo que detestaba a nuestro Illuminatus. Eimeric creía que el Doctor era un hechicero y un hereje que mantenía una ponzoñosa influencia sobre la sociedad. Eimeric se hizo popular por perforar con clavos la lengua a los herejes para evitar que pudiesen hablar: estudió métodos para torturar y atemorizar, la mejor temperatura para quemar a una bruja..., las más efectivas claves del dolor.

Lloret arqueó una ceja y me miró:

—¿Prosigo? —preguntó.

—Sí —afirmé con seriedad, y me imaginé qué aspecto tendría la lengua de una persona si la perforasen con un clavo.

—En 1376, el gran inquisidor publicó lo que se convertiría en el manual definitivo de la Inquisición española, el infame *Directorium inquisitorum*. En él expresa una gran desaprobación de la alquimia, pero no sería hasta veinte años después cuando escribiese *Contra alchimistas*.

—De éste sí que he oído hablar —respondí.

—Permítame que le asegure que se trata de un libro vergonzoso. En su *Contra alchimistas*, Eimeric expuso las herejías de los filósofos alquimistas que levantaron gran pasión en Cataluña y en el resto del mundo. Una vez concluido su tratado, el inquisidor envió de inmediato el libro a Roma con la exigencia de que se erradicaran las obras de Illuminatus. Tengo aquí un ejemplar. Rex Illuminatus era un artista, algo que Eimeric detestaba por encima de todo lo demás.

Lloret se dirigió con parsimonia a una estantería, de la cual extrajo un libro fino y polvoriento. Lo abrió por una página marcada con una delgada cinta de paño. Señaló el texto en latín y me dijo que leyese. Lo traduzco para ti:

A través del arte, los alquimistas buscan imitar la vida, cuya imagen y figura invocan de manera incansable. Estos copistas incurren en falsedad en su creación de nuevas obras, pues no pueden imitar a la perfección la vida en lo referente a sus rasgos, muy en especial los rostros. Es más, el alquimista no es capaz de imitar la vida en ninguno de los sentidos del vocablo, pues todas las imitaciones han de ser falsas y corruptas por definición, y han de estar privadas de movimiento, del canto, de toda consciencia y pasión, dado que el arte no puede conjurar el vuelo o el canto de las aves, ni los olores o los sabores de los bosques, ni las virtudes o las deformaciones de los hombres.

—Ah —dije yo fingiendo entenderlo.

El sacerdote se comió una aceituna lentamente, antes de informarme de cuanto sigue:

—Conocí a Ruthven cuando vino a visitar nuestros archivos en su intento por localizar un libro mágico proscrito por Eimeric en 1396. Su capitán llegó armado con un mapa tallado en una esmeralda, una reliquia que cayó en sus manos durante la guerra de la Independencia del Perú. Este mapa nos condujo al descubrimiento de un palimpsesto sagrado sobre el que Rex Illuminatus había escrito, y que yo le ayudé a extraer de un libro de horas que más tarde oculté entre los muros de una capilla al nordeste de nuestro monasterio. —Lloret hizo una dramática pausa antes de proseguir—. Esta verdad es tan sólo conocida por su capitán y por mi persona. —Me cogió la mano con firmeza—. Y ahora Ruthven me solicita que la comparta con usted.

»Maestre Sitwell, Illuminatus dotó su escritura de una gran sabiduría, un lenguaje tan sólo accesible para un erudito, un lenguaje santo que permite al espíritu mortal del individuo comunicarse con Dios. —El rostro de Lloret irradiaba luz—. Un lenguaje que habría arrebatado el poder a la Iglesia situando al Espíritu Santo en los labios del individuo, fuera de las estructuras de los edictos papales. Este lenguaje convierte al orador en un recipiente vivo de la creatividad divina. Milagros, maestre Sitwell. ¿Ha oído hablar de ellos?

Afirmé con un gesto de asentimiento.

Lloret sonrió levemente.

—Antes de que abandone esta isla verá maravillas grandiosas y terribles, eso se lo aseguro. —El sacerdote hacía sonar un ligero tamborileo de los dedos sobre la mesa—. Ha de resultarle peculiar,

maestre Sitwell, el hecho de que sean los escritos de un alquimista largo tiempo atrás fallecido los que guíen su destino.

Dicho aquello, me cogió la mano y sentí su calor, la sangre que le corría por las venas. Ahora me doy cuenta de que la aventura es tan impredecible como los hombres. No cabe la menor duda de que tan sólo la puede uno vivir tal y como ésta se presenta, cuando se presenta. Pensé en una ingente cantidad de cosas mientras escuchaba a Lloret, pero no mencioné ninguna de ellas. Me he afanado por retener todo cuanto pasó entre nosotros, y trataré de ser tan preciso como me sea posible: Lloret me ha hecho hincapié en una comprensión de los hechos de las pasadas semanas, unas palabras las suyas que contenían tan inquietante horror que no me veo capaz de forzarme a repetir las ni siquiera ahora por escrito. Pasando por alto estos detalles escabrosos y vulgares, te revelaré de forma breve lo que sucedió.

La voz de Lloret se atenuó conforme hablaba:

—El capitán Ruthven le dijo a usted que entregase un objeto en su nombre. Un objeto que salvará la vida del propio capitán. Esto es un juego de palabras ruthveniano. Lo que él desea que entregue usted es «gnosis», maestre Sitwell. Conocimiento. Le ha dado a usted instrucciones para que entregue dicho conocimiento a una persona: una mujer que salvaguardará este secreto, pero que carece de poder alguno sobre el destino del capitán. Lo que usted salvará es su legado. El legado del objeto que porta usted.

Asentí. Habíamos discutido aquello mismo en su casa.

—Él ha pedido que yo comparta con usted este conocimiento. ¿Está seguro de que desea continuar avanzando por esta senda? —me preguntó Lloret.

Se lo aseguré de todas las formas posibles y demostré mi lealtad, aunque en secreto me resultase desconcertante en extremo.

—Valerosas palabras —me elogió Lloret—. Ruthven cree que Illuminatus y la Orden están relacionados tanto por las circunstancias como por el infortunio. Esto lo debe entender usted. En 1376, un misterioso acólito de Eimeric bajo el nombre del Duque formó una organización secreta, una red soterrada de espías que buscaba herejes y los vejaba de manera brutal. Estalló un pogromo contra Illuminatus cuyo resultado fue una bula papal que prohibió ciento veinte de sus obras, al tiempo que censuraba su doctrina dentro de la Iglesia. Siguió de inmediato una segunda oleada de ataques espoleada por el éxito del Duque en Roma. Flavio Clemente, un alumno de la facultad de Teología de la Universidad de París, orquestó la condena oficial de las obras de Illuminatus por parte de los teólogos y la prohibición del estudio de sus escritos en la universidad. Los resultados fueron desastrosos.

»En 1396 se formaron dos facciones —entonó Lloret con solemnidad—. Los que guardan las artes secretas de Illuminatus y los que propugnan las prácticas del amigo de Eimeric, el Duque. Sus seguidores nos han combatido de manera encarnizada, contrarios a Illuminatus que impidieron la publicación de sus textos, quemaron manuscritos allá donde les fue posible y crearon libros falsos con tal de desacreditar el nombre de Illuminatus. De las doscientas setenta y siete obras de Illuminatus de las que tenemos constancia, no menos de doscientas setenta y tres se han perdido para la historia. Se trata de una guerra que aún se libra en nuestro siglo, maestre Sitwell, con defensores de Illuminatus como yo mismo luchando por proteger su obra a cada paso del camino. Hoy en día, sus enemigos se encuentran aún entre nosotros, y regresarán.

Una lágrima se formó en la comisura del párpado de Lloret. Se la secó con la esperanza de que yo no la hubiese visto.

—Estoy seguro de que el capitán le ha hablado sobre sus teorías acerca de la inmortalidad del gran Illuminatus, ¿cierto?

Asentí.

Lloret suspiró.

—Rex Illuminatus, como usted lo llama, ingirió un elixir de longevidad filosófica, no física; aquí es donde Ruthven y yo hemos diferido. Yo creo que sus ideas son inmortales, y, por lo tanto, es su alma lo que sobrevive y no su forma corpórea. Fue un doctor del alma, maestre Sitwell, no un alquimista de los metales. No se crea usted ese asunto del elixir de la vida. Illuminatus vive en nosotros, y aquí es adonde lo llevamos. —Se señaló el corazón con dramatismo—. ¿Qué tuvo Illuminatus que lo atrajo a usted hacia él? —quiso saber el sacerdote.

Le conté que había empezado a leer su obra durante mis estudios en Cambridge y que el místico se me apareció en sueños. No mencioné que en aquella época yo hacía mis escarceos con el helenismo romántico, pues no lo vi oportuno. Hablamos largo y tendido al respecto de la relevancia de dichos sueños, que ya he compartido contigo y no repetiré. Me sentí muy cómodo hablando con este hombre cuyo rostro inspira la honestidad más intensa y cuya pasión por su Dios parece de lo más genuina. Bebimos juntos y comentamos su historia en el seno de la Iglesia y su visión para el futuro de Mallorca.

Se mostró muy hospitalario, con hambre de mundo a pesar de no haber abandonado nunca esta isla. Una hora más tarde le pregunté dónde había aprendido a hablar inglés, y me respondió que de los libros por entero, lo cual explica su peculiar acento. Cuando se puso el sol, cesó la lluvia, y Lloret sugirió ir a dar un paseo por la campiña.

—Se encuentra bien a salvo conmigo —dijo el padre Lloret con el resplandeciente campanario ante nosotros. Alargó la mano y tocó una cruz de piedra, y me invitó a hacer lo mismo—. Es muy probable que Illuminatus caminase por aquí, en contemplación —dijo—. La vida puede ser algo muy desagradable si no la gobierna uno bien. Muchos de nosotros albergamos pesares, y la violencia es un fin que se ha de evitar, si Dios le da a uno elección. —Hizo entonces una pausa al atisbar mis malos humores—. Venga.

Me hizo un gesto con la mano y nos adentramos de paseo en el bosque, para desandar nuestro camino hasta los límites del pueblo. Había pasado la tormenta, y sentí en mí el primer alivio desde que llegase a este refugio.

—Mañana —dijo Lloret al dejarme ante la puerta de la cartuja— iré a buscar a De la Font y su *Vita Coetanea*.

Me retiré a mi habitación y comencé a escribirte estas letras con mi única y maloliente vela. Te echo de menos con horror, si bien este lugar ofrece cierta forma de paz. ¿Qué he hecho yo para merecer este purgatorio? Por mucho que para mí lo deseara, lamento el día en que me aparté de ti. No dejes de escribir, pues siempre estoy necesitado de tu fortaleza y tu consejo.

Tu amado y siempre cercano,

SITWELL

*Valldemossa, Mallorca,
6 de diciembre de 1851*

Katherine, no he recibido aún respuesta de tu parte, pero supondré que tal cosa se debe a inconveniencias en el correo más que a tribulaciones en tu corazón. No obstante, ¡te obsequiaré con unas historias! Hoy me he despertado con el sol. Conforme la masa incandescente se recogía las faldas por Oriente, he surgido de mi aposento en zapatillas y he ido a sentarme en nuestros jardines privados. Una experiencia que ha sido un embeleso. Se ha iluminado el cielo, y los pájaros bailaban por las ramas desnudas de un abedul de plata. He sentido cómo se deslizaba de mis hombros el peso de las inquietudes del anochecer y he decidido salir a dar un paseo de inmediato. Sólo me he llevado unas pocas monedas, me he dirigido hacia la senda de cabras que conduce a Deià y me he detenido a comprar un mendrugo de bizcocho de patata y un trozo de queso de oveja. Por mucho que haya leído la obra de Illuminatus —tanto tiempo discurrido en bibliotecas, despachos y claustros estudiando sus tratados sobre el amor, Dios y el hombre— jamás entendí su importancia hasta ahora, cuando miro hacia el cielo y el mar y me detengo a partir el pan sobre las raíces de una olivera; ¡Oh! ¡*Olea europaea*! ¡Te cantaré a ti sus alabanzas! La corteza nudosa y salpicada de humedad, prieto fruto de invierno verde y púrpura, espolvoreado de un fino manto blancuzco; y la tierra en sus raíces, de un sangriento rojo arcilloso. Acabé por llegar a un campo de olivos tan añejos, con sus regias ramas enfundadas en hojas de argento, su fruto escaso, entre muros de piedra que se vienen abajo... Y —¡por Dios lo juro!— los olivos que he encontrado son tan antiguos como las obras de Illuminatus, si no más. He regresado a través de un portal y aquí me encuentro sin reloj, ni razón ni orden, libre de respirar el aire sin más. Me siento despojado: ¡todo mal humor, todo temor quedó en el camino que conduce a esta silvestre iglesia del mundo! No es de extrañar que en esta gruta se le ocurrieran al eremita obras verdaderas, ¡ante tan majestuoso panorama! ¡No cabe en su mente la duda de que se encuentra en comunión con algún nebuloso hacedor! Y, aunque a diario me enfrento con mi propia facilidad de persuasión, mi confusión al respecto de los verdaderos motivos de mi presencia en esta isla, querida Katherine, debo admitir que me siento animado y fortalecido por mi imperecedera fe en el mundo y mi muy profundo ardor por la dueña de mi corazón.

Con amor y admiración,

SITWELL

Acababa de iniciar mi propia traducción de la obra del alquimista cuando el padre Lloret me interrumpió de forma grosera. Ha entrado de golpe por la puerta de mi habitación, vestido con un sobretodo negro encima de su hábito exterior.

—¡Gracias a Dios que está a salvo! —exclamó—. ¡Vamos, rápido! ¡Debemos partir de inmediato!

Antes de que yo pudiese responder, el sacerdote sacó dos pistolas de debajo de su abrigo.

—¡Alce los brazos, Sitwell! —me ordenó, y me ató un arma de fuego a cada una de las caderas antes de soltar en mis brazos un sable que debía llevar cruzado en la espalda—. ¿Sabe usted disparar en condiciones? —me preguntó—. Nuestra senda me impide abrir fuego, pero, en caso de necesidad, usted deberá hacerlo.

El nerviosismo me provocó la risa y le respondí que bien me podrían tomar por un bandolero, armado hasta los dientes como iba. El sacerdote me puso la mano en el hombro y acercó el rostro al mío:

—El gusano ha aparecido, maestre Sitwell.

—¿Le ruego que me disculpe? —tartamudeé.

—¡Recoja sus cosas! —tronó la voz de Lloret—. Marchamos esta noche al encuentro del Ruisenñor. Ella responderá a todas sus preguntas.

Guardé silencio, muy perturbado por aquella muestra latina de emotividad. Dicho aquello, abandonamos las habitaciones con el juramento de De la Font de guardar el secreto. Los ojos de la mujer se fijaron en las pistolas en mi cintura. Lloret me subió a un caballo que estaba amarrado a la cartuja antes de montar un segundo corcel. Los cascos levantaron un estruendo por las calles adoquinadas. Hicimos camino veloces y ascendimos para abandonar el valle de Moisés. No había salido aún la luna, y el cielo era negro y estaba lleno de estrellas, revestido de sus mejores galas. Decidí calmarme, mirar hacia arriba y observar cómo titilaban las luminarias para mi tranquilidad. De repente, Lloret tiró de las riendas de su caballo hasta detenerlo. Se me erizó el vello en la nuca y me llevé la mano a la pistola. Nada había oído yo, pero ¿quizá habría sentido él algo?

—¡Mire! —suspiró Lloret y señaló hacia adelante.

Ante mis propios ojos se abrió la cimeria oscuridad con la estela de un velo neblinoso, como un humo que surgiese de la tierra. Creció con fuerza la neblina, y a grandes zancadas pasó del resplandor de un polvillo a una radiante irrupción de oro blanco que surgía del negro caballón como una deidad numinosa, orbe de la cosecha que consumía el cielo. Las estrellas se apagaron en una sombra, ¡tan conmovidas por su presencia estaban!

—¡Agradados somos, maestre Sitwell! —exclamó Lloret mientras el celestial brillo de aquella luna se apoderaba de los ojos llorosos de la yegua.

Apareció el sudor por la grupa del caballo. Me ardían los músculos, pues no había cabalgado en muchos meses y, a pesar de ser un hombre saludable, no estoy acostumbrado a recorrer tan veloz los terrenos escarpados. Mantuve, sin embargo, un rumbo constante; la yegua se portó bien, y me cuidé de que no tropezase, pues escogimos una senda a campo traviesa. Así viajamos por varias horas, adentrándonos más alto en la sierra, antes de llegar a un amplio claro recortado contra las montañas. En el extremo opuesto de un llano rocoso distinguí la danzarina llama de una vela. El humo ascendía por la chimenea de una cabaña baja de piedra. La luz de la luna inundó el patio donde las gallinas dormían en su corral. Un perro pastor ladró un par de veces desde el interior de un establo mientras un gato maullaba lánguido. Lloret desmontó y plantó las botas en el suelo. Hice yo lo mismo y le entregué las riendas de mi yegua al sacerdote, que ató las bestias empapadas a un poste junto a un abrevadero. Los caballos daban lengüetazos sedientos al agua mientras nosotros les quitábamos las sillas y les frotábamos el sudor con una manta, para dar calor a su tensa y húmeda musculatura, antes de que Lloret los condujese a un establo en ruinas donde pasar la noche. Cruzábamos el patio con paso decidido cuando se abrió de golpe la puerta de la cabaña en la visión más hermosa que haya presenciado en mis viajes. Debes perdonarme por expresarme de este modo, pero es cierto. Contemplé un cabello negro y espeso, rizado como el mar y recogido en un cúmulo detrás de las orejas de la mujer. Ojos grandes y profundos con los párpados caídos como las efigies de los santos. Lucía un frágil cordón dorado contra la garganta del que colgaba un pequeño pájaro metálico de delicadas alas extendidas sobre su pecho. El vestido que llevaba era rústico, de bastas mangas de algodón con un puño a la altura del codo y una amplia enagua embarrada bajo la falda. No era elegante ni menuda, sino terrenal y fuerte, con un porte de orgullo que no había visto nunca en una mujer.

—¡Bienvenidos! —dijo en alto hacia el patio—. ¡Lloret! ¡Senyor Sitwell! ¡Bienvenidos!

De pie en el umbral de la puerta, iluminada por el fuego a su espalda, sentí que era una segunda luna que se elevaba de las fauces de esta vasta montaña. Era una diosa, severa y ominosa. Seguí los pasos de Lloret y me dirigí con torpeza hacia ella, arrebatado por la visión, y no pude evitar el pensamiento, como hombre, de que aquél era el motivo de que el sacerdote se prestase al favor solicitado por Ruthven. Está enamorado de esta mujer, Kitty, tan seguro como yo te amo a ti, pues ¿qué sacerdote u hombre podría resistir tal prueba de belleza? Sin embargo, desterré la idea y la relegué al reino de lo intelectual, lo malicioso y lo falso, pues confío en Lloret en lo tocante a su fe, por mucho que no la entienda yo. La ternura que observé en el rostro del sacerdote y el roce de su mano sobre el brazo de la mujer me hicieron pensar de nuevo que había cruzado a un reino diferente, algún lugar donde las normas de conducta no fueran tal y como yo las había imaginado.

En el interior de su cabaña había una desagradable oscuridad. Las ventanas eran pequeñas y estaban bien cerradas. La cocina, dominada por la presencia de un caldero metálico que burbujeaba sobre un fuego descubierto. Cuando Lloret y la mujer se enfrascaron rápidamente en un *tête-à-tête*, yo pensé en dejarlos y recomponer mis nervios afuera. Me senté bajo el farol que colgaba de la puerta y observé cómo destacaba la luna en el cielo, su velo tan brillante que podía ver todas las piedras del valle y cada una de las hojas del monte bajo. Me alivió admirar el brillo de esta sierra rugosa como un espejo de obsidiana embadurnado en aceite. Localicé la situación del manantial de la serpiente, *la font de sa Serp*, no muy lejos de la cabaña de piedra. No tardó Lloret en abrir la puerta a mi espalda y pedirme que entrase. Vi entonces más de lo que anteriormente había distinguido. Había lienzos y pergamino estirado amontonados contra las paredes de la cabaña, hierbas desecadas y desperdigadas colgando de las vigas. Habían preparado un escritorio, una mesa de dibujo con bisagras equipada con lupas y una multitud de cálamos, dos cortaplumas, una piedra de corte, una regla y lapiceros. Había papel de tela, tinta y tintero, y carrizos en un tarro, de los cuales ella debía de cortar sus propios plumines, junto con frascos y pociones. *Sitwell*, pensé, temeroso de repente, *esta mujer es una bruja*.

—¿Tiene hambre?

Caminó ella hacia mí. Me rugió el estómago. Tartamudeé que la tenía, pero que tal vez pospusiera la idea de la comida. Lloret guardó silencio. La mujer fue hasta la cocina, donde desveló un perol de sopa y trozos de carne para templar la barriga. Lucrecia me puso delante un cuenco de guiso putrefacto. Sentí una inmediata repulsión. *¡Lloret adora a este ser! ¡Aunque tal vez se haya transfigurado su mente!*, pensé. Me negué a llevarme alimento alguno a los labios, al haber decidido que Lucrecia era mágica — como Circe o Morgana le Fay— y que si probaba su cocina tal vez quedase atrapado en forma de un cerdo en su patio, o peor, me convirtiese en un devoto como ese enfermo de amor de Lloret.

—¿Lo atemorizo, *senyor Sitwell*? Ha leído usted demasiado. No soy un hada. Lloret, cuénteles a este hombre cuánto sangro. —Se recogió la manga del vestido y me mostró una cicatriz que descendía hasta la palma de la mano. Lloret aproximó una vela para que la luz se derramase sobre la marca abultada—. ¿Cree usted que las hadas sangran? —preguntó.

Aparté de mí el cuenco y me reafirmé en que todo demonio y toda bruja ha dicho lo mismo desde tiempos inmemoriales.

—Es usted muy descortés para ser un caballero. Ya escribió Ruthven que era usted un grosero, y un grosero es, sin duda.

Hizo un gesto al sacerdote y comenzaron a hablar rápidamente en su cerrado dialecto del catalán. Lloret anunció entonces que yo traía un paquete conmigo, una ofrenda que la mujer esperaba. Se levantó él de la mesa, se dirigió a paso largo hasta nuestras alforjas y trajo el fardo envuelto. La mujer cogió el paquete de manos de Lloret, lo colocó en la mesa y retiró el paño. Dentro había un relicario de oro sellado con un tejadillo panelado y lacado con fino esmalte. La caja estaba decorada con un intrincado diseño de doradas hojas de higuera y diminutas incrustaciones de aves de cristal cuya factura resultaba maravilloso contemplar.

—Ábrala —ordenó ella.

Hice lo que se me pidió y retiré la llave metálica de su cerradura. Ante mí había varias hojas de pergamino atadas con una fina cinta negra. El propio pergamino era muy antiguo, plagado de las venas del animal, y no se diferenciaba mucho de las hojas de un árbol que estuvieran cosidas las unas con las otras. Unas iluminaciones en oro brillaban a la luz de las velas, y las letras latinas se movían como si estuvieran vivas. En un instante, reconocí la caligrafía de un maestro, mi buen Rex Illuminatus. Extendí la mano al momento, hacia las páginas, pero Lucrecia me agarró y me contuvo.

—No debe tocarlas. Lo abrasarán. Le hablarán en un millar de voces. Éstos son los Escritos de la Serpiente, *Sitwell*, redactados en la divina lengua, un lenguaje sin igual sobre la Tierra.

—¿Y conoce usted esta lengua? —pregunté.

—Usted podría aprenderla, Sitwell, pero su fortaleza lo devoraría.

Lucrecia levantó mis manos en las suyas y las besó.

—*Seréis vos quien habrá de descifrar cuanto transpira. Vuestro propio enigma.*

Sus labios no se movieron en ningún momento, aunque juro que oí la voz sonar dentro de mi cuerpo. Traté de apartarme, pero ella me sujetó con fuerza.

—Escuche atentamente, maestre Sitwell —dijo el sacerdote—. Ella es obradora de numerosos milagros, es un tesoro último al que llamamos el Ruiseñor. Ruthven ha pedido que ella le muestre lo que es, para que pueda entender la naturaleza del secreto que usted salvaguardará.

Mientras él hablaba, Lucrecia hizo una reverencia a cada uno de los cuatro rincones de la estancia para invocar al norte, al sur, al este y al oeste antes de elevar el relicario en sus manos, por encima de la cabeza.

—*¡Os llamo, Misterio!* —gritó ella empujando el relicario hacia los cielos—. *¡Os llamo, la Mendaz de la Roja Eritras, que en las boscosas hondonadas del Ida nació, en el barrizal de la teñida Marpeso! ¡Sigo las profundas aguas del río Aidoneo, más antiguo que Orfeo, aunque todos la llamasen Locura! ¡Hermanas! ¡Manifestaos! ¡Pues soy yo la Nada Liminal! ¡La que surca el Vacío!*

Con cada nombre soplabla una ráfaga de viento que al final apagó las velas, de modo que nos quedamos inmersos en la oscuridad. Unas convulsiones zarandearon su silueta, cambió su color y se erizaron sus cabellos mientras que un calor como de un millar de manos comenzó a tirarme de la ropa y del pelo. Los ojos de Lucrecia se nublaron en un vacío pétreo cuando una extraña voz femenina se adentró en sus labios.

—*Como una virgen fui vestida en hierro, encadenada por la fuerza del destino, y no he perdido mi soberanía* —cantó la voz.

Sentí que se elevaba el calor en mi piel y que un zumbido me recorría las venas.

—*Me habéis llamado la Tres Veces Grande, la del Doble Rostro, Lengua Bífida.*

Tras aquel recitado, Lucrecia comenzó a signar en una lengua como ninguna otra que hubiera oído yo jamás, al principio gutural y aspirada como el siseo de una serpiente, después oscura y suave como el arrullo de la paloma. Mientras Lucrecia cantaba, los papeles de la caja comenzaron a brillar, y te juro, Katherine, que ante mis propios ojos se elevó del pergamino una cascada de luz que inundó la estancia en una radiación cegadora, una monstruosa efervescencia que nos quemó en las manos y el rostro, llenó las oscuras vigas y las contraventanas cerradas antes de sumirse en la arena del suelo mientras ella cantaba en aquella lengua que yo era incapaz de descifrar. ¡Y el sonido! ¡Oh, ese sonido! Jamás lo olvidaré, hasta el día de mi muerte. ¡Un poderoso latido roto por unas dulces voces cristalinas que me desgarraban el corazón! Con cada misteriosa sílaba, les parecía a mis intoxicados sentidos que una hoja de oro se desplegaba, y crecieron ramas doradas hasta que aquella radiación formó una verdadera pérgola sobre nosotros.

—*¡Esto es alquimia!* —chillé para levantarme de un salto de mi asiento entre las hojas doradas—. *¡Ésta es la mismísima maravilla de la que habló Rex Illuminatus! ¡La formación del oro!*

Jadeaba Lucrecia con una pesada respiración ante mí. Lo que como un brillo emergió de sus labios, de sus ojos y de sus oídos rápidamente se transformó en una maravillosa luz con el resplandor de un millar de velas titilantes, un oro embriagador como el nacimiento del sol, y se vertió de su cuello, su garganta y su pecho para elevar su cuerpo del suelo conforme la luz echaba raíces en la tierra, y de repente fue como si toda su forma se hiciese añicos, así como el pan de oro se desmenuza bajo la mano del iluminador, en un estallido de polvo luminiscente hasta que nada quedó salvo el canto, un profundo canto de arrullo, y del polvo y el canto allí creció un árbol de luz con la anchura y estatura del cuerpo de Lucrecia dividido en cuatro ramas, y en lo alto de las ramas, en lugar de hojas colgaba una media luna. Titiló la figura de la mujer en la luz dorada; mientras tanto, yo me encontraba enmudecido, estupefacto y maravillado, y no fui capaz de reunir fuerzas para pronunciar palabra, tan aterrorizado estaba por el espectáculo. Un solo instante parecía interminable y se extendía por horas. Emergió la mujer de entre el árbol dorado para sacar las manos, y me las mostró a mí. *Con esta lengua lo podéis crear todo. Es el inefable alfabeto de la imaginación. El sonido del flujo, del espíritu. Con ella podéis leer el universo, conjurar historias enteras, ver todo futuro, vivir por siempre, pero si la utilizarais con tosquedad, con avaricia, con inhumanidad, ¡más ardería ella y os devoraría hasta que os perdierais en el viento!*

Sostuvo entonces las manos sobre su pecho y frotó una palma contra la otra; y más fuerte y más rápido las frotaba, y rodó el sudor en su frente mientras yo sentí un escalofrío recorrer mis huesos y el impulso de abandonarlo todo. El impulso de salir corriendo, rápido, valle abajo, ¡lejos de allí! Enseguida regresaron las voces, más fieras, más atronadoras; las puertas y las ventanas de la cabaña se abrieron de golpe con repentinas ráfagas de un infierno ululante, y surgió la luz de los dedos de las manos de la mujer

hasta que nos vimos todos rodeados, y la luz giró alrededor de ella para finalmente estallar con un gran rugido, ¡y me cubrió los ojos en una lluvia de oro sobre mi piel! De inmediato me lancé al suelo, tembloroso de miedo.

—¡Lloret! —grité horrorizado—. ¿Qué brujería es ésta?

Amainó el asedio con una bocanada final. Lucrecia se vació de luz, y se aclaró su mirada. Se limpió la saliva de los labios antes de dejarse caer en una silla como la barcia seca del trigo.

—Escúcheme con atención, Sitwell. Escúcheme con mucha atención —susurró ella—. Estoy ahora en usted. He vinculado su sangre a la mía.

El sacerdote, ahora infiel, inclinó la cabeza y se arrodilló junto a mí.

—Cuénteselo —dijo ella con voz fiera—. Mikel, ahora debe contárselo.

Los ojos de Lloret se encontraron con los míos.

—Lo he traído aquí esta noche, maestro Sitwell, porque recibí la orden de hacerlo así bajo ciertas eventualidades, unas eventualidades que no podía revelarles hasta sucedido el hecho. No puede usted regresar a Valldemossa. El capitán ya ha previsto su seguridad. Se lo ha dejado todo. Su riqueza, su herencia, su biblioteca. Es usted un hombre rico. Él desea que regrese usted a Londres, donde sus abogados le traspasarán a usted ese patrimonio.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—El capitán me ha pedido que lo informe de esta manera, y no por medio de la documentación.

Con aquel atroz pronunciamiento, Lloret me entregó un sobre arrugado y observó mientras yo lo leía, pero de esto no puedo escribir más. Debo ser franco y directo: el capitán Ruthven ha muerto. Peor, ha sido asesinado. Lo encontraron colgado de una soga en Barcelona, le habían arrancado el corazón del pecho con gran violencia, le habían quemado el cuerpo. Se ha sacrificado a manos de sus enemigos. Y, al hacerlo, me ha entregado a mí todo cuanto ellos temían que el mundo pudiese hallar. Como su único colaborador, debo cargar con este foco de atención. Poseo la totalidad de su patrimonio. ¡Y no sé qué hacer con esta terrible carga! Pues la muerte de Ruthven me ha encadenado a su destino... Dios bendito, quizá mis letras hayan puesto tu vida en peligro junto con la mía, ¿tal vez? Has de ser rápida. Reúne todas mis cartas, incluso los mensajes de amor; has de juntar hasta la última palabra que te haya enviado yo desde mi partida de Inglaterra y colocarlo todo en el más secreto de los lugares. No le cuentes a nadie todo lo que yo te he contado a ti. No le digas a nadie, a partir de este punto, que yo te he escrito siquiera. No actúes con precipitación y sé fuerte; no has de tratar de destruir o quemar nuestra correspondencia bajo ningún concepto, pues habrá de servir de prueba de cuanto yo he sido testigo en caso de que los asesinos de Ruthven sean llevados alguna vez ante la justicia. He caído en la perdición. Querida mía, has de guardar mi secreto como si tu vida dependiese de ello, pues así es ahora sin duda. Perdóname, te ruego que me perdones, pues una vez que tú has conocido lo mismo que yo, no hay vuelta atrás, pero no temas. Guarda mis noticias y mantente firme. Dios mío, Katherine. Una cosa y sólo una cosa está clara...

LIBRO TERCERO

HOLÓGRAFO DE UN PROFETA



—La adivinación es la ficción aplicada a la vida para predecir el futuro.
—¿Ficción? —pregunté yo—. ¿Qué es eso?
—Una forma novelada de escritura.
—¿Fuera del canon? No puede haber libros que no traten de Dios —dije.
Pensaba con afecto en mi libro de horas.
—¿No sueñas acaso en forma de historias? —preguntó Filomela signando con las manos.

REX ILLUMINATUS,
Historia alquímica de las cosas, 1306 d. C.

Quien dice
«El alma es una hoja en blanco», debería decir,
un palimpsesto, hológrafo de un profeta...

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh, 1856 d. C.

I

CARA A CARA

Resplandeciente en su grosería, Ferran Fons me grita desde la otra punta de la barra cuando llega casi media hora tarde a nuestro encuentro vespertino.

—*Hòstia, Anna!* Te has cortado el pelo. Pareces un chico.

Camisa de lino, abiertos los tres primeros botones, pelo escaso en el pecho, aunque presente. Mancha de café en el bolsillo derecho.

—¿Cuántos años desde que te sacaste nuestro título? —pregunta Fons—. No soy capaz de llevar la cuenta. Nosotros te damos un diploma, y tú vas y te largas de aquí cagando leches y no se te vuelve a ver el pelo. ¿Y qué hay de mí? ¡Ni te acuerdas de mí! ¡Abandonado! ¡Traicionado! ¿Y ahora? ¡Aquí te envían los cielos de nuevo! ¡Una copa, chica, una copa!

Fons suelta una risotada.

—¡Anna! Me muero de hambre. ¿Cerveza? ¿Vino? ¿*Pintxos*? ¿Qué te trae por aquí? En tu mensaje mencionabas a Hernández, ¿no?

—Sí...

Me interrumpe y hace un gesto frenético al camarero.

—¡Maestro! —grita el camarero y hace una reverencia quitándose un sombrero invisible—. ¿Dónde le gustaría sentarse a su alteza?

Fons hace un gesto regio. Nos trasladan a nuestra mesa. Llevo su mano paternal sobre el hombro.

—En los establecimientos de bebidas de esta ciudad —sonríe de oreja a oreja— Ferran Fons, y sólo Ferran Fons, es el rey. Es mi último placer. Uno de los poquísimos en la vida. Bien..., ¿sabe Oriol Duran que estás en Barcelona dedicándote a esto? —pregunta Fons. Un susurro atronador por el rincón del fondo donde estamos sentados, separados del resto de los clientes por un elegante panel de madera—. Tienes que ser sensible con él. La quería profundamente, y ha estado muy afectado desde su muerte. Después de diez años, apenas se está recuperando. Un alma en pena, diría yo. Es una situación delicada, y supongo que querrás entrar a saco.

—¿Qué te hace pensar que yo iba a querer hacer eso?

Un camarero se acerca a nuestra mesa. Fons sonríe y pide por mí, una botella de cava. Yo no muevo un dedo para impedirselo.

—Esta comunidad es frágil. Tú no lo has vivido con nosotros, así que no lo sabes —añade cortante—. Te marchaste. Lo abandonaste todo. Te liaste con los libros. —

Siente un escalofrío.

—¿Debería disculparme? Esto ya lo hemos hablado.

—No. Pero me preocupa. Que estés aquí ahora. No me gusta.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire de forma incómoda. Fons frunce el ceño y dobla la servilleta en un triángulo. Sus dedos son gruesos. Lo lamento por él. Tiene un círculo de tinta negra en el pulgar de la mano derecha.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez en nuestra comunidad? —Ferran parpadea—. ¡Ya sufrimos! Para Villafranca, y para nosotros, lo de Hernández es tábula rasa, tema cerrado, listo. Ahora vuelves tú y dices que sientes curiosidad, académica, y te pones a hacer unas entrevistas sobre su vida para publicarlas..., y vuelve a empezar toda la investigación.

Hago una pausa antes de responderle, estoy indecisa:

—Yo no quiero reabrir ninguna investigación. No estoy aquí para eso.

—Bien.

—Pero tengo que preguntarte una cosa, Fons. Una década después, ¿estás satisfecho?

Le miro directo a los ojos.

—¿Con qué? ¿Cava? Tómate una.

El camarero descorcha una botella y sirve dos copas. Fons, evasivo como siempre.

—Con la historia, las versiones que te dieron. ¿Te importa eso?

—Me he reconciliado con ello.

—¿Cómo?

—He pasado página.

—No creo que eso sea cierto.

—¿Acaso tengo cara de estar sufriendo? —Fons se muerde el nudillo del pulgar—. ¿Y cómo quieres hacerlo? ¿Una sesión de espiritismo? ¿Escenificar una resurrección en lo alto de una montaña?

—Quiero escribir sobre ello. Repasarlo todo.

Fons deja escapar un sonido grave y gutural, como un gruñido. Desaprobación.

—Muy bien. ¿Una versión personal?

—Una historia.

—¿Sobre qué? ¿Sobre esa noche? ¿Sientes curiosidad por aquella noche?

—Quiero crear un testimonio actualizado de los hechos..., con la claridad que da el paso del tiempo. Ver lo que recuerda la gente.

—No conoces su carrera con el suficiente detalle.

—Quiero estudiarla.

—¿Para demostrar qué?

Llega la comida. Dos cuencos tremendos de sopa. *Pa amb tomàquet*. Me siento muy quieta y estudio mi plato. *Botifarra negra*. *Escudella i carn d'olla*. Un gusto adquirido. Fons sorbe hambriento. Trozos de carne negra que flotan en un guiso

espeso de judías.

—En cuanto al *hooligan* que cargó con ella, yo le daba clase a su hermana. — Fons frunce el ceño—. Núria. Una chica con problemas. —Se vuelve hacia mí—. Debes tener cuidado con lo que dices en esta ciudad. Todo el mundo se conoce, todos nos hemos cruzado con todos, siempre. —Junta las manos de golpe—. ¡Choques! Como pequeños átomos, zumbando por ahí, las coincidencias son aquí colisiones. Aunque..., sí que pienso en lo que sucedió ese verano..., cuando me lo permito, si es que me lo permito.

—¡Pues claro, Fons! Eres un sentimental. Eso viene con la tierra.

—Natalia es un mito. —Ferran Fons separa su silla de debajo de la mesa con un empujón. Hace un gesto al camarero y pide vino—. Un mito muy peligroso. Confía en mí. Nos iría mucho mejor a todos si la dejaras descansar en paz. ¡Pero has pedido mis servicios, y yo te admiro! Así que haré lo que pueda. Tiraré de algunos hilos en la comunidad, etc. Te conseguiré una entrevista. Eso lo puedo hacer. Sin embargo, date por advertida: me interesan más los vivos que los muertos, y así quiero que siga siendo. —Golpetea sobre la mesa con el dedo—. No te quedes mirando la comida. Es de maleducados.

Fons pide para mí un café y una crema catalana.

—La mejor de Ciutat Vella.

Ferran Fons representa una especie de misterio. Malhablado, de temperamento agradable y extrañamente trágico, tiene tendencia a dar lecciones durante horas sin interrupción. En clase es un crítico severo, pero jamás es duro con las notas, algo que sus alumnos agradecen y disfrutan. Guarda silencio cuando se le pregunta por su historia. Acepta citas en horario de oficina, pero nunca las mantiene. Si se hiciese un estudio de la información cosechada por sus alumnos —intercambio de cotilleos en el bar de la universidad, conversaciones susurradas entre dramaturgos en la biblioteca que alguien capta, la desagradable ocasión en que lo ven con una mujer más joven en el teatro del Liceu, etc.— lo que se obtendría es un batiburrillo variopinto de datos. Los detalles son escasos. Edad: desconocida (¿cincuenta y tantos?). Esposa: la galardonada actriz Aurora Balmes (un elemento de emoción pueril entre los jóvenes). Separados hace seis años. Nunca se divorciaron oficialmente. Una hija, de veinticinco años. No se hablan (una discusión que presenciaron dos alumnos de máster en la cafetería de la universidad). Con dificultad para relacionarse con las mujeres (demostrada tendencia a rebajar las calificaciones de los trabajos de las alumnas). Un romántico penoso (lo pillaron llorando durante una representación estudiantil de *El jardín de los cerezos* de Chéjov).

Un estudiante británico de intercambio que investigaba el surgimiento del arte popular catalán moderno en los años 80 hizo el descubrimiento clave. Una fotografía estropeada en blanco y negro en la colección privada de un periodista bajo el título de

«Fiesta tradicional del norte de Cataluña». La imagen había capturado a un grupo de jóvenes con máscaras en la mano junto a un magnífico dragón de metal. Ferran sonreía en el centro, con el pelo alborotado. En su apogeo, Fons era miembro de un grupo de actores radicales que se llamaban los Tragafuegos. Así fue como el estudiante británico sacó a la luz con torpeza el origen de Ferran: era uno de los *rurals*, un bailarín del fuego procedente de una aldea del norte cerca de los Pirineos. Sólo las críticas más crueles lo describían bien como aquello que era; como diría una implacable sevillana en plena borrachera de altas horas de la noche en el bar de Choco: «El que no vale, se dedica a dar clase».

Si se le obliga a recordar, Ferran Fons dirá que su despacho en aquel funesto verano de 2003 se encontraba cerca de la biblioteca, una caja de cerillas en el segundo nivel de la escuela de Arte Dramático. Comparte despacho con su colega inglés entrado en años, el profesor Tums. En este viernes concreto —el último viernes antes de la muerte de Natalia Hernández—, Tums está ausente, una vez más indispuerto por su afición al licor (Ferran apunta con amargura hacia una colección de botellitas de whisky de tamaño de aeropuerto en el tercer cajón del escritorio del traductor). La especialidad de Tums como expatriado eran las adaptaciones de Oscar Wilde (*La importancia de llamarse Ernesto* estaba en el teatro Goya), y se había catapultado a cierta fama al afirmar con insistencia en los periódicos nacionalistas que a Wilde «se lo lee mejor en catalán que en su lengua nativa». En el extremo opuesto del despacho, contra la pared negra (la edad y el rango aseguraban a Tums y a Fons las vistas por la ventana), se encuentra la mesa de un joven madrileño recién doctorado que enseña *commedia dell'arte* a los universitarios. De manera ocasional, cuando nadie lo ve, Ferran hojea los documentos de la mesa de Marco para ver si el chico tiene alguna teoría que rivalice con sus atribulados intentos de crítica cultural. Una vez satisfecho con que Marco es otro bobalicón sin talento y contratado por el instituto para agasajar a los hijos ricos de la élite barcelonesa, Ferran dejó de leer de forma ilícita el material de Marco. No antes de encontrar una insulsa carta de amor dirigida a la guapa Maria, la chica de la cafetería de abajo que servía el café al mundo, que ya estaba comprometida y —cavila Ferran con regocijo— se encuentra bien lejos del alcance de Marco.

Satisfecho, Ferran Fons pasa el tiempo preparándose para la clase de la tarde. Según sus apuntes, Stanislavski era un genio del teatro ruso, la «actuación de método» una hija bastarda de las paupérrimas traducciones norteamericanas, una categoría de crítica dramática extendida y en constante crecimiento. Ferran piensa en esto con frecuencia. Detesta las paupérrimas traducciones norteamericanas, pero por encima de todo detesta la comercialización del arte, algo que para él es sacrosanto. Tiene la esperanza de expresar su opinión en la clase de tres horas que le otorga el Institut del Teatre, pero aquella mañana, cuando surgió deprimido de entre las comodidades de su cama, se había despertado sin inspiración.

Así que llegó tarde. Como suele ser el caso.

Esta tarde se distrae con facilidad. *Hay un póster en el Nuevo Teatro de las Artes Escénicas, colgado del muro de terracota junto a la cafetería del teatro.* Desde su despacho, en la segunda planta del instituto, puede ver el flirteo que ella luce en la comisura de su sonrisa, el rabillo de su ojo derecho, la sombra que le devora el pómulos, la mancha negra allá donde la mandíbula se le une con la piel del cuello.

Ferran Fons se acomoda en su silla. Suena en la puerta una llamada repentina, dos roces en la madera. Toc. Toc.

—Silvia —se queja él desde el interior al reconocer la mano menuda y afectada de su superior. Se resigna al tormento.

—Llegas tarde —anuncia ella cuando Ferran le abre la puerta.

—Supongo.

—Son las dos y media.

—Sí.

Silvia frunce los labios.

—Ven conmigo.

La directora del Departamento de Interpretación, Silvia Drassanes, tiene su despacho en la sexta planta del instituto. Comparte la sala —mucho más grandiosa, diáfana— con su ayudante, Caridad, y con la artista contratada (una actriz con los dedos finos y una actitud grosera). Ferran sigue a Silvia al interior del ascensor con aire taciturno y con el deseo de haberse puesto malo él también aquel día, de no haber acudido a dar clase, de haberse mantenido firme en el que era su sitio: la cama.

En la sexta planta, Silvia dirige a Ferran hacia su mesa. Se aclara la garganta.

—Ferran, quiero hablar contigo sobre Alexei. Al parecer, te estás comportando con él de un modo bastante inapropiado.

Alexei es un moscovita alto y ancho de hombros, formado en la Academia Rusa de Artes Teatrales. Para colmo de irritación de Ferran, la aparición de Alexei en el instituto el otoño pasado se ha visto empeorada por los rumores de que su némesis académica es descendiente directo del mismísimo gran hombre. Como represalia, a Ferran le ha dado por llamar a Alexei en público «Iván Vasilievich», en alusión al personaje de *La novela teatral* de Bulgákov, referencia que muy pocos de sus alumnos encontraban graciosa. La mujer de rostro afilado y gafas de montura apuntada chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—Estamos tratando de modernizar la estructura del curso. Alexei ya da un seminario sobre Stanislavski, y, con el debido respeto, Ferran, él es nuestro experto ruso.

Ferran juguetea con un cigarrillo roto en el interior del bolsillo, hace trizas el papel y desparrama el tabaco.

—Estamos reorganizando la plantilla académica.

Un avión que vuela bajo sobre el Tibidabo atrae la atención de Ferran. Clava los

ojos en el aparato y sigue su trayectoria hacia el oeste sobre Barcelona.

—¿Ferran? —interrumpe Silvia su concentración—. ¿Puedes prestarme atención, por favor? Me duele tener que exponer las cosas en unos términos tan tajantes, pero el comité académico ha de ver un cambio en tu conducta. El instituto está cambiando. Tienes que encontrar un nuevo hueco en él.

El teléfono de Ferran vibra en su bolsillo. Su mirada se encuentra con la de Silvia antes de comprobar el mensaje que se ilumina en la pantalla. Toda rebelión, por pequeña que sea, te fortalece. Un levísimo tic se asoma por la comisura izquierda de los labios de Silvia.

Cuando Fons sale del despacho, vuelve a verla a través de los ventanales de cristal que dan al teatro. Pusieron los carteles de Natalia Hernández tres semanas atrás (Ferran apuntó la fecha en su diario y la subrayó dos veces en rojo). Ahora lo persiguen por todas partes: ciento cincuenta y cuatro colgados de las farolas de Gaudí a lo largo de les Rambles y el passeig de Gràcia. Veintisiete empapelan las feas vallas de construcción que hacen de barricada en la acera izquierda de su apartamento en el barrio Gòtic, la mitad de ellos ya pelados y desvaídos por el sol. No puede subirse a un autobús ni coger un metro sin encontrarse de frente con su rostro. Ferran calcula las dimensiones: 80 × 120 centímetros. Una base de rojo oscuro. Texto: todo en mayúsculas. Tipografía: Euphemia UCAS. Papel de seda estándar. Satinado alto. Contraste dilatado, exposición reventada. Una fotografía. Describirlo como un encaprichamiento sería inexacto. Tiene más de *idée fixe*. En palabras de Guillermo, su amigo y psicoterapeuta aficionado (ávido lector de Žižek), la chica condensa el «deseo subconsciente de la propia perfección» que tiene Ferran. Su fijación con la imagen de aquel rostro constituye un acto de «enaltecimiento no sexual» (Guillermo se cuidó de subrayar este punto), no de demencia ni deseo.

¿Por qué?

¿Por qué tiene ella ese poder sobre él? Ferran se muerde el labio inferior. Durante días se ha desesperado en su despacho, mirándola por un instante, armándose de valor contra lo inevitable. En los días previos de aquella misma semana, el anhelo había sido tan intenso que tuvo que salir de la escuela antes de tiempo para buscar un respiro con el terapeuta Guillermo —tan violento fue que Ferran se aterrorizó—, *no soy yo mismo*, se estremeció mientras metía sus cosas en su bolsa, bajó el tramo de escalera, salió del edificio y desfiló directo a los brazos de la *chaise longue* de Guillermo en el passeig de Sant Gervasi.

—No puedo seguir con esto. Ella se burla de mí.

—Redirige tu energía. Describe tus sentimientos.

—Ella ve todo lo que yo he perdido, todo a lo que he renunciado.

Guillermo le pidió que continuase. Anteriormente, esa semana, Ferran encontró interrumpido su camino a casa desde el instituto, y se vio arrastrado en una *vaga*

(«Había pasión —le contó a Guillermo—, ¡verdadera pasión nacionalista!»), una manifestación de trabajadores ferroviarios y conductores de volquetes en huelga, con sus hijos y ropas coloridas, y la bandera, siempre la bandera. Cuatro franjas rojas de Catalunya y aquel brillante amarillo, el fulgor del oro de la independencia.

—Te gusta el verano —le dijo Guillermo—. Te sientes más... —elevó las manos en el aire para demostrar su argumento—, te sientes más ligero. Más libre. El invierno te pesa en el alma. Esto te lo digo como amigo —deciden tomarse después una cerveza en la plaza del Sol—, no como doctor, ¿vale?

Ferran se explicó: es el sueño lo que complica las cosas. Si éste hubiera desaparecido sin más, la vida habría seguido siendo mucho más inteligible. Ferran está ahora desconcertado. El sueño ha vuelto. Esas mismas notas escabrosas. Esa misma extraña insistencia en el soldado, el chico con los ojos ennegrecidos y las manos cargadas de extremidades y órganos. Viste una chaqueta militar de oficial. La guerrera es muy grande, y él delgado. Camina entre las ruinas de una vieja ciudad, cargado con la carnicería hasta un altar entre los restos carbonizados de una catedral gótica. Allí hay columnas romanas caídas. Enormes. Están cubiertas de musgo y de hiedra roja. El mármol es firme al tacto y verde en algunos sitios. Cuando alcanza el altar, coloca su carga ensangrentada en el suelo y retrocede un par de pasos. Ferran observa cómo el soldado se santigua y llora.

Ferran no le menciona a Guillermo el segundo sueño. El desagradable, tan oscuro y tan secreto que no se puede compartir. Ese en el que él mismo perpetra actos que le hacen sentir arcadas hasta que va al cuarto de baño a vomitar. Son los asesinatos de los periódicos —le cuenta a Guillermo—, las chicas desnudas que aparecen en el Raval, los cadáveres que la policía está retirando sin dar información; la ciudad está enferma, repite él; mi Barcelona; algo va mal. Guillermo asiente. Ferran calla —y *Barcelona se hace a ello como una vieja amiga*—, se le rompe la voz, pensamientos incompletos; las calles en mis sueños; se estremece, y el sudor le gotea de la frente en la *chaise longue* mientras el doctor toma notas. Ferran alude a una terrible urgencia con un melancólico y dramático golpe de muñeca.

Guillermo dice que sería peor si Ferran hubiera soñado que se le caían los dientes, que es una señal o bien de problemas económicos o bien de una muerte inminente; ninguno de los dos casos ofrece un futuro deseable. Esto ofende a Ferran. ¿Cómo puede ser la pérdida de piezas dentales más significativa para la psique que un soldado que carga con restos humanos hasta un altar en ruinas? (¿O la visión de una actriz asesinada, su piel reluciente en la calle?) Ferran se pregunta si Guillermo siquiera tiene formación. Dice: «¡No eres más que un farsante argentino!». Guillermo chasquea la lengua contra los dientes y emite un sonidito. Ferran se siente juvenil, avergonzado. Vuelve a hablar sobre la chica del póster, Chéjov, ambiciones no resueltas.

Regresan los sueños. Ferran piensa que es porque se quedó dormido mirando el cartel de Natalia Hernández. Ahora hay uno gigantesco que cuelga de los desiertos

andamios en el exterior de la ventana de su dormitorio. El sueño es idéntico, sólo que esta vez tiene lugar en el andén del ferrocarril. Hay una chica, pequeña. Pelo caoba. Tiene los ojos redondos y no sonrío. Una gabardina militar que le viene grande. Gris. Época de la guerra civil, tal vez, la fecha no está clara. Y una gorra maltrecha. Todo a su alrededor es moderno, mujeres que lucen camisa beige llevan elegantes bolsos de cuero y niños que guardan silencio. La chica no mira a nadie. Sus ojos se clavan en el suelo, o en el techo, o en la nada. Sin embargo, tú no dejas de observarla con una mirada hipnótica mientras llega el tren al andén y se abren las puertas eléctricas, ella alza el pie con paso cauteloso sobre el borde del andén y sube al tren. Una vez dentro, la cosa se pone más incómoda. La chica oculta el brazo izquierdo entre los pliegues de la gabardina, y tú tratas de verlo mientras el tren se zarandea por el subterráneo. Ella cambia su peso de repente. El tren da un bandazo a la izquierda. Se abre el abrigo de golpe y deja a la vista un muñón de brazo allá donde le han amputado la mano. El corte es limpio, pero la herida está abierta, y tú ves la sangre y el blanco tuétano cercenado de sus huesos.

Guillermo recomienda que Ferran comience a escribir sus sueños en cuanto se levante por la mañana.

—Un diario de sueños —dice él—. Guarda un relato detallado.

Guillermo cree que Ferran podría estar teniendo un resurgir artístico impulsado por su exposición a la erótica vitalidad de Natalia Hernández. Le pregunta a Ferran si se ha enamorado de la chica. De vuelta en la seguridad de su despacho, Ferran siente la inmediata urgencia de confesar:

Guillermo:

Es cierto. Todo lo que dices.

Estoy enamorado del cartel de Natalia Hernández.

Ferran mira fijamente a la pantalla. No hace clic en «enviar». En cambio, guarda el borrador en su carpeta de correo, cierra el ordenador portátil y lo desliza en su bolsa tipo mensajero, apaga las luces del despacho y se dirige abajo, a la cafetería, donde le pide a Maria la camarera un *café amb llet* con un sobre de azúcar, que se toma lentamente. No mira su reloj ni una sola vez.

Tras llegar veinte minutos tarde a su propia clase en aquella fatídica tarde de viernes, Ferran descubre que no hay ningún alumno para escucharle cuando él llega al aula S2 P1. Ha pasado muy poco tiempo desde la hora de comer como para andar dando clase a alumnos de posgrado sobre Stanislavski y la actuación de método (dejemos que por lo menos hagan la digestión, clamó él en la secretaría. *Hòstia, si us plau*, es que

después de comer están sonámbulos; ¡se quedan traspuestos!).

En cuanto a sus alumnos (los pocos que sí se habían presentado puntuales a la clase), se habían marchado a tomar café, a fumar o a cualquier cosa de utilidad. Lástima. Garabatea una nota en la pizarra: *Estoy en el bar Xirgu*. Y se marcha.

Cuarenta y cinco minutos y dos cortados después, los alumnos de Ferran se congregan a su alrededor en el bar Xirgu, una cafetería de mala fama junto a la puerta trasera del Institut del Teatre. En los días soleados, que son la mayoría, la mujer del establecimiento saca mesas al exterior, así los estudiantes pueden sentarse y fumar en los descansos entre las clases. Vende simples bocadillos muy populares entre los jóvenes, *embotits*, hechos de pan seco y lonchas de salchichón.

Una vez satisfecho con haber desperdiciado con éxito en el Xirgu la mitad de su clase de tres horas, Ferran decide que ya es hora de regresar adentro. Devuelve a los alumnos al redil a través de las puertas metálicas del Institut del Teatre —aquel bastión del saber más elevado— por delante del portero de la planta baja, para descender al corazón del edificio de cristal bajo las salas de ballet con los maravillosos techos altos, hasta el lugar donde se encuentran las aulas de teatro experimental, sin ventanas ni luz natural, los talleres diseñados para los cursos de teoría y movimiento: *Stanislavski y la actuación de método*.

Después de debatir la propiedad de los términos de Stanislavski en el clima intelectual contemporáneo, Ferran siente la necesidad de trabajar su pasaje favorito de Chéjov. Ningún autor catalán o español ha logrado nunca capturar esa intensidad, piensa él con amargura. Abre su maletín y saca una maltrecha fotocopia del primer acto de *La gaviota*.

Se la entrega a una guapa francesa pelirroja de la primera fila. Antaño tuvo grandes esperanzas puestas en ella, pero Ferran ya se ha rendido. La chica no tiene talento. Ahora se limita a disfrutar atormentándola.

—Léelo otra vez —dice él.

La chica lee las líneas a trompicones:

—*Estoy sola. Una vez cada cien años se abren mis labios, mi voz resuena lastimera por la tierra desierta, y nadie la oye. Y vosotras, pobres luces de la marisma, vosotras tampoco me oís. Os engendra al anochecer...*

—Más emoción —interrumpe él con la mano en alto ante la clase—. ¿Es ésta la respuesta correcta al texto? —Un silencio total.

El alma de Ferran se escapa del aula S2 P1 y se reubica entre los pechos de la camarera del Xirgu. Estos alumnos son unos inútiles. Aburridos, insulsos, lo contrario a estimulantes. Están vacíos de todo salvo de juventud, e incluso eso se niegan a compartirlo con él. Hasta Núria está ausente, piensa él desanimado, escrutando la clase. La única estrella emergente de aquel abismo de apatía.

La chica que lee el texto vacila.

—¿Otra vez? —pregunta.

—¡No! ¡No! ¡No! —grita Ferran—. No quiero que repitas tú. ¡Que lea otro! ¡Por

favor! Por Dios bendito, ¿qué creéis que está diciendo? ¿Qué creéis que está sintiendo? Buscadlo.

Arrebata el texto a la joven y lo pone en las manos de un chico desgarrado de la primera fila.

—Adelante —ordena Ferran, que vuelve a acomodarse en su silla para escuchar.

¿Adónde había ido a parar todo el tiempo? ¿Los grandes planes? Los carteles que forraban las calles de la ciudad proclamando el advenimiento de un nuevo stanislavskismo —una evolución catalana del realismo— que superaba con creces la cháchara de psicología popular moderna que llenaba los teatros de Barcelona. Los pulmones se le inundan de tristeza, un líquido pesado mucho peor que ese gris malestar que suele encontrarse él por allí. ¡No! ¡Basta! El chico tampoco sabía actuar.

Pero ella sí sabe.

Natalia Hernández sabe.

Y eso lo es todo.

Siempre lo mismo, siempre incontrolable..., ¡el tormento perpetuo!

Su corazón anhela la salvación, pero su imaginación se retrotrae veloz más allá de las largas extremidades, la piel cobriza en ella, la arruga en la comisura de su boca, lejos de las imágenes en las calles, hasta el retrato estampado en su yo cerebral... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Aquella primera y todopoderosa visión de la actriz Natalia Hernández sobre el escenario.

Un foco iluminaba una sola silla eduardiana, maltratada, apoyada contra una mesa antigua. Aquella noche había una máquina de escribir y un jarrón azul de porcelana, una pluma de ave para escribir y una calavera. El profesor de dramaturgia garabateaba detalles en su diario. Una sola nota tocó la orquesta. La crítica sentada junto a él murmuró un ilícito secreto en el oído de su marido. Ella dejó escapar una risita. Seguida del largo y prolongado suspiro de una flauta. En las tablas se mueve una silueta oscurecida en los pliegues de la penumbra más allá de la frontera de la luz. Ferran bostezó y comprobó la hora en su teléfono al ir a desconectar el volumen. Nada peor que un foco fijo y opresivo al comienzo de una representación vanguardista. «Trucos emocionales baratos». Esto escribió Ferran, jugueteando con el asiento.

En una hora y quince minutos tendría la posibilidad de marcharse con dignidad, en el intermedio, regresar a su despacho y terminar su artículo en el Institut del Teatre. Si calculaba el tiempo correctamente, aparecería entonces —indemne— para el final del espectáculo y saludar a sus colegas en el vestíbulo con los obligados elogios de cortesía. Su asistencia durante la primera mitad de la representación era inevitable. Tenía alumnos en la obra y, como profesor, el deber lo obligaba a hacer acto de presencia. Aun así, Agustí ponía por las nubes la representación. Decía que merecía mucho la pena. Ferran se acomodó en su butaca. *El gusto de Agustí era*

cuestionable, por supuesto.

Se movió la misteriosa figura oculta más allá del umbral de la luz. Un gesto minúsculo, ejecutado a la perfección, una extensión delicada de los dedos de las manos y los pies. La forma agazapada bajó al suelo, serpentina, plana. Retornó el suspiro de la flauta e inundó la cúpula del teatro con unas oscuras ansias apolíneas.

Allí, en el negror, la criatura se volvió. Precavida. Incómoda. Surgieron manos y piernas y pies. Se levantó y se tambaleó hacia el halo de luz, la mesa, la máquina de escribir. Una mano larga. Unos dedos se prolongaron hacia el haz, lo tocaron con delicadeza. Femeninos, casi felinos. Algo animal y cándido, pensó Ferran. Se acomodó en su asiento. El cuerpo se desplegó en la media luz, sus facciones aún oscurecidas. A Ferran le pareció hermoso presenciar aquello: lento, elegante, introspectivo.

Los tonos de la sinfonía se expandieron. Un golpe de violín iracundo, peligroso y amenazador hizo añicos la calma con una daga amarilla.

La silueta danzó dos pasos hacia adelante, se balanceó, después se tropezó y cayó al suelo, ahora desesperada, cegada por un lado, con ansias de luz por otro —a Ferran le dio un vuelco el corazón—, unas caderas curvilíneas empujaron la silueta al primer plano de la luz, donde abrió los brazos por completo. La forma se suspendió allí un momento, antes de estirar los pies desnudos en la luz. Después el pecho, hombros, caderas y piernas se dieron un baño de luz y revelaron a una mujer iluminada con una brillante claridad. Las motas de polvo del escenario se arremolinaban en torno a ella como luciérnagas. Sus ojos eran redondos y grandes, pintados de negro, tenía el pelo apelmazado y sucio, los labios manchados con un tinte violeta. Manchones recorrían un leve vestido blanco. Respiró la mujer. Una vez. Dos. Ferran observó cómo se hinchaba su pecho, *arriba y abajo*. Los frágiles brazos de la mujer se extendieron hacia el foco de luz.

Mientras observaba, Ferran sintió que su cuerpo se desprendía de él.

Quedó suspendido, un pensamiento aguardando ser descubierto.

La interpretación de Natalia Hernández fue breve. No era el papel protagonista, ni siquiera uno secundario. Representaba un tipo de energía, una fuerza maléfica de tristeza que destruía el mundo encerrado en el escueto foco. En un momento dado, levantó la máquina de escribir de la mesa y la estampó contra el suelo, donde se hizo añicos. Escribió en el aire con el cálamo y después se contorsionó en el suelo. Sus piernas sufrían convulsiones atrapadas en una descarga eléctrica mientras ella se golpeaba contra el escenario una y otra vez antes de cantar, rehuyendo la oscuridad. El sonido de su cuerpo al golpear las tablas asombró tanto a Ferran que dio un respingo en su asiento y se agarró al tapizado de terciopelo del brazo de la butaca. Sintió ganas de gritar, ¡gritarle a ella! Gritar su nombre, rescatarla de la oscuridad, del mundo. Se vio allí llorando, ríos de lágrimas que corrían por sus mejillas, cuando ella se levantó y empezó a moverse veloz por el escenario con saltos y piruetas, después corriendo y corriendo cada vez de un modo más frenético, como una polilla, como

algo ciego y enloquecido por el calor de la luz.

El profesor mira a sus alumnos.

¿Son capaces de entender esta visión?

—El teatro —dice Ferran— es el arte de estar vivo. De expresar... vida.

Con un brazo describe un círculo sobre su pecho. Tiene los dedos abiertos, y la palma de la mano presiona el cuello de su camisa vaquera.

El profesor respira despacio. Con parsimonia.

Su pecho se mueve en una inquietante comodidad.

Arriba, abajo. Arriba, abajo.

La clase susurra, interesada. Él continúa respirando. El alumno de San Petersburgo que se ha estado quitando distraído la mugre de debajo de las uñas levanta la cabeza un instante para escuchar. Los sonidos del aliento de Ferran se propagan suaves, con un volumen magnificado por las paredes de ángulos perfilados que tiene la sala de teatro experimental. El valenciano capta la atención del ruso y asiente distraído desde su silla en el otro extremo del aula. La respiración del profesor se vuelve más ruidosa. Cierra los ojos, levanta un dedo y señala hacia arriba con delicadeza. Se abre su boca. Un hilo de saliva rueda hasta el borde del labio y allí se queda suspendido con una energía estática. Alguien tose. Silencio. La mano del profesor realiza un leve movimiento, una calma paralizante, y, entonces, con un chirrido de acción, abre los brazos de golpe, echa la cabeza hacia atrás y chilla.

Esa noche, los del instituto le pidieron que se tomara un permiso.

—¡Alégrate, chica! —dice Fons cuando ha finalizado—. ¡Es motivo de celebración! ¡Has vuelto al redil! Te hemos echado de menos en el instituto. Yo siempre tuve la esperanza de que fueses directora, pero no te metiste en el teatro, ¿no?

Digo que no con la cabeza.

—Pero sí quieres escribir sobre Natalia y el teatro, ¿verdad?

—Sí.

—De modo que sigues en el mundo del teatro —afirma Fons—. Bueno. De manera indirecta, al menos. Y, si estás escribiendo, te estás dejando la piel. No has vendido tu alma al comercio. Eres de los nuestros. Puedo serte franco. ¡Al cotilleo!

Fons entona un susurro ceremonioso:

—Àngel Villafranca se ha convertido en director creativo del Nuevo Teatro de las Artes Escénicas. ¿Te gustaría reunirte con él?

—Sí.

—¿Y con Oriol?

—¿Puedes arreglarlo?

—¿Que si puedo arreglarlo? ¿Que si puedo arreglarlo? ¡Pues claro! Oriol es un viejo amigo, aunque parece valorar algo menos mi compañía en estos tiempos.

Querida, esto lo puedo hacer, pero sólo si prometes ser muy sensible, que te comportarás muy bien. ¡Nada de groserías! ¡Son colegas! Hermanos de armas.

Cuando hemos terminado, Fons me invita a dar un paseo con él por el Raval. Le pido que me cuente lo que recuerde de aquella noche, si había estado en su última función: ¡No!, grita él, ¡no quedaban entradas! Yo era persona non grata, no había sitio para mí en la posada. Una tragedia del destino. *¿Los viste aquella noche? ¿De copas? ¿Recuerdas algo?*

Fons se pone verde.

—No. Es doloroso recordar lo más mínimo. Me abandonaron. No querían tener nada que ver conmigo, no me dejaban acercarme a ella. Mala política. Todo aquello está superado ya. *Atenció! Caminem!* —Arranca violento hacia adelante, decirlo le calmará los nervios—. Mi corazón es frágil.

Resopla y sacude la cabeza. Yo me relajo en el familiar frescor de la oscuridad invernal. Un paso enérgico por el aire de la noche, un *café amb llet* de la librería de detrás de la universidad.

—¿Recuerdas si Natalia Hernández tenía algún libro o documento que apreciase? Estaría muy interesada en ponerle las manos encima a algo como eso.

—¡Libros! —grita él—. ¡Las diosas no leen libros! ¡Ellas los encarnan!

Hace una pausa, dándole vueltas a algo.

—Debes venir a ver mi archivo.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—*Ara* —gruñe Fons, de repente agresivo—. Ahora.

Miro el reloj. Él asiente; vacila. Accedo. Sonríe de oreja a oreja.

—Natalia Hernández representaba esta ciudad para mí, estaba hecha de ella, para ella...

Estamos en la esquina del carrer de l'Hospital y la Rambla del Raval. Nuestro aliento crea dragones en el aire. Lo miro con atención, con el rabillo del ojo, con una repentina e inextricable incomodidad. Sus pensamientos divagan por los teatros de variedades, las óperas, acechan sobre las baldosas rojas del Mercat de les Flors, pensamientos opacos y enmohecidos.

—He decorado mi casa de tal manera que guarde registro de la modernidad para las futuras generaciones de artistas. Mi terapeuta me anima a que me exprese por medio de esta forma asexual de enaltecimiento. Dice que los altares son importantes para el sentido moderno del bienestar y que nuestra cultura de la ansiedad es el resultado de una deificación de los intereses del individuo por encima del espíritu colectivo de la comunidad.

Ferran Fons me abre paso escalera arriba hacia su apartamento en el Raval.

—Me mudé hace cinco años, quería estar más cerca de la acción. Más espacio. Es un sitio bastante especial, creo que te lo parecerá. —Abre la doble puerta de madera

pintada en color aguamarina—. Es muy festivo, muy colorido.

Se me van acostumbrando los ojos a la sepulcral oscuridad conforme entramos.

—¡Un momento! ¡Un momento! —grita Fons al encender la luz—. *Et voilà!* ¡Así nació el teatro!

Cuatro paredes cubiertas de rostros humanos: jóvenes, viejos, masculinos, femeninos, de todo credo y de toda condición, ¿unos cien retratos, tal vez? Pilas de libros, dos amplios ventanales y cortinas en rojo vivo. Divanes de color berenjena en el centro de la estancia, adornados y barrocos, butacas infladas. Una mesita auxiliar de cristal cargada de monografías de arquitectura, panfletos de diseño, tipografía muy clara.

—Tómame tu tiempo —dice Fons—. Mi salón está dedicado al recuerdo.

En la pared más grande de aquel salón, sobre una chimenea de gres negro llena de orquídeas resecas de color violeta, el centro, la joya de su colección. Un póster —recuperado, supongo, de alguna cartelera o de la oficina de prensa del teatro— con aquel rostro grabado en los pliegues del subconsciente de la ciudad. Los ojos muy abiertos, la sombra como un corte por debajo de la nariz, la frente y la mandíbula, jugando con las mismísimas líneas de su cara, la pulpa de ciruela de sus labios entreabierta, su lengua húmeda contra los dientes, separados. Esperando. Llamando. *Tengo un secreto. Igual que el tuyo.* El título de su obra, la última obra, como una serenata en mayúsculas para el lector. Del 20 de junio al 10 de agosto de 2003... *El espectáculo que Natalia Hernández jamás cerró.* ¿Cuántos de éstos se tirarían? ¿Arrancados en la estela de su muerte? Fons ha colgado el cartel en la pared al estilo de un grabado de Andy Warhol, enorme, llena la habitación. *No hay nada más que ver aparte de ella.* A cada lado, helechos en macetas, fecundos y recargados. En el centro del póster, bajo su boca, hay una pequeña mesa de madera en lo alto de una sola pata también de madera. Sobre ésta, una figurilla *kitsch* de la Virgen María y una vela roja encendida. Fons ha colgado flores rosa y naranja alrededor del cartel, al estilo de un altar hindú a Ganesha.

Fons resplandece.

—Mantengo encendida la llama eterna de Natalia Hernández siempre que estoy en casa. Es complicado. Me gustaría tenerla siempre ardiendo, pero ya tuvimos un accidente cuando colgué el póster por primera vez: quemé la parte inferior. Tuve que pedir que me lo cambiaran. Me costó un siglo encontrar otro. Un desastre artístico. Desastre total. Así que ahora, a ésta habrá que añadirle que es la llama «eternamente vigilada» de Natalia Hernández, el altar principal del Salón del Recuerdo, principal atractivo del Museo de la Gloria Difunta. Está bien acompañada... —Abre los brazos en el gesto de un barrido— por los tesoros recopilados de mi dramático agradecimiento.

—¿No te hace ella sentir incómodo? —pregunto.

—¡No! —dice horrorizado—. Más bien lo contrario. Me exige que me acuerde de sentirme vivo.

Las paredes están cubiertas de una amplia variedad de fotografías enmarcadas y grabados.

—Todas originales —trina él a mi espalda, al entrar en la cocina detrás de una cortina de seda. Oigo cómo abre el grifo—. Tengo a Federico García Lorca, ¡tres semanas antes de que lo matasen en 1936! —grita—. Una muy rara de Margarida Xirgu, la actriz catalana, de gira por Sudamérica. ¡Gandhi en 1948! ¡Oscar Wilde en París! Y tengo a los anarquistas... ¡Émile Henry! ¡Y a nuestro querido Santiago Salvador, que sintió tan profundo el fervor de su causa que lanzó dos bombas en el teatro del Liceu! —Recorre veloz una colección de fotografías que yo no reconozco—. Esta subexposición está dedicada a los Poetas-Asesinados-bajo-los-Regímenes-Nazi-y-Soviético —me cuenta mientras sostiene en cada mano un vaso de cristal con agua—. La segunda colección inmortaliza a los republicanos españoles asesinados por los ejércitos fascistas en la guerra civil.

—¿Y las mujeres? —pregunto.

Desando mi recorrido hasta el centro del salón, mirando la pared frente a Natalia Hernández.

Fotografías chillonas. Modernas.

—La tercera pared está dedicada al Femenino Agredido. He titulado la colección: «Víctimas del Asesino Desconocido».

Cuatro filas de tres. Doce fotografías. Cinco de ellas vulgares y brillantes, realizadas por un estudio barato de fotografía. Rosados cálidos y amarillos nucleares. Almas ocultas bajo una gruesa capa de maquillaje, cabello rubio de bote, labios y cejas provocativos. Estudio los rostros..., hasta que llego a uno situado ojo con ojo con el póster de Natalia Hernández, un marco rosa vivo entre los dorados baratos.

—Ésa es la madre de Natalia —digo, señalando al retrato de estudio de Cristina Rossinyol.

—Cierto, cierto.

Fons cierra las persianas a mi espalda mientras yo miro los rostros.

—Y éstas, ¿quiénes son? —le pregunto.

—Víctimas de un mismo asesino. O eso creo yo. Supongo que podría interesarte ver lo que tengo. La policía carece de creatividad. Hace falta un conservador urbano para desenterrar estas bellezas, toda una vida de dedicación. ¿Has visto el Raval? ¿Te parece a ti que los maîtres de los establecimientos más refinados hablarían con cualquiera sobre el asesinato de sus chicas ilegales? Ferran Fons —se golpea él en el pecho— es un hombre del pueblo. Un hombre en el que confían las damas del carrer de Sant Ramon.

—Pero sólo mataron a tres mujeres junto con Natalia.

—Tres fueron encontradas —dice Ferran como si nada—. Tres mujeres, fíjate tú... —*Está loco. Eso son conspiraciones*—. Mi arte, mi Museo de la Gloria Difunta yuxtapone teoría e imagen. Mis amistades más ilícitas, que han de mantener el anonimato para preservar nuestras relaciones, una postura diplomática, tú ya me

entiendes; mis amistades, decía, me han proporcionado sus retratos, aunque no están seguros de sus verdaderos nombres. Aquí tienes a la querida Roseanne y a la pobre Rosa. —Señala a dos chicas dispuestas a cada lado de Cristina—. A estas mujeres las encontró la policía en aquella semana, aunque yo he registrado la muerte de muchas otras. O, más bien, la desaparición. Me resultan muy inquietantes. ¿Qué hace, sin embargo, la mayor parte de la humanidad cuando desaparece una chica que no existe? No tiene papeles, ni documentación; podría no haber nacido nunca. ¿Qué hace la sociedad cuando una chica que nunca ha existido desaparece de las calles de una ciudad? La gente olvida. Para empezar, nunca se entera. Pero eso no le pasa a Ferran Fons, no. Él lo registra. Recopila las imágenes de sus vidas y las archiva aquí, entre los grandes y los difuntos artistas que desaparecieron en la historia.

Las chicas están dispuestas sobre un arcón de caoba con cajones y decorado con flores esmaltadas.

—Pero las verdaderas joyas de la colección... para el trabajo en el que te estás embarcando...

Abre un cajón. Retrocedo sorprendida.

—... están aquí guardadas.

Un artículo detrás de otro. Miles de recortes de periódico. Fotografías amarillentas, cortadas con pulcritud. Colocadas una sobre otra. Fons las saca lentamente.

—Puedes volver cuando quieras. Aquí hay más de lo que puedes leer en una hora. Siento un creciente nerviosismo.

—Éste soy yo con los Tragafuegos. Ésta es Cristina Rossinyol, ahí está Villafranca. —Pasa otra más—. Aquí sale toda la compañía. Ésta la sacaron en el periódico local. Aquí estamos Oriol, Villafranca, Cristina y yo. Ésta no la encontrarías en el típico archivo. Se hizo una tirada pequeña, sin apenas distribución.

El recorte descolorido y amarillento enmarca una fotografía del conjunto entero. En la imagen, un Fons mucho más joven, con un cabello negro y espeso y una radiante sonrisa, sostiene la cabeza de un dragón de papel maché.

—¿Cuál era tu papel?

—El diablo. —Hace una pausa—. Me eligieron para interpretar al diablo..., aunque las cosas se pusieron... —Vuelve a frenarse y frunce el ceño—. Tensas. Lo dejé tras la primera ronda de representaciones.

—¿Por qué?

—Me poseyó algo cruel.

Aleja un recuerdo con una sacudida de la mano. Se me acelera el pulso.

—¿Podrías describirme eso?

Hace una pausa. Se muerde el labio. Puedo ver los pensamientos que le cruzan la expresión de la cara.

—Siéntate, por favor —dice.

Regreso al sofá, mirando fijamente a Natalia Hernández. Él tira de una silla a mi

espalda. Se aclara la garganta:

—Ángel Villafranca hizo un pacto con el diablo aquel verano. —Hace una pausa. Me mira con interés—. Él no lo reconocerá..., no, por supuesto que no, pero la verdad es que nos vendió a todos nosotros a cambio del éxito. Quería que jugásemos con las cosas..., llevarnos más allá de las restricciones normales de la conducta humana.

Asiento.

—Al principio no presté atención a los rumores. Era un actor joven, estaba empezando mi carrera, era un honor trabajar con esta compañía, pero, cuando el diablo vino a mí, me lo tomé más en serio. Primero se adentró en mis sueños, como un joven llamativo: pelo oscuro, ojos azules, vestido de un modo exquisito, como un caballero inglés decimonónico. Me miraba, hablaba conmigo..., me decía qué hacer. Yo escuchaba. Hacía lo que me decía porque pensaba que era una manifestación de mi subconsciente que me ayudaba en el papel, que yo estaba construyendo un personaje, y no —tose y carraspea— relacionándome con una especie de espíritu.

—¿Ha hablado la policía contigo alguna vez sobre esto? —pregunto.

—¿Conmigo? No. —Entrecierra los ojos—. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

Arquea una ceja.

—Soy alérgico a la autoridad.

—Cuando hablé con el oficial que llevaba el caso, me dijo que no había ninguna característica que unificase los asesinatos —le miento. *A ver qué hace.*

Fons farfulla. Rojo como un tomate.

—Ya sé a quién te refieres: el inspector Fabregat es un necio con instinto de supervivencia. Había, como tú lo llamas, «características» significativas por un tubo, un sello: al asesino le preocupaban..., estaba obsesionado con... las lenguas... A nadie le gusta hablar de ello, porque la sospecha, lo que de verdad se sabe, es que fue algo interno. *Uno de nosotros. Arrebatadas. A todas.* —Fons hace un gesto con la mano para abarcar la pared de mujeres ante nosotros—. A todas y cada una salvo a Cristina. Todas las demás perdieron la lengua. Y ése es el motivo de que yo decidiera inmortalizarlas. Preservadas en silencio a perpetuidad.

El ambiente en la habitación apestillada se vuelve claustrofóbico.

—¿Me das permiso para que saque algunas fotos?

Me dice que sí con la cabeza.

—Puede usted documentar la exposición como bien le plazca, señorita.

Cojo la cámara de mi bolso. Mientras presiono el disparador, los ojos de Fons me abrazan. Clac, clac, hace la cámara.

Su sonrisa se agranda.

—Soy un artista, ya lo sabes.

Veo cómo me taladran sus ojos, allí de pie con los brazos cruzados delante del póster de Natalia Hernández, ella tan sobrehumana. Una diosa a la que adorar en

soledad.

—No debes decirle a nadie lo que has visto. Me gustaría ser una fuente anónima —me dice en tono formal mientras me acompaña a la puerta—. Preferiría que se me mencionara tan sólo como el Conservador de la Gloria Difunta.

Lo acepto. Turbada. Entro en el metro. Unos ojos invisibles me laceran la espalda. Azulejos de color carne, franjas verdes. Suena como el rugido de un tren. Un hombre tocando el ukelele. Siento una presencia entre la gente. *¿Me ha seguido Fons desde el apartamento?* Hombros encogidos. Siluetas oscuras. Me bajo en la siguiente estación, cambio de vagón. Voy hacia el norte. De nuevo la sensación de que me siguen. De un vínculo persistente. Cambio de dirección por el laberinto de túneles subterráneos, los pensamientos dan vueltas y tumbos. *Nadie. No hay nadie aquí contigo.* Y, aun así, estoy convencida de que me observan.

Oriol Duran está de pie de espaldas a la puerta del teatro, fumándose un cigarrillo con una taza de café expreso barato en la mano derecha. Sus rizos, del color del azúcar quemado, rubio caramelo, con la raya hacia un lado, en consonancia con el período, patillas cortas desde el borde interno de las orejas hasta la marcada línea de sus pómulos, peinado hacia la nuca, donde sus rizos guardan una desaliñada compostura. Sus ojos tienen el moteado de un búho, un rubicundo avellana con cortes de dorado melifluo, en cuyas profundidades han caído enfermas de amor muchas mujeres, pero Oriol no puede evitarlo (guapo es el que se comporta como tal) y, a pesar de las multitudes de fans y de la orgiástica presencia en las pantallas de las televisiones españolas, sus ojos conservan cierta inocencia, engalanados en unas pestañas primorosas, alargadas, como las de un cervatillo. Los pómulos de Oriol son suaves y firmes como los de un soldado romano, y, de no ser él tan corto de estatura y tan ligero de complexión, un escultor lo podría haber convertido en modelo de un David o un Marco Aurelio.

No ha envejecido en absoluto, pienso alarmada. Ni un solo año, ni una sola arruga. Podría ser una década más joven de lo que es.

—Duran. Un placer —prosigue. Mano extendida. Cálido apretón. Siento el calor que aflora en mis mejillas. Me maldigo. *No te sonrojes. No hay nada más humillante.* Aguarda mi respuesta con las cejas arqueadas.

—Siento si esto es una sorpresa... Siempre llego con tiempo, Fons mencionó que podría estar usted aquí, he preguntado en el teatro y...

Él se encoge de hombros.

—... pensé que lo pillaría.

Sus ojos se centran en mí.

—Estamos ensayando a Oscar Wilde. ¿Conoce *Salomé*?

Puedo distinguir el escenario para la nueva obra. Los telones de fondo y el cortinaje, los decorados de madera. La única iluminación son las luces de las salidas de emergencia, verdes sobre las filas de asientos de terciopelo, y dos bombillas al aire sobre cada una de las salidas laterales del escenario. *Descansa en la quietud.* Hay algo triste en un teatro a oscuras. Algo fantasmal. *Lo más cercano que tenemos a una*

experiencia de la muerte. Oriol camina con paso firme entre las bambalinas y enciende las luces. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic! Una gigantesca terraza de madera a mi espalda, colocada sobre el salón de un banquete, a la izquierda de una enorme escalera y una cisterna envejecida y engullida por una pared de un vivo bronce verde.

Oriol da unos golpecitos con los nudillos en la escalinata de madera.

—¿Conoce la obra?

Hago un gesto negativo con la cabeza. Me mira directo a los ojos, de nuevo esa mirada que perfora. No hay vergüenza. Una extraña vulnerabilidad.

—Es fascinante, lo más extraño y lo mejor de Wilde. —La expresión de su rostro cambia del modo más leve—. ¡Qué bella está la princesa Salomé esta noche!

Parpadeo. Está recitando unas líneas.

—*Mira la luna. Qué extraña parece la luna. Es como una mujer que surge de una sepultura.* —Oriol se acerca más—. Interpreto a Juan el Bautista. —Dibuja una línea de un lado a otro de su cuello y emite un sonido deslizante con los labios—. La cabeza acaba en una bandeja. Espero que no pretenda hacerme usted lo mismo. Los escritores tienen cierta propensión a la violencia.

De pie a mi lado, es inquietantemente más alto de lo que yo me había imaginado. *¡Tan cerca de mi piel!* Me paso las manos por el pelo, estabilizo mi respiración, trato de evitar que mis ojos recorran sus rasgos mientras él sigue allí ante mí: se esfuerzan por demorarse en el brillo de su porte cobrizo, la impoluta textura de su piel como una arenisca bien pulida... Me distraigo (*¿Qué lleva puesto?* Una sudadera fina de color gris y unos pantalones amplios)..., impido que mis ojos desciendan por la curvatura de su bíceps, las venas elevadas en el dorso de sus delicadas manos. Corte de uñas immaculado. Me presento. Él escucha con diligencia.

—Me alegra saber que alguien está escribiendo algo sobre Natalia. —Su mirada se relaja—. Llevaba años sin hablar con Fons..., pero coincido con él, ha pasado demasiado tiempo sin que nadie le preste atención. Fons dice que es usted buena. *La investigadora norteamericana.* ¿Va a publicárselo Balmes e Hijos? Menudo lujo para una extranjera tan joven.

Sus ojos suben y bajan un instante y descansan en mi pecho. Siento cómo me asciende el calor por la espalda.

—Ahora ya puedo hablar con libertad. Si me cae usted bien, recibirá más. Pero más adelante.

—Por supuesto —tartamudeo—. Soy toda suya.

Oriol me lleva hasta el borde del escenario.

—¿Nos sentamos? —pregunta.

No espera respuesta, desciende el cuerpo hasta el suelo con elegancia y se echa hacia atrás apoyado en las manos, con los pies colgando por fuera; saca el paquete de cigarrillos y la BlackBerry de su bolsillo de atrás y los coloca a su lado en un pulcro

montoncito. Oriol ataca la entrevista como un profesional; no demasiado ensayada; está cómodo. Tono estable. No formulo ninguna pregunta: comienza con la familia. *Sácale un poco de su propia historia.*

Cuenta que su padre y su madre eran unos políticos locales que fueron asesinados en un atentado terrorista en Madrid... Algo se dijo de los autores, que eran una rama de un grupo... tal vez inspirados por la Baader-Meinhof, la Fracción del Ejército Rojo, ¿puede ser? Un frente de liberación anarco-comunista que desapareció en Cuba o en la Unión Soviética. Les pusieron una bomba en el coche durante un desfile militar en la capital.

Se encoge de hombros como si aquello fuese normal.

—Natalia sufrió más que yo; ella perdió a sus padres y a sus hermanos. Quedó separada de su hogar..., no le quedaron parientes ni dinero en herencia, mientras que yo fui bendecido con un origen aristocrático y crecí rodeado de excesos. Era demasiado pequeño cuando murieron como para recordar mucho sobre mis padres. Natalia sí perdió a unos padres a los que recordaba y a unos hermanos pequeños. Los daños que ella sufrió fueron mucho mayores que los míos..., pero compartíamos un vínculo. —Oriol hace un generoso gesto con la mano a los asientos vacíos del teatro, señalando el proscenio a nuestra espalda—. El teatro. Mi abuelo era draconiano. Quería que yo fuese deportista; me obligó a competir profesionalmente como tirador de esgrima, «para mantener una tradición familiar». Y así lo hice. —Agita la mano en el aire, traza un arco y vuela—. Empecé ballet cuando tenía quince años, de un modo terapéutico, para aprender un poco de autocontrol. Era demasiado mayor para convertirme en bailarín profesional, como dedicación exclusiva, pero me dio por la danza con un apetito feroz. Fui al instituto. Me enviaron aquí. Tenía diecisiete años cuando me uní al teatro de Villafranca. Natalia era una niña que se escondía entre bambalinas. Ella me miraba, y yo la miraba a ella. No pensé en eso durante años..., dese cuenta, yo era ocho años mayor que ella. Pero Natalia creció, y yo seguí igual. Era nuestro secreto. ¡Podías ser cualquiera! Podías evadirte de tus recuerdos y probar otra voz humana, dejar tu yo en el camerino y desaparecer en la adrenalina, la fiebre de la interpretación. De crear. Por ese motivo sólo soy capaz de interpretar cuando me transformo por completo. Natalia comprendía mi sentido del aislamiento. Tras la muerte de sus padres, compartimos... —hace una pausa, busca la palabra— algo más que una relación, ¿cómo expresarlo? Una concepción, sí, una concepción de la pérdida. Una gigantesca ansia de olvidarnos de nosotros mismos y sentirnos de manera simultánea abrazados por el amor. *Ella me entendía.* No era capaz de hablar de ello entonces, queríamos que fuera un secreto. Pero nos enamoramos. Cuando ella tenía dieciséis años, por aquel entonces, y yo veinticuatro. Durante años no hice nada al respecto. Esperé. Después ya no pudimos mantenerlo en secreto. Y entonces murió.

Levanto la vista. Su semblante es trágico.

—Natalia habría llegado a convertirse en una de las más grandes actrices que este país haya conocido nunca.

Flecos verdes, un ribete externo oscuro en la pupila, y luz. Luz infinita. Me estiro hacia él, para sentirlo..., *nada*. Está vacío. Limpio.

—Conseguí mi primer trabajo profesional en el teatro justo después de la muerte de mi abuelo. —Oriol se remanga la sudadera. Se da cuenta de que mis ojos descienden hasta posarse en su tatuaje. Alarga el brazo. En la piel pálida de la cara interna tiene grabado un pequeño perro negro con una llama en la boca.

—Me lo hice cuando era un chaval. Un primer acto de rebeldía. —Sonríe—. Me lo tienen que tapar con maquillaje todas las noches. Villafranca siempre me pregunta: «¿Por qué no te libras de él?», pero a mí me gusta. En ocasiones cometemos estupideces. Es bueno que algo te las recuerde.

Su mirada se pierde en alguna tempestad íntima. Aproximo más las rodillas a mi mentón. Me agazapo. *Escucho*.

—Jamás entendí por qué no acudió a mí. Por qué nunca me contó por lo que estaba pasando. Era como si le diera miedo implicarme a mí..., no sé. Llegué a convencerme de que era alguien a quien ella conocía. Veía sospechas por todas partes. Acudían a ella en manada. Querían fragmentos de ella. Admiradores. Amantes. Fans. Yo los odiaba. A todos. —Se ríe—. Me comporté como un idiota con aquello.

Escucha con más atención. ¿Eres tú el hombre al que he visto? ¿El hombre al que busco? Eso es todo cuanto quiero. Un reflejo. Un eco. Pero no hay confirmación. No hay respuesta. *Nada*.

El viernes 20 de junio de 2003, el Institut del Teatre se ilumina ante él, un ejemplo de diseño en cristal de seis plantas. Pasa el tiempo. El sol acaba de empezar a sumergirse por el horizonte. Largas sombras atraviesan la plaza como finas rayas diplomáticas. La plaça de Margarida Xirgu está magníficamente desierta, se ha marchado el circo ambulante que la ha ocupado durante la última semana, *gracias a Dios*, y con él se ha llevado sus osos rusos bailarines, sus enanos y su desganada mujer barbuda. Durante años, la lona amarilla del circo ha ocultado de la vista de Oriol los árboles que rodean la plaza. Ahora se ha librado de él. Al actor le gusta tener aquel espacio para sí, para inspirar lentamente y espirar el cálido humo de sus pulmones en la tranquilidad de la plaza, tan sólo interrumpido por algún solitario *skater* o un perro callejero. A su espalda, el Nuevo Teatro de las Artes Escénicas resplandece con la seguridad en sí mismo que le otorga el poder, un edificio portentoso que se curva alrededor de la oblonga plaça. El teatro está pintado de naranja y está rematado en tejas de terracota. Hay un restaurante y un bar en la primera planta, con un balcón que da a la plaza. El edificio tiene una pequeña torre y tres fases, cada una de mayor tamaño que la anterior.

Oriol se encuentra junto a la puerta del escenario, apoyado contra la pared del teatro. Supervisando la extensión de su reino. Ha llegado casi treinta minutos antes de

que lo llamen a escena. Lo suyo podría calificarse de ritual. Primero, un lavado de manos en el aseo de caballeros de la planta baja. Se echa unas gotas de agua en el pelo, aparta el sudor de su frente. Se quita la mugre de debajo de las uñas. Una toalla húmeda y templada. Un momento de silencio, intenso y a solas, sentado con las piernas cruzadas en el escenario de madera, a salvo tras el telón bajado. No es meditación, sino contemplación (le dirá a unos futuros biógrafos imaginarios), una asunción del espacio, reclamar cada aroma de la penumbra del teatro, cada grieta en las tablas, cada espacio muerto en los rincones, cada oscuridad misteriosa dada la vuelta y examinada. Después, un café de la maltrecha máquina de la sala verde. Un vasito de papel con un remolino del marrón claro del expreso, crema aguada, leche coagulada. A continuación, un cigarrillo, el primero de muchos, que se fuma a solas en la plaza de Margarida Xirgu, donde nos lo encontramos ahora, escuchando el piar de las golondrinas del verano temprano. Allí esperará a Tito, el productor, observando a todos y cada uno de sus compañeros actores que aparecen por la plaza, cruzan la amplia extensión en plena metamorfosis, transformación interna, conforme se adentran en el auspicioso reino del teatro. Desde su mirador, Oriol puede ver cómo se acerca Ferran. Los dos hombres se saludan de un lado al otro de la vacía franja de hormigón, actor y académico emergen de sus respectivas guaridas. Oriol estudia al profesor mientras éste cambia su recorrido y atraviesa la plaza directo hacia el banco en el que se ha subido un Oriol lánguido, apagado el segundo cigarrillo, recolocando el alma en su sitio, hallando su centro. Pronto comenzarán las pruebas técnicas, todos esos arduos ensayos en los que los directores de iluminación planean cada meticuloso cambio de ambiente. Natalia no ha llegado aún, pero acudirá, Oriol está seguro, y entonces se pondrán en marcha el vestuario, la peluquería y el maquillaje, el oficioso desfile del director de escena. El silencio se habrá ido, piensa él en un lamento. Oriol aguanta un instante más en el cálido atardecer de la plaza. Los árboles vuelven a estar verdes allí. Proyectan unos preciosos y largos brochazos de sombra conforme el sol se va apretando contra el horizonte de la ciudad. El actor observa la llegada de Ferran y valora las ventajas de marcharse rápidamente. Una correcta retirada tras las gruesas puertas de cristal del Nuevo Teatro de las Artes Escénicas, hacia los camerinos de los actores. Sin embargo, algo lo mantiene allí. ¿Será tal vez la quietud general del momento? ¿Una ley no escrita que prohíbe movimientos bruscos? O una ternura más profunda hacia Ferran. No lo sabe. Ambos hombres se abrazan.

Ferran le da a Oriol un delicado beso en cada mejilla y una palmadita en el hombro. Hablan con el mismo acento catalán.

—¿Qué tal han estado hoy? —pregunta Oriol.

—Horribles.

—¿Nadie con potencial? ¿Ni una sola chispa?

—Son un vacío absoluto de material creativo.

Oriol se ríe.

—En mi época, habrías dicho lo mismo de mí.

—No. Tú eras diferente. Eres diferente. Desde el principio.

Oriol se sonroja y se aparta de la frente los rizos dorados del flequillo. Una de sus características más cautivadoras. Para el papel principal del *Paraíso perdido*, de Milton, se ha dejado un bigote rubio que cuida a regañadientes. Está convencido de que lo hace parecer un pederasta. Tiempo atrás, Ferran decidió que había en este chico un género de falsa inocencia, fascinante en un hombre más joven, un incómodo vacío que se manifestaba como un anhelo de otros mundos. «La energía le sale por los poros —apuntó Ferran una vez en una de sus primeras representaciones en Gràcia, hace años ya—. El trabajo físico de Oriol Duran expresa un optimismo que resulta incontenible». Antes de que la fama y la fortuna llegaran a él y lo apartasen eternamente de la tierra de lo inferior y lo mundano, aquel hombre había sido un deportista. Se mantiene ágil, fibroso, musculado.

Con formación en esgrima, Oriol competía a escala nacional como tirador de esgrima cuando entró en el instituto como bailarín. Más adelante, pasaría a las tablas a instancias de Ferran y de un viejo colega recientemente fallecido, y se unió a los Tragafuegos, el grupo itinerante de Ferran que iba por los pueblos ofreciendo representaciones populares. El director Àngel Villafranca lo descubrió entonces en una Patum, en Sant Cugat, interpretando el baile del dragón. Oriol Duran, muy influido por la Escuela Americana del Método, insistía mucho en convertirse en el personaje, algo que iba en contra de los principios del enfoque más tradicional adoptado por sus colegas catalanes. Esto impresionó a Villafranca, que en un actor buscaba algo más vivaz, más descarnado, más atrevido, según le había explicado a Ferran. *Riesgo*, dijo Àngel Villafranca en un tono acallado, *quiero que se arriesguen sobre el escenario, en cuerpo y alma, que fuercen los límites, ya sabes, y él lo hace. Él lo tiene, Ferran. Lleva el éxito escrito en el tuétano.*

—Necesito tu ayuda, Oriol. Están tratando de echarme —prosigue Ferran a trompicones, metido en su propio mundo.

—¿Quién? ¿Silvia?

—Todos ellos. No lo sé. Silvia transmitió el mensaje. Debería tener algún lío en público con una alumna y ponerle fin a esto de una vez con la cabeza bien alta.

—*Molt bé!* —Oriol se queda impresionado con esto—. No te atreverías. Eres un hombre demasiado decente para eso.

—Oriol, estoy desesperado. No podrán obligarme a dejarlo si ven lo bien relacionado que estoy. Os he dado clase a todos vosotros. Le di a Cataluña una nueva comunidad de actores.

—Déjame que lo piense. —Oriol frunce el ceño—. Hablaré con Tito.

—¿Es que ha vuelto?

Ferran había conocido al argentino en una reciente función a beneficio de la universidad. Parecía íntimo de Oriol. Un tío poderoso. Agradable, también. A Ferran se le acelera el pulso.

—Ha llegado esta mañana. Viene a la gala de la prensa esta noche. ¿Estarás tú

allí?

—No tengo invitación.

Oriol asiente.

—Qué lástima. El teatro está lleno. Si no fuera así, te conseguiría una butaca.

Ferran le quita importancia con un movimiento de la mano.

—No estoy en la mejor situación. Consumido. Nada que decir.

Una mujer joven se adentra en la plaza empujando un cochecito viejo desde el carrer de Lleida. Una niña pequeña con un vestido rosa corretea en círculos alrededor de su madre. El bebé del cochecito lloriquea.

—No te preocupes por esas cosas, Ferran. Eres una institución. —Oriol sonrío.

—Tal vez. Antes. Ya no.

Los ojos de Ferran se quedan sobre el cartel de Natalia Hernández.

—¿Es buena?

—Tú sabes que sí.

—No, me refiero a si se transforma.

—¿La viste en el *Tennyson* de Casas?

—Sí.

—Ella sobrepasa eso.

Ferran deja escapar un silbido lento y suspirado.

—*Mare meva* —dice.

—Esta obra lo cambiará todo —dice Oriol—. Va a eclipsar al resto.

Ambos hombres miran fijamente el póster.

—Nunca le diste clase, ¿verdad?

—No. No. Ella no se formó en el instituto.

Añoranza en las comisuras de los párpados de Ferran.

Oriol centra la atención en el reloj.

—Casi las siete —murmura.

Y, como mecanismo de relojería, la ayudante del director de escena aparece por la puerta del escenario. Una chica sencilla con un corte de pelo agresivo.

—Oriol, te toca.

La chica fulmina a Ferran con la mirada.

El alumno se despide afectuoso, estrecha la mano de Ferran.

—Haré todo lo que pueda —lo tranquiliza Oriol.

Ferran ofrece un elocuente agradecimiento y besa a su antiguo alumno en las mejillas. Camina despacio de regreso al instituto, hacia la rampa que da acceso al aparcamiento. Desde el otro lado de la plaza, Ferran se despide con un gesto de la mano. El actor apaga su último cigarrillo. Como la niebla sobre un lago, la partida del profesor genera nubes por la plaza:

—¡Tiene un don, Oriol! Ella es nuestro futuro.

—Esa noche la pasé detrás del escenario. —Oriol frunce el ceño—. Por lástima..., por respeto. No lo sé. Siempre lamentaré esa decisión. Él hacía que ella se sintiera incómoda; yo notaba su mirada puesta en la chica mientras nos movíamos, y lo odiaba por ello. No pude controlar la ira. Más tarde, aquella noche, Natalia y yo tuvimos una discusión. —Su atención se evade de algo distante—. Hubo un tiempo en el que tuve cierta fe —suspira—. Conocí a Natalia y comencé a creer en algo más grande que yo mismo. Eso ha desaparecido ya.

Su atención se dispara de nuevo, hacia el escenario a mi espalda.

—Estuvo usted con ella aquella noche, ¿no es cierto?

—Sí.

Espero. *No quiere hablar de ello.*

—Creo que ella sabía que iba a morir —suspira Oriol profundamente—. Pero no lo comprendí. No entendí lo que me estaba diciendo.

Lo observo mientras su mirada vaga por las butacas del teatro.

Se ha quedado muy callado; sus piernas, inertes, la energía se le aferra al estómago. Se mira las manos y estira los dedos frente a sí antes de volverse hacia mí.

—No puedo contarle quién era ella en realidad, porque la verdad es que no lo sé. Y no creo que llegue a saberlo nunca.

—Ha sido un placer conocerte hoy. —Cada vocal es una joya cortante.

Me sorprende su llamada de teléfono.

—Fons me ha dado tu número.

—Ah.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Hago un gesto vago hacia mi trabajo; un día en los archivos.

—Ven a nuestro ensayo. Ven a ver lo que estamos haciendo.

Siento que se me sonrojan las mejillas.

—¿Seguro que no habrá ningún problema?

—Sí, encajarás enseguida. Nos vemos mañana en el teatro después de comer. Pasa la tarde con nosotros.

Oriol Duran me desconcierta. *Frágil*, pienso. *A pesar de toda esa fuerza física, transmite fragilidad.*

Más tarde, echo un vistazo a unos vídeos de YouTube, a la caza de una versión de la grabación de mala calidad. Una que ya he visto antes. La tarde siguiente a la muerte de Natalia, le pidieron a Oriol Durán que hablase al final del telediario. La policía había accedido, y Oriol recibió el permiso para enviarle al mundo su mensaje. No había practicado el discurso; quería que transmitiese emoción, que las palabras no se vieran trabadas por una excesiva familiaridad. Quería que aquello fuese real, descarnado, deseaba ayudar y decidió hacer algo «histórico», o, en el soberbio

arrastre de las palabras del actor: «épico», según la entrevista de prensa.

Increíble.

Enorme.

Transmitirían al público las noticias sobre Natalia Hernández mientras en las playas se limpiaban las hogueras y el día de Sant Joan tocaba a su fin. Oriol Duran iniciaría una búsqueda del asesino a escala nacional. Ofrecería un discurso en directo al final del programa. Una vez repasado el resto de la basura del día, regresarían sobre Natalia. La historia cobra relevancia. Oriol hace su discurso como un hombre que sufre la pérdida de una mujer a la que había amado. Hace un llamamiento a los barceloneses, a los españoles, a la gente de todo el mundo, para que ofrezcan información sobre el paradero de ese tal Adrià Serra mientras él aguarda en el centro de todo, como un oráculo de esperanza. La voz de Oriol retumba desde la pantalla de mi ordenador, se desliza hacia mi cocina, un personaje que amansa a las masas con el definitivo opiáceo del asesinato, mejor que la pornografía, mejor que el sexo, mejor que cualquier cosa en el mundo, la apoteosis de misterio, muerte y fechoría; y yo escucho con el corazón latiendo deprisa, y con unas venas que pulsan con el crepitar de las líneas de cable. En 2003, las ondas de radio emitieron el zumbido de la historia, y es entonces cuando Oriol Duran sabe que aquello es grande: las cámaras darán vueltas, y se fijarán en él, y en el espectáculo —pues era un espectáculo—, ¡y vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Oriol Duran se encuentra de pie delante de la pantalla verde y mira directamente a la cámara flotante. Tiene el porte de un político. Respira lentamente. Se suelta el cuello de la camisa de color crema —no lleva corbata—, lo cual realza el aura de melancolía desgredada, los ojos melifluos enmarcados en estrés, los rizos de oro alisados en la frente. No se lleva las manos a la cara, sino que penden en su costado. Suelta los músculos de la espalda y hace descender la tensión al suelo, siente su respiración, abre la boca y habla. En las playas se descorcha el vino y se sirve en vasos de plástico transparente. En las ondas se repite su mensaje. Observo cómo el rostro de Oriol Duran se tensa y se arruga de manera consecutiva mientras él ruega, suplica, exige información.

¡Información de la era del consumo!

Mientras que en las calles se congrega la gente y llora el jolgorio de ayer.

Y la arena es cálida y seca bajo los pies descalzos.

Los ritos de la *revetlla* de Sant Joan fueron simples. Su olor fue de pólvora y ceniza. De piel quemada y vino tinto barato.

Esta noche, sin embargo, las sirenas de la policía han sustituido en las playas a las hogueras que arden, arden y arden. Encienden las luces de sus coches y se instalan en unidades de criminalística frente al lugar por donde él se adentró en el mar.

Un mar más negro que el crudo. Más resbaladizo, más oscuro y más imposible que el viento, sin nada que decir.

—Primero estaba el teatro, y sólo el teatro —anuncia Tito Sánchez con descaro.

Me resulta felino de inmediato. Sanguinario. Sonriente. Brazos amplios, aliento mezclado con tabaco, anchas espaldas pegadas a los cojines de cuero del restaurante. He aterrizado en la parte noble de la ciudad, al norte de los turistas y de les Rambles, donde los adinerados se trasladaron apuntando en dirección a Madrid: la avinguda Diagonal.

—Esto lo decidieron los hombres que aunaron sus mentes para organizar la Exposición Internacional de Barcelona de 1929. Se construiría con un proscenio al estilo de la Antigüedad, y alardearía de una característica arquitectónica en la cual el escenario se podría sumergir en agua o elevarse hacia el público con la ayuda de plataformas mecánicas. Una obra maestra que emulaba los grandes teatros al aire libre del Imperio romano, como las ruinas del coliseo de Tarragona, asomado al mar. Tendría un aforo de tres mil quinientos visitantes, pero, al contrario que los griegos, contruidos más arriba en la pendiente y excavados sin más en la roca, este teatro representaría los excesos de la ingeniería moderna. El tejado tendría incrustaciones chapadas en oro con forma de conchas marinas, y sobre el público colgarían unas lámparas de araña de cristal cuya luz se atenuaría o intensificaría, dependiendo del ambiente, por supuesto, por medio de la última y más maravillosa infraestructura de finos cables de metal que transportaran la corriente eléctrica. Decididos a contar con los mejores espacios escénicos para dar cabida a la muchedumbre de bailarines, acróbatas, cantantes y oradores que exigían las academias rusas de teatro, construyeron el escenario con unos amplios bastidores detrás del proscenio, equipado con poleas y cuerdas que sujetaban el armazón y el terciopelo rojo del telón de seguridad. Este sistema voladizo fue diseñado para ser el más rápido del mundo y permitir la instalación de dieciséis telones de modo que se pudiese cambiar el decorado en siete segundos. Para esto construyeron una plataforma giratoria en el centro que permitiese el montaje de un escenario rotatorio sobre el cual se podían intercalar tres universos individuales y hacerlos girar rápidamente, de manera que se mostrase la acción de múltiples personajes casi de forma simultánea. Se hizo un silencio en la sala donde estaban reunidos los organizadores de la Exposición Internacional de 1929. Los ingenieros, directores, productores y arquitectos sonrieron, porque estaban construyendo realmente el teatro más extraordinario en la

historia de la humanidad.

Hace una pausa. *Tortilla con espinacas, queso y jamón, muchas gracias... ¿Y usted?* Traen pan y unas aceitunas. Los camareros revolotean formales a entera disposición de la clientela, trajes azules, chalecos y corbatas, señoras metidas en piel de ante y pendientes de perlas en las orejas, bolsos de Chanel y relojes de oro. Hijos de uniforme, calcetines subidos hasta las rodillas, rasponazos y cicatrices. Coletas o pelo alborotado bajo la gorra. *Tortilla para mí. Tortilla para todos.*

—Cuando se terminó el teatro en 1929 —atruena como la metralla el acento argentino de Sánchez, con pretensión de seriedad— en la base de los jardines de Montjuïc, tenía fuentes a ambos lados, un mural de mosaico y una serie de telones pintados por Picasso. El primer ballet que se representó en la noche en que se inauguró la exposición fue *Giselle*, en una gira de los rusos. Durante los siguientes siete años, la Exposición Internacional de 1929 del teatro de Barcelona sería la mejor del mundo; sus brillantes luces, el más bello logro arquitectónico en la plaza de Margarida Xirgu antes de que los tiempos se agríen y, en medio de algo más oscuro, Montjuïc se olvide de sus jardines, se convierta de nuevo en una fortaleza, y el teatro se desvanezca antes de sufrir un incendio en 1939 y quemarse casi hasta los cimientos.

Una botella de vino blanco aparece en la mesa, dos copas.

—Vine a Barcelona por el teatro, allá por 1975. Un hogar lejos del hogar. Tenía otros negocios en la época, ¡pero el teatro...! El teatro era mi pasión. Hoy me enorgullece decir que soy su mecenas con más años encima y su mayor productor. *Ahora bien.* —Dobla las manos bajo la barbilla como si fueran una mesa, se inclina hacia mí—. No me gustan los periodistas. Nunca me han gustado. Pero tampoco me gusta lo que sucedió. Delante de mis narices. Por así decirlo. Todo el asunto me revuelve el estómago. Así que comemos. Yo hablo. Usted escucha. Esa noche es todo cuanto le voy a dar.

¿Y después?

—Escribe usted esto, lo escribe bien y después se va a tomar por culo por donde ha venido.

Aquella noche, en la reconstruida gloria del Nuevo Teatro de las Artes Escénicas, Tito Sánchez ocupa la butaca en su palco privado, boca de labios carnosos como los de una mujer, delicados y dulces. Su rostro redondo, con ojos brillantes de un pardo oscuro y vivo. Luce una chaqueta corta y suelta de color azul, en contraste con una camisa violeta con botones de esmalte y un adorno floral de cachemira apenas discernible. Unos vaqueros grises revelan sus muslos de remero, y en la muñeca izquierda la esfera de cromo de un reloj adherida a una correa de piel de serpiente moteada. Se sirve una copa de champán de la licorera que hay en la mesa junto a él y observa a la prensa entrar en fila en el patio de butacas. Ahí está esa crítica petulante,

con el cara larga de su marido y el sinvergüenza del crítico de Girona (siempre bueno si quieres información). Los fotógrafos desfilan en hileras. Cámaras al hombro, colgadas del cuello. Àngel Villafranca llama la atención de Tito en el palco con un saludo. El director se unirá a él para ver la representación —ya lo tienen arreglado—, pero, por el momento, Villafranca se mueve entre la gente. Apretones de manos de rigor y abrazos para unos pocos. Las luces se atenúan. La orquesta comienza a tocar. Una mano en la espalda de Tito. Villafranca se desliza en la butaca a su lado. El director tiene sesenta y muchos años. Lleva unas gafas finas de montura de acero sobre una nariz contundente. Sus mejillas son largas y hundidas. El rostro barbudo. Hay muy poca grasa en su cuerpo y tiene espeso el pelo blanco en la frente. El director ya no está tranquilo, tiembla ahora de nervios.

—Qué alivio que estés aquí —susurra Villafranca— para hacerme compañía. —Tito puede percibir el olor a sudor mezclado con el perfume—. Mira a esas arpías —murmura Villafranca con un gesto hacia abajo, señalando las mujeres entre el gentío—. Han venido a por mi sangre.

—No la tendrán. —Tito le ofrece al director una copa de champán. *Bebe.*

Un acorde recorre el público, que se queda quieto con un suspiro.

En el escenario, ella luce un vestido de fiesta de terciopelo negro al estilo de una dama de sociedad decimonónica, con el pelo recogido en bucles sobre la cabeza, perlas en las orejas. Una corona de pensamientos descansa juguetona sobre los rizos suspendidos alrededor de las orejas y la nuca, presionando con delicadeza en las sienes. Tito nunca la había visto tan oscura, y el efecto resulta impactante. Se siente atraído hacia su silueta, sus pequeñas manos y sus pies, su luminoso y solemne rostro que se afana por ocultar su luz detrás de una sonrisa adusta, el corpiño ceñido a su pecho, el profundo escote de su vestido que revela el bronce de sus hombros y sus pechos.

—Maravillosa elección. —Tito se inclina hacia el oído de Villafranca—. Un diseño espectacular, muy ruso.

Y entonces, Natalia abre los labios. *¡Y canta!*

Tito siente reseco el fondo de la garganta. Se le hincha la lengua en la boca. La voz de la chica no es la voz de un mortal. Es divina iridiscencia. Él ya la ha oído antes —en ensayos—, pero esta noche, para el gentío allí congregado, para los periodistas y gacetilleros, para los críticos y sus medios, ella es sobrenatural, ¡ella es Dios! Una vidriera de colores en el techo del universo. A Tito se le acelera el corazón, pero al mismo tiempo se le detiene y siente el aire cálido saltar sobre su piel al zambullirse en la música de la voz de la actriz, cada aria es una voluta contra el pecho del productor. ¡Las aves silvestres no tienen un trino tan dulce! Su severidad, el dolor, es como un ruiseñor que canta en la noche, ella se lanza, cae en picado en el aire, su voz se alza *arriba, arriba, arriba*, y es entonces cuando clama como una mujer perdida, como una golondrina que busca a un amante, y a él se le rompe el corazón... *Oh, por el dolor de esta mujer, esta joven, esta niña...* Un baño de consciencia eleva

las extremidades de Tito como si el propio ambiente le estuviera instando a saltar de su palco —aunque con suavidad y delicadeza—; la embriagadora promesa del vuelo contenida en la música de su voz. Le recoge los remolinos y los mechones del pelo. Le arrastra los tobillos como una corriente de agua. Se le enrosca rodillas arriba. Le cosquillea en la cara posterior de los muslos. Tito Sánchez se encuentra en pleno verano mientras ella canta la canción de *Agua dulce* —la última canción que cantaría en su vida—, y... ¡Dios mío! Fue como si el oro gotease de su lengua, rubíes, carbúnculos, y pudieras ver cómo el alma de su imaginación tomaba forma en el aire como una bestia etérea, ¡una fuerza de la naturaleza! Las montañas caen a plomo conforme la tierra se aparta de los pies de Tito en unas grandes ondas en colisión, a toda prisa y chillando hacia el lejano horizonte. Cavernas y barrancos, acantilados tallados en la roca, grandes fosas y un verde ondulante. La superficie del terreno se arremolina y desciende, arquea el lomo, se abre paso a través de la visión de Tito, mareado de vértigo mientras se le aferra al fondo de la garganta el aliento de aquella voz. El sol estalla a través de los ojos de Tito y emite tal radiación que el azur del cielo se torna blanco y él queda cegado por la jungla de Natalia Hernández. Vuelves a casa loco de emoción, le dice a él su propio cuerpo. El corazón le late con fuerza para escaparse, se retuerce y salta por su pecho. Y, aun así, el aire sigue quieto: sereno de un modo único, profundo, bello. ¿Cuándo había cambiado ella?, se pregunta él. ¿Cuándo se había convertido en aquello? ¿O es que la jungla había estado siempre ahí, bajo la superficie, y él nunca se había dado cuenta, nunca lo había entendido?

El público se mueve con Tito. Inspira y suelta un grito ahogado al unísono mientras el director desea que el mundo la ame. Un sacrificio ofrecido a la fortuna de su propia fama. Para formar parte de la consciencia de la grandeza, observando los rostros desde arriba, las bocas abiertas. Tito frunce el ceño. La escena cambia. Un hombre trajeado cruza el escenario con paso decidido. Un nudo se forma en el estómago de Tito: Oriol la rodea con el brazo. Está claro que esa forma que tiene ella de mirarlo es pura actuación, ¿no? ¿Interpretación? Sus labios rozan los de él mientras bailan. La mano de Oriol en su garganta, en su pelo, hace girar al ruiseñor en su vestido negro, y ella hace piruetas, él la eleva, ella cae, dedos en su garganta... la ternura... Hierven los celos en el estómago de Tito, tan celoso como todos y cada uno de los hombres y de las mujeres en el teatro al ver esos dedos tocar el cuello del ruiseñor de Barcelona. Tito aparta aquellos pensamientos. Trasciende al interior del movimiento de la pieza. El teatro.

—¿Qué te parece? —Àngel se inclina al oído de Tito cuando cae el telón para el intermedio.

—Tienes una obra maestra. —Apenas puede hablar—. Una obra genial.

Tras la representación, la última que ella ofrecería, Tito y los críticos se congregan en el bar del teatro. Se aproxima Clara, de *La Vanguardia*. Huele a vino rosado. A Tito se le inflaman los orificios nasales.

—¡Bendito sea Dios, señor Sánchez! —cacarea ella—. ¡Qué bien le viene a

Barcelona un hombre de sus medios en estos tiempos tan difíciles! Cuando vi su nombre en la lista de productores, casi me da algo. ¡Demos gracias al Señor por los inversores privados! ¿Está contento con el producto final? —Se deja caer en el asiento junto a él—. Villafranca es un perro viejo y astuto. La chica será una estrella. No cabe la menor duda.

Tito asiente mientras estudia la sala.

—Mañana la sacamos en portada.

—Maravilloso. —A él no le interesa.

—Tampoco es que necesite mi ayuda, ni mucho menos, ya ha hecho bastante por sí sola. Me refiero al talento..., es increíble —prosigue Clara.

—Natalia Hernández es una joven extraordinaria... Siempre tuve la sensación de que sólo sería cuestión de tiempo.

—¡Oh, cuidado! Señor Sánchez, parece usted un colegial enamorado. —Se ríe escandalosa desde el otro lado de la mesa—. ¿Ha hablado usted últimamente con Oriol?

—¿Perdone?

—La gente habla. ¡Me muero por saberlo!

Tito casi se atraganta con una almendra salada. *Será zorra*, piensa Tito.

—¡Oh, mira! —exclama Clara—. ¡Los hombres del momento! ¡Àngel! ¡Oriol! —Se levanta, y los pliegues del vestido le caen hasta el suelo, a su alrededor. Planta dos besos a cada uno en las mejillas—. ¿Qué tal sienta eso de ser las estrellas de la noche?

—¡En la gloria! —grita Oriol, que trae una botella de vino en la mano—. ¡Bebed, amigos, bebed!

Clara aplaude.

—¡Sin ti, querida mía, no seríamos nada! ¡Cenizas que se lleva el viento! —retumba sonora la voz de Villafranca, dulzona como la miel espesa. Toma asiento junto a Tito y le susurra al oído—: Mis disculpas por adelantado, viejo amigo. Nos podemos ir enseguida.

Tito sonrío. No hace falta. Aún no.

—¡Clara Solana, prométeme que escribirás algo bueno! —resplandece Oriol—. El éxito tiene un sabor mucho más dulce cuando estás tú aquí para celebrarlo con nosotros.

El actor coge de golpe a Clara en sus brazos y empieza a tontear alrededor de la mesa. Sus rizos tienen más encanto que nunca. Vuelven sin aliento, y Clara se deja caer entre risitas junto a Tito. Alarga de nuevo la mano hacia el vino.

—Ahora... Oriol Duran... —Juega con una copa vacía, mirando al actor—. Quiero los trapos sucios.

Oriol arquea una ceja. Los nervios de Tito se ponen en tensión.

—Por ti, lo que sea, querida.

—Confidencialmente, por supuesto. —Clara entrecierra los ojos; inclina el cuerpo

sobre la mesa.

—Es divina, Oriol. Demasiado joven para ti, claro, viejo verde, pero todos reconocemos la belleza cuando la vemos.

—¿Pido más bebida? —pregunta Oriol a la mesa—. ¿Vodka, Tito? ¿Ron? ¿Qué queremos?

—Me ha contado un pajarito que os estáis viendo —interrumpe Clara.

Tito toma un largo trago de su copa. El corazón de Oriol se acelera.

—Tan sólo en el escenario —sonríe Oriol—. El resto lo dejo a tu imaginación.

Villafranca llama la atención de la mirada de Tito. Hace un gesto negativo con la cabeza. *Nada que haya visto yo.*

—¿Dónde está Natalia? —pregunta Tito.

—Oriol Duran, no te creo —insiste Clara, que le echa una servilleta a la cara—. La estás ocultando. ¡Venga! ¡Dime! ¡Eres del Método! ¡Queremos saberlo! —Hace un gesto para abarcar la mesa—. Todos queremos saberlo.

—Clara —dice Villafranca con educación. Pone una delicada mano sobre la de ella, se inclina y le dice algo al oído. Ella se calma.

Oriol se levanta de la mesa. Tito lo sigue hasta la barra.

—¿Qué está pasando? —pregunta el productor, que trata de ocultar su descontento.

—Nada. —Oriol lo mira directo a los ojos.

—Natalia y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

—No deberías hacer caso de los cotilleos. —Oriol hace un gesto con la barbilla en dirección a Clara, en el otro extremo de la sala, sumergida en una conversación con Villafranca. El actor deja caer su encanto, parece abatido—. A ella, en especial. Es capaz de sacar oro de la nada sólo por diversión.

—Tú le sigues la corriente.

—Puede ser.

—Natalia me ha dicho que habéis discutido.

—No, eso no es cierto, desde luego. —La boca del chico forma una línea testaruda—. Ten un poco de fe.

—Es sólo que no me gustaría que le hicieran daño. —Se corta la voz de Tito. Entonces reacciona. Su pecho se desplaza hacia el hombro de Oriol, se inclina sobre el oído del actor—: Ya me conoces. —Siente cómo se acelera el pulso en el aliento de Oriol, observa cómo se tensan las venas en su cuello.

El muchacho asiente.

—Bien. —Tito sonríe. Se aparta—. Tú sigue a lo tuyo.

Tito corta la tortilla con elegancia y con la servilleta metida por el cuello de la camisa; pide una segunda al camarero con un chasquido de los dedos. *Siempre te acabas ensuciando.* Me sonríe.

Esa noche, Tito se pasea por el vestíbulo más allá del bar del teatro. Natalia ha desaparecido. No está en los reservados del bar, forrados en cuero. No está sentada con los demás. Podría haberse ido al tocador de señoras..., o tal vez al palco... No, allí no está. Retumban sus pasos por el suelo. Se acuerda de aquel lugar donde a ella le gustaba esconderse cuando era más pequeña, entre bambalinas, detrás de las poleas que sostenían el telón. Llama a un acomodador.

—¿Ha visto a Natalia?

El acomodador asiente y señala hacia una de las puertas del escenario. Tito se adentra en la oscuridad, sube los escalones hacia los bastidores y allí está Natalia. Sentada donde él se la encontró por primera vez con diecisiete años, los pies descalzos y recogidos bajo su cuerpo, de espaldas al sistema metálico de poleas. Apoyada contra las cuerdas. Se ha cambiado el vestuario y ahora lleva una blusa suelta y vaqueros oscuros. Los pies están descalzos contra el suelo, pero el pelo sigue igual y, aunque se haya desmaquillado el rostro, se ha dejado la corona de pensamientos y los tirabuzones del flequillo. Tiene un cuello largo y fragante. Inclina la cabeza en la oscuridad.

Tito no dice nada y se sienta a su lado.

—Todo está cambiando —susurra ella.

Él le pasa el brazo por los hombros. Es frágil como un pajarillo, todo en ella es levedad. ¿De dónde ha salido esa fuerza que se ha apoderado de ella en el escenario? Debe de ser vasta su alma. Tan enorme... Se le agranda a Tito el corazón. La acerca más a él.

—Esta noche te has metido el mundo en el bolsillo.

—Da igual —dice Natalia—. No es real.

Tito hace una mueca de dolor mientras escucha.

—Sal y siéntate con nosotros.

—Prefiero quedarme aquí.

—Natalia, ahí fuera hay gente que quiere agasajarte.

No. Hace un gesto negativo con la cabeza. *No.* Tito observa y siente impotencia. Palpa en el bolsillo en busca de un pañuelo, *la chica ha estado llorando.*

—No debes estar disgustada, Natalia. Pase lo que pase. Quiero decir que si algo va mal, si te parece que algo no va bien...

Ella le pone un dedo en la boca.

Silencio. Alguien ha entrado en el teatro. *Alguien los está observando.* Natalia se escurre bajo el brazo de Tito y aparta su mano. Él no lo sabe. ¿A quién ha visto ella? Pasa la sombra. ¿*Oriol?* No. Natalia dice que no con la cabeza. *Otra persona.* Le da un beso a su amigo en la mejilla.

—Sé cuidar de mí misma —dice ella—. Siempre lo he hecho.

Tito me apremia para meterme por la puerta amarilla del taxi, le muestra un puñado

de euros al conductor, da un golpe en el capó y se asoma por la ventanilla abierta del conductor.

—Cuida que no le pase nada.

El taxista asiente. Tito se vuelve entonces hacia mí:

—Adiós. Espero que todo vaya bien.

Formal. Roto. El taxi acelera rumbo al sur, hacia el teatro, atravesando calles laterales, a toda velocidad por la red del Eixample, los balcones amplios y abiertos, soleado para el mediodía, raudo hacia el oeste y la plaça d’Espanya, las fuentes y la locura, después hacia abajo, hacia el mar. Música clásica en la radio.

¿Le había preguntado a Tito lo suficiente? No. Pienso una y otra vez. Se te están escapando.

—¿Adónde fueron después? —Una pregunta estúpida.

—Natalia se disculpó y se metió en los camerinos. Yo quería que se fuera a casa temprano, que estuviera descansada para el estreno. Oriol y yo hablamos un momento. Él quería que me fuera de copas, a celebrarlo. Ya sabe cómo son los actores.

—¿No fue usted?

—No.

—¿Por qué no?

—No me acuerdo. Estaba muy cansado. Me gusta mantener cierta distancia respecto de la vida social de los actores. No beber con ellos. Ese tipo de libertinaje es de mal gusto. De muy mal gusto. Además, tampoco era el estreno, sólo el pase previo. El público había respondido bien, le gustó a los críticos; hubo una ovación en pie, incluso. Ya sabíamos que la prensa iría bien..., un gran logro. Perdí un montón de dinero con la devolución de las entradas... —Le escocían los ojos—. Me guardaba la celebración hasta que viese el efecto de la interpretación sobre el público de verdad. Y acerté. Acabé yendo a un funeral.

Tito hizo venir a un camarero. *Café con leche*, dijo. *Uno*. Nuestra conversación se había terminado.

La gente ríe a las puertas del Nuevo Teatro de las Artes Escénicas. Dentro, en los estudios de ensayo, los bailarines y los actores hacen estiramientos. Pantalones de chándal que corretean por el escenario. Una vuelta tras otra. A él se le une una ninfa equina de sorprendente musculatura que lo persigue; corren juntos, breves arranques, *sprint* y parada, respiración... Puedo sentir la respiración de ambos. Zapatos de baile. Cuero ajado sobre tablas negras. Olor empalagoso y humano. ¡Toc, toc! ¡Crac! ¡A las tablas! Brazos extendidos sobre la cabeza. Lágrimas musculares. Aterrizo un pie. *Respira*. Cede la madera, el polvo se eleva en el aire. Butacas vacías hambrientas, observadoras. Veo cómo calienta la compañía; el director Àngel Villafranca —a la derecha del escenario— habla con su Salomé, cuya larga coleta cae por un lado, manchas de tiza en la mejilla, sudor en la frente. Es la primera vez que contemplo a Villafranca en persona. Gris como una garza. Gafas agresivas sobre el puente de la nariz.

—Quiero ver el deseo cuando lo beses, puro deseo sexual... Es tu conquista, estás destruyendo su virilidad..., el cuerpo, retuércete, eres una serpiente. —Gesticula como un loco en el aire—. Eres un rayo de luna, ¡eres la manifestación humana de una diosa violenta!

Los actores hacen un descanso a las seis en punto. Oriol me presenta al director. La barba de Villafranca se contonea. Me mira fijamente durante un largo minuto. No saluda.

—¿Te cae bien, Oriol? —le pregunta al actor rápidamente en catalán—. ¿Confiamos en ella?

Oriol sonríe. Responde que sí con la cabeza.

—Perfecto. Al grano. —Villafranca me da una palmada en el hombro—. La opinión es positiva. Oriol es el mejor juez de la personalidad que tengo. ¡Bien! Por aquí. ¡Le presento a todo el mundo! ¡Kike! ¡Lydia! ¡Javier! ¡Os presento a la mujer que ha venido a contar nuestra historia! ¡Juntaos, familia! ¡Somos una familia! Sólo cuando entienda esto nos entenderá como es debido. ¡Podemos ayudarla a inscribir este teatro en la historia de Natalia!

El director se limpia la boca con sequedad.

—¿Quiere otro café?

Villafranca se aparta el mechón blanco de la frente en una onda de flequillo. Tiene unas cejas simbióticas, hirsutas, a menudo fruncidas. Sus manos revolotean por la mesa, esbozan palabras o juguetean con la punta de una pluma que ha sacado del bolsillo interior y ha colocado sobre la servilleta, junto a una taza de café vacía.

—¿Seguro que no quiere que le pida nada? —pregunta de nuevo en un inglés perfecto y fluido.

—No. Gracias.

Àngel hace una seña al camarero y un gesto hacia la mesa.

—*Cafè amb llet* —dice veloz. Muestra un dedo. Uno. Me mira, se vuelve hacia el camarero y pide dos de agua—. Tiene que tomar algo. —Villafranca sonrío—. De lo contrario, me sentiría ridículo.

Cuando llega el café a la mesa, Villafranca alarga la mano hasta uno de los sobrecitos de azúcar y lo vierte en la taza. Lo remueve lentamente.

—Soy un adicto. —Villafranca sonrío de nuevo.

Bebe el café con delicadeza.

—Creé para ella su último espectáculo —dice con un gesto de la barbilla hacia la fotografía—. Quería darle un espacio para explorar sus talentos artísticos, sus pinturas y sus visiones sobre el escenario. Fue un error. —Hace entonces una pausa y me lanza una mirada afilada desde el otro lado de la mesa—. Si vamos a continuar con nuestra conversación, lo único que le pido es que no perturbe su recuerdo.

—Por supuesto.

—Como sabe, se convirtió en mi hija además de mi primera actriz. —Se nubla la mirada de Villafranca—. La crié en este teatro, conforme lo íbamos reconstruyendo desde la base. Sus padres trabajaron aquí conmigo: Natalia nació del escenario y para el escenario, como una criatura de luz... ¡qué luminosidad tenía! Cuando entraba en el entablado a oscuras, el espacio muerto del teatro cobraba vida. Se transformaba. Un cuerpo, iluminado por un foco... Y no le podías quitar los ojos de encima. Y cuando bailaba... Oh, cuando ella bailaba, el mundo se detenía.

—Debía de estar a punto de alcanzar un éxito tremendo.

—Estaba destinada a ser una gran estrella. —Àngel toma un decoroso sorbo de su taza de café—. Mi espectáculo habría transformado su vida, su carrera. No hace mucho, me preocupaba haberla sometido a demasiada presión. Me dolía en el alma. Tal vez fui cruel; como el sustituto de su padre, le exigí mucho. A veces demasiado, me temo.

—¿A qué se refiere?

—No se puede obtener algo de la nada. Esa idea de crear una interpretación como por arte de magia es una farsa. Actuar no es fácil; un talento como el que ella tenía es una forma de transmutación. Yo antes decía que era alquimia —prosigue Villafranca—. Vivir con esa forma tan particular de energía creativa que tenía ella era una carga... En el tiempo que llevo en esto, he conocido a muy pocos actores que lleven

la marca de la grandeza. —El director me mira con aire burlón—. ¿Sabe a qué me refiero cuando digo «grandeza»?

Natalia Hernández vino al mundo en el mes de agosto de 1981 en el pueblo de Valldemossa, en la costa norte de la isla de Mallorca, en dos pliegues de terreno que conducían a un desfiladero que caía quinientos metros hacia el mar. Nació en verano, y fue cuestión de mala suerte que no lo hiciera en un hospital. Su madre, con cerca de dos semanas de retraso, se desmayó en la masía de la familia a las afueras del pueblo. Su marido, al oír los gritos, entró corriendo desde el jardín. El camino al hospital estaba bloqueado por un accidente, un camión había volcado de un lado al otro de la estrecha carretera a Palma. Llamaron a la enfermera del pueblo, que subió corriendo por la senda que atraviesa el campo, pasados los olivos y los manzanos, hasta la casa donde Joaquim Hernández había tumbado a su mujer sobre la mesa de la cocina y a continuación se había derrumbado entre lágrimas a su lado: sangre y agua bajaban por las patas de la mesa. Natalia era su primogénita. Con el telón de fondo de la cocina rústica, con hormigas corriendo por el borde del fregadero y trozos de carne secándose ante las ventanas abiertas, llegó la partera con el cura, que se puso a rezar igual que la mitad del pueblo. La enfermera les contó que habían enviado un coche a buscar a un médico que vivía en el pueblo de al lado y que estaría allí con ellos tan rápido como fuera posible. Le pusieron a Cristina una compresa fría en la frente mientras su cuerpo sufría convulsiones contra la mesa de la cocina. Muchas horas más tarde, dio a luz a Natalia Milagros Hernández-Rossinyol con el cura a su lado sin dejar de rezar en ningún momento. La niña salió con el cordón umbilical enrollado en el cuello; el médico cortó la carne, y la partera fue a por agua caliente mientras el cura murmuraba y los monjes del monasterio cercano se congregaban ante la puerta exterior de la cocina, al sol del verano bajo los olivos, y meditaban sobre la niña que procedía de la rama femenina de los Rossinyol.

Por lo menos, esto es lo que yo entiendo de la historia que me cuenta el viejo director: la concentración de oraciones en el momento de su nacimiento —proclamó más tarde el sacerdote— en conjunción con su herencia genética le otorgó una íntima cercanía a Dios. En los veranos tras la muerte de su madre, Natalia regresaba por la isla con su protector Villafranca. No se quedaban en la casa de los Hernández, sino que alquilaban un pequeño apartamento en el pueblo, cerca del altar de Santa Catalina Thomàs. Fue en este pueblo, en la noche de su decimosexto cumpleaños, en el claustro de los monjes cartujos, donde ella experimentó su primera visión. Atravesó el jardín del centro del claustro y se acercó a un pozo bajo la imagen de un santo. Sus manos tocaron la piedra fría, asomó su joven rostro sobre el borde y miró al interior de la boca del pozo. Una voz a su espalda pronunció su nombre. Ella se dio la vuelta y vio a un anciano de barba azulada, con un bonete negro en la cabeza y una gorguera de pieles hasta los hombros, sentado en el murete del claustro que rodeaba

el jardín interior. Era muy mayor, con arrugas que descendían de sus mejillas. Ella insistió en que ya había visto aquel rostro, tal vez en sus sueños, o en las historias de su madre. Cuando la joven se acercó, el anciano le mostró el libro dorado que llevaba en las manos, un libro encuadernado con anchos cierres de cobre. Las cubiertas estaban hechas también de cobre chapado, grabadas con extraños símbolos y letras en un idioma que no fue capaz de reconocer. Las páginas del libro no eran de papel ni pergamino, sino de un material similar a la corteza de un árbol. Horas más tarde, Àngel Villafranca encontró a su pupila inconsciente en el centro del jardín vallado enfrente de la plaza de los capuchinos.

—Natalia es un recipiente..., en el antiguo sentido —dice Villafranca—. De niña era un poco extraña, como si hubiera venido de otro mundo. No puedo explicarlo, la verdad. Tenía la asombrosa capacidad de acceder a nuestra conciencia colectiva. Para ser tan pequeña, cargaba sobre los hombros con el peso del universo.

—¿No ha dicho usted que era feliz?

Se ríe con amargura.

—La felicidad es algo complicado para los actores; no sé bien cómo dejar esto claro, pero ella estaba contenta, igual que a veces estaba muy triste. Era huérfana. Perdió a sus padres. Sufrió brotes de paranoia. Veía cosas que no existían y, sin embargo, eran reconocibles en el mundo que nos rodeaba. Era una artista. Un caleidoscopio de emociones. Cuando un niño se ve obligado a saber de la muerte por las malas, es algo que jamás lo abandona.

—Debió de ser devastador perder a su familia siendo ella tan joven.

Se frunce la frente de Villafranca.

—Fue un asunto lamentable. El coche se salió en la subida hacia Sant Cugat. Murieron todos en el accidente. Padre, madre, hermano, hermana. Salvo por mí, se quedó sola en la vida después de eso.

—¿Cómo sobrevivió ella? —pregunto—. No hay ninguna información que diga que estuviera en el vehículo en el momento del accidente.

—Se había escondido en este teatro. —Una sonrisa irrumpe en el arrugado rostro de Villafranca—. Siempre andaba perdiéndose por aquí dentro. Su madre la dejaba conmigo por las mañanas... Aquel día en particular, la familia se marchó a visitar a un amigo en Sant Cugat. Cuando me llegó la noticia, no supe qué hacer. La encontré entre bastidores, dormida sobre la cuerda del sistema de los telones, las poleas enroscadas; se había preparado un lecho en la oscuridad. La sostuve contra mi pecho, contando los minutos que era capaz de extender la vida de su familia antes de tener que despertar a la niña y exponerle lo que le había sucedido a su mundo.

Los ojos de Villafranca tienen una mirada penetrante.

Le sostengo esa mirada sin vacilar.

—Me gustaría saber más sobre su madre, señor Villafranca. Cristina Rossinyol, si es que he escrito bien el nombre, ¿no?

—Es una larga historia. —Echa un vistazo a su reloj—. Le contaré la versión

resumida. Otro café, por favor. —Llama al camarero de la barra. *Dos*, dice al camarero—. Aunque ni siquiera se lo tome. Llámeme anticuado, pero es de mala educación tomarse el café uno solo.

Villafranca se inclina sobre el banco. Ha escogido una mesa en el extremo más alejado de la cafetería, junto a las ventanas que dan a la plaza. Llegan los cafés a la mesa. El director habla en voz baja.

—Supongo que deberíamos empezar por el principio. Cristina Rossinyol nació en un pueblo de la isla de Mallorca y era hija única. Su padre fue el último de un linaje de artesanos del dragón. ¿Sabes lo que es eso?

—No.

—Es un artesano del metal que, cuando no se dedica a las cacerolas y las sartenes, hace los moldes para los pasacalles del fuego, nuestros *correfocs*. Su madre era una pintora religiosa. Antes de la guerra, a su familia materna le había ido algo mejor. Entre el levantamiento del pueblo en 1936 y los asesinatos selectivos de los años cuarenta murieron ambos matrimonios de abuelos. No es importante el cómo ni el porqué. Al igual que tantas otras cosas por entonces, simplemente sucedió.

»Cristina nació en el año 1950. En esa época, nuestra lengua catalana estaba prohibida. No la podías hablar más que en tu casa. No la podías leer en los periódicos. No la podías estudiar en el colegio. Se nos negaron nuestros libros. Nuestro teatro. Nuestro arte. Nuestra historia. No se puede entender el trabajo de Cristina sin comprender esto. No se puede usted imaginar lo que se siente. No poder hablar ni una palabra en la lengua de tu interior. El idioma de tus sueños. Es una cárcel. Muchos niños nacidos en la generación de Cristina perdieron el catalán como lengua escrita. La familia Rossinyol, sin embargo, lo mantuvo vivo en sus cocinas, pasando los poemas y las obras de teatro que se habían memorizado. De esta forma aprendió ella el idioma, por medio de la repetición. A través del teatro del hogar, las viejas historias populares y las viejas canciones. Aun esto era un pasatiempo peligroso. Hasta donde yo sé, Cristina estaba sola en el mundo cuando llegó a esta ciudad, aunque sí tuvo la ayuda de la iglesia de Santa Maria del Pi. Un cura joven apellidado Canet. Lo he visto al pasar por la plaza del Pi. Ahora es mayor, como yo.

»Cristina Rossinyol mostraba un ardor artístico natural. Estudió restauración e iluminación en Barcelona. Era medievalista, calígrafa y una ávida pintora. Fue entonces cuando la descubrí..., no recuerdo dónde ni cómo, simplemente ocurrió, como suele pasar con estas cosas. Me senté a tomar un café o una bebida tal y como estoy haciendo ahora con usted, y llegó ella, como una aparición del futuro. Más hermosa incluso que su hija, si puede creérselo. Me enamoré de ella al instante. —Sonríe con arrepentimiento, y un velo de nostalgia se apodera de Villafranca. Pierde la concentración—. Por desgracia, no fui yo el primero, o el último, al que le pasó eso...

»Al principio nos hicimos amigos íntimos. Cristina trajo los talentos del dragón a nuestra comunidad radical, hacía el vestuario y tallaba máscaras de madera para los

actores tal y como lo había aprendido en las montañas. Hacíamos representaciones en estaciones de tren abandonadas, casas ocupadas, viejas fábricas... Siempre en catalán, siempre las viejas historias. ¡Para nosotros, el teatro era el frente de la resistencia no violenta! Cuando hacíamos alguna obra, se corría la voz de boca en boca a todos los miembros del *underground* catalán. La gente venía a título individual, a menudo horas antes de lo necesario, para que no los siguieran. Nosotros les pedíamos que viniesen dando un rodeo. Nunca nos pillaron, gracias a Dios. Nuestras representaciones eran de inspiración popular, pobres, con poca utilería, con Cristina como diseñadora de decorados, de vestuario, de todo tipo de cosas, y calígrafa. Nuestra oportunidad era perfecta y la aprovechamos con gusto. Esta ciudad se encontraba en plena liberación de los grilletos de Franco, y el teatro arrimó el hombro en la tarea. En 1974, yo había soñado con llenar el escenario con palabras que los actores moverían a través de un bosque, y en 1975, con la ayuda de Cristina Rossinyol, ese sueño se hizo realidad. Hicimos primero nuestro teatro improvisado. El éxito fue rápido. Vinimos aquí a finales de los años setenta. Todo cuanto ve ahora lo hicimos nosotros; con la ayuda de unos arquitectos e ingenieros entregados, Cristina y yo devolvimos este maravilloso espacio a la vida.

—¿Y su marido?

Villafranca hace un gesto de desprecio con la mano.

—Quim Hernández no era más que otro miembro de la compañía. Era mucho más joven, guapo, bueno con las manos, y un idiota. No se la merecía. Nos fuimos separando cuando él se casó con ella. No tenía nada que se aproximase a la genialidad de Cristina... —Villafranca suspira. Da un sorbo a su café—. Pero eso no es importante. Mire a su alrededor. Los hombres que construyeron los cimientos de este teatro lo imaginaron como el mejor del mundo. Era una cuestión de honor el mantener aquella promesa. Cristina estaba decidida a que nuestro trabajo jamás perdiese su conexión con las raíces populares del catalán. En nuestra primera función..., oh, no se puede imaginar la cantidad de gente..., fue como si los barceloneses hubieran descubierto la Meca. Y nosotros respondimos a su llamada con palabras. Cristina pintó un imponente *Nombres de las cosas*, los árboles de mi bosque, en letra gótica antigua. Fue un éxito enorme. Después de aquello, Cristina y yo fuimos inseparables. Volvimos a vernos de nuevo como amantes. Esto sólo se lo cuento porque ya soy mayor y porque todos los implicados están muertos. No creo que Joaquim lo llegara a saber.

Me mira con cara de malicia.

—Yo siempre creí que Natalia era hija mía. Cuando murió su familia, el destino me la entregó a mí. Se convirtió en mi pupila legal. Y cuando la perdí, lo perdí todo. No creo que Cristina tuviera que morir cuando lo hizo. Si ha leído los informes, habrá visto que un segundo vehículo sacó su coche de la carretera. Estoy convencido de que no fue un accidente, sino que alguien estaba tratando de silenciar a aquella familia. Fue el golpe final de una serie de sucesos tétricos que asolaron el teatro aquel año, y

nos quedamos conmocionados. Decidí proteger a Natalia de aquella historia. Quería que quedase en secreto. Sólo tenía quince años. Abandoné mi puesto de director en enero de 1997. Nos marchamos al extranjero. Trabajé en Londres por un tiempo, y en París, y también en la Bienal de Venecia...

—¿Y el teatro?

—Se lo dejé a otra persona. —Villafranca mira el reloj—. ¿Tiene hambre?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No. Pero no quiero retenerlo.

—Bueno, me queda otra media hora. —Sonríe—. Soy famoso por ser prolijo. Un hábito terrible. Hablo y no paro de hablar, pero... Seré tan breve como pueda, porque quiero que lo comprenda. Eso es crucial. Y no puede entenderla sin saber esto: a finales de los ochenta, mi compañía salió de gira por las aldeas más pequeñas de Cataluña. Queríamos reavivar las tradiciones populares..., yo quería trabajar con los Tragafuegos, explorar la Patum, la fiesta de la pólvora, habrá oído hablar de ella, ¿no? El viejo Fons estaba con nosotros en aquella primera época, un período fantástico para el teatro..., muy salvaje. Las mejores críticas de mi carrera. Estamos en los libros de texto, querida. *Interpretación visceral*, lo llamábamos. La compañía de gira era muy pequeña. Consistía en doce actores, nuestro director de iluminación, su ayudante, director de escena, productor, dos tramoyistas, Cristina, su marido y yo. Veintiuno en total. Nos marchamos en otoño, en los meses templados previos al invierno. Todo era muy bohemio, muy descarnado, muy creativo. ¿El primer mes? Una delicia. Pero mientras viajábamos, empezaron a pasar cosas.

—¿A qué se refiere? —pregunto.

Suspira con dramatismo.

—Me persiguió la muerte como una maldición. A finales de los años ochenta salimos de gira por los pueblos cercanos a la falda norte de los Pirineos y sufrimos una serie de actos violentos bastante brutales. En la noche de la vigesimoprimer función..., ¡nunca lo olvidaré! Un cerdo muerto en la mañana posterior a nuestra función. Lo habían descuartizado, literalmente partido en cuatro cuartos, y lo habían enterrado patas arriba en la tierra de los alrededores de la iglesia local..., fue algo absolutamente vil, querida, algo repugnante. Y así continuó durante las siguientes cinco funciones. Al principio pensamos que podía ser una alusión a las tradiciones o costumbres locales, un lunático desquiciado..., muchas de las aldeas conservaban costumbres bastante paganas, y nuestra obra exploraba los rituales del sacrificio y la magia. Pasado un mes, cesaron las muertes, pero entonces volvimos a actuar, esta vez en la alta montaña. Cristina vino a verme una noche..., me dijo que había que parar la obra. Yo le respondí que no íbamos a ceder ante la presión de un lunático. Fuimos a la siguiente aldea, hicimos la función esa noche y, tras la representación, un agricultor local encontró a una joven tendida en la nieve.

Se me revuelve el estómago.

—Los aldeanos venían a nosotros con preguntas. La joven era una sanadora local.

Había asistido a la función. La última vez que la vieron fue en nuestras hogueras. Declaramos ante la policía y continuamos, bastante más que conmocionados, he de decir. Cristina se hundió. No pudo aguantar la presión e insistió en que suspendiéramos la función durante unos años, pero, al ir haciéndose más famosa nuestra compañía, yo quise volver sobre los temas de aquellas primeras representaciones. Me obsesioné con la idea de la autenticidad, de la magia popular. A comienzos de la primavera de 1996, empezamos una gira nacional con el equipo y el reparto originales, los padres de Natalia entre ellos...

Conforme lo oigo hablar, casi puedo oír el crepitar de las hogueras, a los aldeanos que se reúnen alrededor del fuego situado en el centro de la plaza del pueblo ruinoso, los actores subidos a su escenario improvisado, vestidos como ninfas y tragos, la piel al aire, casi desnudos, pechos sin cubrir, cuerpos embadurnados de tinta. Llevan las viejas máscaras de madera de espíritus y brujas, hay un buen santo y un diablo perverso, un hombre convertido en dragón que aterroriza a los bailarines, a las ninfas, a las muchachas hermosas. La obra es simple —una versión de las antiguas danzas de las brujas de San Juan; los que bailan el fuego—, interpretan la danza de los parranderos de antaño, una danza que se vuelve más y más frenética y azuza a los aldeanos a un estado tal de excitación, tal estado de alegría, que la propia aldea va por ahí corriendo, saltando y gritando, piel desnuda y brillante, lenguas que se besan, quejumbrosas entrepiernas, hasta que bajo la experta dirección de Villafranca el espectáculo se metamorfosea en una explosión sexual, y el Señor de las Bacantes desciende sobre el gentío mientras el diablo danza alegre entre las llamas, entre los gruñidos de la hoguera. Puedo sentir el calor en mi piel, la ceniza, la uva machacada y el vapor...

—Se suponía que había de ser una liberación. —Villafranca entrecierra los ojos—. Una celebración dionisiaca del exceso y la libertad. Se convirtió en una verdadera pesadilla. En la primera función después de una década, otra chica fue asesinada y dejaron su cuerpo en un árbol a un lado de la carretera. A mis actores les entró un pánico tremendo. Tuvimos que cancelar el espectáculo de la noche a la mañana —suspira, una imagen melancólica— a pesar de que las críticas fueron fantásticas, y regresamos a Barcelona.

—¿Y la chica?

—No sé quién era —dice Villafranca con desdén—. Nunca lo pregunté.

¿Que nunca preguntaste? Qué tipo tan extraño eres.

—¿Hubo alguna característica distintiva en los asesinatos?

Villafranca lo niega con la cabeza.

—Nada que yo recuerde. No me gusta detenerme en esos detalles. Pero ya soy muy mayor. Durante una temporada sospeché de los miembros de mi propia compañía. —Villafranca hace una pausa y descarta la idea—. Pero aquello era ilógico, una suposición paranoica por mi parte. Mis actores son buena gente; buena, buena gente. Jamás le haríamos daño a nadie. De todas formas, como se puede

imaginar, fue bastante perturbador. Fue angustioso para Cristina. Se obsesionó con descubrir quién estaba cometiendo aquellos actos de violencia. Yo traté de persuadirla para que no investigase, pero ella insistía en hacer preguntas, en regresar a los pueblos después de que nos hubiésemos marchado. Se quedaba unos días y hablaba con las mujeres, y era frecuente que se llevara a su familia consigo. Yo le decía que era una locura, pero ella contestaba que teníamos que identificarnos con ciertos principios. Yo creo que al final sí estuvo bastante cerca de descubrir al asesino, y él la echó de la carretera. No creo que la policía llegara nunca a establecer la relación. Pienso que el gobierno central quería que nuestro teatro se hundiese y vio aquello como una bendición. En cuanto a los asesinatos, se produjeron en entornos rurales donde el control del orden tal vez no es muy fuerte. Tampoco es tan inusual. Usted parece una joven muy sensible. Esperemos que sea más inteligente que nuestra policía. Está claro que ellos no han hecho nada por Natalia.

Pienso en Fabregat. ¿Cómo se sentiría él al oír aquello?

Villafranca remueve con la cuchara los últimos posos de su café.

—En su momento me sentí extremadamente culpable. Tras el nacimiento de Natalia, las cosas se habían puesto más difíciles para Cristina en el teatro. Es probable que yo complicase las cosas más de lo necesario: quería que dejase a su marido y se viniese a vivir conmigo. En lugar de eso, me convirtió en el protector de sus hijos en caso de su muerte. Yo le dije que aquello era increíblemente malsano. Ella me replicó que siempre deberíamos estar preparados para lo inesperado. Al final fue un regalo. Quise a Natalia tanto como quería a su madre. Ella cambió mi vida.

»Hubo una época en que su madre quiso que Natalia fuese una artista, en sentido pictórico. Cuando Natalia era pequeña, tenía un gran talento en esa área, es más, era un prodigio. Cristina le enseñó el arte de la caligrafía, y su hija destacaba. Supongo que todo era natural, dada su herencia...

Villafranca divaga en sus recuerdos. Observo cómo se detiene en la idea. Miro el reloj.

—He traído algunos de sus dibujos para enseñárselos —dice él—. No son más que pequeños bocetos. Sus obras más importantes están en galerías..., yo tengo algunas en las paredes de mi casa, pero creo que éstas le parecerán interesantes...

Extrae de su maletín un sobre de color sepia y lo coloca con delicadeza sobre la mesa. Se desabrocha la chaqueta y saca un paquete de pañuelos para limpiarse las yemas de los dedos. Abre el sobre con cuidado. Saca un fajo de papeles, que coloca en la mesa delante de mí.

—Con cuidado. Demasiado manoseo y se estropearán.

Se asegura de que la superficie está seca antes de dejar cada hoja, y distribuye los papeles por la mesa.

—La mayoría de ellos los pintó con dieciocho años.

De una exquisita delicadeza, trazos de carboncillo, lápiz ligeramente emborronado por debajo de capas de color perla: un cielo de color lila. *Vivo.*

Imágenes del teatro, retratos de actores. El campanario de una iglesia que se eleva sobre un paisaje urbano.

—¿Quién es éste? —pregunto al detenerme en la página más alejada de mí. El boceto de un hombre en la treintena, cálida sonrisa, ojos brillantes.

Una llamada. Siento una llamada.

—No lo sé. —Villafranca frunce el ceño—. Un amigo. Un hombre en su imaginación. Está muy bien dibujado —refunfuña—. Líneas claras, llenas de sensibilidad.

Empuja el boceto hacia mí.

—¿Le importa?

—Si no queda otra... —asiente Villafranca distraído. Los ojos vidriosos.

Manejo el papel con delicadeza. Estudio el carboncillo difuminado. Proyecto mis sentidos. *Ha firmado y fechado el dibujo el 15 de junio de 2000. Se sentía cálida. El día era cálido. Una libélula se posó en el estanque y puso un millar de huevos de un tamaño infinitesimal. La risa de un hombre, sonora y llena de vida, en continua expansión. Resuena en las montañas. Nieves profundas. En algún lugar elevado y lejano. Una noche interminable sobre la piel desnuda. Felicidad. Sin duda, felicidad.* La siguiente imagen es un boceto de la iglesia de un pueblo contra unas montañas, ligeramente coloreada con acuarelas, una pintura a medio terminar con manchas marrones como si estuviese hecha *en plein air*. Hay otra en la serie, esta vez una casa de construcción baja, no muy alta, con paredes encaladas y un jardín mediterráneo pintado en verdes argénteos. Frente a la casa, un hombre se reclina en una silla. Un sombrero de ala ancha le oculta el rostro. Tiene un libro en las manos. Debajo: «Capileira. 18 de junio de 2000».

Villafranca asiente ante aquella inscripción:

—Capileira es el último pueblo en la carretera de montaña que sube a la sierra de Granada. En el fin del mundo desde aquí. ¿Por qué fue por allí...? —Hace un solemne gesto negativo con la cabeza—. ¿Quién sabe a quién habría conocido?

Él me observa mientras yo tomo fotografías de los bocetos. Los alinee en la mesa como si fueran soldados. Clic. Clic.

—Se los escanearé —dice él—. En buena calidad.

No hay duda de quién se queda con los originales. Vuelve a rebuscar en su maletín y saca una libreta de teléfonos de bolsillo, de cinco por cinco centímetros, letras impresas en oro, cuero negro.

—Pensé que debería tener esto. —Mastica las palabras desprovisto de emotividad—. Mi asistente lo encontró debajo de un armario en su habitación de verano en Mallorca, cuando vendimos la casa hace dos años. Natalia lo utilizaba cuando era una adolescente. Quién sabe cuántos secretos tenía... —Villafranca vuelve a guardar los bocetos en el sobre—. Pero, claro, ¿no mantenemos todos algo prisionero?

Suspira profundamente. Hace un gesto negativo con la cabeza.

—No debe usted confiar en nosotros. No confíe en ninguno de nosotros, en

absoluto.

Voces retumban dentro de mí. Me detengo bajo el recargado puente que une los claustrofóbicos muros del carrer del Bisbe, el uno tirando del otro mientras la calle se va estrechando. Alzo la mirada a las flores entrelazadas. Una calavera sonrío desde lo alto con una daga de piedra hundida en pleno hueso. Allí permanezco un instante, arqueando el cuello. Mirando hacia arriba. *Aire fresco que te despeje la cabeza.* Camino despacio a través del frío, me ciño bien la bufanda alrededor del cuello. Llevo en la bolsa el listín telefónico de bolsillo de Natalia, cuero negro y duro que se me clava. Paso por la catedral, el bulevar ajetreteado..., la oscuridad carga contra el atardecer. Ventanas como brasas de carbón. Cháchara y música. Parejas con las piernas entrelazadas alrededor de los taburetes de bar. Cuellilargas flautas de champán. Cafés cortados servidos hasta la medianoche. Un restaurante donde los ciegos sirven a su clientela en la oscuridad. La cocina molecular deja su impronta en la espuma en tecnicolor de las copias de El Bulli. El cielo está despejado. Veo el guiño de la luna sobre mí, una línea frágil y delgada. Parece muy lejana, en la ciudad. Oculta por un manto de luces, ahogadas sus estrellas. Desaparecidas. En su lugar, iluminan los muros de roca negra. Resplandecen hacia los ángeles en lo alto. Picas y lanzas. El escamoso lomo de un dragón. *Una ciudad construida para la defensa.*

Escojo un bar de tapas. Puertas de madera abiertas. Conjuntos de cantimploras de cuero cuelgan sobre las ventanas, atadas con cordel rojo. Llenas de luz, salen en espiral hacia la calle. Un camarero apoya la espalda contra la pared. Enciende un cigarrillo en la calle. El humo se aferra al cortante aire de la noche.

—*Quin fred!* —tiritita él.

Barriles ennegrecidos a lo largo de la pared, azulejos en azul y amarillo, flores, una multitud de gente de pie, bebiendo. En el mostrador de mármol, una sucesión de fuentes de boquerones en vinagre, aceitunas aliñadas, sardinas, cortes de jamón ibérico, morcilla, fuet, pimientos marinados y rellenos de ajo, tomates secos y arrugados por el sol. Sándwiches en miniatura apilados de un modo atractivo. Cojo un plato y me siento al fondo. Me bailan las ideas. *Una serpiente y una cruz grabadas en cada mano. Embrujar es susurrar. Susurrar en el sentido de ocultar.* Pido una copa de vino. *Demasiadas. Demasiadas. Abre el libro de Natalia.*

Y, entonces, lo veo: un pequeño dibujo, el borrón de una serpiente que devora su cola. Surge la ira en mi interior. Quiero gritarle: *¡No puedes ser tan pasiva! ¿Por qué*

aceptaste los términos de este pacto? ¡Este silencio deliberado! Una confesión, una respuesta clara, y le habrías dado a la policía todo cuanto necesitaba. A no ser que tú también fueras una corrupta, ¿no?

Tengo ganas de chillarle:

¡Eres un cobarde!

Aunque entiendo el tormento. Ella guardaba un secreto.

Más grande que todo lo demás.

Su lengua cargaba con el paralizante peso del miedo.

Hay un espejo en el restaurante, enfrente de mi mesa. Dividido en paneles ribeteados en oro, un cristal moteado y polvoriento. Veo la difusa silueta de un ser humano: nariz roja, labios andróginos. Un gesto torcido allá donde mi cara se posa. Me aparto el pelo y lo coloco con nervios. Miro para otro lado. Nunca seré guapa. Pinta de chico, frunzo el ceño, no tengo un cuerpo esbelto ni tampoco relleno, sino plano y escueto, empequeñecido por las pesadas ropas de invierno, un simplón jersey gris de cuello vuelto y una bufanda marrón. Pienso en Natalia, en sus deslumbrantes facciones, en su piel inmaculada. En esos rizos de ébano tan suyos que formaban una aureola de belleza a su alrededor. ¿Quién habría sido yo de haber nacido con esos ojos? ¿Con esas pestañas infinitas? ¿Quiénes seríamos todos nosotros si nuestros rostros estuvieran tallados en oro?

En alquimia, la mejor clave es un código simple. Una palabra o una imagen que oculta un significado verdadero. O, al menos, así debería ser. Breve. Dulce. Fácil de reconocer para el iniciado, una semilla de conocimiento que se apoya tan sólo en la confusión. Un acertijo que incita al descifrador del código en una lengua inicialmente confusa aunque clara en retrospectiva. *Obvia hasta la exasperación.* Aunque tú no has descifrado la suya..., aún no, me recuerdo a mí misma.

No tienes el cuadro completo, me digo.

Así que escucha. Esta noche es propicia para escuchar. El anochecer se asienta en mis huesos. El sol se pone demasiado pronto en invierno.

Ante mí: troncos frondosos empapados e impuros. Las calles vacías a excepción de los borrachos y los carteristas que se ganan la vida con la clientela extranjera de los *after-hours*. Sonríe un *grafitti*, el rostro de un leopardo. Carnicerías de *halal*, cerradas por la noche. Carne roja que cuelga de unos ganchos. Giro y me adentro más en el Raval, cuevas urbanas formadas por un complejo calcinado, ladrillos que se caen por el lateral de una escalera, la puerta de un burdel que se mantiene abierta, cubierta de pis. Bar Marsella. El primer identificador de mi localización. Ahí afuera están las prostitutas, por todo lo alto, en la esquina del carrer de Sant Ramon; a continuación, dos bloques al sur hacia las Drassanes; un callejón negro cerca del Genet Genet, los jardines colgantes del Baluard. La plaza de la primera chica, Rosa, está rodeada de

árboles, pero ninguno de ellos está ahora en flor. Me doy un paseo hacia un lateral y me siento en el escalón de un bar frente a la plaza. Quince ventanas a la plaza, asomadas al escenario de la acción. *Y nadie vio nada...* Incluso ahora, unos críos temblorosos observan desde las barandillas de los apartamentos, una mujer en camisón se fuma un cigarrillo y mira con una somnolienta lentitud, la colada ondea al viento, huele a caldo de pescado en una cocina de gas. La idea del secretismo fue una farsa a la que se aferró la ley, sobre todo en este barrio que tiene una amplia red de informadores y las noticias viajan a la velocidad de la luz.

Y, aun así, nunca quedó claro qué le pasó a Rosa, precisamente.

Cuando me doy la vuelta, camino muy despacio hacia la plaza, con mucha pausa. Mirando hacia los contenedores de basura, el cemento agrietado. Los arriates muertos. Escayola rosa. Persianas metálicas. Cuatro bancos que miran hacia el interior. Una placa en piedra. *En sentido recuerdo de Rosa Bonanova, 1987-2003.*

Rosales plantados en grupos irregulares a cada lado. Desprovistas de flores. Hirsutas y espinosas. Aún es invierno. No ha llegado todavía el verano. Y entonces lo percibo. *Sus ojos sobre mí.* Un hombre de pie en la esquina superior de la plaza. Apenas un borrón más allá de mi campo visual. Miro hacia él con atención. Enfocando. *Tú.* Saluda con la mano. Se me acelera el corazón. *¿Viene decidido hacia mí?*

—*Maca!* ¡Querida! Te he seguido. Me has pillado.

Oriol esconde el rostro detrás de unas gafas con adornos, afeminadas, patillas asentadas tras las orejas. Cuero negro y desgastado suelto sobre los hombros, una cazadora suave como la seda.

—¡Lo siento! ¡Perdóname! Quería saber por dónde te movías.

Se acerca mucho a mi cuello e inspira cuando me besa en ambas mejillas. *Un sofocón.* Camino con él lentamente.

—No quiero quedarme aquí —dice. Se inclina hacia mí. Se tocan nuestros hombros. *No tan cerca. Una pulsión eléctrica en mi pecho. El aroma de un despertar.* Él se ríe.

—Me preocupo por los extranjeros. Todo cuidado es poco por aquí.

Penoso. Su boca es tierna.

—¡Qué casualidad! —dice él—. La suerte me ha traído hasta ti. —Sonríe, infantil.

Me acribilla a preguntas mientras caminamos.

—No sé nada sobre ti, y tú lo sabes todo sobre mí.

Planeo sobre él, me mantengo distante, escuchando.

—Sabes dónde nací, sabes de mi familia, mi casa, a quién amaba, con quién vivía, cuánto sufrí. Conoces mis interpretaciones, mi historia, mi trabajo. ¿Y tú? Lo que yo sé es superficial. Eres escritora. Una investigadora. Has venido hasta aquí a resucitar un recuerdo muerto. Está claro que eres una joven brillante. Muy guapa..., sí, Anna..., eres guapa, y yo soy todo un experto en ingenuas..., ¿no te ha enseñado

nadie a no sonrojarte? Ajá, he encontrado el punto débil de la Joven Señorita Extranjera. ¿De qué país vienes? ¿Y dónde tienes tu casa? Me intrigas, *el meu petit misteri*.

Roza mi mano con la suya. Me retraigo. *Mi pequeño misterio*. Su mano se desplaza hacia el final de mi espalda, me empuja hacia adelante.

—*Tinc curiositat...*, quiero saber más. Con qué te identificas, qué es lo que te mueve... —Se inclina hacia mí. Directo y protector—. Me recuerdas a ella. Hay algo de ella en ti, es asombroso, casi como si ella habitara en tu mirada. Ahí. Puedo verla, mirándome desde el rostro de una desconocida. Me haces sentir incómodo, Anna.

Damos un paseo eterno. Me detengo y alzo la vista a los edificios que cercan la plaça del Pi. *Ésa es la casa en la que vivía Ruthven. Blanco sobre un naranja claro*. La fachada exterior es de un coral vivo, con retratos de querubines, coronas de cereales en molduras de escayola. Pintura desconchada. Gloria decaída y marcada con incrustaciones de flores en las paredes interiores y un viejo pasamanos de roble. *No entres*. Debajo, una tienda de cuchillos. Las puertas que Sitwell debió de atravesar con el lacayo Hebilla de Latón. El pino bajo el cual aguardó en la noche en que llegó la mujer. Hoy, el escaparate de la tienda de debajo es un muestrario de objetos afilados y hechos con la pretensión de que parezcan arte. Cuchillos de cocina, para cortar, para trepar. Cuchillos para desollar un cordero o para tallar madera. Cuchillos para limpiar pescado, cuchillos para desplumar, para llevar en el bolsillo trasero, cuchillos curvos, cuchillos con sierra, cuchillos lisos. Con empuñadura de marfil. De adorno. Cuchillos para picar. De todo tipo. Todo cuanto uno se pueda imaginar.

Oriol me lleva a través de un mercado de invierno. Pequeños puestos con toldos de color parduzco. Picos y ondas de tela. En largos mostradores, hombres con delantal ofrecen mermeladas dulces, mieles, velas de cera. Embutidos curados.

—Prueba esto... —Oriol me da un trocito de mazapán cubierto con piñones caramelizados. Es dulce y húmedo en la lengua.

Un zumbido cálido, aunque las manos permanecen en los bolsillos, las bufandas envueltas alrededor de las gargantas frías, la humedad gotea de las narices enrojecidas. Siento cómo su peso se desplaza hacia mí. Me señala las gárgolas del Gòtic, una fuente oculta, la tumba de un obispo mujeriego, la plaza de una masacre. Dirige mi atención hacia los helechos que crecen en los balcones, los tejados desvaídos por el sol.

—Ésta es mi ciudad —dice una y otra vez—. Mi hogar. Éste es mi sitio.

Oigo su llamada, un ansia con voz de sirena. *Acércate más*. Él camina rápido.

—¿El Born? ¿Te alojas en el Born?

Me pide una cerveza y unas tapas en los restaurantes que hay delante de la catedral. *Pan negro. Cruje la sal entre el índice y el pulgar*. Le veo mover las manos, marcar un ritmo sobre el mantel, pasarse los dedos por el pelo. Es amable. Agradable. *Solo*. Se siente solo. Cuando hemos terminado, no sé qué hacer. No quiero que sepa dónde vivo. Por privacidad. Por intimidad conmigo misma; nadie del mundo de

Natalia puede tener permitida la entrada en el mío. Me lo recuerdo. *A un brazo de distancia. Por mor de la claridad.* Otra cerveza. Se me escapa una risita. *Estúpida.* Una tercera. Una cuarta. Le paro los pies en el portal de mi apartamento. Él levanta la vista al número de la calle, a mis ventanas. Extiende la mano.

—No vas a entrar.

Se inclina hacia mí, su cuerpo más cerca, riéndose en mi oído.

—De verdad que eres demasiado guapa para ser una investigadora.

Le hago un gesto para apartarlo. Sus labios cerca de los míos. *Oriol Duran...*

Abro los labios para hablar cuando un rumor monótono surge a través de mí. Alborotando en su descenso desde mi coronilla. Riéndose. Cantando. Llorando. Escandalosas. Aquí llegan, más y más escandalosas. Pierdo el control de mi cuerpo y me dejo caer hacia adelante, sobre su hombro; mi rostro se hunde en su pecho, se me hincha la garganta..., ¡pero guardo silencio! Las mantengo a raya con todas mis fuerzas. *No vais a aparecer..., no vais a venir cuando nadie os ha llamado.*

Huelo la intensa virilidad de Oriol; siento el duro músculo de su pecho; su cuerpo se mete debajo de mi peso, pero me sostiene de pie contra él. Aprieto los dientes. *No vais a salir, aquí no, ahora no.* Huye veloz la sangre de mi frente y me cosquillea en los codos y en las rodillas, y sé que han venido a por mí, que nada de lo que haga las mantendrá alejadas. Con la familiar certeza del maldito, acepto su presencia. Estos episodios —dicen los médicos— son el efecto secundario psicológico de recaídas físicas provocadas por una disfunción neurológica degenerativa que ha creado un epicentro de lesiones en el tejido de mi cerebro. Los médicos llaman a estos artificios psicológicos «pesadillas alucinatorias». Qué nombre más estúpido. Se supone que debo respirar hondo —*relájate, joder, relájate*—, se supone que debo entrar en estado de sueño y dejar que se desvanezcan...

—Eres un caso de lo más curioso —me susurra Oriol al oído—. Has bebido demasiado.

Siento que mi cuerpo se eleva del suelo, unos brazos alrededor de mis hombros y bajo mis piernas. El ácido tintineo de las llaves en la cerradura.

Recuerda.

Miro más de cerca. El siseo de una mujer en una oscuridad violácea. *Piensa en tu familia. En tu historia. Piensa en tu amor, en tu felicidad. Piensa en tu futuro, tu pasado, tu presente.* Primero estaba el teatro, y sólo el teatro. *Sí. Qué bueno. El teatro era la caverna.* Un lustre acuoso. Ha ido ella corriendo hasta el borde del escenario y espera a que se enciendan las luces. *Molt bé! Molt bé!*, sonrío un caballero con barba y gafas que la sube a sus hombros y hace piruetas antes de dejarla sobre las tablas. *¡Naciste para la danza! ¡Querida, estimada, t'estimo! Escolta...*, suena como un rico xocolata con agua fresca. *Debemos levantar aquí los muros y cubrir el foso de la orquesta para que puedan caminar hacia el público y que parezca como si flotasen,*

dice él.

Estallan los focos en la consciencia de ella, supernovas más brillantes que la más maravillosa de las estrellas, y, entonces, las luces del suelo saltan y... ¡bailan! Con un pum, pum, pum, y la niña pequeña pasa las manos por el oro líquido y observa las sombras que se forman en la pared. Entre sus dedos brilla la línea roja que marca sus pulsaciones, y ella chilla y se ríe, juega en las nubes de polvo que surgen entre las luces, y el vapor, pues el aire dentro del teatro es húmedo. Si mantiene allí las manos el tiempo suficiente y guiña los ojos, se podrá ver los huesos, pero el director de escena la encuentra, chasquea la lengua un par de veces y coge entre sus brazos a la niña pequeña que le dice a la mujer: *¡Mamá, mamá! Un beso en la frente.* Duerme ella por la noche en la casa de su protector, y él la trae durante el día al teatro, donde la niña se sienta entre bastidores con las poleas y la cuerda en un cajón de bambalinas y observa cómo la gente construye nuevos universos, las casas con sus puertas batientes y manteles de cuadros, las montañas pintadas y las flores en polvo, la instalación de la estructura del techo, con sus geles que cambian el color de la luz y todas las emociones con un delicioso y mecánico ¡clic, clic! *He hecho este universo para ti, y sólo para ti, mi ruiseñor.* Le susurra su madre al oído y, en ese instante, ya se ha ido, se la ha llevado el espíritu del viento y allí ha dejado sola a la niña, de pie en el centro del escenario oscurecido, con la mirada fija en un vacío. Mete la mano la niña en el bolsillo en busca de las esferas de oro que ha hecho su madre, grabadas con las letras mágicas, y las gira con decisión, observando las combinaciones que se forman.

B, C, D

Primero estaba el teatro, y sólo el teatro / Tanto como el hombre es pluma, un cuchillo es él. Pero esta noche se trata de un sueño. Ella está sola. Pero eso es lo que ella recuerda. *Inici, mitjà, final,* y ella hace hincapié en que la leyenda es cierta. Que la venida del amor trae una cierta cualidad de verdad. Ya lo verás todo. *Los secretos del ser amado se revelan en los secretos del amante / Los secretos del amante se revelan en los secretos del ser amado.* Pasado-presente-futuro. Pero, entretanto, ella se deja llevar. *La única norma de la historia que tenía algo de bueno era la norma que le enseñó su propia familia. Que en el mundo de los vivos, pasado-presente-futuro significa una cosa y sólo una cosa: una antigua máxima de las artes que se entretejió en círculos con sus pensamientos, como una oración de intenciones.* El terreno tiene una leve pendiente allá donde yace ella. El dolor, que ha sido enorme, ya la ha abandonado, y ahora sólo queda humedad en torno a sus oídos, enfriándose contra la piedra y contra el mundo tan silencioso debajo de ella. Durante un largo tiempo permanece inmóvil. Suenan sirenas en la distancia y también un coche que cruza la plaza. Siente ella frío el cemento bajo sus dedos. La han dejado cerca del árbol, y está agradecida. Si contase con el movimiento de sus manos, las alargaría y

lo tocaría, y se aferraría a él ¡para mantenerse próxima a algo vivo! Ella no quiere marcharse, todavía no, sigue allí tumbada, observa cómo parten las nubes sobre su cabeza y trata de no pensar en absoluto. Estar vacía y despejada, y recordar su infancia. Pero..., no. El recuerdo ha desaparecido. Cuando cierra los ojos, esto es lo que oye: *Sígueme*. Una palabra, pronunciada en una voz baja y grave.

Me incorporo de golpe en la cama, aparto las sábanas, irrumpo del sueño y me miro el pecho, vestido, mientras me paso las manos por el estómago. Tengo la piel templada y pegajosa, los vaqueros adheridos a las piernas como una costra. ¿Por qué me fui a la cama vestida? Hace un calor opresivo en el ambiente. Me he dejado puesta la calefacción y ahora el ambiente es sofocante. Mi cuerpo se rebela contra la noche. Me levanto y me acerco al alto ventanal del balcón que interrumpe el muro exterior de mi dormitorio. Allí me detengo con la frente apoyada en el cristal, mirando sobre el irregular horizonte de Barcelona. Una segunda ciudad, las azoteas ajardinadas, patios exteriores conectados, tendederos con la colada, gárgolas y chapiteles de iglesias, nidos de cigüeñas, un millón de dispares radiales de televisión. Oculta de la vista, abro el balcón y salgo al aire frío de la noche. El rugido de la ciudad me devora.

Hay un libro. Ella ha escondido un libro.

Pero ¿dónde?

Doy tumbos hasta la ducha y me lavo dos veces la cabeza, me froto el cuerpo con piedra pómez, me aparto la espuma de jabón del pecho, las piernas y los brazos. El tiempo se estira y se ralentiza. Ya no sé si llevo aquí unos minutos o unas horas, pero me da igual. Inclino la cabeza contra el cristal de la mampara de la ducha y me disuelvo en el vapor. Me preparo una taza de té de camomila, aún desnuda y con los pies húmedos que gotean por el suelo. Es entonces cuando reparo en las flores: un ramillete de tulipanes amarillos en un florero decorativo. Una nota doblada escrita en un inglés decidido:

Llárame. Cuéntame cómo estás.

Oriol

P. D.: ¿Pasa esto con frecuencia?

Mierda, pienso. Él me metió en casa. ¿Cuánto tiempo se quedó aquí? ¿Qué vio? No hay nada en la mesa excepto el portátil. Enseguida le envió un mensaje de texto, demasiado avergonzada para preguntar. Gracias. Siento haberte puesto en esa situación.

Contesta de inmediato: *Res, nena, res. Todo bien.*

Llega un segundo mensaje: *Sé algo sobre ti. Eres real.*

Un tercero: *Cuentas con una cama en la ciudad. Un hogar donde quedarte a dormir.*

¿Se lo cuento a Fabregat? *No, pienso. Demasiado embarazoso. Además... Dos*

píldoras en la boca y las trago con agua. *Tienes esto bajo control.*

II

UN DESTINO COMO EL QUE TUVO ELLA

Abro los ojos y noto el fuerte latido de una migraña. Las luces de mi apartamento están apagadas, y yo tirada en la cama, respirando detenidamente, como para que no me olvide de mí misma gracias al martilleo repetitivo que tengo en el cráneo. La escayola del techo tiene bultos, y encuentro la forma de un conejo. Me pica la piel alrededor de las orejas, me baja un cosquilleo por la espalda hasta las muñecas. Miro el despertador. He dormido casi todo el día. *¿Por qué? ¿Por qué te haces esto?* Pies descalzos en el suelo de linóleo. Yace el invierno fuera de los barrotes de mi ventana. Es ella quien deja inerte esta ciudad como la tripa abierta de un pescado, fría, húmeda y resbaladiza. Un brillo plateado en sus tejados y radares. Una húmeda oscuridad, pernicioso, aun en el sol del atardecer. Los muros grises consumen la luz y crían hongos y podredumbre; la línea del moho dobla la esquina de mi tejado. Me tambaleo hasta el cuarto de baño. El mundo da vueltas. Algo se me ha muerto en la boca y se ha enterrado bajo el rancio mantillo del alcohol de ayer. *¿Merece la pena?* El espejo sobre el lavabo está rajado. Me quedo sorprendida ante los semicírculos que tengo bajo los ojos. Pálida piel de formaldehído. *Has venido a localizar las páginas en palimpsesto de un libro. Nada más, nada menos. No lo compliques.* Pero hasta yo sé que eso es mentira. *Te sientes seducida. Quieres saber; tanto como quisieron las otras. Quieres entender qué movería a un hombre al asesinato y a una mujer a sacrificar su vida y las vidas de otras tres, pues eso es lo que hizo ella, estoy convencida.* Me distraigo con los ruidos de zapatazos que llegan desde el techo. Un fantasma se ha mudado al ático que hay sobre mi apartamento y ha empezado a arrastrar pequeños objetos de un lado a otro. Pum, zas, ¡bum!, hace el fantasma. ¿O son las pisadas de las palomas? Me late más fuerte la cabeza. Hierro que se funde junto a mi sien izquierda. Meto las manos en agua fría. No está funcionando la caldera. Se me ponen los nudillos de un rojo intenso inflamado. Y entonces la percibo. *Una presencia en la habitación.* Una ráfaga de viento sopla de la nada. Se desliza por el apartamento..., agita mis papeles..., pero sé que no he abierto ninguna ventana, y este viento es peligroso, sobrenatural. Siento un escalofrío y trato de no prestarle atención. *Estás invocando cosas, Anna, y ellas vienen cuando tú las llamas. ¿Me sigues? ¿Me entiendes?*

El viento me tira de la lengua.

Sopla a mi alrededor.

No. Me derribarás, me harás perder la razón, le discuto.

Aquí vienen de nuevo los dolores de cabeza. Más ruidosos. Airados. Me aferro a los colores en el aire, los hilos de oro y añil..., escucho, palpo en su busca. *¿Adónde me llevas?*, pregunto al pulso y latido. *Afuera*. Al corazón del barrio Gòtic a través de la plaza donde está el palacio de los reyes, donde muchos arcos superpuestos forman un muro de ventanas vacías que enmarcan el cielo. No recuerdo haber abandonado el apartamento, sólo que en mi intento por seguir los hilos de oro atravieso puertas que esconden unos *patis dels tarongers*, patios llenos de naranjos que evocan la vida interior de los huerteros medievales.

Hombres que visten camisetas maltrechas recorren las calles ofreciendo latas rojas de cerveza. Se acercan a mí con cuidado, como quien reconoce a su presa, entre el soniquete de su mercancía contra unos mitones apolillados. *Cervesa? Un euro*. Cuando les digo que no con la cabeza, sus voces cambian al idioma del intercambio clandestino, una cadena de sustancias prohibidas: *heroína, coca, speed, hachís, éxtasis, meta...*, el menú completo para un buen entendido. *Barcelona te dará lo que tú quieras*. Pero lo rechazo.

Debo esperar con paciencia. A que se me abran los poros de detrás de las orejas y la voz se dé a conocer. Pronto llegará ella como un río, piedra lisa atada a mi garganta, que remonta su peso al interior del bulto de mi hueso craneal, anidado bajo mi cabello, hinchándose en mis ganglios. La transferencia es un empeño peligroso, pero esta voz es tan tentadora, tan pesada en mi garganta que no puedo sino escuchar, y, si la curiosidad es suficiente, una manía toma el lugar de la lógica... ¡Oh! ¡La lógica! La mía está tirada en la cuneta para ser recuperada *a posteriori*. He venido hasta aquí porque *esta desconocida* lo consideraba necesario, su comunicación no verbal, no la oigo, pero siento cómo alcanza mi corazón, impulsiva, dictatorial, siento los pliegues duros y fríos de la esencia de una mujer, pardos y compactos como una nuez.

Camina.

Obedezco. Veo en primer lugar cómo emergen las siluetas, el baile trémulo en el aire, los destellos como volutas en el tranquilo barniz de la noche, el resplandor en mi retina. Aromas de modernidad —aceite frito, humo de ciclomotor, perfume de rosas— se metamorfosean en un hedor de piel de animal ahumada. Me desvanezco contra el muro de la gran catedral, mirando hacia arriba, a las entrañas de una gárgola. Garras clavadas en un asta de piedra. Presa del pánico ahora, fuera de control, el instinto se retuerce en mi interior y cojo el teléfono para llamar a Fabregat. Me resulta difícil oírme a mí misma en estas situaciones. Sigo consciente, aún siento, pero mi voz..., esa característica distintiva del alma suele ser el primer síntoma de una recaída. Mi veleta. En los casos severos se produce un cruce de líneas. Identidades superpuestas.

—Nena... —dice Fabregat al coger el teléfono—. ¿Qué pasa?

Se me abotargan los nervios detrás de las orejas.

—¿Dónde estás? —pregunta.

Se me resquebraja la piel de los lóbulos, puntos de pus que se abren.

—Te encontraremos... Nena, no te muevas.

Sin embargo, la niebla ya se enrosca a lo largo de mi río Lete, y me entrego por completo al olvido en el flujo de los faroles verdes, neón traslúcido que brilla sobre ríos y venas tapadas..., el nudo de esta criatura extraña descansa en mi lengua.

Sigue, me ordena ella.

Giro y doy vueltas por el laberinto gótico hasta que llego a un callejón en pendiente, la Baixada de Santa Eulàlia, y después la descomunal nave de la vieja basílica de Santa Maria del Pi. Hubo allí antaño una sagrada arboleda, repleta de palabras entrecortadas, como ninguna lengua normal..., y recuerdo la lengua del sordomudo, redonda y carnosa, que Illuminatus escuchó al pasar por esta plaza camino de la corte de los reyes..., *el pino entre todos los pinos*. En persona ante mí.

Escarba, ordena la voz. Raíz de tu raíz. Arcilla de tu arcilla.

Me arrodillo bajo el árbol y hago caso omiso de los transeúntes, de los músicos callejeros, los camareros, la clientela, los vecinos en sus balcones. Me arrodillo, inclino la cabeza y, a falta de cualquier otra herramienta, comienzo a escarbar con las manos en la tierra al pie del tronco del árbol. Una fuerza ajena a mi propio cuerpo se apodera de mis dedos. Ha llovido, y la tierra está embarrada en torno a las raíces del pino. La tierra se desprende con facilidad. Escarbo, escarbo y escarbo tal y como me indica esa otra mente, pues eso es sin duda lo que padezco, hasta que mis dedos tocan metal. Trabajo más fuerte, más rápido, la lujuria me impulsa, el deseo del objeto oculto. Aparto la tierra, tiro de aquel objeto y me detengo. *Una caja con una decoración recargada. Hojas doradas de higuera dispuestas sobre el metal esmaltado. Aves enjoradas anidan en el follaje sucio de tierra*. Me estremezco al sostenerla contra mi pecho. Me balanceo adelante y atrás en el suelo. *¿Es esto de verdad? ¿Están aquí? ¿Es lo que querías que encontrase?*

Ábrela.

Suelto el gancho de la caja, ansiosa por encontrar algunos documentos —me imagino los pliegos de pergamino, mi cuadernillo robado, cortado del libro de horas — y, en cambio, sale a mi encuentro una repugnancia. Tres harapos marrones, manchados con algo que parece tierra, que envuelven una edición de bolsillo de un librito deslucido y decepcionantemente moderno. La desesperación me atraviesa el pecho. *¿A qué estás jugando?* Sujeto el libro en mis manos y dejo en la caja oxidada los harapos que se desintegran. Un ejemplar de trabajo de *La Orestíada*: una trilogía de tragedias antiguas escritas por el dramaturgo griego Esquilo en el año 458 a. C. El libro está bien arrugado. Con mellas. Esquinas dobladas en las páginas. Manchado del mismo lodo que los harapos. Miro más de cerca. Hay pasajes subrayados. Primero..., *Agamenón*. La historia de Casandra. Me da un vuelco el corazón. Mantengo la presión baja. *Mimo. Con mimo*. Paso hacia atrás las páginas hasta una inscripción en la portadilla:

Para mi Casandra,
de tu Aureus

Palabras dentro de un círculo. Raspo con suavidad. *Cassandra, sacerdotisa de Apolo, raptada de Troya. Violada. Siendo una doncella rechazó las insinuaciones románticas de Apolo, quien la maldijo. Llevaría la carga de la visión adivinatoria, pero nadie la entendería jamás. Y, de repente, hace clic. Compruébalo. Comprueba lo que está escrito. Las fechas en las cartas de Fabregat.*

1182-1188. 1312-1317. Coordinadas en un libreto. Longitud y latitud de los versículos. Escanean mis ojos los números de las líneas en el margen de la página. A la caza. Doy con mi presa. Un fino subrayado debajo de cada uno. Una fecha. Un indicador. Junio de 2003.

Líneas 1182-1188:

*Parece que [mi oráculo] va a soplar con claridad
y a llegar hasta el sol ascendente, de modo que, cual oleaje,
hasta los rayos del sol pueden arrastrar en su corriente un sufrimiento
mucho mayor que el que te he dicho.*

*Os lo voy a explicar ya sin enigmas.
Sedme testigos de que, sin desviarme,
sigo la pista de los antiguos crímenes.*

¿Podría ser? Sufría delirios. Estaba loca. Siento el espasmo en la tripa. Ella estaba esperando a alguien como tú.

Líneas 1312-1317:

*Tendré valor para morir.
En estas puertas yo saludo al Hades
y le suplico recibir un golpe certero,
para que, mientras fluye la sangre
trayéndome la muerte con facilidad,
cierre mis ojos sin convulsiones.*

Una sirena en la distancia, como el estruendo de un grito de guerra, aullando, juguetona, saltando por las azoteas, fundiéndose con un coro de voces, los quejidos y los últimos estertores, los gritos y las charlas como el incesante graznido de los pájaros, cacareando, chillando. Perforándome los poros, tornillos que me atraviesan

el cráneo, rompen huesos, pústulas negras que borbotean, abriéndose como unas ranuras, u ojos, desbloqueando la energía que aguarda comprimida en la base de mi espalda. Y, entonces, la línea; esa línea invisible que se me acelera desde la raíz del flequillo y baja sobre la nariz, a través de la lengua, y me sale por la barbilla. Una línea mágica de parálisis. De división, de ruptura. Un fuerte latido alrededor de los labios antes de que se me congele el lado izquierdo de la cara y caiga inerte conforme se inflama el cerebro, pulsa y late, seguido del extraordinario dolor, como unas agujas que perforasen la carne, esas hemorragias microscópicas tan familiares en mi canal auditivo.

Silencio. Aquí viene ella. Siento su entrada. Ominosa. Demasiada presión has ejercido ya.

La cabeza se lanza entonces hacia atrás ella sola, mi boca ya no es mía, y las voces salen de mí en pleno traqueteo, dando tumbos sobre la lengua mientras yo lucho por regresar a mi interior, por abrirme paso a través de la niebla, suplicando, ¡lanzándome a mis pulmones! Debo regresar a mí..., antes de volver a verme consumida mientras esas voces cotorrean a través de mi ser, ¡ansiosa! Aullando en pos de la expresión.

—¡Déjame abrazarla! —le gruño, aferrada a la caja contra mi pecho—. ¡Debo abrazarla!

El espíritu que se hace sitio a través de mis cuerdas vocales es una mujer. Escucho mientras hablo —sí—, una mujer joven...

¿Natalia?

El gorgoteo responde.

Sigue.

Me pongo en pie, mirando al árbol, insegura. La gente se arremolina a mi alrededor, pero yo no me fijo en ellos porque siento la irrupción de ese horrendo ser. Aquí desciende ella, desplegándose, saliendo de entre las ramas, dorado verde. Regia desciende la serpiente, confiada, impávida, se desplaza sobre los zapatos, se desliza entre las botas y los tacones de aguja, sobre la pata de un perro y la punta de un paraguas hasta que llega a mí. Es más grande esta vez, mucho más grande, ya no es una culebra de jardín. Es una pitón.

¿Tienes miedo?, me pregunta la voz onírica. La serpiente desencaja la mandíbula, desplaza el hueso de la articulación, crece y crece la goma escamosa, y la boca triplica su tamaño. En el fondo de su mandíbula descansa una hoja dorada de higuera, como las hojas del árbol que he visto en mi sueño. *Cógela. Colócatela en la lengua.* Hago lo que se me dice. Meto la mano en la boca de la serpiente verde de oro, estoy alucinando por completo. *Esto es una locura, mucho peor que hasta ahora, jamás regresaré...*, pero obedezco.

Siento el peso del oro en la lengua, la amplia extensión presionada por la forma de la hoja. La serpiente es delicada. Se acerca más y sitúa la cabeza fría junto al lóbulo de mi oreja; me lame, una vez por cada lado, con lengua temblorosa. Es

amable. Una experiencia hipnótica. El pino del que ha descendido crece de tamaño, en las ramas germinan unas vasijas de cristal, magníficas ánforas, adornos resplandecientes. Detecto en cada una la procedencia de una voz. Un coro de susurros. Escucho detenidamente, ya sin miedo, arrancando historias al viento. El primer recuerdo es el de un hombre, muy antiguo y apergaminado, hecho de carrizo machacado.

«Era de noche y cruzaba yo el desierto en soledad desde Chenoboskion hacia la ciudad de Luxor, cuando di con una mujer tumbada en el camino. Pensé que se habría encontrado con algún malhechor y corrí enseguida hasta ella. Estaba tumbada boca arriba, con los brazos extendidos a ambos lados en forma de cruz. Su cuerpo estaba cubierto con humildes ropajes terrosos. Me arrodillé junto a ella, y me susurró: “No temas por mí. Márchate. He de morir”. Supe entonces que una serpiente la había envenenado, a juzgar por las heridas que tenía en la muñeca. Un sonido me llamó la atención, y vi la negra silueta de un áspid que se deslizaba por las arenas a la luz de la luna. ¡Fui a matar a la criatura! Pero ella me retuvo. “Déjala regresar al desierto. Ya tienes las manos ensangrentadas”. Sostuve a la mujer contra mi pecho mientras el veneno de la serpiente le ascendía por el brazo. Se acercaba el final, y yo rezaba a los dioses por su paso sin peligro al inframundo, cuando los labios de la mujer confesaron que había enterrado un libro que ella decía secreto. Le pregunté: “¿Y qué secreto es ése?”. No quiso ella responder claramente, y sólo dijo: “He enterrado esta obra para la eternidad, he dado a la tierra nuestras palabras, como una semilla, ocultas de aquellos que nos destruirán, y como una semilla brotarán, y sus ramas se alzarán hacia los cielos”».

»Dicho aquello, me bendijo. Se volvió fría su piel, del color de la ceniza, salió de sus labios un último aliento y, entonces, se abrieron éstos y ella habló en un idioma que no reconocí y que sonaba como el trino de un ruiseñor. Cada palabra de su boca resplandecía como si hubiera nacido de la luz, su voz suspendida como las estrellas contra el negro cielo del desierto.

»“¿Qué lengua es ésta?”, pregunté absorto en el brillo de la luz. Respondió ella que era el idioma secreto, uno que sanaría al enfermo y curaría al moribundo, y tornaría en oro cada trozo de metal. Y, al tiempo que hablaba ella, sus palabras provocaron la desintegración de su cuerpo en polvo, que se me deshizo en las manos mientras refulgía una luz en su corazón, adoptaba la forma de un águila y después de una serpiente, y finalmente una media luna suspendida en el aire antes de una dorada última nota con la que desapareció la mujer.

He debido de caer de rodillas en algún momento. No sé cuándo, tan sólo sé que me encuentro muy cerca del suelo, y que, si me llevo la mano a la nariz, los dedos se me quedan oscuros. Entre la neblina veo a un hombre..., ¿será real o formará parte de la ensoñación?, me pregunto con el pensamiento abotargado..., una ciudad irreal se

cierne sobre mí.

Estoy dormida, me esfuerzo por asegurarme...

—Déjenle espacio a la chica —retumba Fabregat, cuya voz atruena en mi consciencia. Siento la espuma de la saliva en la boca. Las convulsiones en la lengua —. ¡Joder! —grita él—. ¿No se puede detener la hemorragia?

Alguien me pone una gasa en la nariz..., huelo algo raro, químico y extraño.

—Déjenla trabajar, coño.

—¿Va a volver en sí? —pregunta un extraño que me sujeta la cabeza entre las manos.

Su colega me cubre el cuerpo con una manta. Forman un muro a mi alrededor. Veo las oscuras perneras de los pantalones, botas rozadas. *El árbol de oro*. Me llevo las manos a la cara. Las uñas llenas de tierra. Siento mi corazón latir tranquilo. Se me aclara la visión, la serpiente se ha ido.

Me concentro en la silueta imaginaria de una mujer. Una mujer que reconozco, de pie en la oscuridad bajo la puerta que da paso a una iglesia a mi espalda. Lleva una capucha sobre la cabeza, tiene las manos sucias. Una noche hace una década.

En Santa Maria del Pi, en el extremo suroeste de la nave, cruje una puerta de madera al abrirse. Aparece un hombre vestido con la ropa interior de un coadjutor. Tiene la piel oscura y vello abundante en los antebrazos. Incapaz de dormir, ha salido de las habitaciones de los sacerdotes y se dirige hacia la base de la Virgen de madera para contemplar su belleza en la oscuridad. Se desplaza a la luz de una vela, prefiere no iluminar la iglesia, sino permanecer así en la reconfortante presencia de Dios. Poco tarda su silencio en verse toscamente alterado por el sonido frenético de un timbre. La estridencia perfora la puerta pública de la entrada. Vuelve a sonar una y otra vez, con tal intensidad que el joven sacerdote se siente obligado a dirigirse hacia ella. Al abrir la puerta se encuentra con la figura de una mujer. Lleva la cabeza y el cuello encapuchados en la penumbra.

—Me tomo demasiadas confianzas. Lo siento.

Está de pie, las manos en los costados, envuelta en una pañoleta de seda. Sobre ella, el cielo está negro.

—Necesito ver a un sacerdote —susurra ella.

—¿Se da cuenta de la hora que es? —pregunta él—. No debería estar aquí.

Ella se inclina hacia adelante y le susurra al oído.

El joven coadjutor se levanta el camisón de los pies y sale corriendo pasillo abajo hacia la habitación del buen sacerdote Canet, protegiendo la luz de la vela con la mano. Llama dos veces a la puerta, sin respuesta; se arma entonces de valor, entra y se acerca a la cama. Deja la vela junto a la Biblia del sacerdote, abierta por una página del Génesis, y se santigua dos veces antes de despertar sin demasiada

delicadeza al hombre dormido.

—¡Ha venido a verlo una mujer! —Los ojos del joven coadjutor brillan a la luz de la vela.

—Pues dígame que vuelva a las seis —se queja Canet desde la cama, donde se vuelve de costado.

—Pide la confesión. Dice que no tiene mucho tiempo.

—Y yo ya he perdido mucho sueño —gruñe Canet.

—Padre, dice que va a morir.

El padre Canet se incorpora en la cama de golpe. Se le corta la respiración en la garganta. Carraspea y tose ruidoso con una fuerte sacudida de los pulmones a la luz de la vela del joven cura.

—¿Dónde está? —pregunta el sacerdote al coadjutor, sentado entre las sábanas.

—Por favor, padre, la he dejado cerca del púlpito. Pide verlo a usted ahora.

Y se marcha el joven coadjutor. Es una mujer joven. Lo distingue por sus formas, medio ocultas por un abrigo grueso. Está arrodillada en el último banco junto a la puerta. La cabeza cubierta, el pelo húmedo se evapora en la oscuridad.

—No me mire, se lo ruego —susurra ella al acercarse el coadjutor.

—El padre Canet está preparado. —El joven deja de mirar a la chica, pero, al bajar la vista, se ha fijado en las puntas de sus uñas. Aquellas manos son finas y delicadas, más hermosas incluso que las de la Virgen María en el presbiterio, esculpida en piedra por las manos de un maestro.

—*Mercès.*

Su voz, más dulce que el incienso y la miel. El joven coadjutor inhala el cálido aroma de su piel, mojada por la lluvia. Algo oscuro y lujurioso surge en el pecho del hombre, un deseo largo tiempo reprimido, carnal; vuelve a inhalar y se estremece. Camina más rápido hacia el confesonario y le abre paso bajo las lámparas atenuadas.

De una sola palabra. El Señor me proteja. De esos labios que no puedo ver...

La iglesia larga y abovedada... *Que se pase rápido*, reza él mientras la conduce por la nave entre muros desnudos y acariciados por la luz de la llama.

La voz de la chica interrumpe sus pensamientos.

—*La tormenta me ha dejado sola hoy. Me alegro de tener tu compañía.*

Ella alarga la mano para rozarle el brazo. Él no recuerda el resto.

Una vez dentro del confesonario, los orificios del panel de madera están oscuros, pero el padre Canet se las arregla para distinguir la silueta, la curva de su mejilla, la piel rosada de su labio contra la pantalla de madera. La voz de la mujer es suave, pero él puede oír el estremecimiento de estrés que la recorre, y en las manos y los dedos del sacerdote se va acumulando un frío que le asciende de las rodillas, una caída de la temperatura como la que se experimenta con la presencia de un fantasma.

A través de los orificios, él también percibe su aroma.

Un cálido olor como el de las hojas húmedas y el humo..., destierra esos pensamientos de su mente... ¿Sigue soñando, tal vez?

El buen sacerdote Canet hace acopio de fuerzas y saluda a su visita en la penumbra con la señal de la cruz, y ella sigue su ejemplo.

—Perdóneme, padre, porque he pecado. Han pasado seis días desde mi última confesión.

—A ti que has optado por la señal de la cruz, te podremos ser de ayuda. Ahora, hija mía, cuéntame, ¿por qué has venido a nosotros en plena noche en busca del perdón?

—Deseo quedar limpia, padre.

—Y limpia de todo pecado quedarás ante los ojos de Dios en la confesión.

—Deseo ser pura.

—Busca la penitencia por tus pecados y así podremos purificar tu alma.

Abre ella los labios y habla, entonces, de todo cuanto ha visto, de todos los horrores, terrores y tribulaciones, y el sacerdote se ciñe el hábito en los hombros y se santigua para mantener a raya al demonio.

—¿Quién ha muerto? —pregunta él lentamente cuando ella se queda sin aliento.

Él escucha con atención.

—*Tres mujeres.* —¿Y?

—*No he hecho nada para evitar que las asesinaran.*

El sacerdote siente cómo un sudor frío recorre todo su cuerpo. Mientras la mujer le está hablando, él comienza a visualizar, en un paseo por la ciudad, las cosas que ella le ha confesado, se fija en la cantidad de coches de policía en la plaza, la sangre en los rincones del carrer de Sant Ramon, pero esto..., esto es mucho peor de lo que él se había imaginado, y, aun así, se ha de mantener la promesa, ancestral como es la práctica de la confesión, secreta bajo la santidad de Dios.

—¿Y tú deseas venganza? —pregunta él, consciente de lo acerado de su voz.

—La deseo, padre.

—¿Y por esto pides el perdón?

—Sí.

—¿Sufres, hija?

Ella no responde.

—¿Has acudido a la policía?

—Les he dado la clave, pero he hecho que su significado resulte confuso —susurra ella.

—Ocultar la verdad es un pecado —murmura el buen sacerdote Canet—. Confesarla ante mí puede aliviar tu sufrimiento. La Iglesia puede cargar tu causa sobre sus hombros. ¿Puedes decirme quién es él?

Los sonidos que proceden de la garganta de la mujer aterrorizan al sacerdote. Ella trata de pronunciar un nombre una y otra vez, pero es como si hubiera perdido la lengua. Cada vez que se atasca con las palabras, su cabeza se golpea contra los

listones del confesonario, y ella grita y escupe. El sonido se abre paso para salir de ella, resuena por la iglesia, el tañido de la más clara de las campanas.

—Lo siento..., lo siento mucho —se atraganta ella—. Por favor, padre, prométame que me ayudará. Yo le diré la única forma en que me puede ayudar.

Y, dicho aquello, le pasa un papel arrugado a través de uno de los orificios de la pantalla, un rollo muy compacto y no más grande de cinco milímetros de diámetro y dos centímetros y medio de longitud. Cuando vuelve a hablar la joven, no se parece a ningún idioma que él haya oído jamás, la cadencia del catalán prácticamente ha desaparecido de su voz; así imparte ella su mensaje en una lengua misteriosa que no conoce patria, y, sin embargo, desde la ventajosa posición del sacerdote, él la entiende.

—Descansa —regresa la voz del hombre—. La ayuda está en camino.

—Feliz caza. —Fabregat sonrío como un lobo.

Sus ojos, nítidos en la oscuridad.

Se acercan las sirenas.

—Arriba esa barbilla —susurra él cuando llega la ambulancia.

Me acaricia la frente. Me atraganto al tratar de hablar, aferrada a su mano.

—Arriba esa barbilla. Has vuelto. —Mientras, los médicos me aseguran en el interior del vehículo.

Silencio. Hágase el silencio.

Me despierto con el silbido y el crujido de la cebolla en una sartén, con la puerta del dormitorio abierta al salón-cocina. Fabregat está inclinado, escurriendo unas habas de una cacerola con agua hirviendo. Va soltando juramentos para el cuello de su camisa, con un enorme delantal de flores atado con un lazo en la nuca.

—*Merda. Cabrón.*

Pequeños susurros de exasperación.

El tío va bien pulcro, casi formal, bajo el delantal cubierto de margaritas. A pesar del frío, se ha quedado en camisa y pantalones, y ha dejado los zapatos en la puerta. Lleva un calcetín de cada par, uno de cuadros escoceses y otro de color violeta, y ha tirado un desgarrado sombrero panamá en la butaca del salón. Una gabardina marrón grande cuelga de un gancho junto a la puerta. Es una extraña combinación. Tiene toda la pinta de un turista británico hecho polvo, con las mangas de la camisa de lino vueltas a la altura de los codos, las mejillas sonrojadas por el esfuerzo culinario, un elefante ofuscado en la cocina.

—Nena —retumba cuando me ve levantar mi atribulada persona de entre las sábanas—. Comes como un pajarito. ¿Esto qué es? ¿Una huelga de hambre? Nada en el frigorífico, casi no tienes aceite... ¡No hay ajo! ¡Ostras, nena! ¡He tenido que comprarlo todo! —Se pasa la mano por la frente con exasperación—. Hoy vamos a comer como es debido. Te va a hacer falta un poco de grasa extra.

Fabregat vierte una piscina de aceite en la sartén. Las cebollas sisean y salpican.

Le pregunto por el cambio de estilo, por el sombrero panamá en particular. No le pega.

—Un disfraz.

Sonríe y se da un golpecito en la nariz. *Confusión*. No me molesto en preguntarle por qué. Francamente, no me interesa.

—¿Qué estás cocinando?

—*Déu dóna faves a qui no té queixals.*

Me froto los ojos.

—Dios le da habas a quien no tiene muelas —repite y me mira con mala cara—. Vas a comer *faves a la catalana*. Al estilo Fabregat. *Més pernil, espinaques, pa amb oli i braves...* —Señala hacia el desaliñado montón de habas humeantes y a los trocitos de cebolleta que se están caramelizando. *Botifarra negra* amontonada en la

tabla de cortar, la panceta crujiente que se está dorando en el fuego. Grasa burbujeante. Se me revuelve el estómago. Abro la boca para decir algo. Me interrumpe con una floritura:

—El chef no se puede distraer de su tarea.

—No me puedo comer eso —digo señalando a la sartén—. Parece una zona de guerra.

—No seas ridícula.

Me acerco torpe con mi pijama.

—No, de verdad, no puedo.

Fabregat me hace caso omiso.

—Mi mujer cree que tengo una aventura. Ya le he dicho *No, t'estimo, te quiero, la meva estimada...* Querida, ¿por qué no me cree? Es que he apadrinado a una *bruixa* y quiero que su siguiente numerito me deje patidifuso de cojones... Pero eso suena todavía peor. —Se ríe y farfulla unos instantes, sobre su mujer, su hijo y su perro, a quienes ha dejado a su aire. Parece feliz, extrañamente feliz, y yo sospecho de inmediato. *¿Acaso piensa mudarse aquí y hacer de niñera?*

—Gracias —digo, a ver por dónde sale—. Por quedarte aquí.

Me sonrío. Yo lo miro con ojos de sueño.

—Eres un verdadero bicho raro. Una actuación de primera —dice Fabregat—. Mis chicos van a tener pesadillas durante semanas.

Ha traído una silla del salón y ahora se acomoda en la punta de la mesa de la cocina, plácido como un loro de adorno. Se inclina hacia adelante sobre los codos y me mira.

—¿Has pensado alguna vez en trabajar en un circo?

—No —le suelto en contestación—. Me estás provocando dolor de cabeza.

—Te han dado un cargamento de medicinas que te cagas. ¿Te sueles medicar?

Hago que no con la cabeza.

—¿Sólo en caso de emergencia? Eso explica las jeringuillas del frigorífico. ¿Una galleta? —pregunta Fabregat—. Las ha hecho mi mujer. Chocolate y almendra. Muy ricas.

Empuja una fuente de galletas hacia mí. No quiero.

—Bebe —dice con firmeza. Acepto el agua con docilidad.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Dos días. Me alegro de verte en pie.

—¿Y has estado tú aquí todo el rato?

—Alguien tenía que quedarse contigo. El médico dijo que no te podíamos dejar desatendida. Nena, cuando entras en ese estado no se te ve demasiado estable. De todas formas, estoy contento.

—¿Por qué?

—Por los resultados.

—¿Qué resultados?

Silba una cancioncilla para sí. *El tío está siendo cauto.*

—Llamaste hacia las once, y yo llegué ahí donde estabas a las once y media; la ambulancia llegó unos quince minutos después. Se había reunido un pequeño grupo de gente: dos policías a los que llamaron los vecinos, ¡que te vieron escarbar! ¿Escarbar, nena? Te acercaste al pino en estado de trance, «como una loca» fue la expresión exacta de los testigos. A pesar de que tenías los ojos cerrados, parecía que estuvieses viendo con claridad. Hablabas con voces raras, muy rápido, con muchas voces distintas, idiomas que nadie entendía..., una jerigonza. —Se balancea hacia adelante y hacia atrás sobre los talones y sonrío de oreja a oreja mientras mueve las manos en el aire e imita el gorjeo de un bebé—. Fue espeluznante de cojones, nena. Nos dejaste a todos con los pelos de punta. Me ha dicho el médico que, técnicamente, estabas dormida, pero sonámbula, ¿interpretando un sueño? Eras capaz de responder preguntas, pero no de despertarte. ¿Es normal esto para ti?

—¿Tú qué crees?

—Si el sonambulismo ayuda a encontrar pruebas, te invito a que lo hagas con mayor frecuencia. —Le da otro mordisco a la galleta—. Te las estás perdiendo, ¿sabes? Es una cocinera increíble.

Se me revuelven las tripas. *Deberías irte a casa. Dejarlo. Seguir tu camino. Este hombre es un peso muerto. Un estorbo. No tiene nada que ver contigo.*

—He echado un vistazo a tu historial clínico —dice Fabregat como si nada—. Bueno, los médicos lo han hecho. Y yo miraba. No sé si me entiendes.

Aquí viene la ira. No me puedo aguantar. Espero decir algo elegante. Respetuoso. Maduro. En cambio:

—Lo dejo.

Fabregat suelta la espátula.

—¿Perdona?

—Lo dejo.

—No puedes. No hemos terminado todavía.

—Yo sí. He acabado.

Frunce el ceño. Lo miro desafiante.

—¿Cree usted en fantasmas, señor Fabregat?

—No.

—Pero sí me contrataste.

—Sí.

—Así que debes de tener algún instinto. Justo ahí, en el estómago.

—Instinto, no. Curiosidad, sí. —Me mira con los ojos entrecerrados, guiñándolos para prestarme más atención. Como si quisiera retirar las capas de piel de mi pecho y examinarme el corazón—. Me gusta pensar que los muertos están muertos, pero estoy abierto al diálogo.

—Bien, pues por mi instinto..., lo dejo.

—¿Qué? —ruge—. Estás alucinando otra vez.

Se la devuelvo:

—Mi salud mental es más importante que tus pasatiempos.

—Me debes una semana.

—No quiero seguir haciendo esto.

—Un contrato es un contrato.

—Si me quedo —lo interrumpo—, y es un «si» condicional, ¿qué recibo a cambio? ¿Qué podrías ofrecerme?

—Mirar para otro lado —me contesta cortante—. Soltaste muchas cosas en la ambulancia, nena. ¿Esos escritos que andas buscando? No me mencionaste nada a mí sobre ellos. Se los robaste a la Iglesia. —Se santigua dos veces—. Podría hacer que te retirasen la autorización por algo como eso..., y créeme que lo haría si anduvieses timándome por ahí. Un telefonazo a la diócesis y al ayuntamiento por parte de este querido y respetable ser y fiuuuuu —silba—, adiós, nena. De todas formas, ¡no lo puedes dejar ahora que has hecho historia, chica!

Miro fijamente al inspector con cara de no entender nada.

Mientras las habas se cocinan en el fuego, Fabregat me sirve otro vaso de agua.

—Siéntate. —Me hace un gesto con la barbilla—. Contrólate.

Se trata del libro.

—¿Recuerdas el libro que desenterraste? —Fabregat sonrío. Sin embargo, no hace falta que él lo diga. Yo ya lo sé. El libro era de ella.

—Àngel Villafranca lo ha confirmado: un ejemplar de *La Orestíada*. De Es-qui-ii-ii-lo. —Se le atasca el nombre a Fabregat—. El muy engreído dice que ella se sabía de memoria hasta la última línea. «¿De dónde lo sacó? ¿Qué le dice la inscripción “Para mi Casandra, de tu Aureus”?», le pregunté. Ese perro viejo fingió no saber nada. «No lo sé». «¿Aureus? Ella no conocía a ningún hombre que se llamara Aureus», me dijo. «Pero sí confirma usted que el libro es de ella, ¿no?». A Villafranca se le trabó la lengua, para mi deleite. Reconozco a un mentiroso cuando lo veo —suelta Fabregat—, y ese tío no va a dejar de mentir hasta el día en que se muera. Está ocultando algo, nena. Tan claro como el agua. Pero no acaba ahí la cosa. Resulta que esa lata vieja y abollada llena de trapos no estaba manchada de tierra, sino de *sang*.

Suena duro el término catalán para la sangre, se llena la boca de una vocal aguda. Carece del soniquete del español «sangre». En los labios de Fabregat, «*sang*» suena contundente. Sincero y directo.

—Creemos que es sangre humana. Es probable que los harapos fueran gasas médicas utilizadas para limpiar heridas..., no sabemos aún de quién, ni qué tipo de cornucopia tenemos delante, aunque, si le damos al equipo unos pocos días — Fabregat da un golpe en la mesa—, nos lanzaremos a todo trapo sobre la pista. Podría no ser nada..., pero ¿no me has preguntado tú por el instinto? ¡Ja! Mi instinto me dice: *adelante*.

»Sigue adelante, Anna. Tiene que haber más cosas en el sitio de donde salió esto, así que tú sigue haciendo tu trabajo, yo seguiré haciendo el mío..., y nos encontraremos en algún lugar a medio camino.

Ya te diré yo si lo haremos.

—¡Nena! *Ho entens?* ¿Lo entiendes? —El gozo en su rostro es eléctrico—. La policía ha reabierto el caso. Esto acabó con la vida de cuatro mujeres. *No t'importa?* ¿No te das cuenta de lo que podrías hacer por nosotros? Tienes un don. ¡Un maldito don, chica! Llevo diez años esperando esto, y no nos vamos a rendir ahora. Eres extraordinaria, nena. Nadie sospechaba que una guiri fuese tan eficaz. Pero tú lo eres. Sin duda que lo eres. Te quiero en juego. —Se levanta de la mesa y vuelca la morcilla sobre las cebolletas en la sartén—. Estamos trabajando juntos en esto. Así que, ¿lo tenemos claro? Yo decido cuándo lo dejamos. Soy yo quien dirige el cotarro. Mientras tanto, relájate. Sé agradecida. Y come. Te pediría también que, en líneas generales, hagas un esfuerzo y recuperes el autocontrol. Date una ducha. *A taula*. A la mesa —ordena él—. Con fantasmas o sin ellos, *mata més gent la taula que la guerra*.

No puedo evitar sonreír ante el morboso refrán de Fabregat: mata más gente la mesa que la guerra.

Mientras el inspector se duerme una siesta en el sofá bajo del salón, decido actuar por mi propia cuenta. Aunque es tarde, llamo a mi amigo y colega el bibliotecario de la abadía. Él me pasa con un hombre que no se identifica, pero que se encarga de las intrigas más místicas de la comunidad monacal en la isla. Le hablo a este señor sobre mi visión de la chica en la iglesia y del nombre que me vino en el trance. De toda la gente del mundo, estos monjes son los únicos que se toman mi locura en serio, y les estoy profundamente agradecida por ello. Durante nuestra conversación telefónica me pregunta si la visión me había dado un nombre. Padre Canet, respondo. Hace diez años, una mujer fue a buscarlo a Santa Maria del Pi y le dejó una ofrenda.

—Ah —dice el hombre, y se queda pensativo por un instante—. ¿Está segura?

—Sí.

A esto le sigue una larga pausa meditabunda.

Me citan de manera apresurada para que acuda a un encuentro en uno de los extremos del parc de la Ciutadella, construido sobre las ruinas de una fortaleza militar panóptica, la Ciudadela, que se levantó a mediados del siglo XIX. Entro en el parque a través del zoológico y atravieso las puertas de hierro, dando un paseo con el sol suspendido como si fuese un denario medio olvidado. Me detengo un momento ante la gran catarata flanqueada por serpientes aladas con cabeza de león. Danzan las fuentes, y la gente se arremolina para verlo. El parque es un lugar recargado, extraño, lleno de dolorosas historias, y recuerdo cómo llegué a esta ciudad y me puse a aprender por mi cuenta la historia y la lengua catalanas. Me compré un diccionario inglés-catalán y un tomo grueso titulado *El imperio olvidado: historia de Cataluña y sus puertos*. Cada día me aprendía una palabra y leía el libro por las noches. Durante aquellas primeras semanas en la ciudad, devoré *El reino de Aragón* además de *Chapiteles góticos, raíces romanas*, seguido de *El universo de Gaudí*, *La vida secreta de la virgen negra de Montserrat*, *Els Quatre Gats: El legado artístico de Barcelona* y el *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell. Más adelante estudié los *Usatges*, o Usanzas, la carta medieval de derechos civiles de Cataluña, que antecede más de un siglo a la Carta Magna. Los *Usatges* constituían una ley de derechos que insistía en que los «ciudadanos» (y no siervos) coexistían junto a la nobleza ante los ojos de la

ley. Estas claves condujeron a la fundación del Consell de Cent, el Consejo de Ciento, el organismo gubernamental original de Barcelona. Suspiro mientras camino. *Se suponía que estos libros iban a ser mi salvación.* No se me ocurrió pensar que el asesinato me traería de regreso.

Llego temprano al encuentro y decido pedir una horchata —fuera de temporada, pero deliciosa— y un plato de jamón ibérico y pan con tomate. El camarero me trae un ejemplar de *La Vanguardia*, que me limito a hojear. Sin que yo me dé cuenta, el camarero se retira entonces al vestíbulo y hace una rápida llamada a las oficinas parroquiales de Santa Maria del Pi. Quince minutos más tarde, la ajetreada figura del padre Canet sale pesada de un taxi y cruza rápidamente la calle en dirección a la cafetería.

Canet está redondo y rojo como un tomate, y luce un clavel blanco en el ojal. Un abrigo apolillado amplifica el efecto de su corpulencia, y no tiene un solo pelo en la brillante calva, que suda a pesar del sol frío e insulso. Suelta un suspiro furtivo y significativo al verme, sin dejar de mover las manos:

—*Perdó* —exclama al llegar a mi mesa, con unos ojos prácticamente ahogados por la grasa—. ¿Hablo con la señorita Anna Verco, amiga del bibliotecario de la abadía de La Real y los nobles monjes de la sierra de Tramuntana?

—En efecto, soy yo.

—Gracias a Dios que está aquí. —El sacerdote coge aire antes de exhalar—. Tengo una cuestión de gran importancia que comentar con usted..., y me temo que podría haber alguien escuchando.

La cafetería está desierta, y el camarero ha desaparecido por completo.

—Me tomaré un café con usted. Tengo la garganta seca. Pero no me puedo quedar mucho tiempo.

Hace una pausa con algún leve tic y muestra la típica sonrisa de alguien que no desea parecer nervioso.

—Es admirable que esté leyendo usted el periódico. Muy pocos de nuestros conciudadanos los leen. —Reaparece el camarero, y Canet pide para él un *cafè amb llet*, un zumo de naranja natural y un plato aparte de churros con chocolate.

—Dada la situación, creo que hemos de tender un puente entre nuestras distinguidas personas. Señorita Verco, me ha dado su ilustre nombre un mensajero que me ha pedido que le revele mi secreto bajo determinadas circunstancias, que, lamentablemente —el sacerdote se santigua dos veces— se han producido...

Se me eriza el vello en la nuca.

Canet baja la voz a un susurro teatral:

—Se trata de la chica asesinada, Natalia Hernández. Antes, me gustaría oír todo lo que usted afirma haber presenciado en su visión.

—Querida mía... —suspira él una vez que he finalizado—. Todo fue tal y como usted lo ha descrito. Debo confirmar positivamente la correlación, lo cual demuestra, una vez más, que no debemos subestimar jamás los misteriosos poderes del sexo débil... —El sacerdote sumerge el extremo del churro en el tazón de chocolate—. La mujer que usted vio vino a mí en la noche de Sant Joan, el 23 de junio. Por su voz supe que era joven, no mayor de veinte años. Uno de mis novicios la encontró en la iglesia, qué historia tan horrible, era ya muy tarde en la *revetlla*, cerca de la medianoche, si no recuerdo mal. —El sacerdote le da otro mordisco al churro antes de proseguir—. Confesó muchas cosas aquella noche... Se autodenominó «partera del asesinato» e insistió en que había bebido sangre, una sangre que no se podía quitar de las manos. Cuando le pedí que pronunciase el nombre de su opresor, el diablo le mordió la lengua, no pudo pronunciar su nombre en voz alta..., algo terrible que me han dicho que sucede sólo —carraspea con recato sobre la mano y me mira con los ojos entrecerrados— cuando se ha mantenido relaciones sexuales con la bestia. Mi querida muchacha, debe usted entender que esta mujer había caído bajo el control de un monstruo, y que en penitencia deseaba verse apartada del cielo, pues creía que sus delitos no podrían tener otro castigo que la más miserable de las muertes autoinfligidas. —Hace una pausa el sacerdote—. Echando la vista atrás, he llegado a la amarga conclusión, igual que hará usted, estoy seguro, de que la mujer enloquecida que llamó a mi puerta no era otra que Natalia Hernández.

—¿Por qué no fue usted a la policía?

Canet suelta un largo suspiro de superioridad.

—Lo que teníamos entre manos era un asunto particular de la Iglesia. Una cuestión de fe. Si acudiésemos a la policía con cada confesión que administramos, la mitad de esta ciudad estaría entre rejas. No obstante, mi compromiso ante los ojos de Dios no me impide transmitir su mensaje. La joven me entregó el objeto más desconcertante y horrible que he visto nunca. Hice que lo bendijesen con agua bendita por si acaso cometía alguna vileza. —Del bolsillo de su abrigo saca una pequeña Biblia y la abre por una página que tiene la esquina doblada. Allí, metido en el pliegue del libro, hay un fragmento de pergamino doblado.

—Deme la mano —ordena el sacerdote.

Le ofrezco ansiosa la palma de la mano.

—Señorita Verco, desearía verme dispensado de esta carga. Me he sentido culpable todos los días, pero creía que llegaría el momento. «La señal de la Sibila», lo llamó ella, y por Dios —Canet se santigua de manera profusa— que, sin duda, se trata de una marca del demonio, aquello mismo que le retuvo la lengua, y estoy encantado de librarme de ello.

Me quedo sin aliento cuando le doy la vuelta al trozo de papel. En una cara, el dorado uróboros. Sobre la cara opuesta, ella escribió seis letras iluminadas:

AUREUS

Debajo de esto, dos llaves historiadas y dibujadas en forma de aspa cuyos dientes tienen una costra estropeada de pan de oro.

—Esa noche, la muchacha pronunció una gran cantidad de encantamientos disparatados, repitiendo: *Lo que ella busca él no lo sabe, y lo que ella sabe él no lo busca...*, y una segunda línea, si no recuerdo mal: *Tanto como el hombre es pluma, un cuchillo es él*, o algo muy parecido. Llegados a ese punto, querida, me temo que no fui capaz de hallar ni pies ni cabeza en sus divagaciones. Pensé que estaba desquiciada y no valoré la importancia de sus palabras. La absolví de sus pecados y la hice marchar. Mi vergüenza me seguirá hasta la tumba. —El sacerdote baja la mirada—. Discúlpeme por no haberme dado a conocer antes, pero los cielos obran según su propia lógica, que yo, simple mortal, no alcanzo a comprender. Confío también en que respetará usted mi secreto en esta materia. No deseo que salga a la luz. Si tiene cualquier pregunta, ya sabe dónde encontrarme, aunque veo en la expresión de su rostro que este objeto se explica por sí solo.

El sacerdote sorbe lo que le queda de zumo, echa un billete de cinco euros sobre la mesa y se despide sombrío; me planta sin palabras en la cafetería, sin dejar de mirar a la brillante serpiente de oro que tengo en la mano.

Aureus. Un trozo de papel entregado a un cura en un confesonario, acompañado de un mito. La marca. Vuelvo a dibujar su brújula y dejo que mi imaginación siga las líneas de su diagrama. Aureus. Vuelvo a garabatear la palabra, tanteo el sonido de las sílabas. Au. Re. Us. Del latín aurum, que significa «oro». En lenguaje figurado significa glorioso, excelente, magnífico. Seguido de las negras llaves de san Pedro, situadas a modo de barrera, una posición defensiva. Vuelvo a comprobar las connotaciones católicas. San Áureo, obispo y mártir de Maguncia, Alemania, asesinado por los hunos junto a su hermana. También: tesoro. Véase el Codex Aureus de san Emerano, libro carolingio del siglo v con los evangelios. Tamborilean mis dedos sobre el teclado del ordenador. A continuación, Aurelio. Obispo de Cartago y compañero de san Agustín de Hipona, activo en el siglo iv, responsable del establecimiento de la doctrina cristiana y la erradicación de las principales herejías de la época. El padre Canet lo llamó la «señal de la Sibila». Se me rompe la mina del lápiz. Clic, clic, raspa sobre el papel. Otra vez. Ella se refería a un nombre. Un nombre. Un nombre. Me distrae el movimiento de dos cuervos que se enfrentan en las ramas al otro lado de mi ventana. Graznan y pelean feroces, pero a mí me tranquilizan. Vino frío que me desciende por la garganta y me da calor al tiempo.

A U R E U S

Intercambio el orden de las primeras tres letras.

U R A E U S

Mi lápiz se queda en el aire. Uraeus. De los jeroglíficos egipcios: «cobra enhiesta», del griego *ouraios* o tal vez *sobre la cola*. Los egipcios celebraban la belleza y la sabiduría de la serpiente, y la escogieron como símbolo de la divinidad, la realeza y el poder. La cobra no podía parpadear, así que era la siempre vigilante guardiana de los reyes, erguida sobre la máscara de oro de Tutankamón. El Uraeus pudo haber sido también una representación de la antigua diosa Uadyet, una deidad con cabeza de serpiente del Egipto predinástico, el fértil seno del reptil, protectora del Bajo Egipto; su oráculo habitaba en la ciudad de la región que recibía su nombre en honor de la sierpe, PerUadyet, o «la casa de Uadyet», de donde se rumoreaba que habían surgido los oráculos de la antigua Grecia. Se lucía su imagen para bendecir a las mujeres en el parto. *Uadyet, derivado del símbolo jeroglífico: papiro. O «la del color del papiro».* Uady significa «de color verde» en referencia a las hojas de la

planta; diosa del famoso símbolo ancestral del ojo de la luna, el uadyet, más adelante llamado «el Ojo de Horus». El símbolo central de los siete brazaletes de oro, lapislázuli, cornalina y fayenza hallados en las tumbas de los reyes momificados y los colgantes de antaño enmarcados por el águila y la cobra, erguidas en cornalina... La diosa Uadyet es la serpiente de dos cabezas, o la matriarca con cabeza de león..., un amuleto contra el mal de ojo, y la protección ctónica para el paso sin peligro al inframundo, la marca de un rey sobre la tierra, icono del dominio y del poder de Egipto. *Aureus-Uraeus*. ¿Una relación descabellada? Me freno. Céntrate en las llaves. Ese símbolo está claro. *Las llaves cruzadas de san Pedro, el papa de Roma. Pedro, la Piedra*. Feroces dientes gemelos, al mismo tiempo una barrera y un atractivo. Protectoras y reveladoras.

Entonces caigo.

Siento una resonancia.

En las tripas. *Obra en consecuencia*.

Una copa de vino en mi escritorio improvisado, portátil abierto. Las fotografías de su rostro pegadas en la ventana. Cenicero con seis colillas. Dos tazas de café a medio beber. Subo las fotos de mi cámara, los bocetos que ella dibujó cuando era una adolescente. *Apóyate en ellos*. El pequeño listín de teléfonos de color negro sobre la mesa. Su letra es tan delicada, tan rápida. Paso las hojas del listín.

—Siempre me dio demasiado miedo llamar a esos números— irrumpe la voz de Villafranca en mis pensamientos—. *A todos los nombres masculinos. Pensé: «Le preguntaré a cada uno de ellos. ¿Fuiste tú? ¿Le hiciste tú perder la cabeza? ¿La querías?»*. Pero no deseaba conocer esa versión de mi hija.

Regreso a la imagen. *Las llaves de la ciudad de Roma*. Tal vez significan algo tan simple como «Pere», en catalán, ¿no? ¿O será Pedro? No utilizó los nombres de pila para el orden alfabético, pero sigo impertérrita y continuo leyendo de manera metódica el grueso de las entradas hasta que llego a cinco mágicas letras escritas en azul. *Peter*. Pienso en el pescador. El ceñido rabillo de su «r» termina en una floritura nítida. Para mi sorpresa, el nombre está en inglés, y el apellido es Warren. Junto a éste, Natalia dibujó un minúsculo juego de llaves. El número de una línea de teléfono fija. Alargo la mano hacia el móvil. *One, two, skip to my Lou. Fly's in the buttermilk, shoo, fly, shoo. There's a little red wagon, paint it blue.*^[7] Le doy vueltas y más vueltas. Marco el número. El auricular en el oído. La boca abierta.

Lost my partner, what'll I do? I'll get another one, prettier than you.

Skip, skip, skip to my Lou.^[8]

Da señal la llamada. Y vuelve a darla.

Clic. Crrrrinc, crrrrunk.

—Hola, has contactado con el número de teléfono de Peter Warren. Por favor, deja tu mensaje...

Me quedo sin aire de golpe. Vuelvo a llamar. No hay respuesta. *Esta vez no, decido. Ningún mensaje.*

Peter Warren. Tecleo su nombre y «Barcelona» en la barra de búsqueda de Google. Muy abajo en los resultados viene una serie de vínculos a unas reseñas publicadas en la revista británica de viajes *Bulldogs Abroad*, en los que se detallaba la vida nocturna de la ciudad. Hay una pequeña fotografía del hombre adjunta al tercer artículo, que recomienda una ruta de bares vinculada al legado de carácter religioso de ciertos lugares de la ciudad. Piel morena, amplia sonrisa, facciones pixeladas. El cuarto artículo, escrito en 1998 y vuelto a publicar en un blog, es una crítica de la espectacular interpretación de una inocente Natalia Hernández de dieciocho años. El autor cita unas palabras de la actriz.

De vuelta en mi escritorio, llamo a Fabregat. Tengo mis dudas. *No le hables del sacerdote. El trozo de papel. Me lo dieron a mí..., y no a él.* En cambio, lo que hago es centrarme en una corazonada —una sensación nebulosa—, mi número de circo.

—¡Buena chica! —me grita al teléfono.

—¿Puedes hacer algo por mí...? —le pregunto lentamente—. No sé hasta dónde llegan tus posibilidades, pero...

—¡Suéltalo ya! No tengo todo el día. ¡El partido del Barça empieza dentro de diez minutos!

—Tengo un nombre para ti.

—¿A quién buscamos?

—A Peter Warren.

—¿Algo más?

—Un número de teléfono. —Se lo dicto.

—A ello. —Fabregat cuelga.

Arrastro los pies hasta la cocina y me preparo una taza de té con mi peso inclinado sobre la encimera. Cuando hierve el agua, escojo camomila y suelto la bolsita en una taza amarilla. Ascende el vapor. Una mancha de color marrón se filtra en el agua.

Fabregat me devuelve la llamada casi de inmediato.

—Se marchó de Barcelona hace diez años. Vendió un apartamento en Gràcia. No tiene papeles de residencia. Es ciudadano británico. Va y viene en los meses de verano. Parece que ha entrado este año por el control de pasaportes, y no hay registro de su marcha. No paga impuestos. Gorrón. ¿Ayuda esto? El número de teléfono pertenece a una casa de Capileira, el Cortijo del pino —atruena, claramente complacido—. Ahora les pido a mis chicos que lo comprueben..., cualquier británico soltero en aquel pueblo.

El tiempo se me pasa volando. Encuentro desagradable el sabor del ambiente; Natalia Hernández me ha vaciado de emociones. Cojo el teléfono y llamo a Peter Warren. Salta su voz: *Hola, has contactado con el número de teléfono de Peter Warren. Por favor, deja tu mensaje...*

Sin respuesta. Me hierve la sangre de irritación. ¿Quién coño es este tío? ¿Qué está haciendo en Andalucía? *Está aquí ilegalmente...*, ¿sin papeles? ¿Antecedentes policiales, tal vez? *Nada serio. Una pelea en un bar de Sevilla en 1989.* ¿Pueden encontrarlo? Fabregat es un cazador rápido. ¿Dónde estaba él en 1996, el año en que Cristina murió y Villafranca se marchó de gira?

Pasa un día con desgana. Vuelvo a llamar al teléfono fijo. Obstinada.

—*Hola, has contactado con el número de teléfono de Peter Warren...*

Dejo un mensaje, con calma, serena. Mi nombre y mi número. Y mi interés en hablar con él —eufemísticamente— sobre su «época en Barcelona». A continuación, consulto al Gran Oráculo de Google. C-A-P-I-L-E-I-R-A. Búsqueda de imágenes. *El Cortijo del pino.* Aparece de inmediato. Un alquiler de vacaciones para el verano, ocupado por el dueño durante el invierno. Le paso los detalles a Fabregat. Después, el ayuntamiento, *turismo*, cualquier cosa me vale. Consigo un número del pueblo. Un bar de la localidad. Lo garabateo. *¿Cuántos habitantes?*

528.

¿Un pueblo tan pequeño? *Lo tienen que conocer.* Todo el mundo lo conocerá. Llamo a la oficina de turismo del ayuntamiento y hablo con Juan, que admite que sí, que hay un hombre que coincide con esa descripción. *¿Pedro?*

¿Está allí ahora?

Puede ser.

¿*Ahora?*, pregunto.

No sé. Levanto sus sospechas.

Le digo que volveré a llamar más tarde. Telefono al bar y doy con una alegre mujer con la voz ronca. *¿Cómo?*, pregunta desconcertada. *¿Con quién quiere hablar?*

Estoy tratando de encontrar a mi tío.

—Su teléfono móvil no funciona. Dígale que tengo que hablar con él de manera urgente. Sobre Natalia.

—*Ese Píter Guarren. Sí. Por aquí anda. El inglés.* ¿Al inglés? Sí, claro que lo conozco —añade con amabilidad—. Pues claro que la ayudaremos, por supuesto.

A la mañana siguiente, el sujetador deportivo es lo primero, un elástico incómodo que aprieta en la carne. Mallas negras, camiseta suelta de manga larga, preparada para el invierno, el pelo recogido, oculto por el momento. Cojo el billete de metro, las llaves, música, lo meto en un bolsillo, cierro la puerta, bajo la escalera dando tumbos medio grogui, me vuelvo a quitar el sueño de los ojos, los guiño, abro la puerta de dentro, me echo un segundo vistazo en el espejo por si acaso. Esta parte del ritual siempre es un error. Tengo mala cara, hinchada del sueño. Cierro los ojos. Suena un mensaje en mi móvil. *Notícies? Has esmorzat?* Fabregat quiere saber si ya he desayunado. No hago caso del reflejo, después clic, puerta abierta, libertad, escapada a la calle y a correr. Subo y dejo atrás el monumento a los catalanes caídos, la llama eternamente

encendida al oeste del apartamento. Saludo a las gárgolas de Santa Maria del Mar. Los barrenderos limpian como locos los adoquines con sus graciosos cochecitos verdes..., y sigo corriendo. Via Laietana arriba, la gran plaza central de la ciudad —la plaça de Catalunya—, me meto sólo un poquito (tampoco hay que exigirse demasiado) en los *ferrocarrils*. Cojo un tren hacia la montaña, para el funicular de Vallvidrera. Vertical. Subo hasta la carretera de les Aigües. Escapo del tren, me adentro en arena, cactus, tierra abierta, brisa marina, una mañana de radiante sol blanquecino. Átate los cordones de las zapatillas. Vamos. Respira. Corre. Y mientras tú corres la ciudad se despierta. Ascende más alto el sol en el cielo sobre el mar. ¡Estás viva! Al compás de mi respiración. El sudor me mancha la parte baja de la espalda, y siento que me libero del frío. Se vierte la luz sobre los tejados de terracota. Se levanta el polvo. El pensamiento tranquilo.

Cuando regreso a mi apartamento, me siento ante el escritorio y preparo el trabajo del día. He programado una llamada a Bingley para informarlo de cómo van las cosas, que siguen avanzando. A las diez de la mañana suena el teléfono. Un número desconocido. Espero. Decido. Entonces lo cojo. La voz entra como un saludo directo de los cielos:

—Hola... —Sílabas en inglés que reconozco. Con claridad y precisión—. Soy Peter Warren. —Hace una pausa—. Creo que podría tener lo que está buscando.

El inglés, Peter Warren, está sentado en el patio de su casa en la Alpujarra, a unos ochenta kilómetros al sur de Granada, subiendo por el camino viejo que deja atrás las fosas comunes de Órgiva y Lanjarón, marcadas por las leyendas sobre un Generalísimo que una vez, de vacaciones, se dio un baño en el manantial de la montaña. El vino que Peter Warren tiene en la mano es rosado, muy al estilo de sus mejillas. Oh, Peter Warren, satisfecho a más no poder, admirando su carraspique de Gibraltar en el invernadero (que ha crecido de un esqueje que se trajo a escondidas de la flora litoral del peñón), con sus ruborizados pétalos, una difusa nube de violeta desplegada en círculos concéntricos. Ha plantado tres variedades de rosas antiguas: una trepadora Gloire de Dijon amolocotonada, un lecho de Sombreuil y una Aimée Vibert, y están espectaculares por mucho que aún les falten unos meses para florecer. Dado que se pasó fuera la mayor parte del año pasado, Peter Warren contrató a una mujer del pueblo, Concha, para que fuese por allí todos los días y regase las plantas, y ha hecho un trabajo condenadamente bueno cuidando de la lavanda y de los jóvenes olivos al final del camino. El patio de Peter Warren se curva alrededor de un pino de trescientos años que se alza del saliente inferior y protege a la casa del sol de última hora de la tarde desde el otro lado del valle. El patio está formado por piedrecitas dispuestas en círculos entrelazados. La casa había sido de su padre, y no hace mucho que dispone de electricidad, algo que complace a Peter Warren. El agua que corre de los grifos es dura, y las superficies de la casa desde luego que son medievales, pero a Peter Warren le gustan esos detalles. La madera de ajeno y la piedra ennegrecida por el fuego son para él un vínculo con su padre, quien adoraba España, y con una antigua Andalucía en vías de extinción: la tierra de la Alpujarra, el último bastión de los moros y el cante jondo, y, por Dios, cómo la adoraba. Tal vez más de lo que le gustaban las mujeres, posiblemente más de lo que adoraba Barcelona, amaba tan profundamente aquella casa en las montañas que soñaba con no abandonarla nunca, plantar un huerto y vivir de la tierra hasta que expirase en la cama; con lo cual, las mujeres del pueblo que tanto lo querían le llevarían a su cuerpo carnes curadas y flores secas a modo de ofrendas para el fallecido, y el cura lo bendeciría y lo depositaría en aquella tierra para siempre.

Me conduce enseguida al interior de la casa. Las vigas de cedro son bajas. Dentro, Peter Warren está sentado de espaldas a su escritorio y gira la silla para mirarme de

frente. Me sorprende entonces lo bien que lo había dibujado la joven Natalia. *Con verdadera maestría*. El escritorio es un tablero ancho de roble con patas metálicas cilíndricas hechas con tuberías viejas, delante de la ventana cuadrada recortada en el muro de piedra y asomada al jardín. *Concha, mi asistente*. Asiente él; veo por la ventana a una mujer mayor que abre la verja de hierro y asciende por el sendero de tierra fría hasta el jardín en un recorrido que pasa por debajo del pino.

Sentado de espaldas a la mesa, Peter Warren habla abiertamente.

—En un principio tuve miedo cuando llamó usted. No quería tener nada que ver con esto. Dejar atrás el pasado. Pasar página. Pero no se puede hacer tal cosa, ¿verdad? De todas formas, me empeño en no coger el teléfono. Cuando me volvió a llamar, pensé, maldita sea, esta chica es insistente. Después la tercera, la cuarta vez, y empecé a sentirme culpable.

La mirada de Peter se pierde hacia la lavandera que lleva en la mano una regadera de metal, se dirige al viejo grifo para llenarla de agua y atiende las rosas cubiertas de hielo.

—¿Algo de beber? —me pregunta él.

Sí, asiento.

Peter Warren regresa a la cocina y sirve dos copas de un vino blanco espumoso. Coge unas almendras, corta una rebanada de pan con la corteza negra y me las ofrece en unos platos de barro. Come despacio. Se sienta de espaldas al escritorio, donde la máquina de escribir Olivetti de color verde de la universidad duerme solemne y coge polvo. La hoja de papel que ha colocado en sus fauces está intacta. Siento cómo el ruido y la oscuridad de Barcelona se me desprenden de los hombros con la plena satisfacción de una tormenta que ya ha pasado.

—Yo la traicioné. —Peter Warren observa a una hormiga que asciende hasta el borde del cuenco de barro que contiene las almendras sobre la mesa de madera—. Tampoco es que fuera una traición enorme. Hice una nimiedad, que resulta más cruel aún por su pequeñez.

Peter Warren se frota los ojos con el dorso de la mano.

—No sé qué es lo que me ha pasado. Es obligatorio un té en momentos como éste. ¿Azúcar?

Le digo que no con la cabeza y le doy las gracias. Él se da una palmada con las manos en las rodillas y se levanta. Su cuerpo se alza sobre mí.

Peter Warren regresa con dos tazas humeantes y se sienta a mi lado en el sofá. Me da un toque en la rodilla.

—Bueno —dice—. Supongo que le gustaría verlo, ¿no?

—Sí.

El líquido caliente me baja por la garganta.

—Deme cinco minutos. Lo tengo escondido en alguna parte. No quería sacarlo sin estar acompañado. No trae nada bueno.

Aquel verano, el apartamento de Peter Warren se encontraba en la cuarta planta de un moderno complejo de ladrillo en la zona norte de Gràcia, al oeste de la estación de metro de Joanic, cerca de una floristería especializada en orquídeas sudamericanas. Es pequeño y con escasa decoración. Paredes blancas cubiertas con algún póster de teatro enmarcado en negro y una cocina remodelada que le ha costado prácticamente los ahorros de toda su vida.

La relación de Peter con la joven que ahora se encuentra de pie en su puerta ha sido breve, durante los seis meses del otoño y el invierno de su primer año como actriz en formación en el Institut del Teatre. Él es dieciocho años mayor que ella, que había cumplido los dieciocho cuando se conocieron, asombrosamente guapa (y guapa sigue: vestida con aire recatado y un abrigo gris, unas horquillas le retiran el flequillo y revelan unas facciones elegantes, pendientes largos de oro, la curvatura de su cuello que se sumerge en el escote de una camisa blanca de encaje).

Peter Warren recuerda la fecha: el lunes 23 de junio. El día antes de su muerte.

Natalia Hernández. En persona.

Mirándola fijamente ahora, exactamente igual que hizo cuando se conocieron, se siente inundado por una sensación de asombro: jamás llegó a entender qué veía ella en él. Colaborador británico de guías turísticas sobre España, Peter Warren pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo reseñas sobre museos y restaurantes. Cuando no está escribiendo, dedica una gran cantidad de energía al gimnasio y un igual número de horas a tomar el sol en el balcón. En consecuencia, su físico extremadamente moreno resulta perfecto, su mentón cincelado, su gusto en el vestir apropiado y su intelecto despierto, aunque por debajo de sus posibilidades. Tres años antes de la muerte de Natalia Hernández, se tropezó con ella en un club cerca de su apartamento, que él estaba reseñando. Aquella noche conectaron al instante, pero, al igual que tantas otras cosas en la vida de Peter Warren, el amor no triunfó.

En el bar de su primer encuentro, Peter invitó a Natalia a una copa de un tinto caro y a unos aperitivos variados: *pintxos*, jamón serrano sobre una rebanada gruesa de pan, *pa amb tomàquet*, aceitunas. Más tarde aquella noche, cuando entraron en el portal de la casa de él, Peter la besó en la oscuridad junto a los buzones al final de la escalera.

La besó en cada piso conforme subían, la presionaba contra la pared y le metía la mano bajo la camisa blanca de encaje, ascendían tensos sus dedos en busca del pezón, apretado bajo un sujetador negro, el sujetador que siempre llevaba, sin relleno, fino y barato, demasiado ajustado en los bordes. La tela se le marcaba en la piel de manera que entre los dedos de él se volcaba un generoso pliegue que él recorría con la mano cada vez que ella se movía.

La relación avanzaba deprisa. Él adoraba el olor de su pelo y su juventud, la llamada de excitación que le sonrojaba a ella las mejillas y los labios, el oscuro color aceitunado de su piel, la negra profundidad de sus ojos. Adoraba su edad, su suavidad, su flexibilidad, le recordaba a él en sus veintipocos años, y le daba fuerzas, confianza, tranquilidad.

La llevaba a restaurantes, a fiestas, al teatro, le compraba entradas para ir a todas partes, la guiaba en recorridos a pie por la ciudad, fue a sus primeras interpretaciones en el instituto, pero jamás se la presentó a sus amigos. Ella era demasiado joven —le dijo él— y le resultaría embarazoso (al fin y al cabo, sus amigos conocían a su exmujer), así que todo aquello fue tan confidencial, tan secreto, que su amor debería quedar tan sólo entre ellos dos —Natalia y Peter—, artistas a la carrera, saliendo por la ciudad.

Cuando iban a la ópera, la expresión del rostro de Natalia era tan abierta, emocionada, que él se imaginaba que era su hija, y deseaba abrazarla contra su pecho y acariciarle el pelo, y decirle que todo iba a salir bien, que a él le iba a ir bien, que conseguiría arreglarlo todo con la hipoteca, con su casa y con los problemas de dependencia, y que la planta tropical que él había comprado en Ikea (ella le había dicho que era un cocotero) sobreviviría por mucho que no tuviese luz directa del sol en el rincón de su dormitorio y que él jamás abriese las ventanas... Deseaba que ella lo amase en aquel instante, y él quería amarla, pero no de aquella manera tan fea y tan falsa. Esta vez no. No. Una mañana, sin embargo, ella se encontró un pendiente de perlas entre las sábanas. Se incorporó desnuda en la cama y se lo mostró:

—¿De quién es esto?

—De mi asistenta.

—Oh —dijo ella. Colocó el pendiente con delicadeza sobre la mesilla de noche, junto a su ejemplar de *Norte y Sur*, de Gaskell—. Será mejor que se lo devuelvas mañana.

Él se justificó en la mentira porque ella era nueva en la ciudad y tenía que aprender lo que suponía vivir en una jungla urbana. Tenía que aprender que no se podía confiar en nadie en Barcelona. Que era una ciudad construida sobre secretos. Algunos de esos secretos eran tan tétricos y tan desagradables que ni siquiera merecía la pena buscar respuestas, que ni siquiera merecía la pena querer saber la verdad. Así era su vida. Sus decisiones la estaban protegiendo. La estaban manteniendo en la inocencia

todo el tiempo posible, antes de que la oscuridad la devorase..., como lo había devorado a él, como Barcelona devoraba a todo el mundo. Como siempre había hecho Barcelona. Durante siglos.

Cuando suena el timbre de su apartamento a las 14.47 de la tarde de aquel lunes, Peter Warren no se espera verla a ella. Su rostro frente a él es lo más alejado de lo imaginable dentro del reino de lo posible. Habían pasado dos años de absoluto silencio entre los dos.

Setecientos treinta días de nula comunicación.

¿Y ahora?

—Hola, Peter.

Hola, Peter. Tan amable, tan recatada, tan confiada. Un *Hola, Peter* que a él lo deja avergonzado, inseguro, en un compromiso. Le tiemblan las manos. Un recuerdo le vuelve a la cabeza como en un fogonazo. Bombones en el *duty-free* del aeropuerto de Barcelona. El recorrido en taxi de regreso al poco acogedor hogar de estudiante donde vive ella. Te he traído esto, le dijo él con timidez tras pasar un fin de semana fuera. Le regaló unos bombones belgas, en la puerta de su casa. La había sorprendido. «No podía dejar de pensar en ti». El recuerdo ha interferido en su capacidad de habla. Lo ha sobrecogido. Lo ha absorbido. Hoy, ahora, en el portal de su apartamento, Natalia lo mira con curiosidad.

—Sé que vengo a una hora poco habitual.

—Sí.

Un silencio incómodo.

—No estaba segura de que siguieras viviendo en el mismo sitio —dice ella.

—¿Quieres subir? —pregunta él por cortesía.

—No, no, gracias.

—No te va nada mal ahora, ¿eh? Últimamente no me he podido librar de tu cara. Ella se ríe.

—Espero que eso no sea algo malo.

—No. Es bueno. Me gusta que me recuerden el enorme éxito que tienes.

Un cumplido de improviso. Una mueca.

—Ya sé que es algo raro, pero me gustaría que me guardaras esto.

Ella le entrega un paquete envuelto en un papel arrugado.

—¿Por qué?

—Se te da bien guardar secretos, al menos durante un rato.

Él acepta el paquete en sus manos.

—No se lo puedo dejar a nadie más —dice ella.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Sí. Mucho tiempo, sí. Cuántas cosas han cambiado.

Él asiente.

—¿Eres feliz?

—Sí... —Ella titubea—. Espero que podamos volver a vernos en el futuro.

—Sí —dice Peter Warren—. Eso estaría bien.

Al subir la escalera de regreso a su apartamento, Peter tiene la sensación de ser atropellado por un camión en una autovía. Se siente atacado físicamente. Asaltado. Enfermo. Podría sufrir arcadas o vomitar, y, cuando abre la puerta de su apartamento y entra dando tumbos, no es capaz siquiera de hacer acopio de las fuerzas suficientes para prepararse una taza de té. Cae agotado en el sofá de su salón y se queda mirando fijamente a la pantalla plana de su televisor. No lo enciende. Se sienta muy quieto y aguarda a que se pase la tormenta aferrado al bulto de papel marrón en sus manos. Sin embargo, los recuerdos no lo abandonan. Eso sí que no. Los recuerdos inundan a Peter Warren. Lo atacan. Lo dejan ahogado. Roto. El rostro de ella, su voz, el temblor en sus manos, la delgadez de su cintura, el minúsculo lunar a la izquierda de sus labios..., todo aquello lo destruye con un placer salvaje.

—Me gustaría invitarte a cenar —le había dicho él la última vez que se vieron. Aquel temido domingo de febrero—. Para disculparme por lo que ha pasado entre nosotros.

Con aquello se refería a sus infidelidades, a su falta de compromiso. Ella accedió como una cría en un sueño (sólo tenía dieciocho años para sus acusados treinta y seis, se recordó a sí mismo, y la chica no tenía ni idea de lo que estaba haciendo). Y él se sintió cómodo. Como si pudiera volver a tapanlo todo. Empezar de cero. No se podía creer lo afortunado que era cuando ella cerró la puerta del apartamento a su espalda y se marchó con él a cenar a un restaurante.

—Me gustaría que vinieras conmigo a Inglaterra —dijo él en un momento de la cena mientras balanceaba un tenedor con un trocito de chanquete.

Le temblaba la mano. Trataba de no perder el control del pescado, que no se le cayese, no perder la atención de la mirada de la chica..., mantener la calma. Repitió para sí la palabra «calma», pero entonces se acordó de la zorra de Fiona tirando de las sábanas y de cómo la muchacha desnuda que estaba junto a él se había cubierto el pecho con las manos. Pues claro que Natalia no sabía entonces que él se estaba viendo con Fiona. Hasta aquella terrible confrontación, su plan (o su ausencia de plan) había salido extraordinariamente bien. Natalia no se había dado cuenta de que el pendiente pertenecía a Fiona, de que esta otra amante existía siquiera (un logro del ingenio masculino en sí y de por sí), y mucho menos de que se trataba de una relación larga, alguien de quien él no se podía sacudir sin más. Una obsesión. Más tarde, cuando él se fumaba un cigarrillo con Fiona en el balcón junto a las plantas muertas, Natalia salió con toda la ropa puesta, los miró a los dos y dijo:

—Él no merece la pena. Te lo prometo.

Y se marchó. Había salido de la casa y lo había dejado allí, envuelto en una toalla

mientras Fiona le clavaba las uñas en la mano. Y él tuvo la sensación de que todo estaba totalmente fuera de control. Aquello, sin embargo, no le impidió invitar a cenar a Natalia aquel domingo de febrero —tres semanas después— y hacerle la pregunta. Mirándola en el restaurante, sintió que tenía muchas ganas de besarla.

En cambio, tartamudeó:

—Ven conmigo a Londres, por favor, empecemos de cero, ¿vale? Vayámonos..., soy un desastre, Natalia, soy un desastre sin ti.

Ella lo miró fijamente con la ensalada y la porcelana blanca de por medio. Pestañeó un par de veces. Él podía darse cuenta de que estaba pensando. Quería que pensara, pero no que racionalizara. Deseaba que se emocionase, que la racionalidad quedase a un lado, y que su corazón —aquello tan valioso y tan veleidoso— hablase con libertad.

Entonces, él todavía tenía esperanzas.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó ella—. Ya sabes la respuesta.

Natalia dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y se marchó.

Desde aquel momento no volvieron a verse.

Ningún *email*. Ningún mensaje de texto. Ninguna llamada.

Después de haberla visto cruzar la calle en el Raval y haberla llamado a voces. Ella no se dio la vuelta, así que él bajó y la siguió, corrió por la calle hasta que la detuvo al agarrarla por la manga del abrigo. Natalia se había dado la vuelta y lo había mirado con tal desdén, con tal cara de asco, que él no fue capaz de articular una palabra. Así que la dejó marchar. Se quedó jadeando en el bordillo del carrer de l’Hospital. La vio alejarse.

¿Por qué lo había escogido a él, entonces?, me pregunto mientras escucho la historia de Peter. Tal vez porque él fuese para ella su secreto. ¿Porque a nadie se le ocurriría buscarlo? ¿Porque él la adoraba? ¿Porque hacía todo lo que ella quería?

En su apartamento, Peter Warren desenvuelve lentamente el paquete de Natalia e inspecciona el contenido. Un libro pesado. Olor a viejo. Lomo agrietado. Le da la vuelta al tomo en sus manos. Tal vez ella lo haya comprado en una de las polvorientas tiendas de libros antiguos del Gòtic, ¿no? En uno de los callejones de detrás de la catedral. En la portadilla dice *Historia alquímica de las cosas*, impreso en Londres en 1855 y completado con ilustraciones grabadas y un prólogo de un tal Llewellyn Sitwell. Ella misma ha reencuadernado el libro, un ejemplar pequeño, lo ha protegido en cuero de becerro, pliego liso cortado a medida, encuadernado en vitela antigua sobre tablillas, con filetes y títulos dorados. El cuero viene rematado con etiquetas rojas y negras de tafilete, filigrana en pan de oro, hilo escarlata por el lomo. Páginas ribeteadas en rojo. Guardas originales con un vibrante marmolado. Peter Warren se atraganta. Siente unas náuseas cada vez más intensas.

Entonces recuerda que ella está representando una obra nueva en el Nuevo Teatro de las Artes Escénicas. Algo con un eslogan que dice: «Una original versión del pecado», de aquel director mayor, Villafranca. Los carteles de la obra están por todas partes. Pero, aun así. Inquietud. Sí. Siente inquietud en el estómago. Si la Natalia de veintidós años se parecía en algo a la de dieciocho, cada gesto, cada frase estaba cargada de sentido. En cuanto levanta el libro de la mesa, un sobre cae al suelo. Peter Warren se inclina para cogerlo y, cuando lo tiene en la mano, le da la vuelta. Rasga la carta con el pulgar para abrirla. Dos entradas para el estreno de su obra y una nota que dice:

*Cuando llegue el momento,
sabrás qué hacer.*

Peter Warren está desconcertado. ¿Lo ha perdonado, tal vez? ¿Esa nueva seguridad en sí misma significa quizá que se ve capaz de confiar en él? ¿Que quiere que vuelva con ella? ¿Que si él la había seguido queriendo siempre? Se pregunta cuánta gente más se siente de esa manera. ¿Cuántas víctimas se enamoraban de ella sobre el escenario todas y cada una de las noches? Ejerce sobre la gente un poder sobrenatural —se dice a sí mismo—, una belleza hipnótica, corrosiva. Peligrosa. Es condenadamente peligrosa, eso es lo que es. Peter Warren sostiene la carta y el libro en las manos y siente una extraña humedad que le inunda las comisuras de los párpados. Y, entonces, sin previo aviso, se echa a llorar.

Me detengo debajo de un roble, me siento en la tierra. *Sostén el libro en tus manos.* Ahí está ese diagrama tan familiar de la máquina de la verdad de Rex Illuminatus, líneas gruesas impresas con una cómoda precisión. El libro está dividido en secciones, la primera formada por un papel amarillo con motas marrones de moho. La recopilación de escritos de Rex Illuminatus. Natalia lo ha descosido y ha encuadernado sus propias hojas en el centro de la edición de 1855 de la *Historia alquímica de las cosas*.

Su plumín era metálico, partido en la esquina, para que raspase ligeramente la superficie. Alrededor de una serie de diagramas circulares repetidos con el alfabeto de nueve letras, Natalia ha dibujado unos marcos historiados de filigranas de hojas, hiedra y rosas entrelazadas en tinta azul, palabras atrapadas en la espiral de la piel de una serpiente alada, que ahora se enrosca alrededor del borde exterior de la página para después acabar y empezar consumiendo su cola. Hay muchos dibujos que, estoy segura, tienen un significado, pero no le dedico tiempo a analizarlos ya que Fabregat me está esperando en el coche, y mi momento de intimidad debe ser dolorosamente breve. A pesar de la intensidad de sus ilustraciones, las líneas de los dibujos no son meticulosamente pausadas, sino ligeras, veloces sobre el papel, golpes de pluma realizados con una diestra velocidad que me atrapa en una oleada de adrenalina.

Por primera vez te veo con claridad.

Natalia Hernández.

Exquisita como la mejor obra del más grande de los maestros. Sus críticos la han comparado con una belleza renacentista, y sus colegas la han ensalzado como una obra de arte viviente. Sus labios son carnosos y rojos, y se separan levemente por el centro. Se le ladea la boca en exceso cuando sonrío, una asimetría que rompe la proporción áurea pero la envuelve en un indudable encanto. Un vacío en sus ojos. Su piel más fría que Perséfone. En ocasiones, resulta difícil mirarla, quien la contempla se embriaga con las marcas de su cuerpo, sus pecas y lunares forman una constelación de interés y conducen la mirada en un descenso por el pómulo hasta el cuello, hasta el pecho. Unos pechos que no están rellenos, sino que son redondos y pequeños. Huesos apretados contra la piel que le dan una apariencia de fragilidad. En reposo, puede parecer que no hay en Natalia músculo suficiente para que se pueda mover. Pero no es así. Cuando trabaja, se peina el pelo antes de recogerlo en un

nudo tenso en la nuca. Adora el olor de las tormentas de verano, la cálida humedad del aire. Un cielo eléctrico y poderoso. Por un instante se me olvida la ansiedad.

Al trabajo, al trabajo.

La veo inclinarse sobre la mesa de dibujo. Su escritorio lleno de tarros con pigmentos. Sulfuro mercúrico rojo para el bermellón, cinabrio y azafrán el amarillo, un compuesto oxidado de cobre para el verde, lapislázuli, tinta de nuez de agallas para el marrón. Oro batido en una lámina. *Primero fue la roca, y luego la cuchilla, y después vino todo lo demás*, se dice para sus adentros, como en una ensoñación. Cada herramienta posee una dualidad, cada elemento un veneno: las toxinas de su estudio, los emulsionantes y los aglutinantes. *Hasta la trementina puede matar a un hombre.* Dios no lo quiera. *Aquí, incontables peregrinajes.* Ya sea en la tardía oscuridad de la noche o en la madrugada. Goma arábica en un plato de alabastro. Gouache y finos pinceles de marta. El acero al carbono de su cuchilla de dorador reposa en terciopelo azul. *Ataca el pan de oro con el dedo.* Le da unos suaves toques, más fuerte después —como le enseñó su madre—, para obligar al oro a desmenuzarse contra sus dedos. La lámina se hace añicos. Machaca el oro y lo convierte en polvo con cuidado de no frotar las partículas, añadiendo mientras tanto goma arábica. Sus manos trabajan veloces. *No se debe permitir que se seque la mezcla.*

Cuando la primera lámina ha perdido su brillo, añade otra y la palpa igual que hizo antes. A continuación, una gota de agua. Prosigue durante cerca de una hora, absorta con el oro que se deshace en copos, hasta que la cobertura batida adquiere un lustre perlado. Lo siguiente: agua destilada. Observa cómo se disuelve la goma arábica, y el polvo de oro se arremolina hacia la superficie del plato. Así se quedará durante la noche, evaporado el líquido, y se convertirá en una base. Horas más tarde, prepara el pergamino. Sale el sol. Selecciona un suave pigmento de cinabrio, rebajado, y roza la página con levedad para crear una rápida imprimación que servirá de guía para el yeso y, más tarde, para la cobertura de oro. Una vez aplicada, la cobertura no se puede retirar, de lo contrario quedaría corrida. Recuerda las firmes indicaciones de su madre. *Debes administrarte el espacio. Establece los términos de tu diseño antes de aplicar el oro. La iluminación consiste en el resultado. El proceso es tan efímero como un movimiento por el escenario. La forma, una vez forjada, no se puede volver a capturar. Se ha perdido. No puedes parar y empezar de nuevo. No...*, sus líneas se alargan como peines de luz... *La belleza es precisión. La belleza es perfección como en la danza. En la perfección no hay lugar para el error...*, la herramienta que ha seleccionado es suave. Aplica el oro con la punta, delgada, y evita golpes más gruesos que lo agrietarían. Un cuchillo en su mano izquierda, una pluma en la derecha. Más tarde lo bruñirá con una piedra. Ágata lisa combada en forma de colmillo canino.

No queda mucho tiempo más, piensa ella y reza. No mucho tiempo hasta que finalice lo que ella ha iniciado y sea entregado al mundo para que éste lo juzgue. Es su regalo duradero. El más delicado. Continúa trabajando su pincel, y, conforme

coloca las primeras líneas de oro, se ensimisma en la tarea. En la página exterior dibuja una sierpe, seguida de una figura fusionada, mitad hombre, mitad monstruo, al estilo del dios romano de las dos caras, Jano, o de una deidad azteca. Un perfil humano de rostro angelical, vestido con una larga levita, que sostiene un rollo de pergamino dorado y enroscado como la concha de un caracol. Tiene la frente despejada, una perilla elegante en el mentón, un bigote fino encima del labio, una expresión sombría y melancólica en el ceño, y la boca torcida. Pero esto no es más que la mitad de su expresión, porque por la nuca y la espalda se funde con un monstruo, una vastedad en cota de malla plisada, un toro con cuernos y cubierto de pelo de hombros para arriba, pecho humano desnudo y recargado de tatuajes, la cabeza de un buey a modo de blasón en la pechera, y una estrella en plena frente. Su mano se extiende frente a él y sostiene una masa sangrienta de carne que hace de contrapeso del rollo de pergamino, y debajo de esto la palabra Aureus pintada en finas letras rojas y un poema:

*Guárdate, Matalenguas Nacido de la Carne,
Ebrio en el Lagar de Dios.
Falso Vigía ante la Puerta.
Con ésta su verdadera apariencia identifico el asesinato:
presagia la sangre su caída como una Luz de los Cielos.
Es el toro dragón.
Belleza vestida de carnero.*

Aureus. Observo el nombre sorprendida. *El de oro*. Un detalle valioso para el inspector, pero no para mí..., ni siquiera ahora tengo la certeza, incluso ahora me podría estar equivocando.

La obra de Natalia es el prelude de un secreto. Echa la cabeza hacia atrás y escucha. ¡Coloridos fuegos de artificio! Incienso recargado y fuegos virulentos, relieves en piedra y el rumor de un manantial subterráneo. ¡Una extraordinaria cacofonía de sonidos! Musgo plateado y húmedo como el bigote de un anciano.

Las ilustraciones de Natalia se interrumpen de forma abrupta. Hay un cambio que ya me esperaba —una alucinación—, y en un breve segundo trasciendo los límites de lo real. Todo cuanto he estado buscando viene raudo hacia mí. En el bosque, bajo el roble, soy como el filósofo al que le regalan un ancestral modelo de esferas del sistema solar, como el cartógrafo que estudia el mapa mecánico de una galaxia distante, pues allí encuadernado en el ejemplar de Natalia de la *Historia alquímica de las cosas* descansa un conjunto de páginas hechas de membrana. Dentro de este libro, ella ha insertado una única mano de pergamino moteado con una textura similar a la de las hojas cosidas de un árbol, en las cuales las venas de un animal muerto forman un estampado que recuerda a la corteza del tronco. Me quedo sin respiración. Siento llegar los temblores, las sacudidas. En el interior de los pliegues del libro de Natalia,

entre las ilustraciones, los pensamientos y los diagramas impresos, las páginas desaparecidas del palimpsesto *Illuminatus* descansan como la tumba de un rey de la Antigüedad, selladas en una urna fúnebre hacia el final del volumen, apartadas de la vista, quitadas de en medio, páginas que se repliegan sobre sí mismas como una ensoñación. Los Escritos de la Sierpe. Me tiemblan las manos al pasar las hojas y levantar el pergamino como si fueran las alas de un ave. Si bien era antes monástica y ascética la caligrafía, es oro lo que hay en esta delgada mano de pergamino. Oro en cantidades ingentes. Oro bruñido, deslumbrante y evocador. Al contrario que en la ordenada colección, las líneas pautadas y las figuras de un manuscrito litúrgico con iluminaciones, aquí los chorros de oro descienden y giran para convertir el palimpsesto en una jungla.

La caligrafía de *Illuminatus* resulta desconcertante y produce desasosiego. *Aproximo más la nariz. ¿Qué están escondiendo las letras de oro?* Me da un vuelco el corazón al ver unas impresiones de un rojo lechoso, marcas de una caligrafía más antigua, las líneas continuas de un poema. Mucho más bellas de lo que me podría imaginar. De repente, estoy aterrorizada. Me da miedo tocarlas. Llevar los dedos a la superficie de piel, pasar las páginas. *¿Me quemaré? ¿Se destruirá mi cuerpo? ¿Resonarán las voces a través de mí?* No. Soy mi yo racional e intelectual. Moderno. Sin ataduras. *Pasa las páginas, me ordeno. Páginas disparejas. Una mano de pergamino, pliego completo...* Muy delgadas, hojas como el papel de calco, a través de las cuales he descosido el encuadernado; un hilo suelto, el más fino trenzado, que se entreteje por las hojas..., y el indicio más tenue, la escritura inferior casi desaparecida..., estrofas de un poema, la leve mancha del griego. Deliciosamente incognoscible. Encima de esto, el alquimista ha escrito en oro:

Por Amat, o como es conocido Ramon Llull, Raimundus Lulius, Raimundo Lulio en los libros de antiguo, he de hablar aquí como sigue: que es mi sola culpa que privado se viere él de la santidad. Cuanto obrare yo, dicen que lo ha obrado él. Mi química, mi magia, mi filosofía, a él le fueron otorgadas, mas en secreto me buscan a mí y me despojan de los derechos de mis artes. Al mundo de Llull no pertenezco, apenas soy su mera sombra. Nada me ata con la religión que él profesa, y por aquesto he sufrido cruel persecución. Antaño trabamos amistad; perseguíamos las mismas respuestas. Bruñimos los mismos espejos en busca de los mismos símbolos en el fuego y el aire, en el óleo y la sangre. Elaboramos vías para entender el cosmos que nos abarca, una lengua para el ser creada. Fue la suya una escalera al cielo, que a lo divino apuntaba; la mía, en el corazón se anclaba y buscaba la divina yesca del hombre. Las mismas artes practicamos, las mismas letras forjamos, hablamos la misma lengua, mas fue diferente el propósito que nos guió a escribir nuestro pensar. Y nos confunden a ambos quienes a mi caza van, toman mi obra por suya, y por mía toman la de él, y nos dan el mismo

nombre. Illuminatus. Mas no nacimos uno, y uno tampoco morimos. Buscaba su obra la conversión de las otras naciones, y así murió él bajo las piedras de sus enemigos. Practico yo mis artes para la liberación del alma. Para conocer la esencial materia de mi ser y después conocer otras. Elegí yo la crisopeya, la amalgama, y así fue que yo, Rex Illuminatus, quien dueño ninguno tuviere, nacido pobre y huérfano en las ruinas de una isla conquistada... Yo fui quien inmortal se hiciera.

La capa principal del palimpsesto consiste en dibujos de alquimia. Golpeados con una piedra y sellados con un barniz oleaginoso. En la primera hoja, grabada con punta de acero y coloreada sobre la vitela, hay una ilustración de una serpiente alada y vestida con todo lujo de detalles, que rodea una media luna boca arriba sobre un escudo rojo. En la segunda hoja vuelve la serpiente, y esta vez aparece crucificada, la cabeza empalada con un clavo; en la tercera, una serie de montañas nevadas conducen a una jungla y después a un desierto amarillo formado por una ingente cantidad de cuerpos de serpientes. A continuación, la representación de un dios pagano, un hombre que blande un cayado en el cual se enrosca una serpiente de bronce. El dios azota las nubes sobre su cabeza, pero lo persigue un espectro, el mortal fantasma de un esqueleto que empuña una guadaña con los brazos en alto. La Muerte le da un tajo al dios en las rodillas. En la siguiente hoja, un segundo hombre, con vestimentas y gorguera propias de un rey, observa un sendero de oro que conduce a un templo palaciego devorado por el fuego; en el centro, entre las llamas, el alquimista ha dibujado un pájaro solitario, un pequeño ruiseñor posado en un rosal. Detrás, las bestias merodean por bosques oscuros. Grifos y dragones pueblan la tierra. Un cuchillo pende suspendido de las nubes. Sobre esto, una serpiente alada vuela por el cielo. El dibujo final muestra una mujer que sostiene un libro. Debajo, el alquimista ha escrito en un claro e impecable latín:

Es veraz sin falsedad, cierto y más veraz, que he bañado en oro los escritos de la Sibila y los he ocultado de sus enemigos, para que éstos busquen mas no encuentren, y, aunque la circunstancia me ha obligado y he lavado las palabras de su hacedora, aquí permanece la semilla, su fuerza se eleva sobre toda fuerza, pues como es abajo es arriba, y como es arriba es abajo, y vos, que habréis de llevar estas palabras en vuestro corazón, de un objeto obraréis milagros.

Saco de la cartera unas tijeras pequeñas y una cuchilla para cortar papel. Hay una forma de coser las páginas de un libro de manera que se puedan retirar fácilmente, cuando la información se ha de recopilar y reubicar. Pasar de mano en mano. Hago una incisión precisa en el cosido. *Hazlo con delicadeza. No dejes marcas, saca el hilo que lo une... Eso es, ya está, ahora con suavidad.* Está hecho con este propósito: ser rescatado, ¡extraído! Las páginas salen como la seda. Cojo un contenedor específico para el transporte de documentos y deslizo las páginas sueltas en el compartimento interior de mi bolsa. No le voy a dar el palimpsesto a Fabregat, ni tampoco se lo voy a enseñar. No quiero que sepa que existe.

Comprueba que no hay marcas en el libro.

Sobre mí, por el roble huele a hornos y a salvia. La pizarra me araña las piernas, me pincho la mano con un espino y me chupo la sangre del dedo, una gota minúscula, sin apenas sabor. *Se van a poner las botas con esto,* pienso y lo cierro de golpe. *Conserva la cordura; no es asunto tuyo. Sal de aquí de una pieza, y sal rápido.* A lo largo de la junta del encarte..., ¿alguna señal inculpativa de haberlo toqueteado? *Ni siquiera sabrán que han de buscarla. Tómate tu tiempo. Tírate el farol.* Sostengo el libro contra mi pecho. Me quito el polvo de las rodillas. Continúo caminando sendero abajo. Veo el coche en un recodo del camino antes de que la senda de tierra llegue al pueblo. Aparcado en la cuneta, a la espera. Fabregat habla por el móvil. Su chófer se come una manzana mientras lee el periódico. Ambos hombres levantan la vista cuando me acerco. Fabregat cuelga el teléfono.

—¿Puedo verlo?

Le entrego el libro, liberado de su secreta carga. *Historia alquímica de las cosas.* Suelta un bufido. No le impresiona, deja caer su peso en el capó del coche.

—¿Nada fuera de lo normal? ¿Nada impropio? —me pregunta sobre Peter.

No. Es un buen hombre.

Fabregat abre el libro, lo hojea. Se detiene en el poema bajo el dibujo de Aureus y frunce el ceño. Busca indicios. Tampoco es que los vaya a entender. *Forma parte del juego,* quiero decirle. *Del juego al que ella ha estado jugando contigo.* Fabregat suelta un silbido largo y grave para el cuello de su camisa. *Contrariado.*

—Un cigarrillo —ordena en catalán al policía que está de pie a su espalda. Le ofrece uno. Un delgado rastro de humo asciende de la ceniza incandescente entre sus

dedos. Fresco y limpio el aire de la montaña. El chófer me hace un gesto.

—¿Quiere uno? —Inglés chapurreado. Le digo que no con la cabeza.

—Y esta chica ¿por qué no escribe su nombre? ¿Por qué tiene que ser tan enrevesada, joder? —juramenta Fabregat en voz baja mientras pasa las páginas.

Porque no quería que tú resolvieras un asesinato. Lo que ella quería era proteger un poema de dos mil años de antigüedad. Una decisión que no nos deja margen de maniobra.

El policía observa a una cabra que pasta en un campo cercano.

—Deberías ponerte guantes para tocar el libro —le comento a Fabregat en reprimenda por sus dedazos—. Vas a dañar el original.

Fabregat no despega la nariz del tomo durante un buen rato. Con la mano, me doy sombra sobre los ojos. Fabregat levanta la mirada hacia mí. Satisfecho. *Vámonos.*

—¿Cómo de cerca crees que estás? —le pregunto cuando nos encontramos dentro del coche.

El inspector guarda un inusual silencio. Saca la cabeza por la ventanilla trasera mientras nos dirigimos a Granada. Pensativo. A la espera de algo. La BlackBerry vibra en su bolsillo. *Un email.* Saca el móvil y lee el mensaje, y trata de evitar que se le forme una sonrisa en las arrugas que le rodean los ojos. Es una genuina sonrisa infantil, efervescente. Asoman sus colmillos. Se le estira la boca de oreja a oreja. Le pregunto qué ha pasado.

—El informe del perfil de las pruebas de ADN llega esta tarde. Ya coinciden tres de ellas, tenemos la sangre de cada una de las Rosas, y las muestras todavía nos tienen que decir más. Esta tarde me voy a pasar por el Departamento de Criminalística, a ver a los chicos. A poner las cosas en orden. Añadir esto —da un toque sobre el libro, ahora bien protegido— a la colección.

Hace una pausa, torpe, a punto de decir algo más. Un pensamiento se retrae.

Lo miro con expresión burlesca.

—Deberías volverte ya a casa —dice en un tono amable—. Creo que sería bueno para ti.

¿Eso es todo? ¿Una simple autorización para retirarme?

Frunzo el ceño. Incapaz de controlarme.

—Deberías cuidarte, nena. Coge un vuelo esta noche. Dale una sorpresa a ese novio tuyo.

Veo una puerta cerrarse. Oigo la rotundidad del tono de su voz. Le aguardan cosas en las que no quiere que yo tenga nada que ver. Una nueva fase en la que no hay espacio ni tiempo para ratones de biblioteca con desvaríos. Tiene sentido, por supuesto. Mi prueba levantaría controversia. Ni siquiera se utilizaría de forma pública. Sobrescrita. Incorporada a un todo racional sin lugar para mí. *Ése nunca dejó de ser el plan.*

Perfecto. Aprieto los dientes con determinación.

—*Senyoreta* Tormenta. Tienes pinta de haberte tragado un limón. No te preocupes

tanto, que te saldrán arrugas antes de tiempo. Mira..., ya veo que te está saliendo una. Si no tienes cuidado, acabarás como yo.

Mi mal gesto se acentúa.

—Por supuesto que te contaré lo que suceda. Tal vez pasen unas semanas hasta que haya algo de lo que informar. Voy a trincar a ese cabrón como Dios manda. Me voy a tomar mi tiempo para hacerlo. Pero, en cuanto tengamos una coincidencia —silba entre los dientes—, jamás habrás visto algo tan rápido. Si tengo que hacerlo, haré pasar por comisaría a todos esos mierdas. Le pasaré el algodón por la boca a todo el lote. Los engancharé por las orejas.

Extiende una mano paternal. Me aparto enfadada. *No me toques.*

—Pero, por ahora... Creo que será mejor que nos separemos, Anna. Que no lo estropeemos. No querría verte implicada de más.

Intenta suavizar el golpe con preguntas sobre mi trabajo, hacia dónde voy ahora... ¿Querría, tal vez, que me llevase al aeropuerto? Me puede meter en un vuelo esta noche, el último es a las 21.55, pero tienen otras opciones antes... Estoy enfadada conmigo porque me importe. Sorprendida con mi propia vinculación. Se suponía que me iría, que estaría bajo control, que guardaría las distancias. *Eres una idiota por pensar que importaba.*

—Mira, en esto no quiero andarme con rodeos. Estoy agradecido —dice Fabregat en voz baja—. Estamos más cerca de lo que nunca hemos estado, pero, *imagina't*. No puedo permitir que la defensa sepa que tú has tomado parte en esto... Pondría en entredicho toda la investigación cuando estamos a unos milímetros, literalmente, a unos milímetros.

Aunque le presione, Fabregat no me dirá más que eso. Satisfecho, tararea feliz mientras dejamos atrás la sierra y nos dirigimos a la autopista hacia el norte, al aeropuerto de Granada. Se deja caer hacia atrás, sobre el reposacabezas del asiento y cierra los ojos. *El pensamiento en otro sitio.* En un instante, quedo relegada a las bibliotecas y los archivos, una anotación al pie de un manuscrito olvidado. Seré una historia divertida en el bar. Una rareza de la que hablar ante un *pa amb tomàquet* y una caña. *El número de circo de la nena. El ratón de biblioteca que sangra por la nariz y tiene alucinaciones.*

Hago descender mi energía hasta el regazo. Tal vez lo habría compartido con Fabregat, de haber sentido él curiosidad; sin embargo, ahora resulta dolorosamente obvio que vivimos en universos independientes. Yo no formaré parte de esta fase de la investigación, que será cosa de los serólogos y del Departamento de Biología Forense, de los expertos en hemoglobina y en perfiles de ADN. Será cosa de la policía y de los tribunales de justicia, de fiscales y jurados.

Aun así.

Miro a Fabregat. Decepcionada.

Sólo eran negocios. Siempre negocios.

Así que guarda silencio, me digo a mí misma. Márchate. Desaparece. Así, por las

buenas. Esta noche. ¿Por qué coño no iba a hacerlo? Ya tienes hecho el equipaje. Él te acaba de dar puerta. Desaparece tal y como siempre has querido.

Pido un vuelo para las siete en punto. Un coche que venga a recogerme. Fabregat acepta. Todos los gastos pagados. Estoy legalmente obligada a la confidencialidad. No hablaré con la prensa. Negaré toda relación con el caso. Acepto el papel de un informador anónimo. Me comporto con formalidad. Contenida. Mientras escucho me imagino una caja, tal y como me han dicho los médicos, alrededor de mi cuerpo, en la que me siento con las piernas cruzadas. He de concentrarme en mi respiración, en el silencio, protegida por la caja para que las voces no vengan demasiado rápido, pero lo único que soy capaz de pensar en mi compartimento imaginario es que ellas están allí conmigo y que no se lo voy a contar a él. En las profundidades de mi bolsa, las letras serpentinas se levantarán y saldrán de su pergamino para enredarse entre mis piernas y treparán más y más arriba hasta mi garganta, que grita: ¡Un hallazgo! ¡Fabregat! ¡Oro!

Sí. Me cosquillea la lengua. Podrías volverte hacia él y decir:

Tú, yo y Natalia Hernández. Su secreto. Nuestro y de nadie más.

Podrías contarle lo que sientes. Lo que lees.

Pero no lo harás.

A mi llave le cuesta girar en la cerradura del apartamento en el passeig del Born. Entro en el pasillo. El simple diseño del corredor apela a mi sentido de la comodidad. Una obsesión con las líneas elegantes. Al fin y al cabo, estabilidad en la vida privada; orden sistemático; estas cosas hacen posible que florezca mi trabajo. Del orden al desorden, y vuelta a empezar. Dejo las llaves en el cuenco. Por un breve instante, decido no pensar en nada. Sentarme en el vacío del alma libre de cargas. Quitarme los zapatos en la entrada, después los calcetines. Dejar que mis pies sientan el frío suelo de madera. Hay tiempo para una taza de té y un cigarrillo. El coche no tardará en llegar y me sacará de aquí a toda prisa. Volveré sola a casa. En silencio y pasando desapercibida, me adentraré en las montañas y me evaporaré en mis estudios. La chica desconocida al final del camino de tierra. Mi maleta alargada de tejido grueso de lana y dos bolsas negras forman en el pasillo, en posición de firmes como unos soldados de uniforme. *Pronto estaremos listos*. Escucho el silencio y suspiro profundamente. ¿Merecerá la pena? Me interrumpe el teléfono, ruidoso en mi bolsillo.

—¿Dígame?

Es Francesc.

—He tenido un accidente —dice sin más—. Iba conduciendo tu coche y no sé qué es lo que ha pasado exactamente..., alguien ha llegado por detrás..., iban tan rápido, Anna, que en realidad no me acuerdo. Se han puesto a adelantarme..., lo siguiente que he visto es que me han dado un golpe muy fuerte y me han sacado de la carretera. No he podido ver al conductor, ¡ha sido todo tan rápido! —Se detiene. Jadeando—. Pero estoy bien..., Anna, quería que supieses que estoy bien.

Me desplomo. Incapaz de procesar la información. Me siento mareada. Aturdida.

—Se han dado a la fuga. No han parado, Anna. —Se le quiebra la voz.

De pie, en el pasillo, siento que me desintegro. El resplandor de las farolas inunda mis contraventanas cerradas.

Pronto estaré contigo, le cuento. Se me traba la lengua. *Vuelvo a casa. Dentro de unas pocas horas, —eso tardaré— estaré allí*, y lo que quiero decir me lo guardo para después. Sirenas a continuación. La voz de una mujer; la llamada se corta. Miro fijamente al teléfono, apagado, en mi mano. *Iba dirigido a ti*. Una terrible certeza. Señales que he pasado por alto se convierten de pronto en acciones. Me quedo

paralizada. Incapaz de responder.

Y entonces la oigo. Una presencia en el apartamento como una espera. No había reparado antes en ello. Se me eriza el vello en la nuca.

—¿Hola? —digo a voces.

Pienso que quizá sea el casero. *Ha dejado flores, al fin y al cabo... ¿O es tal vez su asistenta?* Avanzo y dejo el teléfono en el pasillo junto a las llaves. No hay respuesta. Silencio. Espero un minuto y escucho. Respiro con mayor facilidad. *No era nada... sólo tu imaginación. Deberías salir, marcharte a dar un paseo. Vas cargada de adrenalina.* Silencio de nuevo. Y entonces localizo mi incomodidad; una sensación de limpieza en la habitación. Alguien se ha lavado las manos. Me sitúo frente al lavabo. Estudio las burbujas en el jabón.

Es reciente.

Saco de mi bolsa los arrugados Escritos de la Sierpe, abro el segundo cajón de la isla de la cocina y los meto debajo de un juego de servilletas. Cierro el cajón rápidamente. *Esto no me lo quita nadie.* Me dirijo hacia el dormitorio y sigo diciendo en voz alta: *¿Hola?*, decidida a desterrar mi fantasma.

Me paro en seco.

Bajo la mirada a mis pies. En el centro del suelo del salón, oscurecido en un principio por la isla de la cocina y la mesita auxiliar baja de Ikea, hay tirado un pájaro voluminoso, muerto. Una paloma callejera de buche grande, de color gris y violáceo, la cabeza retorcida, las plumas erizadas, unos ojos de ave que me lanzan una mirada vacía. Costillas abiertas por una hoja bien afilada, las entrañas dispuestas con pulcritud en la forma de una estrella en el suelo de parquet. Me recuerda a algo que he visto traer a un gato. Una criatura con la que alguien ha estado jugando. La ha descuartizado. Órganos de un rojo azulado y oscuro. Allí, para los seres amados.

En retrospectiva, oigo —tal vez sólo en mis recuerdos— un aliento breve y nítido. Pero sobre todo recuerdo el dolor. El llanto de un crujido en un lado de la cabeza, manos que me rodean la garganta. Y de mi cordura, ¿qué? Un rugido como la ira de un toro entre mis oídos: mi propio chillido silenciado que late contra mi rostro. La sacudida de un jadeo en busca de aire.

Fluidos humanos, una arruga en las sábanas allá donde un cuerpo se ha apretado contra mí. Hormigas que se deslizan por mis pechos. *Quieren devorarme los pulmones.* Trato de respirar con todas mis fuerzas; se me rompe el pecho; y, por mucho que sienta, no puedo abrir los ojos; *¡por favor! ¡Déjame despertar!* Sin embargo, ni un sonido; ni un solo sonido surge. Vacía como una semilla hueca. Me llevo la mano a la boca, pero allá donde antes estaban los labios ahora tengo unas costras negras, montañas de pus que parten de la nariz sobre forúnculos de piel rota. No hay labios donde labios había. *¡No hay lengua que chasquear ni besar!* Un diente baila en mi mano, y miro fijamente la forma del colmillo, mío, su rabillo duro y protuberante; me atraganto, lloro; *déjame despertar.* Como el trueno, me vuelvo hacia la almohada.

Lo huelo, a él. Colonia, clara y vibrante. Jabón de rosas. *¡Mi lengua! ¡Mi lengua! ¡Intacta!* Ríos ardientes me ruedan por las mejillas. Me ahogo; y oigo cómo me atraganto más y con más fuerza; muevo los pies a ver si producen algún sonido; y bien que se frotan contra las sábanas. *Un sueño.* Mis piernas desnudas, velas de cera blanca; y después, la desnudez. Desnudez que consume mi entrepierna; la integridad más básica de mi silueta; la vulnerable humedad entre las piernas; el corazón me late con más fuerza; *¡despierta! ¡Despierta!* Un latigazo me recorre la frente de lado a lado, un dolor en la pelvis; la cabeza abotargada, confusa; *¡pero, ay!* Con certeza llega el dolor. *Esto no es un sueño.* Tiemblo. Crece el pánico. Alguien ha dejado una bata a mi lado en la cama. Pez que nada contra la oscuridad, la tela se aferra a la sequedad de la piel de gallina erizada. *¿Dónde estoy?* Me incorporo; rodillas al pecho, temblando; *¡no tienes nada!* Me ahogo; *no recuerdas nada. Recobra la compostura.* Escruto las sombras, en busca de una silueta, y después, lenta y pesada, la vista nublada por el temor, el pararrayos del dolor; vago hacia la ventana frente a la cama; *¿eres capaz de bajar por ahí afuera?* Mis manos dejan cálidas impresiones sobre el cristal ahumado; *no. Demasiado alto; te romperías las piernas; te caerías. ¡Vas descalza!* *¿Y la ciudad?* Arrancada en la distancia; una espesa neblina de color añil; unos bosques más allá del camino de entrada recorrido por líneas de faroles de hierro forjado recubiertos de vidrio verdoso, suspendidos contra las siluetas de árboles desnudos. Luces de colores tejidas de rama en rama, conectando metalistería marroquí. Puedo ver el lado opuesto de la casa, que se cierra en torno a una plaza en

el centro; construida en piedra, al tradicional estilo catalán, una vieja casa solariega, hileras de urnas azules en la escalera, vidriadas en un vivo aguamarina y plantadas con limoneros en miniatura. Cargados de espinas y frutos que aún no están maduros. Una sola lámpara cuelga de un elemento construido bajo el árbol del centro de la entrada; veo la silueta de un banco, los faroles proyectan formas de luz sobre la gravilla. Tengo una visión neblinosa, el oído amortiguado; *¿es un quejido eso que oigo? Como si alguien le aullara a la luna; ¿una voz masculina, grave y rotunda?*

Estoy sola.

Cruje el gozne a mi espalda, una corriente de aire barre mi desnudez procedente de alguna ventana abierta en las profundidades del interior de la casa. Me vuelvo y veo la puerta balancearse, hacia adelante y hacia atrás, como si la habitación estuviera respirando. Una somnolienta tranquilidad se apodera de mí, una falsa calma, un embotamiento entre las orejas; y, en lugar de moverme, escucho. *¿Es música eso? ¿Música en el piso de abajo?* Las grandilocuentes notas de un tocadiscos y la voz de un hombre en la radio; en español y con fondo musical.

Me voy acercando a la música, y cada paso es un memorable esfuerzo, mis pies andan descalzos sobre las frías baldosas, el suelo de lujosas alfombras, siguiendo el pasillo negro hasta el resplandor naranja eléctrico que emana de la escalera que desciende en un remolino que baja, y baja y baja.

Lo veo antes de llegar a la puerta.

Una figura a grandes zancadas, animal y atractiva, camisa blanca y pantalones de chándal, las manos revuelven el pelo con una toalla. *Ha estado haciendo ejercicio.* Me impide el paso con un brazo cruzado al fondo de la escalera. Me mira de arriba abajo y sonrío.

—¿Puedo ofrecerte una copa de vino? —pregunta.

La vista me da vueltas; *reconoces esa voz.* Música procedente de algún origen etéreo... Miles Davis recorre la casa como una ventolera. En la entrada, una reproducción exquisita de la virgen negra de Montserrat, con un bebé regordete en el costado, un orbe de oro sujeto en la mano derecha. Un florero con rosas frescas de color rojo y rosado sobre una mesa victoriana con incrustaciones de marfil y cristales verdes. Hay un hueco recortado en la madera a cada pocos metros por el oscuro pasillo panelado que conduce a la cocina, expositores para una creciente colección de arte. Una lámina chapada en plata de la época de los conquistadores españoles montada en vertical sobre la pared, un etrusco con las vestiduras al viento, un busto de Shakespeare. Él va delante, a paso ligero.

—Mi última adquisición —dice volviendo la cabeza sobre el hombro— es un boceto de Picasso de tamaño reducido..., lo hizo cuando estuvo en París, la primera vez, por supuesto. No le he encontrado aún el sitio perfecto, pero, en cuanto lo tenga colgado en la pared..., tienes que volver para que te lo enseñe. Hacer un recorrido en condiciones por la casa.

Mantengo la mirada al frente. La cocina brilla como un fuego al fondo del largo

pasillo, puertas que dan a habitaciones desconocidas que permanecen firmemente cerradas, mientras este hombre camina con paso ligeramente saltarín.

Se pone mi mente en marcha: provenzal antiguo, *Auriol*; latín medieval, *Oryolus*; *del dorado*; *Aureus*. *Dolorosamente obvio*.

—Estoy preparando un estofado. Cordero de la granja de los vecinos.

Se me inflaman los orificios nasales con el olor del vino tinto, romero, pimienta.

—Es un proceso muy lento. Tienes que esperar a que la carne se separe del hueso, pero después valdrá la pena, se te deshará en la boca.

Levanta la tapa de la cacerola y remueve lentamente el contenido.

—Cocinar me resulta muy tranquilizador..., en especial después de lo que ha pasado. Ayuda tener una distracción..., prueba esto.

Oriol introduce la cuchara en el estofado que burbujea a fuego lento en la cocina. Se inclina hacia mí ofreciéndome la cuchara para que pruebe su guiso. Los sabores son fuertes, intensos. Sus dedos casi me tocan los labios.

—El orégano recién cogido le da el toque diferente. Lo siento si no estás cómoda. Oriol me mira a los ojos.

—Vino entonces. ¿Tinto? ¿Blanco? ¿Qué prefieres? Siéntate.

Me acomodo en el taburete alto. *De nuevo esta extraña aceptación adormecida. Se me nubla la boca en torno a su nombre; ¿me ha embrujado? ¿Hipnotizado o drogado? Un dolor sordo se acumula entre mis piernas. No lo pienses; no, no pienses en lo que podría haber pasado; me enderezo. Ambas manos sobre la encimera. Firme.* Oriol sirve dos copas de Rioja, se lleva una de ellas a la boca y bebe un sorbo.

—Un vino muy acre. Leñoso. Me recuerda a las frambuesas. Bueno... —Sonríe y me abarca con su aliento—. ¡Estoy listo! Puedes preguntarme lo que quieras. Esta noche soy todo tuyo. —Oriol recorre la cocina a grandes zancadas y abre un ventanal que conduce al jardín. *No hay nada que desee preguntar.* Entra el frío aire de la noche—. ¿Oyes eso? —La voz de Oriol suena cantarina—. Se oyen los sonidos del bosque; me encanta lo escandalosa que es esta quietud... No hay nada más ruidoso que el silencio de mis bosques, ¡si prestas la suficiente atención! No hay nadie en kilómetros, querida mía.

Obediente, cierro los ojos y escucho el trino del ruiseñor, el roce del zorro, el gruñido del jabalí. Los murciélagos beben de la fuente de Oriol, se lanzan en picado desde el cielo, y el olor a pino lo invade todo, un perfume espeso y embriagador, lavanda y tomillo recién cultivados en el jardín, que se empareja con el aroma terroso que desprende un cuenco de agujas de pino que Oriol conserva en la cocina. Cierra las puertas a su espalda y se pasea en torno al fogón. Escoge un tomate marrón y pasado del cesto de mimbre que hay sobre la encimera de la cocina y lo parte por la mitad con un cuchillo. Corta dos rebanadas de la barra de pan que ha comprado en la ciudad y las tuesta en una plancha de metal colocada sobre la llama del fogón. A continuación, parte un diente de ajo y le corta la punta con un cuchillo, antes de retirarle la piel similar al papel. La grasa del ajo me provoca un cosquilleo en la nariz.

Oriol sonrío y agacha la cabeza hacia la mesa para inhalar un fuerte aroma que lo invade todo. Cuando el pan está tostado, frota en él el ajo crudo antes de aplastar el tomate y restregar el jugo sobre la blanca miga del pan.

—Un pequeño aperitivo para mantenerte en pie —dice Oriol, y me da un trozo de pan tostado—. Me alegro de que hayas venido. Quería mostrarte —dice mientras se seca las manos con un paño de cocina— lo que hago. —Sus ojos, de un verde dorado, abiertos—. ¿Me permitirías que compartiese contigo una cosa muy personal, algo tan personal que nunca se lo he enseñado a nadie?

Asiento.

—Me hice una copia de tus llaves, por cierto. La noche que te metí en casa. Espero que no te importe.

En su rostro se forma una sonrisa caritativa.

—En cuanto termine con esto te llevo a mi estudio. —Su mirada se posa dulce sobre mis manos—. Creo que te parecerá muy especial. Muy instructivo. Debes entenderlo. Lo que hago, no todo el mundo lo entiende. Por encima de todo lo demás, es una forma de arte. Es un arte. Estoy dispuesto a que charlemos. Quiero saber hasta dónde has llegado. Lo que has descubierto. Es importante que seamos claros al respecto de este tipo de tragedias.

Una pequeña ráfaga de energía surge en la base de mi columna vertebral.

—Tienes un rostro abierto. Muy franco. Honesto. Hermoso, de verdad.

Una esquirla de calor me asciende desde el cuello hasta las mejillas. Oriol viene hacia mí y realiza un dramático gesto barriendo el aire con las manos como si me estuviera abriendo una puerta a otro universo.

—Creo que después de esta noche podría incluso enamorarme de ti; pero te lo enseñaré todo. Todos sus secretos. Y verás a través de sus ojos. Eso es importante como escritora, ¿no?

Asiento. Él me susurra muy cerca del oído:

—A Natalia le gustaba mucho pasar tiempo aquí.

Su boca muy cerca de mi piel. Me toca entonces el cuello con la mano, me acaricia con tal rapidez que apenas me doy cuenta de que se haya movido. Se me acelera la respiración.

—Tenías una hormiga debajo de la oreja.

Le veo aplastar entre los dedos algo negro que después lanza al aire.

Muy levemente me roza la piel del cuello y después desliza un dedo por dentro de la seda de mi escote; tira con suavidad la tela hacia abajo y me cubre el pecho con la mano. Sus ojos se posan en mi pezón, duro por el frío.

—Qué belleza —susurra Oriol.

Martillea un trueno entre mis oídos. Una roca de un temor que asciende, me ahoga, me sube intensamente por la garganta; no tengo ningún control sobre mi cuerpo mientras él me acaricia, sus ojos recorren mi hombro desnudo, su aliento se tensa sobre las líneas de mi cuello; se da la vuelta de repente.

—Le encantaban las plantas. Las azaleas eran sus flores favoritas. Nos solíamos sentar en el porche y repasábamos nuestros papeles delante del jardín. —Se aparta y se dirige a la ventana. Cuando levanta la cara, tiene los ojos llenos de lágrimas. Oriol señala hacia el exterior—. Si quieres, te puedo enseñar el sitio donde ella solía trabajar cuando se quedaba aquí. —Se frota los ojos con el dorso de la mano—. Discúlpame, por favor —dice—. Las cebollas son muy fuertes.

Su rostro está impecable cuando regresa a la encimera central de la cocina. Apoya ambas manos sobre la madera, separadas, extendiendo bien sus gruesos dedos, y después coge un cuchillo y corta unas rodajas de embutido, tiras finas que dispone con elegancia en una fuente andaluza. Mis ojos estudian las paredes a su espalda. Castillos azules y campos amarillos.

—Tengo un secreto. ¿Te gustaría que te lo contase? —Se ríe—. Eres la única invitada esta noche. Perdóname.

Yo vacilo, él continúa hablando:

—Pensé, a ver: ¿con quién te gustaría pasar un rato? ¿Con la chica que ha venido a recuperar a Natalia? Qué lugar tan peligroso es el mundo, me gustaría mantenerte a salvo.

Sus ojos se detienen en mí. No pronuncia las palabras, pero siento que lo está pensando.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —pregunto.

Una mano fuertemente sujeta a la parte baja de mi espalda.

—Tápate —susurra él—. Hace frío. Primera puerta a la izquierda.

Camino aturdida, cierro la puerta, encaramada al asiento esmaltado del retrete, la cabeza entre las manos. El tiempo se ralentiza. Levanto la mirada; me concentro en una mancha borrosa que hay en el lavabo..., un paquete de cigarrillos sobre el esmalte blanco —American Spirit—, alargo la mano; le doy la vuelta a la cajetilla; *tan ligero. Estoy lenta. ¿Qué me habrá metido?* No espero. Siento el pánico en mi respiración, encorvada en el inodoro, humedad entre mis muslos, el vientre se me retuerce y descarga. Un espejo historiado y un cuenco con flores secas sobre la superficie de mármol. Las náuseas me sacuden el fondo del estómago, tengo el pelo alborotado, una marca de un pulgar de color azul oscuro en el cuello; un verdugón como un huevo en la frente; tengo el labio partido; *no mires*, pienso; un sordo malestar, un fuerte latido, el dolor debajo de esta neblina; llaman a la puerta del cuarto de baño con dos golpes firmes. Se me acelera el pulso. *Claro como el agua.*

—¿Todo bien ahí dentro? —pregunta Oriol.

Vuelve a llamar a la puerta, sacude el picaporte. Me arreglo el pelo; una llave gira en la cerradura desde el otro lado; Oriol está de pie ante la puerta del baño. Me mira fijamente a los ojos:

—¿Qué estabas pensando hacer ahí dentro?

—Nada.

Me coge de la mano, me saca del baño; de regreso a la cocina, el fogón caliente.

—¿Qué has descubierto?

Me pongo nerviosa.

—Una mezcla de varias cosas.

—¿Has terminado o sigues ayudando al inspector? —pregunta con curiosidad.

—He terminado.

—Estabas a punto de irte a casa. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Por qué? —Hace una pausa—. ¿Has encontrado lo que estabas buscando?

—Sí.

—¿Algo *original*?

—Un nombre.

—¿Ah, sí?

—Aureus.

—¿Aureus? —se burla—. No significa nada para cualquier otro.

—Encontré un libro.

Oriol coge el cuchillo que hay junto a la tabla de cortar.

—¿Qué libro?

—Uno que ella escondió.

Él gira el cuchillo en su mano. Suspira una vez. Profundamente. Calculando algo.

—Era una artista —murmura. Las llamas lamen la cacerola de acero del estofado y el vapor se adhiere a la tapa de cristal transparente. Oriol frunce el ceño. Deja caer las manos a los costados. Se acerca al fregadero. Sonríe—. Todo sucede por un motivo. Ella te ha conducido hasta mí.

Me contengo, no estoy muy segura.

—Será mejor no decir nada aún —sigue hablando—. Qué lástima tener que llegar a esta situación.

El agua, muy caliente, casi hirviendo. El cuchillo reposa sobre la encimera de mármol junto al fregadero. Al actor se le enrojecen los dedos por el calor. Se limpia primero las cutículas, tirando hacia atrás de la piel de las uñas, después coge el cuchillo y empieza a cortar trozos de fuet sobre una tabla de madera. De repente se detiene. Eleva la mirada al techo, cierra los ojos y murmura. ¿Una oración? ¿Alguna palabra de advertencia? A continuación todo sucede tan rápido que apenas recuerdo los movimientos. Con la velocidad de un espadachín, Oriol hunde la hoja del cuchillo en la palma de mi mano abierta, me clava a la mesa. La hoja me atraviesa la carne que une el pulgar con el índice con tal precisión que no siento ningún dolor; tan enorme es la impresión.

A su espalda, en el fogón, las burbujas del estofado de cordero, una cabeza de ajo abierta, la piel agrietada, muestra a la cocina su pulpa blanca.

—¿Te hace sentir viva? Un dolor como ése yo lo encuentro, digamos..., profundo.

Se me despeja el martilleo de la cabeza.

Oriol retira el cuchillo de mi mano. Examina la sangre en la hoja.

—Quiero conocer tus impulsos, tus motivaciones, tus deseos —prosigue Oriol. Son dulces los aromas del estofado, cálido y pegajoso. El maridaje del *bouquet* del Rioja y el romero—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué viniste a buscar? Quiero que seas tú quien me lo cuente.

Juguetón, con un soniquete. No respondo, siento un terrible dolor agudo en la mano.

En la confusión, lo veo por duplicado; un fregadero en el que abre el grifo del agua caliente —mi visión va y viene—, y el agua sale tan ardiente que abrasa. La piel de las manos se le pone rosada y en carne viva, y aun así las mantiene allí, frotándose las uñas. Las manos llenas de una espesa espuma de jabón. *Eres testigo de la afilada punta de mi cuchillo*. Se mira al espejo. Se alisa el pelo hacia atrás. Se separan sus labios. Son finos y fuertes. Oye música encima de él. Los tonos de un *tecno-grunge*. Música *house* europea. Sigue el ritmo con el pie sobre las baldosas. Se seca las manos con un paño. Estudia sus facciones. No hay ninguna duda en su mente. Los jugadores ocupan sus puestos. El río sigue su curso. Y así, lo que ellos habían empezado llegaría a su final.

¡Qué silencio, qué soledad! ¡Muerte! ¡Socorro! ¿Y vosotros veníais en son de paz o en son de combate?

Debajo de mis pies, las piedras están muy frías y silenciosas. El terreno tiene una leve pendiente aquí donde yazgo. Siento frío el cemento que hay debajo de mí. Se encharca la humedad entre mis cabellos en la negrura, y me pregunto si se abrirán las nubes y veré la luz de las estrellas. Un perro ladra en algún lugar lejano. El horror se apodera de mí, y me tambaleo. Un roce, la caricia de una mano; siento la humedad en el lugar por el que entró él, una boca, una lengua; está catando el sabor de mi vida; hasta que —agudo— el dolor gira como un torniquete.

No es real. En el salón, él le pide a ella que espere. Ella me mira. Una desconocida. *No hables*, dice ella. Sola. Intento ponerme de pie con todas mis fuerzas. *¿Me puedes ayudar?* Cuando él entra, lleva puesta una máscara de cuero quemado, unos gruesos orificios nasales desplegados sobre su rostro. Unas pequeñas ranuras por ojos.

La máscara se abrocha detrás de la cabeza con una hebilla, un contraste metálico sobre su cabello, y termina sobre su labio inferior de manera que se le ve la mandíbula y la barbilla, afeitado y limpio. Va descamisado. *Quería enseñarte lo que hago*. Desnudo de cintura para arriba y, a la altura de ésta, los vaqueros finos que había lucido por la ciudad durante la noche. No volverá a ponérselos. Le entrega a la chica un cuchillo y le pide que lo sumerja en la sangre de un cuenco y la pruebe. Ella se niega, en un principio.

Un sacrificio. La encontré ayer. Y la mantuve aquí a la espera. Esperándote a ti.

La chica me mira. *Antes de que empecemos*. La vida ya la ha abandonado. Él le pega un golpe en la nuca, allá donde el pelo ocultará la magulladura, y le estampa la

cara contra el cuenco para que meta la nariz y la boca en la sangre. Cuando ella levanta la cara, él le ve los ojos y solloza, se disculpa. A continuación, se la lleva de allí. Le veo desde la cocina, junto a las rosas y los crisantemos, se lleva a la chica a rastras sujetándola por el pelo. Ella baja la escalera a trompicones, gritando, ¡Para! ¡Para! Él levanta la cabeza. Me sonrío a través del cristal.

Te la puedes quedar si te apetece.

Es tuya si la quieres.

Me señala él la puerta.

A ver hasta dónde llegáis corriendo.

La chica entre convulsiones. Vuelve a sollozar.

El bosque, estaremos a salvo en el bosque.

La cojo de la mano.

Ahora vamos corriendo sobre la hierba, dejamos atrás la fuente.

Él aparece en el ventanal de la cocina, apunta el arma y dispara una sola vez. Cae la chica; como un fantasma derribado en el bosque, sangre y fragmentos de hueso le manan de la cabeza, y hacia allá, al interior del bosque negro, se dirige ella, blancas extremidades arrancadas, desnuda, mientras yo me quedo mirando.

Estoy paralizada. *Un ciervo*. Ebria de horror. No me puedo mover. *¿Está viva la chica?* Caigo de rodillas. *¿Estás viva?* Trato de volver a juntar sus fragmentos. *Siento que él viene a darme caza*. Con la máscara todavía puesta, coge el arma y presiona el cañón contra uno de mis pechos, me aplasta la carne. *Déjala*, gruñe. *Quería que vieras lo que hago*. Con la otra mano me acaricia la oreja.

Asciende el vómito.

Esto es una pesadilla, es un sueño.

Esto no es real.

Pasado, presente, futuro. No sé dónde estoy. No sé si estoy viendo a través de los ojos de Natalia o de los míos, o de los ojos de todas ellas. He abandonado mi cuerpo.

Echo la vista atrás pero no veo a la chica. La máscara me alcanza. Estoy alucinando. No hay ninguna chica. La sangre sale de mi cuerpo.

—Querida mía, ¿es que no lo entiendes? —susurra, besándome el cuello—. Era una bruja. Una bruja, querida.

El cuero de su máscara, duro contra mi cráneo.

—¿No entiendes, querida mía, lo que te estoy ofreciendo? Todo lo que has pedido yo te lo he dado.

Duro contra mi mejilla, su aliento se engancha en mi boca. Ponerse a gritar no serviría de nada.

—Ven.

Grita, me tira del hombro.

Me levanta del suelo, aproxima su rostro enmascarado.

Soy débil.

Soy un monstruo.

—¡Ven!

Ese tañido tan familiar de la campana.

—Pude percibirlo en ti. —Me arrastra jadeando por el bosque—. Es un aroma de alcanfor y aceite, me enseñaron a olerlo; ¡una bruja apesta!

Se parten ramitas bajo mis pies, las espinas de una zarza me rasgan la piel, me desequilibro y tropiezo con las piedras, caigo de rodillas.

Siento la seda rasparme el pecho y desprenderse. Él va tirando de mí por las manos y las muñecas, el fajín cae a un lado, y yo me quedo desnuda y aterrorizada.

Nos adentramos en las profundidades del bosque, los árboles se alzan a nuestro alrededor, quejumbrosos, se tapan el rostro con las ramas, enmarañadas en la oscuridad, me tiran de la piel, un jabalí sigue nuestra senda, hambriento de sangre, y otro zorro se queda al margen y nos observa, siempre curioso.

Grito y le lanzo una piedra al enmascarado, él tira de mí con más fuerza hasta que llegamos a un claro, demasiado oscuro para que yo me oriente, y sólo veo que los espinos y los árboles se abren y que mis rodillas se hunden en la grava, al tiempo que el temor me taponaba la garganta, y yo me atraganto con mi corazón, que me late en la boca.

El bosque se abre. La luz de la luna inunda el claro, y, entre mi temor y mi horror, capto las fugaces imágenes de unas estatuas enormes; cuesta arriba, me arrastra hacia la boca horadada de un monstruo, el rostro de un titán que ruga desde un risco, y la montaña se eleva sobre el bosque; ante mí, un lago en el que brilla la luz de la luna, flanqueado por dos ninfas de mármol que sufren el ataque de unos perros de presa de piedra con nobles atavíos.

Los cuerpos de las mujeres de las esculturas se retuercen y se apartan de los animales, que persiguen sus piernas y sus brazos, y él tira de mí a rastras, por el sendero que atraviesa el lago hasta la boca del gigante, en cuya frente veo —a la leve luz de la luna— una portentosa cruz, ¿y después?

Me despierto en una estancia cerrada, como una caverna, sin ventanas, que se distingue por un mármol ornamental de color negro, las paredes bajas recubiertas de estanterías con unos tarros extraños. Huele a tierra húmeda, agua que corre en alguna parte; humedad que gotea en algún punto de origen subterráneo. La luz es tenue en los límites de la estancia. La única iluminación es una lámpara de araña colgada. Siento un sordo latido en ambas manos, seguido de una clara sacudida de dolor. No me atrevo a mirarme.

—Mi padre instaló las comodidades modernas en 1969. Electricidad, luz.

Oriol se quita la máscara. Tiene el pelo peinado hacia un lado. Rizos pardos le besan las orejas. Sobre su pecho, una camisa blanca y limpia, suelta en el cuello. Perfectos músculos. Él es perfección.

Lleva una cadena de oro alrededor del cuello, un escudo, cruz y corona negras, flanqueadas por una rama y una espada. Detrás de él, una extraordinaria fachada decorativa, un barroco devocional, un metal oscuro da forma a la crucifixión,

iluminada por velas, llora la corona de espinas a su espalda.

Sobre la cabeza de Oriol, la paloma del Espíritu Santo y una explosión de oro como un sol, que se une a las columnas de mármol y se extiende hacia la estancia. Negro veneno de mármol, como son las paredes de roca. ¿Una placa de estalactitas?

Se me emborrona la vista.

Alzo la mirada. Mi respiración atruena en mis sienes.

El pecho se expande y se hunde. Se me hinchan las venas en las muñecas mientras fluye mi sangre del cerebro hasta los pies, de nuevo, antes del dolor. Latigazo que me recorre de lado a lado. Ojos que enfocan y se emborronan. *Estos muros están pintados...*, Dios mío..., *son todavía más antiguos que el oro; murales; hay cuadros en las paredes, volutas entre las sombras hacia el borde de la luz.*

—¿Y bien? —pregunta él muy complacido—. ¿Qué te parece?

En contraste con la negra caverna, estanterías de madera ornamental y metal rojo. Montones de libros encuadernados en cuero. Bajo la tenue luz de la lámpara de araña hay una mesa de mármol sobre la que se ha dispuesto un instrumental. Un dolor agudo me atrae de vuelta a mi cuerpo. Una sensación ardiente en las palmas de las manos, un latido descarnado. Una serie de cuchillas. Mangos de asta y de marfil. Dos cuchillos de deshuesar y una navaja de adorno, junto a un libro abierto, limpio sobre el mármol; *todo limpio; no hay rastro de sangre. Pero sí hay hendiduras en la piedra. Un pozo en el centro.*

Ante mí, un único tarro transparente lleno de un líquido amarillo. Etiquetado y sellado con una tapa metálica. Una tela blanca doblada detrás del tarro, junto con un tabernáculo decorativo y un cuenco de agua.

Oigo la lenta respiración de Oriol. Es una enigmática belleza.

—¿Qué ves?

Se me seca la boca.

Una sensación agitada en mi pecho; *trágate la ira*; ha trazado unas siluetas rojas en mis manos; una cruz; fuerza la vista. La palma despellejada hacia un lado, hinchada completamente. *Una sierpe*, me ha grabado la silueta en la palma de la mano izquierda, abriéndome la carne, la sangre discurre por mis dedos y cae al suelo; se acumula en las baldosas; se me acrecienta la repulsión en la garganta. Un orificio en la otra mano.

—Te he marcado conforme a lo que eres.

Sus ojos miran al techo.

—Te encuentras en la sagrada capilla de la Orden Dedicada a la Erradicación de la Herejía y la Brujería, la capilla sagrada que pertenece a mi familia. —Señala las palabras escritas en el techo de la caverna: *Álzate, ¡oh, Dios!, y defiende tu causa, dispersa a los enemigos de la fe*—. Estar aquí supone un honor para ti.

—¿Por qué me cuentas esto?

Mantenlo hablando todo cuanto puedas..., pero el dolor anestesia los sentidos. Escuecen las heridas. Se acerca a la pared junto a la capilla barroca.

—Lo que yo hago es bien simple. Cuando hayamos terminado, te enseñaré tu lengua, te dormirás. Te lavaré y te limpiaré, y entonces, deslenguada, te pediré que te arrepientas. Cuando mueras, tendrás garantizado el camino al cielo, suponiendo que creas en todo eso. El sacrificio de tu mal se habrá realizado en la forma de tu lengua. Sin embargo... —Enciende una luz que recorre el perímetro exterior del techo de la caverna—. Quiero que lo entiendas antes de que empecemos. Nada debe ser una sorpresa.

Se me acostumbran los ojos a la tenue luz, se agudizan sobre los objetos; su macabra perversión de la metodología científica.

Oriol se acerca con paso decidido a las estanterías. Lo que yo creía que eran lomos de libros son tarros; montones y montones de tarros, todos iguales, quince centímetros de alto por diez de ancho; los fluidos que contienen son de colores variados, en cada uno de ellos hay una masa de barro marrón y rosado, como una bola de músculo; brota en mí el dolor como una erupción; se acrecienta el pánico en mis nervios, el martilleo animal en mis sienes; *cálmate, por favor, mantén la calma.*

¡No le dejes verlo!

—Tu lengua se unirá a una colección de *lengües* que se remonta a 1851, cuando mis antepasados perfeccionaron la solución de formol que todavía utilizo hoy. Simple, la verdad, la colección está fechada y controlada, y, como puedes ver, cada lengua está etiquetada.

Coge un tarro y lo sostiene en la mano, a la luz, examinando su contenido.

—Ésta era guapa. Única. —Me mira directamente a los ojos—. Tendrás una compañía apropiada.

—¿Las guardas todas?

—Sí, sí, sí.

Hace un gesto de desdén con la mano y devuelve el tarro a su estante.

—Conservadas de un modo seguro. Lo que ves aquí es toda nuestra historia; hemos coleccionado las lenguas de los herejes desde 1244... Antaño, nuestros gloriosos y grandes actos de limpieza espiritual eran un asunto público; era teatro. Un espectáculo. Mis ancestros lo vivían entonces como artistas, interpretaban con pompa y boato el más grande de todos los sacrificios, pues nos purgábamos con los cuerpos y manteníamos la fuerza de nuestro legado con la ritual comunión con Dios. Este espacio es bastante opulento. Muy bello. En 1780, mi familia recibió a un artista de la corte que vino a pintarnos nuestra propia basílica de los fieles con nuestra versión de Pentecostés. El resultado fue una verdadera obra de arte. ¡Levanta la cabeza! ¿Alguna vez has visto tal maestría? El fresco del techo representa a santo Domingo sentado en una corte española, entronado sobre una fila de dignatarios; ante él, los funcionarios de la Inquisición y, después, las brigadas militares que hacen marchar a una fila de herejes hacia el fuego en el que van a arder, mientras que otras dos víctimas ya abrazan su destino en sendas hogueras. Sobre los herejes, el artista ha pintado unas lenguas corruptas similares a las imaginadas en la Eucaristía; mientras que sobre

santo Domingo refulge una dorada gota de fuego. El fresco forma parte de mi legado. Las lenguas de fuego representan nuestro inmortal lenguaje inquisitorial. Buscamos a los portavoces de las artes del diablo y les arrebatamos su poder. Si su lengua se entierra en el suelo, la bruja renace.

Suspira, se relaja en su silla.

—Me caes bien, Anna.

Hago un gesto de dolor cuando utiliza mi nombre. *No te pertenece.*

—Tienes buen carácter. La reacción humana, si es genuina, se puede dirigir, siempre hay un impulso. Lo puedes leer como si fuese una firma. Carácter. Define cómo actuamos. Lo que hacemos. Natalia Hernández era voluble. Yo la hice famosa..., inmortal..., pero al final... al final me odió por ello. Le ofrecí el don más profundo, pero ¿qué hizo ella con aquello tan valioso? Lo lanzó en manos de la policía, como si yo fuera basura. Les escribió cartas. No sé cuánto tiempo, al fin y al cabo, yo..., yo lo compartía todo con ella. —Oriol enseña los dientes y sube los hombros como si fueran el lomo erizado de un perro—. Imagínate lo que le hace a un hombre una traición de esa clase. Deja tu alma al descubierto. Te deja desnudo a la intemperie. Solo. ¿Comprendes tú la soledad?

Oriol se me acerca.

—No hay nada más sucio que quitarte la vida.

Me escupe.

—¿Como fenómeno? Debilita el espíritu. Nubla el juicio; lo sé. Los errores. Las suciedades; pero yo acabé con ella. Nadie sospechó de mí; implicar a un desconocido fue una genialidad. Una genialidad teatral.

Oriol exhala y se inclina contra la mesa, acariciando el aire.

—Me he odiado durante meses. Al fin y al cabo soy humano; pecador; ansío la diversión; una *performance*; la técnica escénica. Imagínate mi melancolía; cuántas veces había repetido actos violentos en el teatro sin la satisfacción de vivirlos.

Con toda la majestuosidad del consumado maestro en el arte dramático, Oriol se santigua dos veces y abre los brazos del todo:

—¡Que empiece la función!

Grita.

—¡Dios! *Perdóname, pero deseo compañía, así como Adán deseó a Eva. ¡Ofréceme a alguien que lo pueda entender!* Así recé yo. ¿Y Dios? Siempre misterioso, ¡siempre poniéndome a prueba! Él fue quien te envió. *Bruja.* ¡No! No te desmayes. ¡Escucha! Levanta esa cara cuando te hablo. ¡Mujer! Te he traído aquí para que lo entiendas, y para después enviarte a tu hacedor; bajo el suelo, ésta es la puerta que se abre a tu regreso. Es mi deber aplastar la herejía, es la única y más grande lucha que ahora le resta al hombre, la refutación de aquellas herejías que han surgido en nuestro tiempo... ¡y han traído la confusión! ¡Gran confusión! Parece pues oportuno que nosotros, con un severo ataque sobre la opinión que constituye el origen primario del mal contemporáneo, demostremos cuáles son los principios de los que

surge esta herejía, de modo que sus vástagos, convirtiéndose en asunto de general notoriedad, puedan ser objeto de desdén universal. Y, entonces, una vez silenciadas ellas, quemadas y destruidas, habremos desempeñado nuestro papel y nos aseguraremos de que sean olvidadas.

El fervor le brilla en la frente.

—¿Has estudiado alguna vez los músculos de una lengua, o has meditado sobre su poder? El alma reside en el corazón, pero el lenguaje procede de la laringe en la mayoría de los casos, encarnada por la lengua. Todas son perfectas, puros todos los músculos; ¿has visto alguna vez una lengua humana?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Yo te enseñaré la tuya.

—¿Cuántas has visto tú?

Hace una pausa.

—Cercenadas por mi propia mano, veintitrés. Por la de otros..., bueno... — Sonríe y hace un gesto hacia las estanterías—. Cuento con abundantes recursos. Soy el único que las colecciona. El último custodio. Ciento setenta y nueve brujas. Me enorgullece decir que he sido el más eficaz.

Se aproxima a los cuchillos que están sobre la mesa.

—¿Y Natalia? —le pregunto, cambiando de táctica. *¿Estará lejos la puerta? No me ha atado*—. ¿Es que no la querías?

Se oscurece el semblante de Oriol, se le humedecen los ojos.

—No me preguntes eso.

—Es que yo estaba segura de que tú la querías; ella escribió que la querías, y que ella, Oriol, que ella te quería a ti.

Oriol coge un cuchillo de la mesa.

—Sí —susurra—. Pero me traicionó.

Baja la barbilla como si fuera a rezar y concentra la mirada en el cuchillo que tiene en la mano. Siento un fuerte latido en mis heridas.

—¿Cuál de éstos? —me pregunta con un gesto hacia la mesa—. ¿Cuál es el apropiado para tu gusto? Éste es bueno para perforar; éste es el más afilado, el más limpio; éste el más eficaz; éste es el más lento, el más laborioso. —Levanta el tarro de la mesa, lo sostiene a la luz, ante mis ojos; la solución incolora brilla como el oro—. Tu formol ya está preparado. Tu lengua irá aquí dentro, pero sólo durante una semana. Utilizo formaldehído para bloquear el tejido muscular de la lengua. Cada una es única, y yo me esfuerzo por conservar todos los detalles. —Abre el tarro y me coloca los vapores bajo la nariz, me produce una aguda quemazón en los orificios nasales; siento náuseas—. El líquido es tóxico. Una vez que se haya estabilizado tu lengua, la enjuagaré con agua. La colgaré y la escurriré, y la guardaré en alcohol con toda la colección.

Coloca el tarro sobre la mesa, abierto, y me enseña la hoja decorativa con el mango de asta.

—¿Cuándo aprendiste a hacer todo esto? —pregunto.

—De pequeño. Cuando era un niño. —Oriol se acerca, me recorre la mejilla con el dedo—. ¿Lo entiendes? Eres para mí más bella que el mejor ballet. Cómo te moverás. Cómo responde el cuerpo al dolor.

Coge de la mesa el más pequeño de los cuchillos de deshuesar, despreocupado, jugando con él en la mano. Me observa con delicadeza; los labios separados, sereno.

—Yo elegiré por ti.

Aprieta el cuchillo contra la piel de mi rodilla; el dolor crece, presiona el filo del cuchillo contra la grasa de mi muslo, y su mirada va más allá por mis piernas, hasta la oscura penumbra.

—Es bueno que no te resistas. —La respiración de Oriol es más profunda—. Eres una mujer ilustrada... —Sus manos ascienden por mis muslos y se acercan cada vez más a mi pelvis—. Entenderás que las lenguas son poderosas, pero... ¿la gente? La gente abusa de sus instrumentos. Los mancillan; los oscurecen. Las mujeres persiguen los lenguajes prohibidos, el lenguaje del diablo, como todas las que han caído, si pruebas el fruto del árbol del conocimiento y aprendes un falso lenguaje, así se te arrebatara tu don a la fuerza; así como Dios dejó muda a la sierpe, lo mismo te haré yo a ti. —Sus manos se arrastran más arriba, sus labios pegados a mi oído, su aliento húmedo en mi cuello—. Dos bocas tienen las mujeres, ambas de fácil seducción.

Cierro los ojos y dejo que me huela, dejo que me bese... y hago acopio de coraje, *espera*, sus manos se mueven con ternura, *espera*, desplazo muy lentamente mi peso hacia él, alargo la mano y le toco el pelo. Suspira como un niño y gime en voz baja; mis dedos le acarician el cabello, y él respira más hondo; la fría presión de su cuchillo contra mi muslo es cada vez mayor, más persistente, calmada, pronto abrirá la carne; es una danza, un baile que él ha entrenado; le permito entrar poco a poco en trance; abrumada por el dolor, me dejo caer hacia adelante, mi mano desciende por su espalda, hacia la mesa, la estiro cuanto puedo, con toda la sutileza que puedo; hasta... ¡aquí! ¡He llegado! Estiro los dedos, ¡tengo el tarro de cristal! Me abrasa la furia desgarradora de la herida en la palma de la mano, ¡pero lo tengo! Levanto el brazo sobre su cabeza y me detengo, tenso los músculos: ¡*Deja que levante la cabeza!* Oriol alza la vista justo cuando le estampo el tarro en la cabeza con toda la fuerza del mundo, a él, al del cincelado romano, la Sirena, el Ángel de la Muerte de Botticelli; aquellos ojos cálidos y luminosos; el cristal hecho añicos en su frente. ¡Ruge! El olor es muy intenso; el líquido amarillo me quema en las manos; él se echa de golpe hacia atrás, y se mezcla su sangre con el formol; los fluidos le caen en los párpados, se elevan los vapores, se lleva las manos de inmediato a los ojos; el cuchillo golpea contra el suelo con un sonido metálico. Su cuerpo tropieza, vuelve a rugir, y se abalanza hacia mí, desesperado, los párpados cerrados y pegados con el líquido lechoso. Cojo el cuchillo del suelo y me aparto rápidamente de él, pero veo que Oriol se está enderezando, *corre*, ¡con un brinco me levanto de la silla! Me impulsa la

adrenalina. Doblo una esquina por el corredor y oigo un golpe y unos pasos que retumban detrás de mí, tambaleantes, inseguros, ¡pero veloces! ¡Más veloces! ¡El bufón! ¡El bufón! ¡Ni un milisegundo de duda mientras huyo con el peso del temor contra mi pecho! Corro desesperada en busca de la noche, en busca de la oscura boca de la cueva, movida hacia el resplandor de la luz de la luna, en pos de una salida mientras atravieso a toda velocidad el túnel sinuoso, ¡corro! Corro como un demonio, los pulmones ansían el aire limpio, el frío aire de la noche, patinan mis pies descalzos sobre la piedra húmeda, van palpando mis manos el recorrido a través del túnel, la fría presión del temor contra el pecho, sin pensar en la sangre, sin pensar en el dolor; la arboleda me acoge en sus brazos..., y... ¡No! ¡No echo la vista atrás! No me vuelvo para ver la boca de la cueva o si esa bestia me ha seguido, aunque puedo oír su aliento a mi espalda —estoy segura—, así que más rápido corro yo, paso las estatuas, las fuentes, cruzo el lago y me adentro en el bosque, me abro paso entre la oscuridad de la espesura, ¡voy partiendo las ramas de los árboles! ¡Vamos! ¡Sirenas! ¡El chillido estridente de las sirenas! Corro más rápido y sigo los sonidos, el crujir de las pisadas y las luces que vienen y van, ¡perros que ladran y atacan el bosque cuando yo me tambaleo hacia las luces! Entonces... ¡Un zaaas como un latigazo! ¡Retumba! ¡Despedido desde el borde de las rocas! ¡El explosivo y ensordecedor aullido del cañón de un arma!

¡Un único y definitivo grito de muerte en el bosque!

La luna da vueltas. El sonido del revoloteo de las alas que retumba desde los nidos cuando llego hasta las sombras que se mueven, hasta sus luces, los voraces sabuesos, el rostro de lobo de Fabregat adusto al frente de un ejército vestido de negro; las pesadas botas que parten ramitas; ¡aquí llegan los perros aullando! ¡Ladridos agudos! La sangre, húmeda contra mi pecho; guardo mi secreto y me tambaleo hacia ellos entre sollozos, las manos arriba. Sus rostros se quedan lívidos.

EPÍLOGO

ISLA

No son caros los billetes de barco a Mallorca en invierno. Puedes llegar a la isla desde Barcelona por veinte euros si aciertas con el día. Todo cuanto me queda encima es el dolor en las manos. Un zumbido latente y sordo, una aguja afilada que me atraviesa la palma, los dedos hinchados. Pesados y lánguidos. Me han puesto un vendaje incómodo durante un día, y aun así trato de moverlos sin que me duela, aunque el dolor en sí puede proporcionar cierto tipo de placer. Estoy de pie en la cubierta del barco y observo cómo desaparece Barcelona en el horizonte. Tengo insomnio y me cuesta dormir más de cinco horas. Y esta falta de sueño se presta a un jadeante estado de descontrol emparejado con la adrenalina de la huida. *Tiempo. Necesitarás mucho tiempo para llevar esto a cabo.* Regreso a mi camarote. Tomo un vaso de agua. A ver si duermo. Me miro las manos vendadas, las sostengo en alto, sobre la cara, tumbada boca arriba. Huelen a desinfectante. Muevo el índice lentamente. *Pinchazo. Pinchazo.* Pero me gusta la sensación. *Estoy viva.* Los cortes que me hizo fueron limpios, quirúrgicos, grabando cada línea de los dos dibujos sobre la carne; la serpiente en mi mano izquierda, la cruz en la derecha. Puntos de sutura en ambas, pero tal vez me queden las cicatrices. Cuando sanen las heridas, me dicen que podré taparlas —esconderlas—, pero primero tenemos la esperanza de que mi cuerpo se libre por sí solo de estas marcas, hasta que no sean más que unas pequeñas líneas. Me tiemblan los dedos. Rebusco en la bolsa de plástico de la farmacia que he llenado con todo un arsenal de maquillaje. *¿Ayudará esto, quizá?* Me pinto los ojos con un grueso contorno negro, añado sombra a los párpados, pinceladas cargadas de rímel. *En un intento por ocultar el moratón.* Una base de maquillaje de un color intenso y oscurecido, y un ligero bronceador dorado que les da a mis pecas un tono más luminoso. La grieta en el labio me enerva, pero estoy decidida a no reconocerme. No quiero verlo en mí. No quiero sentir sus manos ni oler su aliento. No quiero pensar que es culpa mía, y odio esa voz dentro de mí que me amenaza con deprimirme. *Mucho, mucho, mucho.* Polvo marrón alrededor del borde de las pestañas que oscurece la arena en mis ojos. *No permitiré que él dicte mi aspecto.* Voy al bar del barco a poner a prueba mi disfraz. Estoy electrizada y borracha, abandono mi piel una y otra vez, y me invento toda una historia para mí: el área de Barcelona de la que viene este falso yo, los motivos para ir a la isla. Pido tres copas de ron con coca-cola y me las bebo demasiado rápido, una detrás de otra, y después un café. El camarero

me pregunta por mis manos. *He roto un espejo*. Mala suerte. Leo en el bar el periódico de la tarde. La portada la ocupa Oriol Duran con el titular: «¿El rostro de un asesino? Tiroteo mortal bajo investigación». Echo un vistazo al texto. *Las autoridades encargadas de la investigación informan de que la muerte de Oriol Duran se produjo en el acto. Los disparos se efectuaron en defensa propia, afirma el comisario jefe. Protege el derecho de los agentes al anonimato*.

¿Qué aspecto tiene un mentiroso? Miro fijamente la fotografía de Oriol Duran. *Un mentiroso tiene tu aspecto*. Un mentiroso oculta tanto como revela. Un mentiroso no teme embaucar. Un mentiroso no le cuenta a nadie quién es, ni siquiera a sí mismo.

Pido otra copa. Quizá entonces me dejen de doler las manos. *Un mentiroso tiene el rostro del inspector Fabregat detrás de un hombre con una pistola humeante*.

—No podría haber pedido nada más —había dicho Fabregat cuando desmenuzó los detalles.

Fueron a buscarme para llevarme al aeropuerto, y yo no estaba. Afortunadamente, ellos ya tenían el nombre de Oriol por la sangre, así que les resultó sencillo relacionarlo. Sin embargo, lo que ellos no habían tenido en cuenta era dónde se podría haber escondido Oriol. La casa de su familia en el bosque. Así que se produjo alguna demora inesperada.

Demora que me costó unas cicatrices en las manos.

—Tienes que entender que Oriol Duran siempre lo tocaba todo.

—Pero ¿por qué no me lo contaste?

Fabregat se acercó un poco.

—Antes de poder hincarle el diente a aquel verano de 2003, todo el asunto se había desactivado. Duran presionó, empezó a apretar las tuercas. Dijo que yo le estaba jodiendo su reputación. Dijo que había orquestado toda una caza de brujas en la comunidad teatral. Él tenía poder en esta ciudad. Su amigo Sánchez es un hombre rico e influyente. Finalmente, llegaron las llamadas desde arriba. —El rostro de Fabregat se tensó—. Estaba perdiendo el tiempo y malgastando recursos en la dirección equivocada. Había perdido el control. Necesitaba un descanso. Ya sabes cómo va esto. Pero ¿retirarme? ¿Me has oído a mí decir eso, nena?

Sonrió, como un lobo.

—No, yo jamás me retiré.

Fuiste tú quien le disparó. Quiero gritar. ¿Y qué vas a hacer con su cueva llena de lenguas de mujeres?

La mirada de Fabregat pasó a través de mí y se perdió en alguna otra cosa.

—Cuando te pusiste en contacto con nosotros, aproveché la oportunidad de hacer algo atrevido. Algo grande, nena.

Y quiere que sepa que está agradecido. Se me revuelve el estómago. A Fabregat

jamás le interesó el significado de ningún símbolo ancestral ni de ningún verso codificado, ni las memorias largo tiempo olvidadas de un erudito inglés. Pero sí le intrigaba lo que representaba yo. Una chica solitaria que encajaba en un perfil. Alguien a quien se le podía dar una caperucita y una cesta y enviarla al bosque.

—Por supuesto, sabía que te podíamos mantener a salvo.

Las manos me palpitan con más fuerza.

—Sólo estábamos esperando. Queríamos saber cuál de ellos saltaría. Cuál saldría a jugar. Porque estaba seguro de que lo haría. Te parecías tanto a las otras, nena... Lo supe en cuanto te conocí... Estabas hecha de la misma pasta.

Las palabras se me adhieren. Me consumen.

Vomito dos veces en el cuarto de baño al regresar a mi camarote. En la cubierta del barco, después de una noche inquieta, me encuentro ya recuperada, si es que se puede llamar así. Observo la salida del sol en la plataforma de desembarco. La cubierta está vacía. Todo el mar para mí. El amanecer acaricia el Mediterráneo con una luz que sólo se puede ver en el agua, donde el abismo se extiende a ambos lados y el sol se eleva sobre un horizonte rectilíneo. Un sol que ya calienta, y lo único frío es la cortante brisa marina, como los pensamientos que me rondan la mente, potenciada por la velocidad del navío y el azote de la espuma de las olas. Llega la primavera, una rebeca abierta sobre los hombros. Mi equipaje está todo en la habitación de abajo, el apartamento quedó vacío de mis pertenencias. Surge la isla de Mallorca en el horizonte, un montículo azulado ante unas columnas de nubes de color lila. Las gaviotas vuelan sobre nosotros, y las olas lucen unas crestas pulverulentas. El olor de la sal y del humo, una nube que se eleva de algún fuego cerca de la Dragonera y cubre el blanco manto de las aguas.

Lo veo saludar en el puerto. ¡Ahí abajo, donde llega el barco! Grita y se ríe, y ondea el sombrero al viento. *En casa. Estoy en casa.* Suciedad bajo las uñas, manos cálidas. Cuando salgo del barco y desciendo por la pasarela, él viene corriendo, más agarrotado de lo normal, me levanta en sus brazos y me besa en los labios con firmeza; me deja después en el suelo, se sonroja y se disculpa. Alargo la mano para tocarlo. Tiene la cara salpicada por una multitud de costras rojas, restos de los cortes producidos por los cristales del parabrisas. Francesc hace un gesto de dolor y me coge la mano con delicadeza, la aparta de su mejilla y observa los vendajes. La marca en el lugar donde la sangre ha empezado a filtrarse.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunta Francesc con un leve matiz de color en la voz.

Lo abrazo, mis labios ardientes sobre su boca, tiro de él hacia mí, él me coge en volandas y yo siento la firme plenitud de su pecho, la tierra de montaña en su piel, el aire de romero en su cabello. No quiero hablar sobre ello. Aquí no. Ni nunca. Quiero

hacer como si nunca hubiera sucedido. *Has estado trabajando en el jardín*, su mano firme en mi pecho, mi vestido se engancha en su cinturón. *¿Merecía la pena?*, susurra él. No se lo digo aún, pero ya me he asegurado yo de que así sea.

En casa, me acomodo ante mi mesa, mi escritorio como Dios manda, mi guarida frente al jardín y el bostezo de la boca del valle. A continuación, un ritual. Abro mi cartera marrón y retiro, con toda la ternura de una madre, mis Escritos de la Sierpe. El trabajo consistirá en ponerse a traducir. No se lo he contado a Fabregat. Ni tengo intención de hacerlo. Los he ayudado a atrapar a un asesino y lo he pagado con mis manos; toco los papeles, la vitela tan delicada..., ¡tan frágil! Francesc me interrumpe, de pie en la puerta. Puedo sentir su presencia, sándalo y ceniza, cebolletas frescas y barro del jardín, salvia y cúrcuma, y el húmedo aroma del trabajo, del sudor, del músculo. Me doy la vuelta. Su rostro está muy quieto, sus ojos muy afectuosos.

—Déjame que te abrace —dice—. Te he echado de menos.

Esa noche vamos a dar un paseo. La luna parpadea mientras atravesamos la pendiente de pizarra que serpentea por el bosque hasta que llegamos a una cornisa sobre el pueblo. Mirando al turquesa de la torre del campanario. *Calma. Por una vez. Por una noche, al menos. ¿Más, tal vez? Entonces ya se lo contaré a Bingley. Ya se lo contaré a todos ellos.* Nubes de tormenta se abren sobre nosotros, se desintegran en finas vetas de hollín en el cielo, se retiran como un polvo fino y gris. Nuestra luna en cuarto creciente ataca los árboles mediterráneos, altos y delgados, e ilumina el montículo de un molino en ruinas. Francesc toca una cruz de piedra a nuestro lado, una almenara de la historia que emerge de la roca sobre este pueblo. Me anima a hacer lo mismo. Le digo amablemente que no.

—Harías bien en olvidar lo que has visto en Barcelona. —La boca de Francesc, cálida detrás de mi oreja.

Por las tardes me acerco a mi escritorio y me siento junto a las páginas del pergamino de Natalia; no haré nada aún con ellas. Recuperarse tiene ciertas exigencias, tanto físicas como mentales, que evitarán que me embarque en el proyecto de la traducción. Por el momento, me reconfortan. Saber que están a salvo, que estamos estrechamente vinculados. Desde nuestro refugio, los escritos y yo observamos el pueblo, la torre del campanario de la cartuja coloreada en un precioso turquesa que marca un vibrante contraste con la piedra amarilla de los muros. Suenan alegres las campanas para contar las horas mientras las hojas de los árboles vecinos ya han comenzado a brotar, alguna que otra yema reciente frente a los pinos. Las colinas nos acunan por ambos flancos, nunca pronunciadas, jamás agresivas, de tal modo que la quietud me llama; el alma respira hondo en esta sierra. Nada está vallado. Nada es gris. El pueblo surge de las colinas como un organismo, algo tranquilo y despreocupado con sus cimientos, y el respeto de la brisa y las nubes ascendentes dotan de cierto asombro mis paseos al

atardecer. Allá donde supero a gatas el seto, la tierra está labrada en bancales. Los campesinos enrollan las tomateras en unas estructuras cónicas que parecen un tipi; los huertos, llenos de manzanos y olivos. Sobre un mantel de picnic extendido bajo un manzano pelado, Francesc me da dos cucharaditas de aceite de oliva para facilitarme la digestión. Apoya las manos en mi espalda, y yo siento el calor, los ardientes círculos de energía.

—Tienes que aprender a tomar el control —dice Francesc mientras me pasa las manos por el pelo. *Escuchar mejor. Dejarte aconsejar. Admitir que vives con ello.* Ya siento cómo mejora mi corazón a pesar del frío.

Todas las noches, después de la cena, recibimos una llamada.

Francesc tapa el receptor con la mano.

—Es el inspector otra vez.

—¡Dile que necesito tiempo! —grito desde la cama.

Todavía no. Tengo que acallararlo. *Sanar. Olvidar.*

Pero ¿perdonar? Siento cómo se afila el acero que hay en mí.

No estoy segura de poder perdonar todo cuanto me ha seguido hasta aquí. Los terrores nocturnos. El temor añadido en la oscuridad. No es culpa mía, me repito una y otra vez. *Lo que pasó, pasó. Pero no es culpa tuya.*

—Rápido —dice Francesc en catalán—. Pliega tu retrovisor.

Bajo la ventanilla y pego el espejo retrovisor al lateral del coche para que el vehículo pueda pasar.

—Es muy... —Francesc quita las manos del volante y hace un gesto que simboliza «estrecho», las palmas de sus manos casi se tocan.

Vuelve a coger el volante cuando el coche casi roza la pared de piedra. ¡Me río!

—¡Pero el *miracle* es que parece más ancho al salir! Sólo es difícil *ara*, al entrar. Al salir no es tan complicado.

Aparca el coche, alarga la mano, me besa y me retira el pelo detrás de la oreja. Las paredes de la ermita están moteadas de amarillo, piedras enterradas en un cemento de arenisca, azulejo rosa. Palmeras enanas y helechos cansados y azotados por el viento. La corteza del olivo salpicada de agua. Francesc cruza el patio con brío, entra en la iglesia, abre unas cortinas tras la puerta de madera. El arco es íntimo. Mientras se me acostumbran los ojos a esta luz, sigo el aliento de Francesc, su ronco susurro.

Una silueta se pone en pie, surge de entre los bancos de roble y se quita la capucha. Una cruz de madera y las cuentas de un rosario alrededor del cuello. Dedos sumergidos en agua bendita. Gotas templadas sobre mi frente.

—*Benvinguda, senyoreta Verco.* Hemos recibido la visita de un espíritu —dice el monje junto a la pila—. Cuando tenga un rato, me gustaría contar con su ayuda para descubrir quién es ella.

—¿Y en pago? —pregunto. Hablamos en el código aceptado.
—Hemos revisado nuestras fuentes tal y como nos pidió.
Me entrega un fragmento de papel arrugado en el que se lee:

*En sus tres casas
sendos faros hallaré.
Fue primero ese libro,
del hombre su desgracia.*

La firma por detrás resulta de inmediato reconocible. *L. Sitwell*. Asciede una sensación de calor. Noto que Francesc me toca la espalda. *Firme. Firme. Ármese, señorita Verco. Estamos al comienzo. Cazatesoros que se embarcan en un largo viaje. Gira y gira el mundo. Y nosotros también.*

Aparcamos el coche al final del camino. Francesc se dirige con paso decidido hacia la casa. Yo voy detrás. Despacio. La tierra húmeda bajo mis pies. Verdean los campos, las nubes se arrugan por los bordes y se deleitan en una recién adquirida forma rechoncha, un suntuoso plumón gris de ganso. Las orquídeas, todas enterradas para el invierno, pero los brotes de tomillo cabezudo en el jardín y el invernadero con macetas y verduras de temporada invernal no han sufrido el menor declive. El aire huele a ajos y a cebollas frescas, a barro y a la ceniza de la leña de roble. Inspiro hondo y me regocijo con la experiencia de estar viva. *Sucumbe*. Aquí, ahora, tan sólo éxtasis. El sol perfora intermitente las nubes con un rayo de luz que atraviesa mi sendero entre monasterios y casas solariegas, sinuoso entre amplios pastos y pinares hasta que la tierra se desploma y me encuentro sola en la sierra de Tramuntana; a mi izquierda: afloramientos rocosos que se zambullen en el mar; a mi derecha: las magníficas agujas de la cresta de la montaña que le arrebatan el aire al aliento de una mujer con tal de que ésta sienta su mente flotar sobre ella y se pierda en la belleza que la rodea.

AGRADECIMIENTOS

No podría tener esta novela mejores paladines que mi editor, Jon Riley, su asistente editorial, Rose Tomaszewska, y todo el equipo de Quercus. Estoy sinceramente agradecida por la energía y el apoyo que se ha dedicado a todos y cada uno de los aspectos del libro, desde el diseño tan vistoso hasta la edición y las primeras etapas del manuscrito y la reescritura. Un profundo agradecimiento también a mis editoras Iris Tupholme y Lorissa Sengara de HarperCollinsCanada. Felicity Blunt, superestrella, extraordinaria agente, ha llevado el proceso de un modo maravilloso. *El legado de la serpiente* ha viajado mucho más lejos de lo que yo me podría haber imaginado jamás gracias al equipo de derechos internacionales de Curtis Brown, y a la creatividad y la pasión de Katie McGowan y Rachel Clements. Estoy también en deuda con Nick Marston, quien me animó a escribir hace muchos años.

Las historias de la sibila y sus libros se recogen del modo más fiel posible. Sobre el tema de la sibila y su inquietante presencia en la historia de Europa fueron indispensables *Sibyls and Sibylline Prophecies*, de H. W. Parke, y *Sibyls: Prophecy and Power in the Ancient World*, de Jorge Guillermo. Sobre las evoluciones dentro de la historia del paganismo en los siglos XIX y XX, consulté *The Triumph of the Moon: A History of Modern Pagan Witchcraft*, de Ronald Hutton, y *Grimoires: A History of Magic Books*, de Owen Davies, ambos publicados por Oxford University Press. *La prodigiosa historia de la alquimia*, de E. J. Holmyard, ha resultado ser la obra más entretenida sobre el tema, mientras que *Promethean Ambitions: Alchemy and the Quest to Perfect Nature*, de William R. Newman, y *The Secrets of Alchemy*, de Lawrence M. Principe, son de una extremada perspicacia. *The Good and Evil Serpent*, de James H. Charlesworth, me mantuvo en vela y leyendo durante muchas noches. *La diosa blanca*, de Robert Graves, y *La rama dorada: magia y religión*, de sir James George Frazer, han resultado igualmente útiles. La London International Palaeography Summer School y la London Rare Books School ofrecen unos cursos excepcionales en la Senate House de la Universidad de Londres. A los interesados en la obra del escritor y místico catalán Ramon Llull, quien sirve de inspiración para *Rex Illuminatus*, les recomendaría *Doctor Illuminatus: A Ramon Llull Reader*, de Anthony Bonner. Todos los errores, ficciones e invenciones son exclusivamente míos.

Me he sentido conmovida por la amabilidad y la hospitalidad de muchas personas en todo el mundo. Doy las gracias a Roman y a Olga Camps, que me recibieron en su familia; y a Vera Salvat, por su amistad y su generosidad. Un agradecimiento especial a Mercè Saumell y al personal docente del Institut del Teatre. Pep Gatell y Nadala Fernández, de la Fura dels Baus, me acogieron bajo sus alas y me enseñaron el oculto universo de su teatro. En recuerdo de J. Martin Evans de la Universidad de Stanford, quien prendió y alimentó mi pasión por la literatura, y a la londinense Rosemary

Vercoe, quien, a la venerable edad de noventa y tres años me invitó a quedarme un par de días que se convirtieron en varios años. A Francine Toon, que se leyó los primeros manuscritos y me alentó a soñar. La familia Dodgson me dio un segundo hogar en Londres, y las cenas de domingo más deliciosas en Highbury. Sarah y Peter Bellwood han estado ahí desde el principio en Ojai, haciendo a juego sus marcadores para los libros. Marie, David y Jane, gracias. Vuestra sabiduría no tiene precio.

Tengo una deuda especialmente profunda con mis padres, Stephen y Clarissa, y con todos y cada uno de mis siete hermanos: Joshua, Samuel, Lizzie, Matthew, Rebecca, Catherine e Isabella. Esta novela te la debo a ti, Callum. Tú lo eres todo. Mi mejor amigo, mi gran amor. Gracias por estos cuatro extraordinarios años.



JESSICA CORNWELL (California, EEUU, 1987). Estudió filología inglesa en la Universidad de Stanford, donde ganó la prestigiosa beca Angel Art Grant y colaboró en diversos proyectos de investigación en Andalucía, Nueva Delhi y Oxford. Cursó el máster de teatro en la Universidad Autónoma de Barcelona y colaboró con la compañía de teatro La Fura dels Baus. Actualmente se ha instalado en Londres, donde trabaja en la Working Title Films como investigadora freelance y directora de programación para la Santozeum.

De pequeña, Jessica Cornwell vivía en un diminuto pueblo de California, con sus siete hermanos. No tenía ansias de más, siempre rodeada de libros y el apoyo y cariño de sus padres. Cada verano, viajaba al Reino Unido para visitar a su abuelo, un hombre misterioso, un escritor llamado John Le Carré. Sólo era una niña y no tenía ni idea de que su abuelo era el afamado autor de «thrillers» y novelas de espías que en esa época leía todo el mundo. Por supuesto, para una niña un abuelo no es más que eso, un abuelo. Pero pronto vio que quería seguir su mismo camino.

El resultado de esta vieja ambición ha cristalizado ahora con la publicación de su primera novela *El legado de la serpiente*.

NOTAS

[1] RI se aparta del registro coloquial para utilizar «mater» en el sentido latino de «madre». ¿Traducir según contexto como «Prima Materia» en referencia a la definición alquímica de «materia prima»? Para futura consideración: ¿«mater» no sólo como sustancia alquímica, sino como figura mitológica de «Primera Madre»? <<

[2] Curioso en extremo. ¿Leyó RI las *Cartas a Heródoto* de Epicuro, ensalzadas por *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio? Muy pocos ejemplares conservados circularon en la Era Oscura, y aun así, RI sabía de los Átomos. <<

[3] NB sobre la materia que precede a Adamas, RI sugiere la unión divina de los arquetipos masculino y femenino. <<

[4] Griego debajo. ¡Muy irritante! Demasiado tenue para leerlo. Analizada sólo la última línea: «Soy la lengua de la Sierpe». Puede uno soñar con descifrar y jamás alcanzar la salvación. He aquí la natural maldición del científico de las letras. <<

[5] Recuerda las cartas de Fabregat, primer verso: *Halladme en el Sonido de las Aves*. La respuesta al acertijo es *Filomela*, claramente. El verso hace también referencia a la fundación del oráculo de Zeus en Dodona. Dos sacerdotisas del templo egipcio de Tebas fueron secuestradas y violadas por unos asaltantes. Las sacerdotisas se transformaron en palomas que volaron, la primera a poniente, al interior de África; y la segunda al norte, a Grecia, donde se posó en las ramas del gran roble de Dodona. Al cantar, otras palomas la siguieron hasta formar una bandada de aves blancas posadas en todas las ramas del árbol. Cuando el viento agitaba las hojas del roble, las aves canalizaban el aliento divino de Zeus entre zureos y arrullos. Cantaban arias y narraban largas historias sobre el futuro. Se reunieron las sacerdotisas y los augures de los pueblos de alrededor para observar el fenómeno de las profetisas aviares, y poco después se erigió un oráculo que rivalizó con el santuario de Delfos. En el siglo v a. C., Heródoto propuso la teoría de que el lenguaje profético de las palomas había sido en realidad una metáfora utilizada para describir la lengua extranjera hablada por las sacerdotisas fugitivas de Tebas, cuyas palabras de queja recordaban al doliente piar de las aves a oídos de los silvicultores locales. <<

[6] La última carta de Fabregat recuerda esta línea: ¡*Serpentarius!* ¡*La venidera!* <<

[7] Canción tradicional del Oeste americano para bailar en grupo e intercambiar parejas. «Uno, dos, salta conmigo, amor. Hay una mosca en el suero de la leche; fuera, mosca, fuera. Hay una carreta roja, píntala de azul». (*N. del t.*) <<

[8] «He perdido a mi pareja, ¿qué voy a hacer? Me buscaré otra, más guapa que tú».
(*N. del t.*) <<